

# Las **TORTURAS** mentales de la **CIA**



POR EL AUTOR DE  
*MOSSAD, LA HISTORIA SECRETA*

**GORDON THOMAS**

# ***Las torturas mentales de la CIA***

GORDON THOMAS

*Traducción de Carmen Franci*

Juro por Apolo, médico, por Esculapio, Higía, Panacea y por todos los dioses y diosas, a quienes pongo por testigos de la observancia del siguiente juramento que me obligo a cumplir con toda mi fuerza y voluntad.

Tributaré a mi maestro de medicina el mismo respeto que a los autores de mis días, compartiendo con él mi fortuna y socorriéndolo si lo necesitase.

Trataré a sus hijos como a mis hermanos y, si quisiesen aprender este arte, se lo enseñaré desinteresadamente y sin ningún género de recompensa.

Instruiré a mis hijos con los preceptos, enseñanzas y demás doctrinas, así como a los de mi maestro, y a los discípulos comprometidos y que han prestado juramento según la ley médica, pero a nadie más.

Estableceré el régimen de los enfermos de la manera que les sea más provechosa, según mis facultades y conocimientos, pero me abstendré de cuanto lleve consigo perjuicio o afán de dañar.

No administraré a nadie una droga mortal, aunque me lo pida, ni sugeriré tal uso. Tampoco a ninguna mujer daré pesario abortivo, sino que, a lo largo de mi vida, ejerceré mi arte de forma santa y pura.

No operaré con cuchillo ni siquiera a los pacientes enfermos de cálculos, sino que los dejaré en manos de quienes se ocupan de estas prácticas.

Al visitar una casa, entraré en ella para bien de los enfermos, manteniéndome al margen de daños voluntarios y de actos perversos, en especial de todo intento de seducir a mujeres o muchachos, ya sean libres o esclavos.

Callaré todo cuanto vea u oiga, dentro o fuera de mi actuación profesional, que se refiera a la intimidad humana y no deba divulgarse, convencido de que tales cosas deben mantenerse en secreto.

Si observo con fidelidad mi juramento, séame concedido gozar felizmente de mi vida y mi profesión, honrado siempre entre los hombres; si lo quebranto y soy perjuro, caiga sobre mí la suerte adversa.

#### *Juramento de Hipócrates*

Juro solemnemente que dedicaré todos mis conocimientos y mis fuerzas a la preservación y mejora de la salud del hombre y a la curación y prevención de las enfermedades. Juro que trabajaré concienzudamente en lo que exijan los intereses de la sociedad. Juro que estaré siempre dispuesto a prestar ayuda material, a mostrarme atento y considerado con el paciente, a mantener la confidencialidad médica. Juro que perfeccionaré constantemente mis conocimientos y mi práctica médica, que favoreceré con mi trabajo el desarrollo de la ciencia y la práctica médicas, que recurriré a mis colegas en busca de consejo, si así lo exige el interés del paciente, y que nunca les negaré mis indicaciones ni mi ayuda. Juro que conservaré y promoveré las nobles tradiciones de nuestra medicina autóctona, que los principios de la moral comunista guiarán todos mis actos y no olvidaré nunca la importancia de la profesión de los médicos soviéticos ni de mi responsabilidad ante el pueblo del Estado soviético. Juro que seré fiel a este juramento durante todo el resto de mi vida.

#### *Juramento médico en la Unión Soviética*

Juro por Alá, el más grande, que lo tendré siempre presente cuando practique mi profesión; que protegeré la vida humana en todas sus etapas y circunstancias y que haré lo posible por rescatarla de la muerte, la enfermedad, el dolor y la ansiedad. Juro velar por la dignidad de los seres humanos, respetar su intimidad y guardar sus secretos. Juro que seré siempre instrumento de la clemencia de Alá, y mis cuidados médicos abarcarán a próximos y lejanos, virtuosos, amigos y enemigos. Juro que me esforzaré en adquirir conocimientos y utilizarlos en beneficio y no en daño de la humanidad. Juro que veneraré a mi maestro, enseñaré a los más jóvenes y seré un hermano para los miembros de la profesión médica, unidos por la piedad y la caridad. Juro que viviré mi fe en privado y en público y evitaré todo lo que me mancille ante los ojos de Alá, sus apóstoles y mis correligionarios. Y pongo a Alá por testigo de este juramento.

#### *Juramento de los médicos islámicos*

*En memoria de William Buckley, valiente entre los valientes, soldado, espía y amigo.*

Transcurridos cincuenta años de los juicios de Núremberg, la medicina aplicada a la tortura sigue siendo un instrumento esencial para muchos gobiernos, que utilizan psiquiatras, cirujanos y todo tipo de especialistas en disciplinas afines para presionar a los individuos a quienes desean hacerles confesar. No se advierten señales de que la situación vaya a terminar, y todo indica que en el siglo XXI seguirá empeorando.

ALBERT JOYCE, profesor de Ética Médica de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), San Francisco

Muchas veces no existe la menor diferencia en el modo en que los gobiernos legítimos o las organizaciones terroristas utilizan a los médicos para conseguir sus propósitos.

William BUCKLEY, funcionario de la CIA, en una conversación con el autor, poco antes de que lo secuestraran en Beirut

Han dicho de mí que jugaba a ser Dios, y eso es una barbaridad. Me limitaba a utilizar los dones que el Altísimo me ha concedido para intentar defender unas convicciones que sigo manteniendo: creo que Estados Unidos tiene derecho a defenderse por todos los medios posibles.

SIDNEY GOTTLIEB, científico de la CIA, en una conversación con el autor, poco antes de su muerte

Los asistentes al funeral iban entrando en la capilla, contentos de librarse del viento lacerante que tironeaba de abrigos y sombreros aquella mañana de marzo de 1999. La viuda y los cuatro hijos caminaron lentamente tras el ataúd con rostros serenos y ocuparon sus puestos en un banco delantero. Tras ellos se sentaron otras personas cuyas vidas también se habían visto alteradas, de un modo u otro, por el hombre cuyo cadáver yacía en el ataúd colocado sobre un armazón con ruedas.

A pesar de su avanzada edad, Margaret Gottlieb, la viuda, conservaba un cuerpo vigoroso: espalda erguida, rostro impasible y sin maquillaje, piel tersa en torno a los labios y con arrugas en las comisuras de los ojos, después de toda una vida criando hijos con una devoción que constituía la esencia de su carácter, de la misma manera que el trabajo lo había sido todo para su esposo.

Para algunos, el doctor Sidney Gottlieb había sido un patriota incomprendido. Los periodistas que habían acudido para presenciar sus últimos momentos en la Tierra lo llamaban «el gran superviviente».

Sin embargo, Gottlieb iba a partir de este mundo sin la pompa ni la solemnidad que se concede a un hombre por los servicios prestados a su nación. En el exterior de la capilla no aguardaban unos caballos de tiro con penachos negros, enganchados al coche que llevaría el ataúd a la tumba. Ninguna banda de música marcaría la acompasada cadencia de la muerte. La guardia de honor no avanzaría con paso regular tras el féretro. Nada realzaría el fallecimiento de un hombre que había dedicado toda una vida de trabajo a buscar una respuesta a algo que había contribuido a envenenar la guerra más larga de la historia de Estados Unidos, un conflicto que seguía dividiendo al país como ningún otro desde la Guerra de Secesión: la Guerra de Vietnam.

Sidney Gottlieb tuvo un papel excepcional en ella. Espoleado por la Guerra de Vietnam, Gottlieb se dispuso a encontrar un modo para controlar la mente humana. Esto se convirtió en su obsesión. Sus investigaciones fueron la fijación de un hombre cuyas intenciones, tal vez buenas en un principio, se fueron desviando peligrosamente, movidas por una perniciosa mezcla de orgullo y convicción de que lograría programar la mente humana a voluntad y a cualquier precio.

Soñaba con convertir a un ser humano normal en un robot cuyo sistema de valores se pudiera alterar para siempre, que fuera capaz de matar siguiendo órdenes y que, al mismo tiempo, estuviera programado para olvidar quién le había dado esas órdenes. Nadie sabrá nunca durante cuánto tiempo Sidney Gottlieb albergó ese sueño, pero la Guerra de Vietnam lo hizo florecer.

Incluso en su lecho de muerte, cuando su voz no era más que un ronco susurro, en lugar de preguntarse hasta qué punto había fracasado, lo que deseaba saber era lo cerca que había estado del éxito. Nunca perdió la fe en que en algún lugar se encontraba la llave que le proporcionaría la gran victoria que lo elevaría por encima de todos los demás y lo convertiría en el hombre que había encontrado el modo de controlar por completo la conducta humana. Sus inacabadas investigaciones se reflejaban en las profundas divisiones que generaron sus intentos y que, en aquel desolado día de marzo, seguían presentes y tan gélidas como el viento que se colaba por la puerta de la capilla.

Gottlieb vivió hasta alcanzar los ochenta años, veintidós de los cuales transcurrieron en total oscuridad. Fue el jefe de la Technical Services Branch de la Central Intelligence Agency, la sección de servicios técnicos de la CIA, departamento que en su época recibía el cariñoso apelativo de «sección de pócimas y trucos sucios». En realidad, Gottlieb financió y organizó un sistema sin precedentes de torturas, realizadas por médicos, que se mantuvo bajo máximo secreto durante todos los años que trabajó en la Agencia. Para ello reunió un equipo de médicos con ideas afines, respaldados a su vez por médicos eminentes ajenos a la CIA que prestaron sus nombres y sus pacientes para una serie de experimentos monstruosos. A cambio, Gottlieb los recompensaba con considerables sumas de dinero procedentes de fondos gubernamentales reservados que sólo él controlaba.

Pasó toda la vida en la Agencia y hablaba de la CIA con un afecto casi infantil. Contemplaba su papel como parte de una organización que, en último término, servía a un solo cliente: el Presidente de Estados Unidos. Cuando Gottlieb saludaba a un recién llegado a la Technical Services Branch, le recordaba que a partir de ese momento era un hombre o una mujer del Presidente y estaba allí para servirlo sin vacilar. Les enseñaba la placa colocada en una pared del vestíbulo del edificio de la CIA con las palabras de san Juan: «La verdad os hará libres.» Aquél debía ser su lema. Y después añadía, con una de sus infrecuentes sonrisas, que había muchos modos de conseguir esa verdad.

Más de uno de los presentes en aquella capilla donde sonaba la música del órgano podría haberlo atestiguado. Algunos habían trabajado al servicio de Gottlieb, creando situaciones y experimentos destinados a obtener datos de la oscuridad; pero lo cierto es que a la larga lo convirtieron en algo todavía más

impenetrable. Gottlieb fomentó que llevaran sus órdenes hasta el límite de las conjeturas, pero en ningún caso quiso que tuvieran en cuenta el aspecto ético de lo ordenado.

Los países donde la tortura forma parte de la infraestructura de control han copiado los métodos que creó Sidney Gottlieb. En el año 2000, Amnistía Internacional elaboró una lista de más de cincuenta naciones donde todavía se utilizan estos métodos, en un orden alfabético que abarcaba de Angola al Zaire. En 1999, el régimen talibán de Afganistán utilizó parte de sus reservas en divisas fuertes para comprar más máquinas de *electroshock* como las que formaban parte del equipo de investigación de Gottlieb para conseguir el control psíquico. En Irán, Irak y Paquistán son frecuentes otros métodos que él defendía, como las drogas que provocan terror y los largos períodos de aislamiento.

Precisamente debido a la autorización de tales métodos, el general Augusto Pinochet habría sido juzgado si la Gran Bretaña de la baronesa Thatcher no hubiera dejado que la campaña llevada a cabo en marzo del año 2000 permitiera el regreso del dictador a su país, tras dieciocho meses de confortable arresto domiciliario en una mansión de las afueras de Londres. Cuando Pinochet regresó a su país, siguió viéndose envuelto en la polémica. Sus partidarios lo acogieron como a un héroe, pero sus adversarios se mostraron cada vez más categóricos y exigieron que se lo sometiera a juicio. Se dijo que debería comparecer ante el tribunal de crímenes de guerra de La Haya, pero en junio de 2001 seguía llevando una vida cómoda en Chile, mientras su mente con frecuencia se perdía en la penumbra, y nadie sabía en qué estaba pensando. Mientras fue primera ministra del Reino Unido, Margaret Thatcher aprobó que sus fuerzas de seguridad en Irlanda del Norte emplearan los métodos de Gottlieb para quebrantar la voluntad de los presos del IRA. Entre estos métodos figuraba el de mantener a los presos encapuchados durante días y sometidos a un ruido intenso y continuo. En Israel se aplican métodos similares de modo habitual contra los sospechosos de ser terroristas árabes. El antiguo régimen del *apartheid* sudafricano utilizó tales técnicas hasta el último día de su estancia en el poder. Desde hace años, Marruecos, Siria y Egipto han ordenado a sus médicos que se familiaricen con los métodos de Gottlieb, y lo aprendido ha pasado a formar parte de sus técnicas de tortura.

A Sidney Gottlieb le corresponde sin duda un lugar en el panteón del horror, junto a los genocidas y los asesinos en serie.

Gottlieb fue un hombre poco atractivo, estrecho de hombros, de cuerpo enjuto, pulcro y de cabello siempre cuidadosamente cortado. Tenía aspecto de profesor universitario por su ajada cartera llena de libros y papeles, por su manera de hablar, por su voz cultivada que pocas veces se elevaba por encima del murmullo, y por una inigualada capacidad para prolongar un silencio en la sección de Technical Services. Esta sección de la CIA, conocida también por el nombre de Office of Scientific Intelligence, tenía una misión sucinta: «Aprovechar las líneas operacionales, los métodos científicos y los conocimientos que puedan servir para alterar actitudes, creencias, procesos de pensamiento y patrones de conducta.» Suponía una carta blanca para que Sidney Gottlieb hiciera lo que quisiera, contratara a quien necesitara y buscara cobayas humanas en cualquier lugar.

Estableció un ritmo de trabajo agotador para sus ayudantes. Comía siempre en su despacho, picoteando comida pulcramente envasada —zanahorias crudas, trozos de coliflor y pan casero—, acompañado de una botella de leche de cabra de su propio rebaño. Contemplaba el dinero, la ropa y demás avíos del éxito con una actitud casi desdeñosa. Para él, el poder residía en una sola cosa: resolver el gran misterio del control sobre la mente humana.

Algunos de los presentes en la capilla, aquel gélido día de marzo, consideraban que, en cierto modo, era un genio que había puesto todo su empeño en explorar las fronteras de la mente.

Sin embargo no tenían intención de dar ninguna explicación, y las preguntas de los periodistas eran recibidas con frías sonrisas y gestos negativos. Aquellos hombres se tomaban muy en serio su anonimato y, a lo largo de los años, habían sabido mantenerse en los espacios vacíos de los organigramas que los periódicos trataban de componer y publicar.

Sentados en los bancos, uno junto a otro, con guantes de cabritilla y bufandas anudadas al cuello para protegerse del frío, tal vez imaginaran lo distintas que habrían sido las cosas si aquel funeral se hubiera celebrado en otra época, mucho tiempo atrás, cuando Alien Welsh Dulles, el quinto hombre en dirigir la CIA, habría llevado el féretro con orgullo, pues admiraba profundamente a Gottlieb. El fue el primero en decirle: «Busque la clave del control de la mente humana.» Y la patricia figura de John Alex McCone, el sucesor de Dulles, habría caminado sin duda junto al féretro. También él había admirado a Gottlieb. En cambio no podía decirse lo mismo del séptimo director, William Francis Raborn. Durante los pocos meses que ocupó el puesto, evitó a Gottlieb como si el científico fuera un Merlín de nuestros días en pleno Langley. Por contra, Richard McGarrah Helms habría estado allí con toda seguridad si su mala salud no se lo hubiese impedido. Helms, antiguo corresponsal en el extranjero cuya vida parecía sacada de un libro de Hemingway, había encontrado

en Gottlieb un oyente bien dispuesto, y éste en él un poderoso aliado. Fue el octavo director en ocupar las salas del séptimo piso de Langley. Una vez instalado, Helms hizo llamar a Gottlieb y lo escuchó durante horas. Después asintió y dijo: «Sidney, tendrás todo lo que quieras. Sea lo que sea.»

Ninguno de los ancianos que asistían al funeral habría puesto en duda que Helms habría acompañado con orgullo el ataúd de su amigo hasta su última morada.

En cambio no sería ése el caso de Colby. Todos los dolientes, sin excepción, lo habrían paralizado con su sola presencia. William Egan Colby era el bocazas, el director de la CIA que reveló en el Congreso lo que había hecho Gottlieb, un acto insólito en virtud del cual una agencia secreta descubrió sus propios secretos.

John Ranelagh, autor de un libro fundamental sobre la CIA, titulado *The Agency*, había entrevistado previamente a uno de los presentes en el funeral, el cual había descrito a Colby como «un individuo de la vieja escuela, pero de una escuela distinta. Colby era católico, su padre era militar. No era de la "familia": era mucho más mezquino y desagradable, y mucho más sucio».

Otros, como el distinguido historiador militar Nigel West, rechazaban de plano la imagen de Colby como un «soplón». Lo que resultaba indudable era que Colby, tras ser un agente entregado a la causa durante la Guerra Fría y, en muchos aspectos, un ejemplo modélico de lo que debería ser un agente —un hombre implacable, dedicado a los hechos y ajeno a la especulación—, se había convertido en director de la CIA en una época en que la Agencia era objeto de ataques desde todos los puntos. El *New York Times* había dirigido las acusaciones, censurando la participación de Colby en el programa Phoenix por considerarlo un «plan de tortura y asesinato sistemáticos organizados por Colby», y poniendo énfasis en las cifras que el mismo Colby había facilitado en su testimonio ante el Congreso sobre el número de muertos causados por el programa. Si bien el periódico concedía que nadie podía imaginar a Colby torturando con sus propias manos —tenía «aspecto de *boy scout*»—, lo cierto era que «plenamente convencido de la política de Estados Unidos en Vietnam, había perdonado todo lo hecho con el fin de ganar la guerra». A Nigel West este juicio le parecía inaceptable y rechazaba el punto de vista, ampliamente compartido y defendido por Ranelagh en su libro, de que la Operación Phoenix «adquirió rápidamente fama de programa de terror y asesinato y se convirtió en el blanco favorito de quienes estaban cada vez más desencantados con la guerra. Cuando Colby reconoció la relación de la CIA con esta operación, se extendió la idea de que la Agencia era un elefante solitario, incontrolado e incontrolable».

Fuera cierto o no, los ancianos congregados en la capilla —espías, analistas, abogados, todos ellos antípodas de James Bond— eran incapaces de perdonar a Colby. Algunos prestarían oídos sin duda al argumento de que Colby no tenía otra alternativa que romper el código de *omerta*, pero para la inmensa mayoría era el gran traidor, y el hecho de que en otros tiempos hubiera sido una de las grandes figuras del espionaje estadounidense no hacía más que agravar las cosas. No sólo se había distinguido en la Segunda Guerra Mundial sino que había olvidado más cosas sobre sabotaje y terrorismo de estado de lo que la mayoría de los hombres aprenden en toda su vida. Pero todo aquello no había servido para nada. Contó ante el Congreso todo lo que sabía sobre las prácticas de Sidney Gottlieb y, para aquellos ancianos, por fuertes que hubieran sido las presiones recibidas, aquello era imperdonable.

Para aquel entonces hacía ya tiempo que Gottlieb se había marchado de Langley, pero su legado perduraba. Incluso estando muerto ejercía fascinación.

Los periodistas rondaron el domicilio familiar de Washington, Virginia, atraídos por el rumor de que Gottlieb, gravemente enfermo de cáncer y de una enfermedad coronaria, había acelerado su muerte con una sobredosis de morfina. Pero su esposa Margaret, hija de misioneros presbiterianos, se mantuvo fiel a las normas de discreción que le había inculcado su esposo y se negó en redondo a revelar la causa de su defunción.

Algunos de los presentes en la capilla sólo conocían al Gottlieb de los últimos años, el que trabajó en una leprosería de la India y luego regresó a Virginia del Norte para criar cabras en una granja. En algún momento de su vida se aficionó enormemente a los bailes folclóricos y, a pesar de que tenía un pie deforme, bailaba muy bien. Otros recordaban que le gustaba caminar por las estribaciones de las cercanas montañas de Blue Ridge, cuando no colaboraba como voluntario en un centro para enfermos terminales.

Con todo, algunos de los hombres recordaban a un Sidney Gottlieb diferente. Habían trabajado con él en los buenos tiempos, cuando presidía un departamento de la CIA especializado en crear drogas alteradoras de la conducta y toxinas letales administradas mediante aerosoles. También había ideado relojes de pulsera capaces de arrancar la mano, pistolas de dardos que mataban sin dejar rastro y venenos que paralizaban los músculos y provocaban lo que él denominaba «un sueño involuntario».

Durante los veintidós años que estuvo en la CIA ocultó su trabajo incluso a su familia y amigos más íntimos, y en sus conversaciones era poco preciso respecto a sus responsabilidades. Su principal fuerza residía



en la ocultación y ponía gran empeño en permanecer en la oscuridad. Cuando sabía algo no lo dejaba traslucir. Y casi todo el mundo daba por hecho que sabía todavía más; eso le ayudó a sobrevivir a las purgas que de vez en cuando barrían Langley con la velocidad de un ladrón nocturno.

Algunos de los presentes en la capilla, que permanecían silenciosos en los bancos, con los ojos clavados en el ataúd, habían sido víctimas de los rumores corrosivos, de los discretos susurros que pusieron fin a más de una carrera profesional durante los largos días de sospechas. Recordaban a Gottlieb como un científico metódico y cuidadoso, aunque lo consideraban demasiado presto a experimentar mucho más allá de los límites de cualquier código ético.

Sus defensores insistían en que «hizo lo que hizo porque eso era exactamente lo que hacía falta, y nadie podría censurárselo dado el contexto temporal». Sus detractores decían en cambio que en su trabajo para la CIA, Gottlieb era el prototipo de científico que, al pervertir la ciencia, contribuía a hacer del mundo un lugar más oscuro. Durante aquellos veintidós años dirigió experimentos inhumanos en una proporción cercana a la de los médicos nazis, los psiquiatras soviéticos que declaraban enfermos mentales a los disidentes y los médicos japoneses que durante la Segunda Guerra Mundial llevaban a cabo vivisecciones con prisioneros. Al final no había diferencia entre ellos y lo que Gottlieb había hecho o autorizado a hacer en su nombre, porque no hay nada peor, más alarmante o más difícil de aceptar que la participación de un médico en semejantes tareas.

Muchas de las víctimas de Gottlieb murieron, otras se volvieron locas, y muchas otras sufrieron daños psicológicos irreparables. Los experimentos que llevó a cabo o que ordenó realizar a otros supusieron una burla y una perversión de la ética médica. Tanto él como los demás, en lugar de curar infligieron malos tratos por una idea compartida: que lo hacían para proteger a Estados Unidos del comunismo —en última instancia al mundo libre—, y esta creencia reemplazó todo juicio moral. Sin duda, también se daba en ellos algo de la «banalización del mal», expresión empleada para describir los actos de los médicos del nazismo. Tal vez lo que los hacía más terribles era que tanto Sidney Gottlieb como sus colegas no vieron nunca nada malo en sus actos. Muchos de ellos eran abnegados padres de familia, y estaban convencidos de que llevaban a cabo una tarea divina combatiendo la impiedad del comunismo.

Sidney Gottlieb, hijo de judíos procedentes de Hungría, pronto rechazó la fe de sus padres y prefirió probarlo todo, «desde el agnosticismo hasta el budismo zen». En el City College de Nueva York coqueteó con el catolicismo; en la Universidad de Wisconsin, donde se tituló *magna cum laude* en Química en 1940, fue luterano. Más tarde, tras obtener el doctorado en Bioquímica en el California Institute of Technology, abandonó la fe protestante al casarse con Margaret Moore.

Antes de cumplir los veinte años, Gottlieb flirteó con el socialismo, aunque nunca tuvo carnet del partido. Cuando en 1951 decidió ingresar en la CIA, expuso ante el comité de selección sus creencias izquierdistas, pero éstas no influyeron en ningún sentido. Durante aquel período de la historia de la CIA, a ésta le resultaba difícil atraer a las personas adecuadas, pues a los ambiciosos se les ofrecían mejores oportunidades profesionales en el mundo docente o de los negocios, tanto en remuneración como en prestigio público. Lo que atraía a Gottlieb era el patriotismo y la mística que rodearía su trabajo. Siempre sabría más que sus compañeros del exterior. Y así fue. La Agencia le permitió trabajar dentro del marco de su ética, que dictaba que el fin justificaba los medios.

Mientras aguardaban el momento de dar el pésame a la familia, los ancianos presentes en la capilla que lo habían conocido en aquella época recordaban muy bien todo esto y mucho más, y no habían olvidado cómo era Gottlieb en su mejor momento: poseía una gran resistencia física y una seguridad en sí mismo que compensaba con creces la deformidad de su pie. Tenía una constitución extraordinaria y era capaz de hacer que un día le rindiera como dos: sólo necesitaba cinco horas de sueño en tiempo normal, y durante largos períodos era capaz de trabajar con eficacia con tan sólo siestas de un par de horas. En esos casos, su voz nasal se hacía más cortante y pronunciaba con mayor precisión. Siempre sabía lo que quería y cómo quería que se hiciera. Poseía otras cualidades que lo convertían en un genio ante sus colegas: resolvía problemas con una velocidad asombrosa gracias a una mente pragmática y a un instinto especial para descubrir y explotar las aptitudes, motivaciones y limitaciones de quienes trabajaban con él. Le fascinaban los detalles. Daba gran importancia a los hechos, de los que almacenaba una enorme cantidad en la memoria, y siempre estaba listo para asimilar aún más. Sin embargo se concentraba por completo en la tarea que tuviera entre manos, todo lo cual lo convertía en una persona perfecta para ser el «asesino por todos los medios posibles» de la CIA.

Otros de los presentes en la capilla, que ignoraban todo esto, lo recordaban como un esteta, no sólo familiarizado con las costumbres de las cabras sino muy versado en las antiguas civilizaciones. Gottlieb era para ellos un hombre amable, leal y considerado. Para Margaret, Sidney había sido el amor de su juventud, el primer hombre de su vida y el padre de sus cuatro hijos, dos chicos y dos chicas.

Ninguno de ellos conocía otro de los secretos que Sidney Gottlieb se llevaba a la tumba aquella mañana de marzo de 1999: el papel que había desempeñado en el asesinato de William Buckley, el hombre que llegó a ser el agente más importante de la CIA en Oriente Próximo.

Bill Buckley no sólo fue para mí una fuente importante y de total confianza sobre el mundo del espionaje, sino que además se convirtió en un amigo bueno y leal. Tal vez algunas personas se sorprendan e incluso lo consideren de cierto mal gusto: la idea de tener un amigo que actúa en el submundo de nuestra sociedad no suele caer bien entre los escrupulosos. Del mismo modo que Henry Simpson declaró cuando lo nombraron secretario de Estado en 1929 que «un caballero no lee el correo de otro» —después de que se le informara sobre las atribuciones del servicio de espionaje del país—, algunas personas siguen pensando que los hombres como Bill Buckley pertenecen a un mundo del que no desean formar parte. Consideran que proceden de los bajos fondos, juegan sucio y no son la clase de invitados que uno desearía recibir en casa.

En realidad, Bill era una persona de educación esmerada que se expresaba correctamente, y además era un excelente anfitrión. No le habría costado encontrar un trabajo seguro en Wall Street o en cualquier otro rincón del *establishment* de la costa Este. En cambio prefirió trabajar para la Central Intelligence Agency, la CIA, porque Estados Unidos nunca había tenido un servicio de espionaje en tiempo de paz con miras tan ambiciosas. Consideraba que era una gran oportunidad para satisfacer dos poderosas fuerzas motrices de su carácter: la necesidad de servir a su país de un modo tal que satisficiera a la otra fuerza impulsora con una vida de emociones donde estuviera presente la sensación de peligro. Disfrutaba viviendo en un mundo masculino, y seducía a las mujeres con un encanto pasado de moda y un estilo que habría admirado el gran Gatsby.

Al principio la relación entre ambos fue un poco difícil. Él sabía, como corresponsal extranjero, que era inevitable que yo entrara en conflicto con el modo en que el gobierno y los militares desean siempre controlar las noticias a su favor. Me he encontrado con situaciones como ésa una media docena de veces, desde la Crisis de Suez, en 1956, hasta la Guerra del Golfo, pasando por la Guerra de Vietnam y otros conflictos menores de Asia y África. Los agentes distorsionadores que controlan el acceso a la verdad basan su trabajo en la frase del general Dwight Eisenhower, quien afirmó durante la Segunda Guerra Mundial: «La opinión pública gana las guerras, y los periodistas tienen que ocuparse de que ganemos la guerra, como hacen los militares.» Eisenhower se equivocó en muchas cosas, pero en ninguna tanto como en el papel que deben desempeñar los periodistas. Estamos aquí para informar. Nada más. Y nada menos.

Mi visión sobre este tema, tal vez demasiado apasionada, sirvió para romper el hielo con Bill Buckley, pues él coincidía plenamente conmigo. Decía que los periodistas que perdían la independencia se convertían en meros propagandistas, y se había hartado de verlos en Saigón redactando informes entusiastas sobre el recuento de bajas enemigas, que nada tenía que ver con lo que realmente estaba pasando.

De un modo tan sencillo empezó nuestra amistad. Una de las primeras cosas que hicimos fue prescindir de la ficción de que Bill era sólo jefe de protocolo de la embajada local de Estados Unidos en el país donde quisiera la suerte que nos encontráramos. Es frecuente que los agentes simulen ser lacayos de un departamento de Estado, pero Buckley reconocía que aquella situación podía llegar a ser irritante.

Nos conocimos en Roma. Me habían enviado allí para sustituir a otro corresponsal destinado a Oriente Próximo, uno de esos personajes que no desean otra cosa que estar en acción, atraídos por lo que se ha denominado «la terrible belleza de la guerra». Desde mi época de novato bajo las alas de heroicos corresponsales como Sefton Delmer, Rene McCall y Richard Killian, yo sabía que correr grandes riesgos no formaba parte del trabajo. Tal como Killian me dijo en una ocasión: «Una cosa es parecer sereno bajo el fuego y otra totalmente distinta y francamente idiota es buscarlo de entrada.»

Algunos de mis deberes romanos consistían en recorrer el «circuito de embajadas» e informarme de las diversas versiones diplomáticas sobre lo que estaba pasando o iba a pasar en la cuenca occidental del Mediterráneo. Así fue como conocí a Bill. Tomamos un café cerca de la escalinata de la Piazza di Spagna, que se fue alargando hasta la hora de la comida, durante la cual le confesé que mi suegro había sido agente del MI6 y había dirigido una trama de espionaje en las dos Alemanias de la posguerra mundial. Bill sonrió y me dijo que ya lo sabía.

No era exactamente un hombre guapo; los ángulos de su rostro no acababan de formar un todo atractivo. Tenía la barbilla demasiado prominente y los ojos excesivamente juntos, lo que le confería un teatral aspecto amenazador. Resultaba más favorecido cuando se encontraba en movimiento, desmigajando un panecillo para echarlo en la sopa o utilizando el índice para remarcar alguna observación.

Durante los primeros encuentros comentamos las similitudes entre el periodismo y el espionaje: ambas profesiones viven de la información y de unas fuentes que pueden ir de lo más elevado a lo más abyecto. Ambas dependen de la confidencialidad, sin la cual se evaporan las fuentes y no aparecen otras nuevas para sustituirlas. En nuestros respectivos trabajos obteníamos información de acuerdo con unas órdenes. Las más

procedían de un redactor jefe; las de Bill, de algún hombre de la CIA en Langley. Una noche, ante una botella de Frascati, cerca del Panteón de Roma, Bill señaló que ambos debíamos ser convincentes y estar dispuestos a contar mentiras mientras íbamos en pos de la verdad. No se me ocurrió mejor descripción de nuestro oficio. Coincidimos en que algunas veces entendíamos mal las cosas. En mi profesión esto no acostumbraba a tener la menor importancia. En la de Bill podía desencadenar alguna de esas pequeñas guerras tan latosas.

A medida que fui conociéndolo, me di cuenta de que Bill cultivaba pequeñas excentricidades que exhibía como medallas. Se ponía corbatas que nunca acababan de combinar bien con la camisa o la americana, y durante un tiempo llevó un largo abrigo de cuero con el que parecía un extra salido de una película de guerra. Su mayor preocupación era que le brillaran siempre los zapatos; era incapaz de pasar ante un limpiabotas sin detenerse para que le diera más lustre.

En Roma empezamos a vernos regularmente. Por lo general, Bill aparecía con dos o tres funcionarios de la embajada y la conversación era tan buena como la comida. Una noche llegó con William Colby, un hombre callado y comedido, con la actitud inquisitorial propia de un miembro de la Compañía de Jesús. Preguntó poco pero escuchó mucho. Más tarde, Bill me contó que Colby había saltado en paracaídas sobre la Francia ocupada por los alemanes en 1944, a los veinticuatro años, cuando ya era todo un comandante de la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos precursora de la CIA. Tras la guerra siguió combatiendo a los fascistas en Italia, ya como uno de los primeros miembros de la CIA.

Durante aquella cena, Bill escogió como tema de conversación los grandes escándalos protagonizados por espías durante la Guerra Fría: Los secretos que había revelado Klaus Fuchs sobre la bomba atómica estadounidense y el modo en que Guy Burgess y Donald MacLean habían puesto en peligro a los agentes del MI5 y el MI6. Señalé que el nombre de todos ellos se había convertido en sinónimo de traición y doblez, y Buckley sonrió ante mi observación. Aquella sonrisa llegaría a serme familiar.

Con el tiempo me he hecho una idea más completa de él. Bill era muy agudo. En una ocasión comentó que la única manera de escribir sobre el espionaje era «escuchando los siseos de las gachas». Era un modo sucinto de describir su actitud ante una escaramuza mortal en un callejón sin nombre, el sobresalto cuando saltaba por los aires un agente o una red, el descubrimiento de una operación encubierta capaz de destruir años de trabajo construyendo puentes políticos, un fragmento de información mundana que completaba un rompecabezas concreto y oculto. Más tarde, cuando nos conocimos mejor, me convenció de que el espionaje es la clave que nos permite comprender por completo las relaciones internacionales, la política mundial y el terrorismo.

Al final llegaría a saber muchas cosas sobre Bill, su vida y su época.

Bill Buckley nació el 31 de mayo de 1928 en Medford, Massachusetts. Su padre era agente de bolsa; su madre lo educó, junto con sus dos hermanas, en el respeto a la autoridad, el deseo de conseguir buenas notas y el amor a su país. La familia, religiosa pero no devota, era un claro caso de católicos partícipes de la ética protestante que asistían a misa los domingos y las fiestas de guardar. Si en algo se distinguía aquella vida era en ser especialmente soporífera. Mamá y papá querían que a sus hijos les fuera bien en la vida, encontraran un trabajo seguro y se casaran con jóvenes de buenas familias de clase media parecidas a la de los Buckley.

Desde muy pronto el padre de Bill trazó el camino de su hijo, basado en el ejemplo de su vida decente y buena, plena del espíritu abnegado típico de Nueva Inglaterra, y en la firme creencia de que el éxito sólo puede conseguirse mediante el trabajo duro y la más estricta probidad. En ese mundo, Bill estaba destinado a cursar humanidades y seguir estudiando hasta adquirir una buena base para los negocios. Más tarde pasaría a colaborar con su padre. En un momento u otro encontraría a la muchacha de su vida, se casaría con ella y seguiría el camino marcado por su padre. Con suerte, así se garantizaría la aparición de numerosos Buckley que votarían a los republicanos y darían orgullosas muestras de patriotismo y fe en Estados Unidos.

Bill tenía otras ideas. Ya de pequeño había dado muestras de interesarse por la intriga y de poseer una nítida conciencia de lo que estaba bien. Leía con avidez cómics, periódicos, revistas y libros que le sirvieran para profundizar sus conocimientos sobre la guerra. Al principio de la adolescencia era capaz de dar conferencias a sus compañeros sobre los entresijos de las grandes batallas de la Primera Guerra Mundial; a los quince años sabía más sobre la filosofía de Napoleón o de Wellington que sus profesores.

En casa jugaba a la guerra en el suelo de su dormitorio y dedicaba horas enteras a desplegar ejércitos de soldados de plomo. Los soldaditos, alineados en pulcras hileras, caían bajo los cañones ocultos entre las patas de la cama y de la cómoda. Después los resucitaba trabajosamente para comenzar nuevas batallas.

Su obsesión por la guerra y la política que la creaba era puramente personal, pues nadie en su familia sentía el menor interés por ninguno de ambos temas.

En junio de 1945, Buckley se alistó en el ejército de Estados Unidos como soldado raso. Le parecía un deber patriótico. Su única decepción fue que llegó demasiado tarde para entrar en combate pues Japón se rindió cuando apenas hacía dos meses que había entrado en el campamento de entrenamiento.

Cuatro años más tarde, cuando ya era oficial, empezó la Guerra de Corea. Buckley fue de los primeros en conducir a su generación a la mugre y el desbarajuste asiático. A los pocos meses ganó la primera Estrella de Plata, la medalla al valor que concede el ejército, por destruir en solitario un nido de ametralladoras. Poco después lo ascendieron a capitán. No tardaron en llegar dos Corazones Púrpura por las heridas recibidas en combate. El primero lo obtuvo por destruir otro nido de ametralladoras norcoreano, pese a haber recibido un disparo en el brazo. El segundo cuando condujo a sitio seguro a su sección, apartándola del campo de batalla, y luego regresó al combate, donde disparó con una ametralladora contra el enemigo, causándole numerosas bajas.

Aquella noche se emborrachó y bailó hasta el amanecer en un burdel. A partir de entonces lo llamaron el Hombre de Acero.

A finales de 1953 regresó de Corea, sin saber muy bien qué hacer. Sus superiores habían insistido en que se dedicara a la carrera militar, pero nada le garantizaba que apareciera otra Corea para satisfacer su ansia de acción.

En aquella época la CIA buscaba hombres a los que formar para operaciones encubiertas, soborno de funcionarios extranjeros y asesinatos. Necesitaba agentes que comprendieran que, tras la Guerra de Corea, la amenaza comunista debía analizarse a escala mundial. La CIA consideraba que le correspondía el papel de contener e impedir aquella amenaza y quería agentes que supieran en qué momento debían cargar contra el enemigo. La CIA quiso que Bill Buckley formara parte de aquel instrumento secreto y letal de la política extranjera de Estados Unidos.

En marzo de 1954 citaron a Buckley en Langley. Allí, en una sala de reuniones con las paredes pintadas de color crema, amueblada únicamente con dos sillones, el encargado de reclutamiento le hizo una proposición. Si Buckley accedía a someterse a una serie de tests y a un duro curso de entrenamiento especial, lo contratarían como agente de operaciones. Le dijeron que se tomara el tiempo necesario para decidir, porque el compromiso sería duradero. Bill Buckley no lo dudó un instante y aceptó en el acto.

A los tres días lo enviaron a la escuela de formación en Fayetteville, en Carolina del Norte. De aquella época diría: «Fue muy dura. Todo el tinglado estaba pensado para determinar en qué condiciones mentiría una persona y qué la llevaría a decir la verdad, para poner a prueba la capacidad de los que tenían que trabajar sobre el terreno. Lo aprendí todo sobre buzones mortales, cómo intervenir teléfonos o enviar mensajes con tinta invisible. Era bastante básico. Había también mucha cuestión física, como que te hicieran levantar de la cama, te llevaran para interrogarte o te mantuvieran encerrado a solas. Cosas de esas que se suponía que harían los rusos o los chinos si nos echaban el guante.»

Fue el único de su clase en superar el examen.

Años más tarde recordaría la inmensa «sensación de orgullo y triunfo» que experimentó la primera vez que entró en el vestíbulo principal de Langley y se detuvo para examinar el emblema de la Agencia incrustado en el mármol del suelo. Era un águila inserta en un círculo, en la parte superior del cual aparecían las palabras «Central Intelligence Agency», y en la parte inferior «United States of America». Al instante sintió que aquél era su sitio.

Lo esperaba un hombre que fue haciéndole algunas indicaciones por el camino mientras lo acompañaba a su despacho. En el primer piso estaba la biblioteca y una pequeña enfermería, junto con la caja cooperativa de los empleados, la oficina de viajes y el servicio de mecanografía. También había una cafetería dividida nítidamente en dos áreas, ambas vigiladas por agentes armados. Una de las zonas estaba destinada a comedor del personal, y todos tenían que enseñar una tarjeta de identificación para entrar. La otra mitad era para los visitantes, que entraban y salían siempre escoltados. Como todos los empleados, pagaban lo que consumían.

El acompañante de Buckley le explicó cómo funcionaban los ascensores. Uno de ellos era para uso exclusivo del director; únicamente él tenía la tarjeta que le permitía acceder al ascensor para ser conducido rápidamente al piso más alto. Los otros ascensores sólo se detenían en determinados pisos, entre los que se encontraban los de la sección de historia o las oficinas del jefe del equipo jurídico y de sus empleados. Buckley había sido destinado al Directorate of Operations, la vertiente clandestina de la Agencia. Empezaría a trabajar como analista. Esperaba un trabajo más dinámico pero no se sintió defraudado. Tenía la sensación de que ya llegaría su momento.

Le dieron una guía de teléfonos internos —tras firmar el correspondiente recibo— y le advirtieron que al salir del despacho cerrara siempre con llave. Aquél fue el primer contacto con la burocracia que impregnaba la Agencia: debía informar a un superior de cada paso que daba.

Tras varios meses «mordiéndome las uñas», lo trasladaron al Department of Science and Technology para un proyecto llamado MK-ULTRA que tenía como objetivo el estudio de medios para controlar la conducta humana y que se encontraba bajo el control general de Sidney Gottlieb.

«Gottlieb era el gran hechicero, y yo me convertí en su aprendiz», contaría Buckley años más tarde.

El MK-ULTRA siguió sus pasos a todos sus destinos: Europa, África, Asia y Oriente Próximo. Sus experimentos con drogas, hipnosis y otras técnicas de modificación de la conducta llegarían a obsesionarlo, pero nada le resultaría tan inquietante como el papel que desempeñó como enlace entre Gottlieb y el Allan Memorial Institute de Montreal, Canadá, donde el MK-ULTRA cometió las mayores violaciones de conducta ética.

Durante las cenas en Roma o las reuniones en el apartamento que había alquilado a escasa distancia de Columbus Circle, en Washington, Buckley empezó a hablarme cada vez con mayor sinceridad sobre aquella época y a describirme las personalidades involucradas. Me reveló la historia de un programa de espionaje que se llevó a cabo sin control alguno debido a que, por increíble que parezca, no debía rendir cuentas ante el gobierno. Al final terminó por amenazar el corazón mismo del sistema democrático. Mientras me lo contaba, Buckley no tenía la sensación de estar denunciando prácticas corruptas en su organización; «sólo quiero que lo entiendas bien», decía. Con frecuencia utilizaba esta frase para intentar racionalizar lo que había visto y aquello en lo que había participado.

Buckley tenía la capacidad de demostrar que la acción no puede esperar a la certidumbre y que la motivación y el engaño forman parte esencial de este oficio. Estas convicciones le habían granjeado el aprecio del director de la CIA, William Casey. Lo que empezó como respeto mutuo fue transformándose en sincera amistad. Buckley se convirtió en el ayudante especiar de Casey y lo acompañaba en sus viajes a los puestos avanzados de la CIA, la mayor parte de los cuales se encontraban en Oriente Próximo. Esas visitas avivaron un viejo fuego en el ánimo de Bill Buckley: el deseo de regresar a la acción.

En junio de 1981 lo nombraron jefe de la delegación de la CIA en *El* Cairo, donde volví a encontrarlo. Era ya un hombre de mediana edad al que seguía gustando vestir bien, y me habló con afecto de Casey y de la vida en la Agencia. La conversación derivó hacia mi siguiente libro. Después de contarle mis proyectos, me dirigió una larga mirada y me preguntó:

—¿Te refieres a lo que sucedió en Montreal con el doctor Cameron?

—Sí, entre otras cosas.

—La posibilidad de controlar la mente ajena es el sueño de cualquier servicio de espionaje —señaló Buckley.

—Cuéntame —le dije—. Cuéntame cosas del doctor Gottlieb.

Hablamos durante un rato y quedamos en vernos de nuevo a los pocos días en el hotel Semeris de El Cairo, pero cuando más tarde llamé a la embajada de Estados Unidos, me dijeron que estaba «fuera».

Tardaría un año en volver a verlo. Nos encontrábamos entre una multitud de marines en los muelles de Beirut, contemplando cómo los hombres de la OLP abandonaban la ciudad, expulsados por los cazabombarderos israelíes que habían convertido en ruinas barrios enteros de Beirut. Ronald Reagan, el nuevo presidente que ocupaba la Casa Blanca, había garantizado a Yasir Arafat que podría salir sin peligro, y Buckley estaba allí para observar si los israelíes no atacaban a la OLP mientras sus hombres zarpaban hacia Túnez. Le dije que, vestido con un traje de lino, botas bajas de cuero y rostro tan bronceado, parecía el típico agente de la CIA.

—Hacía mucho tiempo que no estaba en un lugar tan fantástico como Beirut —me contestó con una amplia sonrisa.

Sin embargo, poco después tuvo que abandonar la ciudad. Casey lo llamó a Langley para dirigir la unidad antiterrorista del gobierno de Reagan. De hecho, Buckley sería responsable de la política de la CIA respecto a dónde y cuándo combatir a los terroristas en todo mundo.

En marzo de 1983 yo me encontraba en Washington, continuando con mis investigaciones preliminares sobre el control psíquico, y me reuní con Buckley en su piso. Apenas habíamos empezado a ponernos al día sobre lo sucedido desde que nos habíamos visto por última vez cuando las noticias de la noche anunciaron que un grupo terrorista islámico había hecho estallar una enorme bomba frente a la embajada de Estados Unidos en Beirut. Entre los dieciséis estadounidenses fallecidos se encontraban varios agentes de la CIA. Uno de ellos era Robert Ames, el jefe de la sección del Mediterráneo oriental, que sólo llevaba allí veinticuatro horas.

Buckley tomó el coche y se fue inmediatamente a Langley. A los pocos días estaba otra vez en Beirut. Pero antes de abandonar Washington encontró un momento para llamarme por teléfono. Quería saber cómo avanzaba mi proyecto sobre el control psíquico. Le contesté que todavía era demasiado pronto para saberlo. Se produjo una pausa.

—Mira, tal vez te interese: los israelíes dicen que los de Hezbolá están adoptando métodos más complejos. Han contratado a un médico formado por los soviéticos en el control psíquico. Si me entero de algo, ya te lo

contaré...

Ésas fueron las últimas palabras que me dijo William Buckley.

A lo largo de este tiempo he pensado con frecuencia en escribir la historia de los treinta años que pasó Bill al servicio de la CIA, gracias a los cuales se convirtió en uno de los agentes más veteranos, pero siempre se ha colado algún otro proyecto. Más tarde me di cuenta de que, aunque creía tener la materia prima —las notas que tomaba de lo que él me contaba y lo que contaban otras personas que lo habían conocido—, no sabía cómo hacer justicia a un hombre que en muchos sentidos era único. Porque Bill era un ser excepcional.

Finalmente, en 1999, mi amigo Kevin Barker, director y productor cinematográfico, me dijo que nada le gustaría tanto como llevar al cine la historia de Bill. Contaba sin duda con todos los elementos que podría desear un cineasta: conflictos y enfrentamientos, protagonistas formidables y un héroe de los que ya no quedan. Así que accedí a escribir un esquema del guión.

Pronto me di cuenta de que cuanto más intentaba limitar la historia de Bill a ese marco, más crecía. Era como si Bill estuviera detrás de mí, diciéndome: «Eh, no te olvides de eso», o bien «Recuerda que sucedió lo que yo te había dicho.»

Abandoné el esquema del guión y me embarqué en este libro. Las últimas palabras de Bill me parecían un buen punto de partida, pero al investigar todo lo que pude sobre el médico que había mencionado, comprendí la terrible ironía del destino de Bill.

El doctor Aziz al Abub había aprendido a moverse con rapidez y cautela en sus desplazamientos diarios por Beirut. Variaba de ruta y medio de transporte por la ciudad: algunas veces tomaba un taxi, otras se trasladaba en autobús. Cuando sabía que las calles estaban atestadas de gente, caminaba por Beirut Oeste; se sentía seguro porque aquel sector de la ciudad estaba bajo el total control de Hezbolá.

Sabía ya que los estadounidenses de la embajada, situada en el barrio Este de Beirut, querían matarlo. Al hombre que tenía la misión de asesinarlo, todos lo llamaban Valí.

Durante la última reunión del consejo directivo de Hezbolá a la que había asistido el doctor Al Abub, los embajadores iraníes en Siria y Líbano —a través de cuya mediación llegaban los abundantes fondos de Teherán para financiar Hezbolá— hablaron largamente de Bacli. Los enviados también servían de vía de comunicación entre Irán y la organización, de modo que los miembros de Hezbolá iban a Irán para recibir entrenamiento y entraban armas en Beirut bajo protección diplomática. El armamento llegaba en camiones.

Hezbolá, fundado en 1982, comprendía una serie de grupos fundamentalistas radicales unificados en una organización política, social y militar muy cercana a la ideología y militancia de la revolución iraní. El objetivo inmediato de Hezbolá consistía en eliminar toda la influencia occidental del Líbano y destruir a Israel por todos los medios posibles. El objetivo final era crear una república islámica mundial dirigida por religiosos chiitas. Desde el momento de su fundación, se había convertido en la organización terrorista más peligrosa de Oriente Próximo. Aquel día de marzo de 1984 contaba ya con diez mil «luchadores de la libertad» con dedicación exclusiva y había establecido una red de células de apoyo en Europa, Estados Unidos, Reino Unido y Canadá.

Lo que distinguía a Hezbolá de otros grupos terroristas era la amplitud de sus proyectos, como confirmaban todas las operaciones que había llevado a cabo. El jeque Mohamed Husein Fadlálá, miembro del consejo directivo de la organización y líder espiritual del movimiento, insistió desde el principio en que sus proyectos debían estar a la altura del modo en que Israel dirigía sus operaciones. Cualquier ataque requería su aprobación previa. Antes de que reclutaran al doctor Al Abub, había insistido en que examinaran cuidadosamente sus antecedentes para determinar si compartía el mismo gran odio por toda influencia contraria a la ideología de Hezbolá, y ahora el médico formaba parte de las tácticas de este movimiento en el Líbano.

Aunque el cabello con entradas y los hombros encorvados le conferían un aire de hombre mayor, aquel día de marzo aún le faltaban algunas semanas para cumplir treinta y un años. Su aspecto físico no permitía imaginar que había sido la figura más destacada de los *pasdaran*, los guardianes de la revolución de la escuela de medicina de la Universidad de Teherán. Había comprado en Moscú el traje oscuro que llevaba siempre, cuando el director de la facultad de medicina lo eligió para cursar estudios de posgrado en la Universidad Patrice Lumumba de la ciudad. Esta universidad, fundada en 1960 por Nikita Jruschov, se especializó en adoctrinar a estudiantes del Tercer Mundo en el modo de vida soviético. Entre el cuerpo docente había una serie de químicos y médicos del KGB que se convirtieron en tutores del doctor Al Abub en las últimas técnicas de lavado de cerebro. Desde Moscú viajó directamente a Beirut, llevando consigo toda una serie de drogas.

Su misión consistía en mantener vivos a los rehenes secuestrados por Hezbolá para obtener un rescate, o por motivos políticos. La mayoría eran ricos libaneses, pero en fechas recientes el doctor Al Abub había «cuidado» a otros «pacientes», como Frank Regier, profesor universitario estadounidense, Christian Joubert, ingeniero francés, y Jeremy Levin, responsable de la CNN en Beirut. Sin embargo, estos secuestros no habían acercado Hezbolá a su meta.

Durante aquella reunión del consejo directivo también se habló de este fracaso. El jeque Fadlálá planteó la cuestión de qué más podía hacerse para forzar a Estados Unidos a acceder a las exigencias de Hezbolá.

Los embajadores sacaron copias de la lista que poseía el gobierno libanés con los nombres de los diplomáticos extranjeros acreditados en el país y las distribuyeron entre los miembros del consejo, los cuales centraron su atención en los nombres de los diplomáticos estadounidenses que aún permanecían en Beirut.

El jeque Fadlálá recordó a todos que los que trabajaban para el Gran Satán tomaban muy en serio su seguridad. Cuando salían del recinto diplomático, viajaban escoltados por *marines* fuertemente armados.

Sin embargo, había una excepción: Valí. En la lista de los diplomáticos se le atribuía el cargo de jefe de protocolo, un puesto sin importancia, pero la unidad de espionaje de Hezbolá, cuyos miembros se habían formado en Irán, había llegado a la conclusión de que Valí trabajaba para la CIA. Sólo así se podían explicar sus movimientos por la ciudad, sin protección visible, mezclándose con la gente y apareciendo en los lugares más inesperados. Un hombre tan seguro de sí mismo por fuerza tenía que ser espía.

Más tarde se supo en las calles de Beirut Oeste que los dos embajadores habían declarado que había

llegado a sus oídos que los norteamericanos estaban decididos a capturar o matar al doctor Al Abub porque creían que maltrataba a los rehenes, y que habían encomendado esa tarea a Valí.

En una respuesta típica de Hezbolá, el jeque Fadlálá dispuso de inmediato que los imanes terminaran los rezos del viernes en las mezquitas de la ciudad maldiciendo al Gran Satán por enviar tal persona a Beirut.

Debido a la importancia del doctor Al Abub, Fadlálá también le ofreció protección, pero éste la rechazó con el argumento de que sabía defenderse.

Llegado ese momento, el consejo directivo autorizó la operación más ambiciosa de Hezbolá hasta la fecha: secuestrar a Valí. De ese modo el doctor Al Abub utilizaría su conocida habilidad para obligar a escuchar al Gran Satán.

Transcurrido un mes de esa reunión, el doctor Al Abub asistió a otro encuentro con el consejo para que le dieran cuenta de los progresos del plan.

A su alrededor todo mostraba que Beirut, en otros tiempos orgullo de la colonización francesa, se deslizaba día a día hacia el Tercer Mundo. El mercado negro y la inflación crecían de modo incontrolado. El hundimiento del nivel de vida había producido un efecto debilitador sobre una población obligada a vivir estrechamente unida a

Hezbolá. Sobre la gente flotaba un hedor que rivalizaba con el de la muerte: el olor amargo y penetrante de la derrota de los vivos.

Los miembros de Hezbolá llevaban tiempo acostumbrados a la pobreza. Estaban dispuestos a ver tambalearse la ciudad, e incluso todo el Líbano, hacia una depresión irreversible, desde cuyas profundidades difundirían sus doctrinas extremistas. El doctor Al Abub estaba allí para facilitar el camino, por ello podía caminar seguro y sentirse inmune en la ciudad más peligrosa del mundo.

Las calles eran mitad campo de batalla, mitad solar en demolición. Las barricadas cortaban el tráfico, los coches tenían que esquivar bidones llenos de cascotes entre los que se señalaba el camino con cintas negras, el color de Hezbolá. Grupos de jóvenes tocados con *kefias* y vestidos con restos de trajes militares de faena vigilaban las barricadas.

Tras cada una de ellas había un brasero, cazos, cajas de frutas y verduras y panecillos: los jóvenes vivían y dormían allí y, en caso necesario, morirían defendiendo el puesto. A cambio de ello recibían el equivalente a tres dólares mensuales, un generoso salario en mitad del colapso económico del Líbano.

Según se creía en Beirut Oeste, el doctor Al Abub disfrutaba de una cantidad varias veces superior, además de un piso y un coche. Tales símbolos de posición social, sumados a su educación y sus modales autoritarios, lo distinguían todavía más de la comunidad, que lo contemplaba con un respeto cercano a la reverencia y el temor. Todo el mundo sabía que tenía poder de vida o muerte sobre los rehenes y que lo ejercería sin vacilar un instante.

El maletín del médico contenía drogas capaces de quebrar la resistencia del prisionero más duro, y la habilidad con que las utilizaba formaba parte de una campaña cuya terrible culminación eran las cintas de vídeo de los rehenes que Hezbolá había empezado a distribuir entre los medios de comunicación. Las cintas estaban ideadas para forzar a los gobiernos a acceder a las peticiones de los secuestradores, pero hasta el momento la presión no había tenido éxito.

Sin embargo, el aviso de que los estadounidenses habían identificado al doctor Al Abub como objetivo que debían eliminar le había conferido una categoría de héroe popular, y sabía que en las profundidades de Beirut Oeste se encontraba a salvo, porque Valí nunca se atrevería a ir por ahí.

A ambos lados de la calle por la que avanzaba había edificios en ruinas convertidos en vertederos de coches calcinados y de basura. Lo único que quedaba de la embajada de Estados Unidos, destruida por el coche bomba que había causado sesenta y tres muertos, era un montón de cascotes. Los estadounidenses que sobrevivieron se trasladaron a un recinto situado en el sector Este de la ciudad.

Aquellos fueron días emocionantes para los jóvenes terroristas, cuando gritaban que ellos serían los próximos en morir.

No obstante, hacía ya tiempo que la habilidad del doctor Al Abub había sustituido a sus acciones. Mientras que el método de los jóvenes entablaba una relación directa con el enemigo, el suyo era mucho más sutil y nadie ponía en entredicho la moralidad de sus actos, como les sucedía a los terroristas suicidas. Antes de que se les permitiera lanzar sus ataques se debatió intensamente si merecían la absolución pues iban en contra de la prohibición islámica del suicidio.

En las mezquitas, los hombres religiosos entablaron vivas discusiones. Los conservadores insistían en que en la ley religiosa no había ninguna base que permitiera justificar los ataques suicidas, pero otros estudiosos más radicales repasaban el Corán y extrapolaban la idea de que la opresión hace que el oprimido descubra



nuevas armas y fuerzas. Este argumento se rebatía con la afirmación de que el terrorismo suicida era en sí mismo tan dramático que llegaba a oscurecer el objetivo real del ataque: la atención mundial se centraba en el terrorista más que en su ideología. Hezbolá recibía acusaciones de utilizar a jóvenes desequilibrados que, como los *kamikazes* japoneses de la Segunda Guerra Mundial, acudían al encuentro de la muerte drogados o en estado de fervor religioso.

Los partidarios de los ataques suicidas alegaban que, si bien era perfectamente correcto que el doctor Al Abub y otros médicos facilitaran pastillas estimulantes a los conductores suicidas, y los imanes les ofrecieran oraciones sobre la gloria de la muerte antes de una misión, el mero hecho de que hubiera jóvenes deseosos de ser los siguientes en morir indicaba que era la voluntad de Dios lo que los motivaba.

Los dos periódicos de Hezbolá, *As Sabi* y *AlAhd*, habían apoyado los ataques suicidas, alabando el sacrificio y destacando el hecho de que desde el exterior de la comunidad chiíta nadie comprendía semejante entrega. Los periódicos escribían en sus editoriales que no había la menor diferencia entre un joven combatiente que moría con un arma en la mano y otro que lanzaba un camión lleno de explosivos contra un objetivo: ambos tenían asegurado un lugar en el cielo porque su sacrificio hacía avanzar la causa común.

Para las familias se había convertido en una cuestión de honor aportar un hijo a ese sacrificio, y algunas veces incluso una hija: en muchas ocasiones las chicas levantaban menos sospechas y tenían mayores probabilidades de llegar al objetivo, y lo cierto era que habían demostrado ser tan valientes como sus hermanos. El nombre de los escogidos se recordaba a diario después de que el muecín llamara a los fieles a la plegaria a través de los crepitantes altavoces. Entonces, en el umbrío frescor de las mezquitas, se alababa a los atacantes suicidas y se mantenía viva su memoria. Las almas de los hijos de Hezbolá no necesitaban más.

Mientras se adentraba en Beirut Oeste, el doctor Al Abub observó que habían empezado a aparecer las atalayas de los jóvenes, las cuales alzaban una orgullosa silueta sobre el sol ascendiente. Más abajo, las calles se iban llenando de gente y los vendedores se preparaban para otro día. Todos se apartaban a su paso: el maletín negro del médico era mayor símbolo de victoria inminente que cualquier acto espectacular de destrucción.

Mientras avanzaba por calles en las que sólo el alba y el ocaso eran predecibles, acompañado de la llamada del muecín, el doctor Aziz al Abub daba por hecho que, sin la intervención de Israel, Hezbolá habría tenido más dificultades para convertirse en la fuerza más poderosa del Líbano.

Los beirutíes recordaban el ataque israelí, producido tras meses de panfletos llenos de amenazas —que los emprendedores comerciantes locales habían recogido, unido y vendido como papel de valer— y una inundación de avisos por radio desde Tel Aviv que las emisoras de la ciudad habían aprendido a anular con interferencias. Aquel domingo por la mañana —6 de junio de 1982—, quince años después del día en que Israel lanzó un ataque preventivo contra Egipto para asegurarse la victoria en la Guerra de los Seis Días, sus ejércitos entraron majestuosamente en el Líbano. El pretexto fue el asesinato del embajador de Israel en Gran Bretaña. Unos pocos días antes, un pistolero árabe le había disparado en la cabeza a quemarropa a la salida de un hotel de Londres.

Al anochecer de aquel domingo, el cielo sobre Beirut Oeste ardía con el resplandor de los proyectiles y los cohetes israelíes. Decenas de miles de refugiados huyeron de la ciudad para escapar de las fuerzas de tierra israelíes. La condena internacional al feroz ataque israelí no los consolaba. La paz, tan frágil incluso en los mejores momentos de los años de luchas civiles libanesas —durante las que los cristianos libaneses habían combatido contra los musulmanes, y distintos elementos de la comunidad chiíta se habían vuelto unos contra otros para luchar, en más de una ocasión, por el mero control de una calle de Beirut Oeste—, saltaba en pedazos sangrientos mientras, hora tras hora, se oían las explosiones de las bombas israelíes.

Nadie sabrá nunca cuánta gente murió. Las mugrientas ambulancias con medias lunas verdes pintadas a los lados circularon día y noche a toda velocidad por las calles, primero en dirección a los hospitales con los moribundos, y después a los depósitos de cadáveres con los muertos.

Los hombres de la OLP estaban en todas partes y se distinguían por sus *kefias* a cuadros rojos y las pequeñas armas rusas. Se mezclaban con los soldados del Frente de Liberación Palestina y los combatientes del grupo islámico Amal. Hasta hacía poco habían sido enemigos encarnizados.

El jeque Fadlalá advirtió esta nueva unidad con una profunda satisfacción. Por terrible que fuera la matanza, diría más tarde, Dios la había ordenado. Esta tenía un propósito divino al cual él debía prestar voz humana. Ahora. Había llegado el momento.

Por ese motivo empezaron a reclutar gente, y así se propició la llegada del doctor Al Abub a la ciudad.

En pocas semanas Hezbolá había estimulado la imaginación de los que sufrían privaciones y había fomentado la creencia latente en que sólo la fe y la justicia islámicas eran puras: cualquier otra cosa equivalía al mal y debía ser destruida antes de que devorara al islam. En menos de un año contaban con miles de

seguidores, todos los cuales difundían la palabra con celo misionero por Beirut Oeste, hacia el fértil valle de Bekaa y el interior, y hacia los inhóspitos pueblos chiítas de la zona rural del sur. Llevaron hasta la frontera con Israel el mensaje de que la hora de la represalia islámica estaba próxima.

La voluntad de resistir fue creciendo a pesar del despiadado sitio que las fuerzas israelíes impusieron a Beirut.

Sentarse a tomar té azucarado en vasos diminutos mientras los misiles israelíes silbaban sobre las cabezas se convirtió en una cuestión de honor. Se juzgaba el valor de un hombre según se estremeciera o no ante el gemido de un avión israelí. Los niños aprendieron a controlar los gritos histéricos cuando las calles vibraban con el ruido, el suelo se alzaba y se desgarraba con los explosivos. Entonces empezaban los cantos: «¡Hezbollah! ¡Odio a Israel! ¡Hezbollah! ¡Odio a Estados Unidos! ¡Hezbollah! ¡Odio a Occidente! ¡Hezbollah! ¡Odio al mundo ajeno a nuestro mundo!»

Los religiosos de Hezbollah, henchidos por la sensación de llevar a cabo una misión sagrada, todos los viernes por la tarde pronunciaban el mismo mensaje inflexible. Después de que los fieles extendieran sus alfombras para rezar y se postraran tres veces —tocando el suelo con la frente y murmurando el nombre de Alá, Señor del Mundo, todo comprensión y compasión, Soberano Supremo del Juicio Final—, se ponían en cuclillas y escuchaban la lista de objetivos, cada vez más larga, que los guías religiosos leían en voz alta.

Junto con Israel y el Gran Satán —nombre que Fadlálá había dado a Estados Unidos—, la lista incluía a Arabia Saudí por no negarse a vender petróleo a Occidente y paralizarlo; al Papa por su apoyo a los libaneses cristianos; a los gobiernos de Francia y Alemania; a los representantes de los periódicos y medios de comunicación occidentales en Beirut, por sus informaciones sesgadas; a todos los cafés y tiendas del sector cristiano de la ciudad que vendían hamburguesas, ketchup y revistas extranjeras. En algunas ocasiones, el religioso podía tardar toda una hora en recordar a su congregación todos los productos extranjeros y dónde se vendían todavía en aquella ciudad profundamente dividida.

No terminaba ninguna diatriba sin recordar que la victoria final no sólo significaba la erradicación de todos aquellos males, sino que ésta exigía enfrentarse y derrotar a las tropas apostadas más allá de las reducidas fronteras del Líbano. Se decía siempre que los adversarios estaban dirigidos por Estados Unidos e Israel. En el pensamiento del doctor Al Abub, un hombre personificaba sin duda todo lo odiado: Valí.

Aquella mañana del viernes 14 de marzo de 1984, William Buckley llevaba ya 346 días en Beirut. Estaba solo en su apartamento, situado en el décimo piso del edificio Al Manara, emplazado en las afueras del sector Oeste de la ciudad. A través de los ventanales del cuarto de estar se divisaban las montañas del Chuf y el mar Mediterráneo. Aquél iba a ser uno de esos días sublimes que compensaban a los escasos extranjeros que todavía vivían allí, pues la ciudad se había convertido en un lugar infernal e inestable.

Sin embargo, a aquella hora Beirut ofrecía su mejor aspecto. A los pies de Buckley, hasta donde abarcaba la vista, se alzaban cientos de alminares en forma de espiral, y brillaban ya bajo el sol las filigranas de los balcones de las mezquitas, ribeteados en hierro forjado. Desde esos balcones, los altavoces no tardarían en llamar a los fieles a sus primeros rezos.

Algunas calles discurrían largas y rectas, bulevares magníficos, recuerdo de la época en que predominaba la influencia de Francia en la ciudad; aún se conservaba su lengua, pero sólo se hablaba en el barrio cristiano. En las calles que rodeaban el bloque de pisos de Buckley —estrechas y tan curvas que algunas veces volvían sobre sí mismas—, imperaba un árabe gutural.

Aproximadamente una hora después —hacia las siete—, el estruendo de las voces y del tráfico quebraría de nuevo la paz. Así como Roma debía su sonoridad característica al tufo, la piedra caliza de las construcciones, la ola de la marea de sonidos humanos y mecánicos reverberando contra los edificios contribuía a crear el carácter único de Beirut.

A pesar del tamaño del piso —cuatro dormitorios, comedor, sala de estar, un cubículo para el servicio—, Buckley se había empeñado en llevar la casa él mismo, pues no soportaba la idea de que alguien hurgara en sus pertenencias. Estaba rodeado de las pruebas de su fracaso en la empresa: había platos olvidados por todo el cuarto de estar, y la bolsa de la ropa sucia desbordaba.

Buckley se había levantado antes del alba como de costumbre. Era su hora preferida para «pensar y trazar estrategias».

Sin duda tenía motivos para estar preocupado, como cada día desde que había llegado al Líbano. Sus intentos por cultivar informadores y obtener datos sobre las distintas facciones políticas del Líbano sólo habían obtenido un éxito parcial; su sistema de aproximación, que le había sido útil en Vietnam, no siempre funcionaba con los contactos árabes, y creía que eso se debía en parte a que aún le costaba comunicarse en su lengua.

Conservaba sin embargo la valentía personal que lo había caracterizado durante la época de Vietnam. A los pocos días de su llegada a Beirut estalló un combate entre dos grupos chiítas que reclamaban el control de la zona en la que estaba su piso. Bajó de inmediato a la calle y exigió a ambos bandos que abandonaran las armas. Después de que lo hubieran hecho, invitó a los jefes de la milicia a tomar café en un establecimiento cercano. En otra ocasión, él y un colega de la embajada se encontraron bajo el fuego de artillería cuando iban a comer. Mientras las bombas estallaban muy cerca, Buckley aparcó tranquilamente y entró en el restaurante, donde encontró a los comensales escondidos bajo las mesas. Con toda calma pidió la comida para él y su compañero y la fue a buscar a la cocina.

Semejantes alardes de valor impresionaron a los árabes, pero también atraieron las miradas sobre él y le valieron una reprimenda del embajador por exponerse a un riesgo innecesario.

En la embajada nadie sabía que Buckley corría esos riesgos deliberadamente: era el modo de conseguir acceso a la comunidad árabe y ya había empezado a notar los beneficios. Últimamente los informes enviados a Langley contenían datos secretos muy concretos sobre los planes de Hezbolá. También había comenzado a reunir información valiosa sobre Fadlálá y otros jefes religiosos: sus movimientos por la ciudad, el número de guardaespaldas que llevaban, los coches que utilizaban. Al tiempo que recopilaba esos datos, iba reuniendo más documentación sobre el doctor Aziz al Abub.

El médico había llegado a Beirut el sábado 15 de marzo de 1982. Se había graduado en la Universidad de Teherán a finales de 1978 y había hecho el juramento hipocrático en los tiempos de una dinastía moribunda. Al sah del Irán sólo le quedaban unas pocas semanas en el poder. Algunas ciudades se habían convertido en ciudadelas cerradas y controladas por los religiosos del Ayatolá Jomeini. En un último y desesperado acto de ferocidad, el sah seguía llenando las cárceles de víctimas inocentes. Tal vez aquello estimuló al médico, que había jurado no hacer daño a nadie, a intervenir directamente en la anarquía. Al entrar en la facultad de medicina, se había integrado en los guardianes de la revolución, y un año después ya había sido elegido su representante en la facultad.

A finales de 1979, con el sah depuesto y el ayatolá Jomeini instalado en Teherán, comunicaron al doctor Al Abub, que trabajaba de interno en un hospital de las afueras de la ciudad, que le había sido concedida una beca para la Universidad Patrice Lumumba. En marzo de 1980 tomó un avión de Teherán a Moscú y pasó los

dos años siguientes cursando estudios de posgrado en Medicina.

Fue seleccionado para seguir el curso de técnicas de control psíquico, basándose en los métodos que se habían utilizado con éxito en los años cincuenta para lavar el cerebro de los prisioneros aliados durante la Guerra de Corea.

A pesar de lo que había aprendido durante los primeros años en la CIA, Buckley telefoneó a Sidney Gottlieb para ponerse al día en algunos asuntos. Aunque hacía once años que Gottlieb había abandonado la CIA, algunos colegas seguían llamándolo en busca de consejo. Fue Gottlieb quien colmó las lagunas de Buckley sobre el plan de estudios que se seguía en la Patrice Lumumba.

Probablemente, lo primero que le enseñaron al doctor Al Abub fue que el lavado de cerebro dependía de una presión psicológica cuidadosamente calculada. Esto incluía el uso de la repetición, el hostigamiento y la humillación. Los alumnos se turnaban para desempeñar el papel de «interrogadores» y «detenidos». Aquellos a quienes se les había asignado el papel de «prisioneros» debían memorizar textos comunistas cada vez más largos y complejos. A la primera señal de cansancio, falta de cooperación o incapacidad para contestar correctamente se les aplicaban técnicas de hostigamiento.

En algunas ocasiones, los tutores interrumpían al «prisionero» mientras comía y lo adoctrinaban sobre la necesidad de prestar atención. Cuando regresaba a la mesa, la encontraba vacía. Lo despertaban de madrugada y le pedían que repitiera fragmentos del texto que no había conseguido recordar antes. Era humillado con una técnica destinada ante todo a que sus compañeros se volvieran contra él. Los tutores explicaban a los compañeros del «prisionero» que también eran responsables de sus errores, de modo que éste se convertía, por lo menos de momento, en objeto de desagrado por parte del resto de la clase. Sólo cuando los instructores decidían que el alumno estaba a punto de derrumbarse escogían a otro para que lo sustituyera.

Unos expertos en conductismo analizaban las respuestas de cada uno de los estudiantes y les enseñaban el modo en que, con un poco más de presión, su mente podría haber quedado dañada. Entonces explicaban a los alumnos cómo alcanzar semejante efecto en los demás.

En la Patrice Lumumba, al doctor Al Abub también le enseñaron los pasos necesarios para aniquilar la personalidad de un individuo. Un factor clave era crear un estado de dependencia; alcanzada esa fase, la víctima se mostraba dispuesta a recibir la «salvación» de quienes habían pasado a controlar cada uno de sus actos.

Le enseñaron asimismo cómo sembrar el sentimiento de culpa en una víctima y cómo eso podía llevar a la destrucción de los principios de toda una vida, todo lo cual conduciría a un deseo cada vez mayor de confesar. Se le dijo que cuando una persona había abandonado así su pasado, debían estimularla para que aceptara nuevas creencias sustitutivas.

El doctor Al Abub habría recibido clases sobre cómo preparar a una persona para que manifestara ante una cámara de vídeo que admitía sus culpas y rogaba al mundo que reconociera la justicia de las exigencias de sus secuestradores. Sus tutores le explicaron que eso se podía conseguir mediante el uso de drogas que creaban desorientación, provocaban miedo, producían estímulos generadores de confusión y causaban fatiga y debilidad física.

Buckley sabía que esas eran las técnicas que el doctor Al Abub estaría utilizando con los rehenes encarcelados en Beirut Oeste.

Al principio de su estancia en Beirut, Buckley estableció contactos con un destacado *katsa* del Mosad, el agente destinado en la ciudad. En aquellos tiempos, la relación entre el servicio de espionaje israelí y la CIA era estrecha, pese a los rumores de que el Mosad había tenido noticias con antelación del ataque que se produjo el 23 de octubre de 1983, cuando un terrorista suicida de Hezbolá lanzó un camión contra el cuartel general del Octavo Batallón de Marina de Estados Unidos situado cerca del aeropuerto de Beirut, pero el Mosad negó con vehemencia que estuviera enterado de un ataque que mató a 285 *marines*.

No obstante, la relación entre el jefe de la CIA, que en aquel momento era William Casey, y el del Mosad, Nahum Admoni, era de respeto mutuo, lo que se traducía en una «cooperación por la puerta trasera», como la denominaba Casey. En una conversación con Buckley, Casey definió a Admoni como «un judío dispuesto a ganar un concurso de meadas en una noche lluviosa en Gdansk».

El *katsa* de Beirut era buen amigo de Admoni: habían ido al mismo colegio, el elitista Rejavia Gymnasium de Jerusalén, y compartían la misma pasión por los idiomas. El *katsa* había servido anteriormente en algunas de las ciudades donde Buckley también había trabajado en secreto, y eso facilitó la cooperación entre ambos.

Pocos días antes de aquella mañana de marzo, los dos hombres se habían dado cita en el café George Washington, situado en la costa de Beirut. El *katsa* entregó a Buckley un sobre en cuyo interior había una fotografía del doctor Al Abub, un hombre cetrino con entradas en el pelo. Buckley examinó la fotografía hasta que se consideró capaz de distinguir al doctor Al Abub en mitad de una multitud.

Era fundamental que pudiera hacerlo para llevar a cabo el plan que Buckley y el *katsa* estaban elaborando para rescatar a los rehenes extranjeros. Desde Estados Unidos enviarían a Tel Aviv a un grupo de boinas verdes, y desde allí navegarían, acompañados por las Fuerzas Especiales israelíes, en barcos cañoneros que los dejarían ante la costa de Beirut. Las embarcaciones aguardarían allí mientras el grupo se escondía entre las dunas, esperando la señal para avanzar.

Ésta llegaría cuando otros agentes del Mosad se hubieran infiltrado en la ciudad para colocar bombas frente a las viviendas del jeque Fadlálá y sus principales colaboradores. Los estallidos de las bombas y el pánico subsiguiente serían la señal para que las tropas apostadas en las dunas entraran en la ciudad y se reunieran con Buckley, el cual los conduciría hasta el doctor Al Abub y forzaría al médico a llevarlos hasta los rehenes.

Las cañoneras se acercarían a la orilla y los cubrirían con sus disparos mientras las tropas y los rehenes rescatados regresaban en lanchas a los barcos. Se llevarían consigo al doctor Al Abub para que fuera juzgado en Estados Unidos.

Aunque el plan era atrevido y peligroso, Buckley creía que el elemento sorpresa garantizaría el éxito. Además había llevado a cabo operaciones similares en Vietnam para arrancar de sus reductos a líderes del Vietcong. El día anterior, el 15 de marzo de 1984, el plan había recibido luz verde a través de una señal personal y codificada que William Casey le había enviado a Buckley.

Si las bombas no conseguían matar a Fadlálá o a sus hombres de confianza, William Buckley confiaría en algo que lo había acompañado a cada uno de sus destinos. Era el manual oficial de la CIA para llevar a cabo asesinatos, breve documento de ocho páginas escrito por el doctor Gottlieb poco después de entrar a formar parte de la Agencia. Su estilo, frío e inexpresivo, era tan escalofriante como los métodos descritos.

El documento empezaba con una definición:

«Según se cree, la palabra "asesinato" deriva del término "hachís", droga similar a la marihuana, que al parecer utilizaba Hasan al Sabbah para estimular a sus seguidores, encargados de ejecutar crímenes políticos y de otro tipo, normalmente a costa de sus vidas.

»En este texto se utiliza para describir la muerte planeada de una persona que no se encuentra bajo la jurisdicción legal del asesino, que no está físicamente en sus manos, que ha sido seleccionada por una organización para morir y cuya muerte supone ciertas ventajas para dicha organización.»

Las reglas de Gottlieb para llevar a cabo un asesinato eran igualmente explícitas:

«No se escribirán ni grabarán nunca las órdenes de asesinato. Las instrucciones y decisiones involucrarán al menor número posible de personas, y lo ideal es que impliquen a una sola.»

Las normas de Gottlieb en relación con las técnicas que había que usar eran bien claras, y la parte principal del manual aparecía en una sección muy explícita.

«Es posible matar a un hombre sólo con las manos, pero pocas personas son lo bastante hábiles como para hacerlo bien. Sin embargo, puede servir un martillo, un hacha, una llave inglesa, un destornillador, un atizador, un cuchillo de cocina, el pie de una lámpara o cualquier cosa dura, pesada y que esté a mano. Un trozo de cuerda o de cable, o un cinturón, también sirven si el asesino es lo bastante fuerte y ágil. Todas estas armas improvisadas tienen la gran ventaja de que están disponibles y de que no despiertan sospechas.

»En todos los casos en que el asesino pueda ser registrado, tanto antes como después del acto, no deben emplearse armas específicas.

El accidente fortuito es la técnica más eficaz. Cuando se ejecuta bien, causa poco revuelo y se investiga superficialmente.

»El asesinato más eficaz es una caída desde una altura superior a veinte metros sobre una superficie dura: huecos de ascensor, de escalera, ventanas o puentes sin protección. El acto debe ejecutarse sacudiendo al individuo repentina y enérgicamente por los tobillos e inclinándolo sobre el borde.

»Las caídas al mar o a ríos de corriente rápida pueden ser suficientes si el individuo no sabe nadar. Resulta más creíble si el asesino simula rescatarlo, de manera que no sólo se asegura de la muerte del sujeto, sino que al mismo tiempo establece una coartada útil.

»Si las costumbres del sujeto lo permiten, pueden utilizarse bebidas alcohólicas para preparar un accidente de cualquier tipo: las caídas cuando pasa un tren o el metro son eficaces, pero requieren precisión y es difícil que no haya testigos.

»Los accidentes de coche son un método de asesinato menos satisfactorio. Si se atropella de modo deliberado al sujeto, es necesario calcular bien el momento porque es posible que se lleve a cabo una investigación. La manipulación del coche del sujeto tiene escasas posibilidades de éxito. Cabe la posibilidad de emborrachar o drogar al individuo y después colocarlo en el coche, pero esto sólo funciona cuando puede lanzarse el vehículo por un barranco o a aguas profundas y sin testigos.

»Los incendios pueden provocar muertes accidentales si el sujeto está drogado y se abandona en el edificio en llamas. Pero no es fácil que dé buen resultado, a menos que el edificio sea muy combustible.

»Las drogas pueden ser muy eficaces en toda clase de asesinatos. Si el asesino tiene conocimientos médicos o de enfermería y el sujeto se encuentra bajo cuidados médicos, entonces el método es fácil. Una sobredosis de morfina administrada como sedante causa la muerte sin molestias y es difícil de detectar. Si el individuo utiliza drogas habitualmente, la dosis tendrá que ser mayor. En caso contrario, bastan 130 mr.

»Si el sujeto es muy bebedor, cuando pierda la conciencia podrá inyectársele morfina o un narcótico similar, y en tal caso es fácil que se atribuya la muerte a una intoxicación etílica aguda.

»Los golpes deben dirigirse a la zona situada justo debajo y detrás de la oreja y a la base del cráneo. Naturalmente, si el golpe es muy fuerte, cualquier parte de la zona superior del cráneo también sirve. La zona frontal inferior de la cabeza, la situada entre los ojos y la garganta, puede soportar golpes tremendos sin consecuencias mortales.

»Con frecuencia se utilizan las armas de fuego para los asesinatos, muchas veces de modo muy poco eficaz. Por lo general, el asesino carece de conocimientos técnicos sobre las limitaciones de las armas y espera de ellas mayor precisión y capacidad letal de la que poseen. Deberán emplearse armas con un poder destructivo que supere en un cien por cien lo considerado necesario, y el alcance del disparo previsto deberá ser equivalente a la mitad del que se crea adecuado para el arma.

»Nunca deben lanzarse sobre el sujeto bombas o granadas. Aunque causan una gran conmoción y pueden conseguir su muerte, no son precisas ni dignas de confianza, y además constituyen una mala propaganda. La colocación de un explosivo oculto permite emplear una carga de tamaño adecuado, pero requiere una previsión precisa de los movimientos del sujeto.

»Si se trata de explosivo de material de fragmentación, el mínimo deberían ser cuatro kilos y medio. El material puede consistir en cualquier clase de objetos duros, siempre que los fragmentos sean lo bastante grandes. Los fragmentos de metal o piedra deberán ser del tamaño de una nuez más que del de un bolígrafo. Las sustancias muy explosivas, tanto militares como comerciales, son prácticas para su uso en asesinatos. Hay que evitar los explosivos caseros o improvisados, pues aunque pueden ser potentes, resultan peligrosos y poco dignos de confianza. Los misiles explosivos antipersona son excelentes, siempre que el asesino posea conocimientos técnicos suficientes para lanzarlos adecuadamente. La carga debe colocarse de tal modo que la víctima no esté a menos de un metro ochenta de él en el momento de la detonación.»

Hasta la fecha, Buckley nunca había necesitado recurrir al manual de instrucciones. En la única conversación que había mantenido con Gottlieb sobre el tema, el científico señaló que la «eliminación» de unas cuantas personas le evitaría a Estados Unidos un montón de problemas. Más tarde Buckley recordó que, según Gottlieb, Dwight Eisenhower fue el primer presidente en aprobar el método del asesinato. También citó a Eisenhower como autor de lo que en Langley se conocía como el «concepto del desmentido convincente», según el cual «se hacen cosas que es mejor no intentar explicar».

Buckley sabía que dentro del Directorate of Clandestine Operations había una serie de «especialistas» en todas las técnicas que el manual de Gottlieb destacaba. No le cabía duda de que si llegaba el caso de escoger entre «matar o morir, mataría. Pero el asesinato a sangre fría... creo que me plantearía problemas».

Con toda probabilidad, la mañana de aquel viernes 16 de marzo de 1984 Bill Buckley siguió la rutina que se había convertido en parte de su vida.

En primer lugar colocó un disco de música clásica en el tocadiscos situado junto a la cama y llevó uno de los altavoces hasta la puerta del cuarto de baño. Se duchó y se afeitó, y después se vistió con una camisa de manga corta, corbata de seda y un traje gris y ligero.

La ropa era uno más de sus hábitos inquebrantables. Durante treinta años la había comprado en Brooks Brothers, en Nueva York. Compraba cuatro trajes al año, dos ligeros y dos con mezcla de estambre, y se mantenía en la talla 38. Las corbatas procedían de la sección clásica de Brooks, con rayas sencillas y apagadas.

Como toleraba mal el silencio, se llevó el altavoz del dormitorio a la cocina y se preparó el desayuno: zumo de naranja, cereales, tostadas y café. En lo que le alcanzaba la memoria, siempre había empezado igual el día.

Tras terminar el desayuno y meter la vajilla en el lavaplatos, cambió el disco de música clásica por otro de Dean Martin. Lo había conocido durante una de las temporadas en Langley, cuando pasó un fin de semana en Las Vegas. Una de las canciones de Martin incluso le traía recuerdos más personales: la única mujer con la que había establecido una relación íntima. Se llamaba Candace Hammond y vivía en Farmer, un pueblecito de Carolina del Norte. Hacía pocos días que había hablado con ella por teléfono. Sabía que no debería haber llamado pues tenía tantas cosas en la cabeza que fue incapaz de prestar mucha atención a lo que Candace le

contaba. Le preguntó si estaba inquieto por algo y él se echó a reír y dijo que no, que era sólo la presión del trabajo. Ni siquiera le había insinuado que estaba dando los últimos toques a su plan de rescate de los rehenes. Buckley se despidió de ella anunciándole que esperaba estar pronto de regreso para que le preparara «un buen pollo frito a la antigua, al estilo del sur».

Mientras escuchaba *Return to Me*, de Martin, Buckley empezó a preparar unos bocadillos, como hacía todas las mañanas en Beirut. Le disgustaba tanto la comida que servían en la embajada como las miradas de curiosidad que suscitaba entre el personal. Sospechaba que lo observaban como a un dinosaurio, una vieja bestia de carga a punto de jubilarse. Pero le daba igual, que pensaran lo que quisieran: gracias a la comunicación directa con William Casey, estaba a un paso del Despacho Oval. Casey se lo había dicho bien claro: «Cualquier cosa que me cuentes, Bill, llega directamente al Presidente.»

Desde su piso se distinguían los huecos que aparecían a diario en el perfil de la ciudad que se recortaba sobre el cielo. Un edificio de oficinas hundido con dinamita, un bloque de viviendas demolido después de que un camión terrorista lanzara contra él su carga mortal. En el último mes habían ido apareciendo nuevos agujeros, y cada uno de ellos correspondía a una casa o un lugar de trabajo destruido en aquella interminable devastación. Un periódico local había calculado que una semana de lucha en Beirut costaba alrededor de dos millones de dólares sólo en pérdidas en bienes inmuebles. Sin embargo, allí se alzaría un nuevo edificio e incluso se ocuparía antes de que se terminara, testimonio del poderoso impulso de jugador de los libaneses. Pero nadie parecía capaz de acabar con la anarquía y sanar las divisiones. Mucha gente le había dicho que aquello no podía cambiar, y él había escuchado atentamente: formaba parte de su trabajo.

Una semana antes, otro recordatorio de la amenaza a la que todo Beirut se veía sometido estalló contra el mundo personal que Buckley se había construido sobre la ciudad. Un coche bomba explotó en una calle cercana mientras él preparaba unos cócteles para un colega y su esposa. La onda expansiva rompió algunas de las ventanas del piso. Cuando advirtió que a la mujer no le apetecía marcharse tras la explosión, insistió en que durmieran en una de las habitaciones para invitados. A la mañana siguiente, una patrulla de *marines* escoltó a la pareja de regreso al recinto de la embajada.

Terminados los bocadillos, Buckley volvió a la sala de estar. Allí se encontraban los únicos detalles de su vida personal. De una pared colgaba una copia enmarcada de un cartel francés que celebraba la victoria en la Primera Guerra Mundial. Se lo había regalado Candace. Se conocieron cuando él regresó de Vietnam, y no tardaron en salir juntos. A lo largo de los años, ella le había enviado decenas de cartas. Escribía los domingos. Él pocas veces contestaba, ya que prefería telefonear desde las distintas partes del mundo. En esas llamadas, Buckley fingía que era un modesto funcionario de la embajada, dedicado a asuntos prosaicos, como renovar pasaportes u organizar preestrenos locales.

Poco antes de ir a Beirut le contó por fin cuál era su verdadera profesión. Ella respondió que era igual, que lo único que le importaba era que lo quería. Prueba de aquel amor era la dedicatoria que había escrito sobre su retrato, colocado sobre una mesa del cuarto de estar: «Para Bill, mi intrépido guerrero y maravilloso amante. Candace.» Durante los últimos meses, él le había contado por teléfono que ya no sentía la menor simpatía por los individuos sorprendidos con un lío amoroso; en la embajada, una serie de matrimonios se habían roto recientemente por este motivo. Candace tuvo la sensación de que aquella era una de las razones por las que no se había casado.

Aquella mañana de marzo, tal vez pensó que era demasiado tarde para comprometerse. Faltaban pocos meses para que cumpliera cincuenta y ocho años, pero Candace era la única mujer por la que había sentido algo cercano al amor. Para demostrarlo, se empeñaba en llevar consigo a todas partes el creciente fajo de las cartas que Candace le había escrito.

Las puso en el fondo del maletín, ideado por Gottlieb, que sacó de la caja fuerte del dormitorio. El llamado «maletín incinerador» estaba diseñado para que si se giraba la llave en el sentido de las agujas del reloj, siguiendo el sistema habitual para abrir o cerrar una maleta, ardiera su contenido gracias a las llamas que surgían de un quemador de gas empotrado en la base. Después de las cartas, Buckley colocó una serie de carpetas con los rótulos «Alto secreto», «Secreto» o «Confidencial». Encima de todo puso los bocadillos.

Junto a éstos metió dos volúmenes procedentes de la librería de la pared. Uno de ellos era *El islam y la lógica de la fuerza*, de Fadlálá. El otro, un ejemplar en rústica de *La conquista de la mente humana*, del psiquiatra inglés William Sargant. Este médico era asesor de los servicios secretos británicos, el MI5 y el MI6. A Buckley se lo había presentado Gottlieb en una de las visitas de Sargant a Langley. Sargant era una autoridad en técnicas de lavado de cerebro; a Buckley el libro le había parecido fascinante y lo había leído varias veces. Algunas de las técnicas de Sargant le habían sido útiles para intentar entender el modo —en opinión de Buckley, cercano al lavado de cerebro— en que los religiosos islámicos locales influían en la gente.

Buckley cerró el maletín girando la llave en sentido contrario a las agujas del reloj y después se ató a la muñeca una cadena de acero unida al asa.

Cerró la puerta con llave tras él —la otra llave la guardaba el embajador—, recorrió el pasillo en dirección al ascensor y entró en él. Éste se detuvo en el piso siguiente. Subió un hombre joven, bien vestido, cargado con un maletín de piel. Unos pocos pisos más abajo el ascensor se detuvo de nuevo. En esta ocasión se les unió una vecina a la que Buckley conocía, con la que intercambió saludos corteses. El hombre no dijo nada. La mujer salió en la planta baja, deseándole a Buckley un buen día, satisfecha sin duda de su dominio de la lengua inglesa. Los dos hombres siguieron hasta el sótano, donde Buckley guardaba el coche. Por lo general, el chófer de la embajada lo esperaba allí, pero aquella mañana Buckley había decidido conducir personalmente para acudir a sus compromisos. No había comunicado a la embajada que violaba las normas de seguridad: estaba terminantemente prohibido que los funcionarios estadounidenses viajaran solos por la ciudad.

Mientras caminaba hacia el coche, el hombre le propinó un violento golpe en la nuca con el maletín, en el que quedaron restos de sangre y cabellos. El atacante soltó el maletín —al examinarlo más tarde comprobaron que contenía varias piedras— y de algún lugar del garaje apareció un Renault blanco con el conductor y otro hombre en la parte trasera. Probablemente ayudaron al atacante de Buckley a meterlo en el coche y a guardar el maletín incinerador en el maletero. Con Buckley medio tumbado en el suelo y los otros dos hombres acucillados encima, el Renault salió del garaje a toda prisa. La puerta trasera, que había quedado abierta, oscilaba peligrosamente.

La mujer que había saludado al jefe local de la CIA unos minutos antes se encontraba en la parada del autobús cercana a la puerta del garaje. Entrevió lo sucedido y empezó chillar pidiendo ayuda.

Si los gritos llegaron hasta Buckley, sin duda fueron los últimos que oyó en su defensa.



William Buckley fue secuestrado poco después de las ocho de la mañana, hora de Beirut. Sin embargo transcurrieron varias horas antes de que la embajada de Estados Unidos descubriera su ausencia y los altos funcionarios de la embajada llegaran a la conclusión de que lo habían secuestrado. También dedujeron que los raptos sabían quién era, dónde vivía y, lo que era todavía más importante, conocían sus movimientos exactos. Todo ello indicaba que Buckley había sido muy descuidado, o bien que sus secuestradores habían recibido información de algunos empleados libaneses de la embajada.

Mientras se investigaban estas posibilidades, se envió un mensaje urgente al Departamento de Estado y a la CIA. En Washington era primera hora de la mañana.

En el Departamento de Estado comunicaron la noticia a Chip Beck, que había trabajado con Buckley en Beirut, y que se sintió tan aturrido que le costó asimilarlo. «Me quedé hecho polvo», declaró más tarde.

En Langley advirtieron a la oficina de William Casey, situada en el séptimo piso. Hasta el momento, el flujo de mensajes que iba llegando a su despacho procedente del centro de comunicaciones había sido el habitual. Entre los informes recibidos figuraban los de puestos de Mombasa, Bangkok y Estocolmo. La noticia de Beirut sobrecogió al director de la CIA. Años más tarde recordaría: «Me quedé sentado y leí el mensaje dos o tres veces. Bill era uno de nuestros mejores hombres. Durante tres décadas y en tres continentes había servido a la CIA y a su país con una lealtad inquebrantable. Era uno de los hombres más valientes que he conocido en mi vida. Siempre estaba dispuesto. Poseía un sentido común excepcional, ¿cómo podía haber sucedido?»

Con el rostro lívido, Casey planteó la pregunta a todos los que podían darle alguna respuesta. Al no recibir ninguna, gritó lleno de rabia: «¡Encontradlo! ¡Quiero que lo encontréis! ¡No me importa lo que cueste! ¡Tenéis que encontrarlo!»

Así fue como se puso en marcha una operación sin precedentes en la CIA.

Claire George, subdirector de la Agencia, recibió la orden de «registrar todo Oriente Próximo». Se creó un comité interno especial, presidido por Casey, para dirigir la búsqueda. Se ordenó a la National Security Agency, la NSA, que facilitara fotografías satélite de alta resolución de los escondrijos conocidos de los terroristas en Beirut y en el valle de Bekaa. Se movilizó el sistema de escuchas más secreto de la Agencia, conocido con el nombre de Echelon, y se ordenó que dirigiera las antenas para captar y traducir millones de conversaciones de las calles de Beirut. Se solicitó ayuda a los servicios de inteligencia de Israel, Alemania, Francia y el Reino Unido. Se ordenó que todos los puestos de la CIA en Oriente Próximo dieran la máxima prioridad a la búsqueda de Buckley. Un equipo formado por hombres del FBI y de la CIA voló hasta Beirut, y no tardó en sumárseles otro formado por técnicos de la NSA, especialistas en comunicaciones terrestres, dispuestos a utilizar su equipo para investigar bajo los cascotes de Beirut Oeste, donde los satélites no podían penetrar.

En Langley movilizaron a psiquiatras, psicólogos, conductistas y psicoanalistas para intentar valorar la resistencia de Buckley ante el secuestro y determinar la mentalidad de sus secuestradores. Al frente de la misión pusieron al doctor Jerrold Post, un psiquiatra exigente y sobrio, profesor en la Universidad George Washington.

Una de las primeras personas consultadas fue Sidney Gottlieb, quien manifestó que Buckley estaba preparado para soportar tanto la tortura psicológica como la física durante un período de tiempo considerable.

Durante las primeras horas de búsqueda del agente, Casey reveló los detalles del plan de Buckley para rescatar a los rehenes y pedir cuentas al doctor Al Abub.

La búsqueda de Buckley se convirtió también en la caza del médico. Para entonces, Casey ya había informado de lo ocurrido al secretario de Estado, George P. Schultz, y al secretario de Defensa, Casper W. Weinberger. Schultz comunicó al presidente Reagan y después a los ministros de Asuntos Exteriores de una serie de naciones europeas que uno de los agentes más importantes de la CIA había sido secuestrado. Esos ministros ordenaron a sus propios servicios secretos que redoblaran sus esfuerzos para localizar a Buckley y al doctor Al Abub.

A las veinticuatro horas, el equipo de la CIA y el FBI había establecido que la seguridad de la embajada no corría peligro. Apenas cabía duda de que los secuestradores habían conseguido capturar a Buckley porque su conducta había llamado la atención. En los primeros informes que envió a Langley, el equipo describió al agente desaparecido como un individuo idiosincrásico. Se sabía que dedicaba horas a limpiar el interior del guardabarros de su coche con un cepillo de dientes. Registraron a fondo su piso y señalaron negativamente su desorden. La costumbre de llevarse la comida al trabajo también fue objeto de comentarios negativos. En conjunto, dibujaron la imagen de un agente excéntrico cuyo mejor momento, probablemente, había pasado ya.

Esta valoración enfureció a Casey: conocía a Buckley pues habían trabajado juntos por todo el feudo

mundial de la CIA. Más tarde declaró: «Tal vez Buckley poseyera características poco frecuentes, pero en modo alguno era un agente acabado.»

Sin embargo, a pesar del apoyo del director, en Langley fue calando la idea de que Buckley era un bicho raro y que la había pifiado.

El equipo integrado por la CIA y el FBI reconstruyó los hechos y llegó a la conclusión de que el Renault blanco había cruzado el barrio musulmán a toda velocidad y atravesado varios controles de Hezbolá sin detenerse antes de llegar a un piso franco adecuadamente preparado, donde estaría esperando el doctor Al Abub.

Sacaron a rastras a Buckley del coche y lo metieron en la casa. Probablemente el doctor Al Abub habría escuchado su respiración con un estetoscopio. Era posible que entonces le hubiera inyectado un narcótico de acción rápida que le habría dejado inconsciente a los pocos minutos. Así se acostumbraba a tratar a los secuestrados.

El equipo también estaba seguro de que uno de los secuestradores habría separado el maletín de la muñeca de Buckley y habría encontrado la llave en el bolsillo de éste, pero no había modo de saber si había sido capaz de abrir correctamente el maletín incinerador.

Se tomó declaración a la testigo, más por puro formulismo que porque tuvieran verdaderas esperanzas de obtener una pista. El equipo quedó rápidamente satisfecho con la idea de que Hezbolá había secuestrado a Buckley, y que probablemente permanecía en algún lugar de la zona en expansión descontrolada de Beirut Oeste, entre lo que quedaba del puerto tras los intensos bombardeos, situado al norte, y el hotel Stands, en el sur, cerca del aeropuerto internacional. Pero no había suficientes boinas verdes para rescatar a Buckley en la que tal vez fuera la zona más hostil de la Tierra.

En el Departamento de Estado, Chip Beck se daba cuenta de que en la CIA «se tenía la sensación de que Buckley sabía demasiado, y que si lo forzaban a hablar podría terminar con mucha gente. Muchos agentes aguardaban para ver qué hacía la Agencia para recuperarlo. Creían que ningún agente estaría seguro si Casey no lograba rescatar a Buckley».

Algunos de esos agentes recordaban en Langley lo que le había sucedido a Tucker Gouglemann, uno de los mejores amigos de Buckley en la CIA. Habían servido juntos en Vietnam. Cuando el Vietcong entró en Saigón, Gouglemann se quedó con la esperanza de poder sacar a su esposa vietnamita y a su hijito. Lo detuvieron a los pocos días y al mes murió, víctima de torturas. El Vietcong tardó dieciocho meses en devolver su cadáver a la Cruz Roja estadounidense.

Buckley nunca se cansó de decir en la Agencia que debería haberse hecho algo más para rescatar a Gouglemann, y sus protestas no le hicieron ganar amigos entre los jefes de la CIA.

De modo lento pero seguro, ya que ninguna pista sólida conducía al paradero de Buckley, empezaron a concentrar la atención en el doctor Al Abub. El propio Casey empezó a repetir: «Vamos a pillar a ese hijo de puta.»

No era el único en desearlo.

En Londres, en la sede del MI6, los analistas elaboraban los perfiles psicológicos de Al Abub. En París, el equipo interdisciplinar de los médicos del Service de Documentation Extérieure et de Contreespionnage, el SDECE, situado en un complejo en las afueras de la capital, también consideraba de máxima prioridad encajar los diversos fragmentos del pasado del doctor Al Abub. Cerca de Wiesbaden, donde se encuentra el BND, el servicio de espionaje de Alemania Occidental, otros médicos similares se dedicaban a la misma empresa.

Más al este, en Viena, el servicio de seguridad austríaco, pequeño pero muy eficaz, había movilizado al mismo equipo de especialistas que había elaborado el perfil psicológico de Alí Agca, el fundamentalista musulmán turco que intentó asesinar al papa Juan Pablo II en la plaza de San Pedro, en Roma, en mayo de 1981. Agca había obtenido en Austria el arma para disparar contra el pontífice. En los despachos del segundo piso del cuartel general del servicio secreto en Schottenring, los médicos trabajaban bajo la dirección de un abogado corpulento y bebedor, Otto Kormek, de legendarios contactos con Oriente Próximo.

En Roma, en la anodina sede de la DIGOS, la brigada antiterrorista italiana, los especialistas intentaban hacer encajar las piezas para formar el mosaico del doctor Al Abub. Los ayudaba en su tarea el doctor Franco Ferracuti, catedrático de Medicina Criminológica y Psiquiatría Forense de la Universidad de Roma, otro experto mundial sobre la conducta de los terroristas.

En Israel, la búsqueda de pistas para dar con el paradero del doctor Al Abub estaba dirigida por David Kimche, que había sido subdirector del Mosad antes de alcanzar un puesto superior en el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí. Kimche había movilizado los considerables recursos intelectuales de los dos «laboratorios del terror» de la Universidad de Tel Aviv, el Dayan Center y el Jaffee Center.

La suma de los conocimientos que poseían Aerial Merari, director de Estudios Terroristas en el Jaffee, psicólogo que había estudiado de cerca la mentalidad chiíta, y Martin Kramer, el ayudante de Dayan, experto en Hezbolá, tardó pocas horas en llegar a Langley.

Los datos de Merari incluían un extenso informe sobre el lugar que ocupaban los chiitas en la larga y variada cronología de la fe musulmana. Las investigaciones de Kramer se concentraban en Hezbolá: explicaban cómo estaba formada la organización y por qué se consideraba la única redentora del Líbano. Kramer predijo que el secuestro de Buckley iría seguido de otros; Merari se mostró de acuerdo y añadió que pronto llegaría una declaración tajante del jeque Fadlálá, la conciencia suprema del movimiento, sobre la moralidad de la práctica del secuestro.

El embajador saudí en las Naciones Unidas, el príncipe Bander bin Sultán, también había facilitado información sobre el doctor Al Abub. Este diplomático, sociable y amante del lujo, hijo del ministro de Defensa de su país, también había sido hombre de la Agencia durante años. Los chismorreos de Bander llegaban hasta Casey, que se los transmitía al doctor Post, quien a su vez pasaba la información a los colegas de todo el mundo.

Así fue como se establecieron diversos vínculos para recoger toda la información posible sobre el doctor Al Abub; pero una semana después del secuestro se seguía sin noticias sobre el destino de Buckley.

Los médicos de Langley siguieron valorando el modo en que Buckley reaccionaría ante el cautiverio. Partiendo de los hallazgos del doctor Martin Simones, especialista en psiquiatría y asesor del departamento de policía de Nueva York, probablemente el mayor experto en Estados Unidos sobre las reacciones de los secuestrados, los especialistas de la CIA llegaron a la conclusión de que las reacciones de Buckley seguirían el patrón habitual y no cambiaría mucho las cosas el que fuera un espía entrenado para resistir a los interrogatorios.

Incluso en el momento mismo en que se tambaleaba por el golpe del maletín, Buckley habría experimentado una sensación de incredulidad y habría negado instintivamente que todo aquello le estuviera sucediendo a él. Esta sensación habría durado hasta llegar al escondite preparado por los secuestradores.

La negación desesperada —la única defensa psicológica posible— daría paso a una realidad repentina y terrible. No cabía duda: aquello le sucedía a él. Llegado a ese punto, entre las reacciones de Buckley podría darse un «miedo helado» y, lo que era más inquietante, la necesidad de hablar con los secuestradores, aunque sólo fuera para intentar convencerlos de que lo liberaran. En esta fase, dijo Symonds, los secuestradores siempre revelaban al prisionero algún dato importante sobre su vida.

Para los secuestradores de Buckley, ese período era también de importancia crítica. Empezarían a suministrarle la información que habían recopilado sobre él, produciéndole la sensación de que lo sabían todo y que por lo tanto lo podían todo, de modo que sería inútil resistirse.

Los médicos de la CIA elaboraron un estudio sobre Buckley en aquella fase de su cautiverio: un hombre doblegado por la desesperación, repentinamente envejecido, de rostro demacrado; sus pensamientos y sus movimientos serían cada vez más lentos, la voz más monótona, cada palabra y cada gesto supondrían una carga terrible. Se sentiría permanentemente agotado y el sueño no sería reparador. De madrugada estaría más deprimido, y en esos momentos sería más vulnerable pues su capacidad para resistir las presiones se encontraría en el punto más bajo. Los reproches que se haría a sí mismo resultarían más destructivos 'que nunca, y la desesperanza alcanzaría el punto máximo.

La agonía mental de Buckley podría ir acompañada de otros síntomas: pérdida de apetito y estreñimiento, seguidos de una sensación cada vez mayor de que la única solución era el suicidio. Nadie podía saber cuánto duraría este sentimiento, pero en algún momento llegaría otro descubrimiento devastador: no sólo la resistencia resultaba manifiestamente imposible, sino también la fuga. Llegado este momento, podría plantearse la colaboración con los secuestradores.

Los médicos siguieron haciendo las primeras predicciones con cierta cautela. Si los secuestradores eran lo bastante hábiles, reconocerían que el estado de ánimo de Buckley formaba parte de un cambio continuo en el vacío interior creado por el secuestro. Si lo manipulaban, podría desviar de sí mismo los sentimientos de culpa para creer que lo importante no era lo que había hecho —ser incapaz de impedir su secuestro— sino lo que había sido: un odioso «imperialista occidental».

Esta situación se conocía como fraude lógico y se manifestaría en un vídeo en el que aparecería Buckley arrepentido. Según las predicciones de los médicos, éste no tardaría en llegar a los medios de comunicación de todo el mundo. No les sorprendería que Buckley condenara a sus colegas y a su gobierno. No sería la primera vez.

Los técnicos de la CIA habían ampliado la fotografía del doctor Al Abub, facilitada a Buckley por el *katsa*

del Mosad en Beirut, para estudiarla con microscopios en busca de señales de que el médico se hubiera hecho cirugía plástica. Le añadieron gafas y barbas para imaginar el aspecto que tendría disfrazado. Los ordenadores lo envejecieron con un programa llamado Facial Analysis Comparison and Elimination System (FACES). El programa, basado en cuarenta y nueve características, cada una de ellas valorada del uno al cuatro, ejecutaba quince millones de decisiones binarias en un segundo. Otra técnica empleada por los conductistas se basaba en el Remote In Depth Analysis (RIDA) y consistía en proporcionar a un ordenador todo lo que se sabía sobre la conducta pasada de Buckley para valorar cómo podría influir eso en su reacción ante el cautiverio.

A medida que empezaron a acumularse los datos sobre el doctor Al Abub, éstos se introdujeron en otros ordenadores para intentar entender las complejas fuerzas psicológicas que lo motivaban.

La conclusión fue que lo movía una «violencia enmascarada» que le permitía equiparar sus actos a sus propios conceptos de virtud, de modo que no hacía más que responder a una amenaza a su cultura, a su medio, a su gente, a su vida entera.

Fueron estudiando intensamente la enmarañada madeja de la psicología del fundamentalismo islámico. Los especialistas buscaban diferencias y similitudes entre la psicopatología de Hezbolá y la de otras organizaciones. Analizaron cuestiones tan complejas como el concepto que tenía Hezbolá del «heroísmo revolucionario» y en qué medida era distinto del de otros grupos. El camino que seguían sus miembros para entrar a formar parte de la organización seguía una línea coherente: de simpatizante a seguidor pasivo, para terminar de activista. Pero Hezbolá seguía absorbiendo sectores enteros que no poseían los mismos motivos para entrar a formar parte de un grupo terrorista: pasado familiar difícil, soledad e inadaptación social.

Los investigadores de la CIA estudiaron la teología que utilizaba el clero islámico para justificar sus actividades y el modo en que hacían encajar sus escrituras sagradas con la guerra santa. Las aspiraciones mesiánicas de Hezbolá guardaban una similitud sorprendente con las que iniciaron la Revolución francesa, así como la rusa y la china: todos ellos defendían el terror como medio para crear una nueva sociedad.

En la mañana del lunes 7 de mayo de 1984, la embajada de Estados Unidos en Atenas recibió un paquete enviado desde la ciudad y dirigido al embajador. Siguiendo los trámites habituales, pasó por el escáner detector de explosivos situado en la sala del correo. Al ver que el paquete contenía tan sólo un vídeo, el envoltorio, con el nombre y la dirección escritos con trazos vigorosos, se abrió con cuidado y se apartó. La cinta VHS era una marca alemana barata que se encontraba fácilmente en todo Oriente Próximo. Un empleado del departamento de correo metió la cinta en el reproductor. Cuando vio las primeras imágenes detuvo el aparato y llamó a un funcionario de mayor categoría. Después de verlo durante unos minutos, mandaron a buscar al embajador y al jefe local de la CIA. Volvieron a ver la grabación, y el agente de la CIA llamó a Casey.

Horas más tarde, un funcionario de la embajada utilizó su pasaporte diplomático para evitar incluso los exasperantes controles de seguridad del aeropuerto de Atenas antes de tomar un avión a Washington. En la misma pista lo estaba esperando un coche oficial. El conductor, que tenía una autorización para saltarse los controles de inmigración y aduanas, sacó al pasajero por una puerta del perímetro del aeropuerto y lo condujo por la avenida que llevaba a Langley.

Inmediatamente llevaron el vídeo a la oficina de Casey, en la que aguardaban otros altos cargos. En el vídeo aparecía William Buckley torturado. La ausencia de sonido lo hacía aún más terrible. Los *zooms* acercaban y alejaban la imagen del cuerpo desnudo y malherido de Buckley. Delante de los genitales tenía un documento donde aparecía el letrero «MÁXIMO SECRETO», prueba de que el maletín incinerador no había funcionado bien.

Casey recordó más tarde que «me encontré al borde de las lágrimas; era la cosa más terrible que había visto nunca. Apenas se podía identificar a aquel hombre con el Bill que había conocido durante años. Habían hecho algo más que destrozarle el cuerpo. Por la expresión de sus ojos resultaba evidente que le habían manipulado la mente. Era horrible, medieval, bárbaro».

Los técnicos ampliaron algunos fotogramas de la cinta para intentar saber sobre qué fondo habían filmado la película. Determinaron que era piedra toscamente revocada, lo que sugería que la filmación se había llevado a cabo en un sótano. El papel del paquete era del tipo que utilizaban los tenderos del Mediterráneo para envolver comestibles, y la letra sugería que había sido trazada por un semianalfabeto.

Los farmacólogos de la Agencia también llevaron a cabo un estudio de la cinta y llegaron a la conclusión de que Buckley mostraba síntomas de estar drogado: tenía la expresión de los ojos apagada y los labios flácidos. Su mirada era la de una persona privada de luz durante cierto tiempo. Parpadeaba continuamente, como si tuviera gran dificultad para adaptarse a lo que parecía un foco no muy intenso utilizado para iluminarlo durante la grabación. Estaban seguros de que había pasado mucho tiempo encapuchado. Buckley tenía marcas de rozaduras en las muñecas y en el cuello, lo que sugería que había estado atado con una cuerda

o cadena. Un estudio cuidadoso de cada centímetro de piel visible mostró señales de pinchazos en varios puntos.

El segundo vídeo llegó veintitrés días más tarde. En esta ocasión lo enviaron a la embajada de Estados Unidos en Vía Véneto, en Roma. La cinta fue reexpedida a Washington. El envoltorio tampoco daba pistas, pero la dirección estaba escrita por otra mano y el papel era de fabricación italiana, tal vez del tipo utilizado por alguna de las tiendas de la ciudad.

El vídeo, filmado con un fondo similar al de la primera vez, revelaba que Buckley seguía recibiendo un trato horrible y resultaba evidente que en sus torturas intervenía la mano de un médico. Esta vez, la cinta tenía sonido. Buckley hablaba arrastrando las palabras y su actitud resultaba mucho más egocéntrica, como si no sólo el mundo situado tras la cámara sino también su entorno inmediato le importaran cada vez menos.

Los farmacólogos no pudieron determinar qué drogas habían usado. Una cualquiera de entre una docena de poderosas sustancias podría haber hecho que pareciera sedado y aturdido. Su voz era confusa, y con frecuencia parecía incapaz de pronunciar las palabras. Le temblaban las manos y las piernas trazaban a golpes un dibujo en el suelo mientras murmuraba ruegos patéticos para que, a cambio de su liberación, Estados Unidos se comprometiera a retirar «toda su influencia» del Líbano y convenciera a Israel de que hiciera lo mismo.

Por la Agencia se hizo circular una transcripción del vídeo, y también se enviaron reproducciones a la Casa Blanca y al Departamento de Estado, junto con un documento escrito por Graham Fuller, analista de la CIA. En éste decía que mientras no se produjera una retirada masiva de Estados Unidos o de Israel del Líbano, sería posible obtener la liberación de Buckley utilizando a Irán como mediador, a cambio de facilitarle armas en secreto para luchar contra Irak. El trato podría ser un «gesto positivo» para los elementos moderados de Teherán.

Schultz, el secretario de Estado, convocó al embajador israelí para analizar la situación. El diplomático dijo que consultaría a Tel Aviv. A las pocas horas estaba de vuelta. Israel no ponía objeciones a que Estados Unidos entablara un diálogo con Irán, aunque eso supusiera facilitar armas a Teherán. Así se plantaron las semillas de lo que se conocería como Irangate.

En Langley, los especialistas intentaban determinar cuánto tiempo podría sobrevivir Buckley. Los últimos informes médicos de la Agencia indicaban que estaba en buena forma física. Poseía también un estoicismo natural que lo protegería, pero nadie podía estar seguro de cómo responderían sus mecanismos de defensa ante los ataques de ansiedad, las pesadillas, la abrumadora sensación de indefensión, todo ello seguido de fases de rabia y otras de resignación. Aunque las drogas tendrían un enorme impacto sobre el estado de ánimo y la conducta de Buckley, no le producirían un daño permanente si lo rescataban a tiempo. Esta posibilidad dio un ímpetu adicional a los planes que empezaban a tomar forma en la CIA, el Pentágono, el Departamento de Estado y, en último término, la Casa Blanca, a medida que se daban los primeros pasos para facilitar armas a Irán a cambio de la libertad de Buckley. Casey insistía en que deberían ver su liberación como una cruzada personal de la Agencia. «En cierta medida, es una cuestión de compañerismo: cuidamos de los nuestros», repetía constantemente.

El doctor Al Abub no tendría que mirar muy lejos en Beirut Oeste para encontrar hombres dispuestos a jurar por Alá, el Grande y Misericordioso, que el trato dedicado a Valí era prueba de lo revelado al Profeta en Medina y que aparece en la Sura 49.12: «¡Creyentes! ¡No espiéis!» Durante las semanas que siguieron al secuestro, los rumores sobre Valí fueron muchos y variados: había enviado señales luminosas desde su azotea a los barcos del Gran Satán; en su piso tenía un transmisor tan poderoso que no sólo podía comunicarse con Tel Aviv sino también con el Gran Satán de Washington...

Los hombres, de camino a sus plegarias, se detenían y se comunicaban las últimas noticias. Valí había confesado que proporcionaba a Irak productos químicos que quemaban la piel de sus compañeros de armas chiitas; habían encontrado un cohete en la azotea del piso de Baclí que, en caso de ser disparado, habría constituido la señal para que los barcos del Gran Satán lanzaran sobre Beirut una lluvia destructora. Circulaban muchas historias semejantes.

Durante las primeras semanas en cautividad, William Buckley estuvo escondido en una serie de sótanos de Beirut Oeste que no tardaron en llenarse del hedor a excrementos, sufrimiento y miedo. El doctor Al Abub utilizaba las técnicas aprendidas en Moscú para asegurarse de que Buckley hacía lo que le ordenaba. Pocas personas en Beirut Oeste podían comprender siquiera la naturaleza exacta de su papel: qué drogas inyectaba, en qué cantidad y qué efecto causaban. El contenido de su maletín negro seguía siendo tan misterioso para ellos como siempre.

El viernes 26 de octubre de 1984, cuando Buckley llevaba ya secuestrado 224 días, llegó a la CIA un tercer vídeo. La cinta era todavía más desgarradora que las anteriores. Buckley, poco más que un desecho

humano, farfullaba incoherencias, babeaba y, lo que era más terrible todavía, soltaba repentinos gritos de terror, con los ojos en blanco, y se agitaba con temblores. De vez en cuando mostraba a la cámara los documentos que había contenido el maletín incinerador. Después emprendía una patética defensa del derecho de sus secuestradores a conseguir la autodeterminación del Líbano.

Durante una serie de días, varios especialistas vieron la cinta para intentar determinar el estado mental de Buckley y si se había resignado ya a una muerte inevitable. Los especialistas se preguntaban si había abandonado el rechazo habitual que sienten los cristianos por el suicidio y había superado el recuerdo de sus años de formación cuando, como devoto muchacho católico, oía hablar a los sacerdotes del infierno al que se veían condenados todos los que se quitaban la vida. ¿Recordaría que le habían dicho que su trabajo permitía el suicidio como último recurso para proteger los secretos que sabía?

Ningún indicio inducía a pensar que la ruina humana que aparecía en el vídeo lo recordara. Los especialistas advirtieron que algunas veces las manos de Buckley se movían inconscientemente hacia sus genitales, como si rogara por su vida a cambio de las exigencias de sus secuestradores, a todas luces imposibles de satisfacer. ¿Era algo más que un gesto de pudor? Los especialistas sabían que el temor a la castración era una respuesta común en un prisionero varón, y que con frecuencia el miedo a la emasculación era superior al que provocaba la muerte.

Los expertos intentaron valorar el grado de ansiedad de la voz de Buckley: resultó evidente que ya no era capaz de hacer frente al terror de su situación, cuya magnitud lo había superado. Durante horas analizaron si sus palabras indicaban un «sentimiento de culpa auténtico o neurótico». Con un lenguaje que dificultaba la comprensión a los profanos, intentaron establecer en qué medida, en aquel caso, «el orden del ser del hombre estaba alterado» y hasta qué punto podía haber sentido «una culpabilidad existencial procedente de un acto específico», en este caso la revelación de secretos a sus captores, y volvieron a analizar si Buckley no sólo aceptaba la muerte sino la deseaba.

Durante aquellos meses de invierno fue creciendo la impaciencia en Beirut Oeste. Aquellos hombres endurecidos se congregaban en torno a fuegos de carbón y expresaban la opinión de que había llegado el momento de vaciar los almacenes secretos de explosivos, cargarlos en la flota de camiones requisados, cada vez más numerosa, y terminar con la frustración de los muchachos y muchachas que ansiaban llegar al paraíso. Las voces militantes insistían en que un ataque concertado sobre todos los edificios de Beirut Este que fueran propiedad de extranjeros o donde vivieran como inquilinos conseguiría hacerlos marchar a todos.

Pero pocos podían estar seguros de dónde se encontraba Baclí en un momento concreto. Algunas veces sus vigilantes lo cambiaban de sitio dos o tres veces en una noche. Lo llevaban a gran velocidad y lo trasladaban de un coche a otro, en dirección a pisos francos situados en las afueras de Shatila o de Sabrá, donde ni un ejército lo habría encontrado. Al alba, cuando los vigías trepaban a sus puestos y comunicaban que el mar seguía libre de amenaza, devolvían a Buckley, en cucullas en el suelo, con capucha y drogado, a la celda de su cárcel, situada a gran profundidad bajo las ruinas. Esta se conocía con el nombre del Hilton de Beirut.

Los especialistas siguieron trabajando durante toda la primavera de 1985, tanto en Washington como en otros lugares. Estudiaron los archivos de los médicos nazis para obtener más datos sobre la personalidad del doctor Al Abub. ¿Era como Josef Mengele, que dio rienda suelta a su personalidad en Auschwitz? ¿Era como los psiquiatras soviéticos, que no creían seguir órdenes del KGB sino llevar a cabo las tareas normales de un médico? Repasaron toda la gama de la tecnología conductista. En palabras del doctor Post: «Nada de todo aquello nos ayudó a entender lo que estaba experimentando Buckley. Es fácil imaginar la desesperación que todos sentíamos mientras buscábamos respuestas para transmitir las al séptimo piso.»

Allí, en las oficinas con vistas a las copas de los árboles que hacían pensar que el recinto de la Agencia, de más de noventa hectáreas, se encontraba en lo más profundo de un bosque, Casey revisaba infatigablemente el expediente de Buckley. Más tarde explicaría que la idea de tener de vuelta a Buckley se convirtió en una obsesión. «Deseaba la cabeza de cada uno de los hijos de puta que le habían hecho daño.»

Casey llamaba a los especialistas regularmente, les planteaba preguntas perspicaces, tomaba nota de las respuestas en las tarjetitas de cuatro por cuatro centímetros que llevaba siempre consigo, utilizando la pluma de oro Tiffany que Sofia, su esposa, le había regalado por Navidad. En cada reunión con Casey, el presidente Reagan le preguntaba: «¿Cómo anda ese lío, Bill?» El director agitaba su sólida cabeza de emperador romano y murmuraba: «Todos estamos en ello.»

Se interrogó a los escasos miembros de la Agencia que habían estado en contacto con Buckley. Uno de ellos era Chuck Cogan, cuya carrera profesional, aspecto físico y actitud mental eran similares a los de Buckley. Bill entró en la Agencia al mismo tiempo que él. Cogan, enjuto como Buckley, tenía también algunas de sus peculiaridades: estrechaba la mano con un apretón breve y firme, poseía un aspecto que

disuadía de hacer preguntas y tenía una voz suave que en ninguna circunstancia perdía su timbre acerado. Consideraba que Buckley estaba demasiado imbuido de la idea de *omerta* —el viejo código de silencio siciliano que los veteranos de la Agencia llevaban como una medalla— para haber hablado.

Los especialistas no estaban tan seguros porque sabían que nadie podía resistir hasta el final a un médico preparado para torturar, y que la fisiología del sistema nervioso humano es igual para todo el mundo a pesar de la raza, la cultura o la profesión. Nada de lo que se le había enseñado a Buckley en su formación de espía le permitiría resistir mejor los *electroshocks*, las palizas, la suspensión prolongada por los brazos o los pies, las drogas, el aislamiento o el encapuchamiento. Era tan vulnerable como cualquier otro ser humano, y hasta es posible que más porque poseería una fuerte voluntad de resistir, y por lo tanto, llegado el caso, su rendición resultaría espectacular.

Casey se resistía a aceptar aquellos informes. ¿Cómo podían ser ciertos? ¿Se trataba sólo de «psicoadivinanzas»?

Los especialistas contestaban sus preguntas con paciencia, pero Casey insistía. Durante los fines de semana pasaba por la oficina a la ida o el regreso del campo de golf, vestido con pantalones a cuadros y chaqueta informal. Algunas veces, de madrugada, cuando solía levantarse, los expertos recibían alguna llamada si se le había ocurrido alguna nueva idea.

Un día Casey envió a buscar a Gottlieb, y durante una tarde entera interrogó al antiguo jefe del departamento de trucos sucios. Se remontó a la época en que Buckley trabajaba para Gottlieb. ¿Le parecía un hombre capaz de hundirse? Formuló la misma pregunta de una docena de maneras distintas, pero Gottlieb no estaba seguro de la respuesta.

Durante los primeros días del secuestro, Casey envió a un agente de la CIA a Farmer para que se entrevistara con Candace Hammond. Esta le refirió con los ojos llenos de lágrimas la última conversación con Buckley. «Bill dijo que esperaba estar pronto de vuelta. Tuve la sensación de que corría algún peligro. No me lo dijo, pero por la voz noté que estaba preocupado. Habló de nuestras visitas a las tiendas de antigüedades y lo mucho que le gustaban. Parecía como si quisiera hablar del pasado para no pensar en el futuro.»

Casey estudió minuciosamente estas palabras, así como las de Gottlieb y las de Chuck Cogan, convencido de que William Buckley preferiría morir a contar algún secreto. Pero nadie había podido asegurárselo.

Tras el tercer vídeo, no tuvieron nada nuevo para seguir trabajando. Ningún mensaje, ninguna petición. Sólo silencio. La única explicación que cabía era que los secuestradores de Buckley le habían sacado ya toda la información. Tal vez a esas alturas estuviera muerto. Pero nadie podía estar seguro.

Todos los indicios apuntaban a que el doctor Al Abub estaba vivo y seguía en Beirut. Un *katsa* del Mosad lo había visto hacía pocas semanas en dirección a Beirut Oeste. Un agente, un personaje fantasmal que Oliver North estaba utilizando para elaborar el plan mediante el cual los rehenes extranjeros que todavía retenía Hezbolá en Beirut serían intercambiados por armas, lo había visto recientemente conduciendo por la carretera hacia Damasco.

Casey mandó llamar a Gottlieb y le pidió que le explicara los experimentos de la CIA sobre el control psíquico. Gottlieb alegó que hacía ya mucho tiempo de todo aquello y no podía recordar los detalles concretos, pero reconoció que Buckley había trabajado de intermediario entre la Agencia y Ewen Cameron, el psiquiatra más poderoso del momento.

Aziz al Abub estaba motivado por una certeza moral perversa y una fanática fe en sí mismo. Gottlieb y Cameron, en su momento, también habían actuado movidos por las mismas fuerzas. ¿Estaban hechos con el mismo molde?

Esta pregunta empezó a inquietar a William Casey después de estudiar los informes de la CIA sobre el control de la mente humana cuyos detalles ahora Gottlieb decía no recordar. El peor de los experimentos había tenido lugar en Montreal, una de las ciudades más civilizadas de América del Norte. Los métodos que utilizaba Aziz al Abub eran prácticamente idénticos a los que Cameron y Gottlieb habían empleado con pacientes confiados.

Buckley, que había presenciado gran parte de lo ocurrido en Montreal, se encontraba ahora en Beirut, donde era víctima de aquellas técnicas. «Aquella idea—recordaría Casey—, me produjo escalofríos.»

Gracias a aquella extraña vuelta de la rueda de la fortuna, Casey descubrió cómo Buckley se había visto envuelto en aquel proyecto.

A principios de febrero del año 1953, Buckley recibió una llamada telefónica de la oficina de personal del Pentágono. Lo habían ascendido recientemente a capitán y supuso que la llamada estaba relacionada con su ascenso. La mayor parte de los meses transcurridos desde su regreso de Corea los había pasado «de papeleo» en el Pentágono. Tenía la sensación de que «nadie sabía en qué agujero meterme». La persona que llamaba, una comandante, le confirmó esa sensación. Le comunicó que lo habían escogido para formar parte del «grupo selecto» que asistiría a la fiesta que Clover Dulles, la esposa del nuevo director de la CIA, Alien Welsh Dulles, organizaba para celebrar su nombramiento.

Buckley había oído hablar del cometido de aquellos «grupos selectos»: uno tenía que ponerse su mejor uniforme y mezclarse entre los invitados para que nadie se quedara solo, se aburriera o le faltara algo para beber. Los que trabajaban en aquellos «grupos selectos» eran algo así como «niñeras de lujo». Buckley habría intentado librarse de aquella «tarea», pero la perspectiva de conocer al legendario Alien Dulles y a algunos de sus ayudantes resultaba muy atractiva. Tal vez si le causaba buena impresión podría abrirse camino en la CIA. Era un secreto a voces que Dulles estaba buscando hombres para la nueva sede central de la Agencia, emplazada en George Washington Parkway.

Buckley se esmeró para tener un aspecto impecable: planchó la raya del pantalón hasta que quedó afilada como un cuchillo y sacó brillo a los zapatos hasta dejarlos como un espejo. A primera hora de la tarde del 25 de febrero aguardaba al coche que lo llevaría, junto con otros miembros del grupo, hasta la casa de los Dulles, situada a las afueras de Washington.

Mientras Buckley llevaba a cabo sus abluciones, Clover Dulles se aseguraba de que la fiesta de aquella noche no sólo estuviera a la altura de su reputación como anfitriona, sino que la superara. Durante los dos días previos habían recibido productos de California, México e incluso del Caribe que no se encontraban en las tiendas locales. El centro del bufé lo ocuparía un esturión ruso.

Un mensaje del Pentágono le había entregado la lista de los nombres del grupo selecto. Junto al nombre del capitán William Buckley aparecía escrito a máquina que se había distinguido por sus servicios en Corea, donde obtuvo una Estrella de Plata, la medalla al valor del ejército y dos Corazones Púrpura por heridas recibidas en combate. Se decía también que tenía veinticinco años y que estaba soltero. Clover sabía por experiencia que un auténtico héroe de guerra resultaría muy interesante para algunas de las mujeres de la lista de invitados.

Estaba convencida de que alguno de los invitados se preguntaría si el esturión que yacía sobre la caja de madera era el modo en que su esposo expresaba su satisfacción por las noticias procedentes de Rusia. Pocas horas antes, Radio Moscú había anunciado la muerte de Vissariónovich Stalin.

Aunque el embajador ruso había comunicado su ausencia en el último momento, los Dulles se mostraron de acuerdo en que sería impensable no seguir adelante con la celebración sólo porque Stalin hubiera muerto ese mismo día en Moscú. Por otra parte, además del nombramiento para dirigir la CIA, tenían un motivo más personal para alegrarse: tras varios meses de hallarse al borde de la muerte como consecuencia de una bala en la cabeza, tras dirigir un ataque contra un nido de ametralladoras norcoreano, su único hijo, Alien Macy Dulles Jr., se había recuperado lo suficiente para soportar el largo vuelo desde Japón y habían podido recibirlo en la base aérea de Andrew. Allí estaban los fotógrafos cuando descendieron al muchacho en una camilla. Los periódicos publicaron una fotografía en la que Alien Dulles se inclinaba cariñosamente sobre su hijo y le besaba la cabeza vendada. El fotógrafo mejor colocado captó las lágrimas que brillaban tras las gafas paternas.

Tal como se les había indicado, Buckley y los demás oficiales llegaron antes de la hora prevista para el inicio de la fiesta. Clover los saludó con un apretón de manos y manifestó sus deseos de que les resultara interesante la velada. Dulles se mostró igualmente afable y les agradeció su asistencia mientras con los finos dedos metía hebras de tabaco en la cazoleta de la pipa. Buckley había oído contar la historia de la pipa. La gente decía que cuando el humo era blanco, Dulles todavía no había tomado una decisión, y que cuando salía negro es que se había decidido. Aquella noche, como muestra de deferencia hacia Clover, mantuvo la pipa apagada.

Clover distribuyó el grupo por varias salas. Sirvieron una copa a cada uno de los hombres y se les ordenó que acogieran a los invitados y se mezclaran con ellos. Vestido con su uniforme inmaculado, Buckley era la personificación de un dinámico héroe militar. Con sus modales naturales, su sonrisa educada y su empeño por minimizar sus hazañas en Corea, causó una magnífica impresión a Clover y su esposo, y se separaron de él a regañadientes para saludar a los primeros invitados.

Mientras se movía entre ellos, deteniéndose aquí para saludar a un senador, allá a un almirante y, junto a la chimenea, a un grupo de oficiales destinados en el extranjero, Alien Dulles era el vivo retrato del anfitrión



atento. De vez en cuando soltaba una risa queda que, según algunos, no era señal de diversión sino un simple mecanismo para suavizar la tensión que sentía con frecuencia. Su rostro se iluminaba con placer sincero cuando encontraba a algún antiguo compañero de la Segunda Guerra Mundial como William E. Colby, que había saltado en paracaídas en la Europa ocupada para dirigir los grupos de la Resistencia francesa en misiones de sabotaje y asesinato. Con sus gafas de acero y el cabello pulcramente cortado, Colby parecía ahora un hombre de negocios de una ciudad de provincias. El vínculo que lo unía a su anfitrión era firme pues se había forjado mientras vivían juntos el peligro. Colby era uno de los hombres grises de la Agencia y poseía una habilidad especial para fundirse en una multitud, verlo todo y decir lo menos posible. Era un espía de pies a cabeza.

Dulles siguió yendo de grupo en grupo; en alguna ocasión sujetaba el codo de alguna de las hermosas mujeres invitadas simplemente por su belleza, pero ésa era la mayor intimidad que se permitía en público. Sin embargo, ninguna fiesta parecía completa a aquel jefe de espías de mediana edad sin un surtido de modelos, de estrellas de televisión y de las secretarías más elegantes y de piernas más largas del Congreso. El coqueteo con todas ellas y la conciencia de que su notable superioridad intelectual podía seducirlas, le ayudaba a relajarse. En el círculo de las embajadas de la ciudad se especulaba sin cesar sobre cuál sería la siguiente chica, lo bastante joven para ser su hija, que se llevaría a la cama. Nadie podía estar seguro. Era, en todos los sentidos, un hombre lleno de secretos.

Buckley contemplaba divertido cómo se desenvolvía Dulles, pero ponía cuidado en que no se notara. A él ya se le habían insinuado varias mujeres, algunas de ellas lo bastante mayores para ser su madre. Se excusaba con tacto y se marchaba, se unía a otro grupo y después a otro, rechazando las copas que le ofrecían los camareros. Desde que en una ocasión ayudó a su padre a celebrar la fiesta de Navidad, tenía decidido beber muy poco. Otros miembros del grupo no eran tan prudentes y sospechó que no volverían a invitarlos o, lo que todavía era peor, que la anfitriona advertiría al Pentágono. En el fondo de su pensamiento, William Buckley había deducido que, efectivamente, aquella fiesta podía proporcionarle un empleo en la CIA. Mientras tanto seguía circulando entre los invitados y, cuando le señalaban las medallas que llevaba, decía: «Bueno, hay muchos otros que también las tienen», o bien: «Me limité a cumplir con mi deber.»

Uno de los grupos estaba integrado por abogados de aspecto sobrio y trajes discretos; los de más edad llevaban chalecos cruzados por leontinas y todos ellos poseían lo que Clover denominaba «ojos de tribunal». Su esposo siempre insistía en que toda fiesta debía tener un cupo de profesionales del derecho. Sabían trabar amistad con personas de distinta condición y relacionarlas: ricos y poderosos, inteligentes, temerarios, los que vivían al borde de la ley e incluso más allá. Los abogados conocían casi todos los secretos que se ocultaban en Washington y mantenían tan informado a Dulles como a J. Edgar Hoover.

Probablemente, Leonard W. Hall no sólo era el abogado más rico de la fiesta sino también uno de los hombres más adinerados de la sala. Parte de su fortuna procedía de su ejercicio de la profesión en Nueva York; el resto lo debía a la bolsa. También era presidente del Comité Nacional Republicano. Cada vez que acudía a una fiesta iba acompañado de un socio distinto, algún abogado que, en su opinión, se encontraba en ascenso en la profesión y podía sacar partido del roce con la élite de Washington. Sin embargo, Clover se sorprendió al ver aquella noche al acompañante de Hall. Cuando la anfitriona le estrechó la mano no la miró a los ojos y murmuró su nombre de modo tan confuso que Hall tuvo que decir: «Es Bill Casey. Si alguna vez tienes algún problema con las inversiones, él es la persona adecuada para resolverlo.»

Clover asintió vagamente mientras pensaba que conocía a un centenar de abogados a los que consultaría antes de que se le ocurriera acudir a aquel hombre torpe, de mejillas caídas, labios carnosos y dientes separados. Sin embargo, su marido saludó a Casey como a un viejo amigo, le sirvió una copa, lo tomó del brazo y lo condujo hasta un rincón del salón donde permanecieron con las cabezas bien juntas, absortos en la conversación y ajenos a todos los presentes.

William Casey, al igual que Dulles, era un veterano de la Segunda Guerra Mundial de la Office of Strategic Services (OSS), precursora de la CIA. Cuando Casey abandonó la OSS para dedicarse a la abogacía, Dulles predijo: «Volverás. En cuanto esto se te mete en la sangre, no puedes dejarlo.»

Uno de los grupos estaba dominado por un congresista de Tejas llamado Lyndon Johnson que discutía sobre los últimos acontecimientos de la crisis cada vez más profunda entre la Casa Blanca y los dirigentes republicanos en relación con la necesidad de adoptar una línea más dura con Moscú. Querían que se renunciara a todos los acuerdos de la guerra hechos en Teherán, Yalta y Potsdam. El presidente Eisenhower había mentido, y finalmente había accedido a que se presentara un anteproyecto en el Congreso que no llegaba a satisfacer las peticiones de los republicanos.

Este documento lo había escrito el hermano de Alien, John Foster Dulles, secretario de Estado, y se basaba en buena parte en los análisis de su hermana, Eleanor Lansing Dulles, que se encontraba al frente de la oficina

del Departamento de Estado en Berlín. El triunvirato familiar creaba y controlaba eficazmente la política exterior de Estados Unidos.

Johnson dejó claro que iba a decir al Presidente que los demócratas tampoco estaban satisfechos con aquella actitud conciliatoria hacia los soviéticos, pero no quería poner a la Casa Blanca en un aprieto ni dividir aún más al país votando contra el borrador. Johnson podía estar seguro de que «antes del amanecer, Foster y Eleanor lo sabrían. Las fiestas de Alien eran una buena vía de comunicación. Todo se absorbía y llegaba al lugar adecuado», recordaría más tarde Clover Dulles.

Dulles avanzó hacia el general Curtis Le May, de las Fuerzas Aéreas, que estaba rodeado de un grupo de gente. El fornido y musculoso veterano de la Segunda Guerra Mundial había desempeñado un papel decisivo en el bombardeo de Tokio y en las misiones atómicas contra Hiroshima y Nagasaki. En aquel momento estaba contando al atento grupo de funcionarios del Departamento de Estado que la única manera de detener a los chinos en Corea era con el empleo de tácticas similares. Al igual que Johnson, Le May sabía que tomarían nota de sus puntos de vista.

Otro grupo estaba dominado por un confidente del Presidente, Edward John Hughes, que se dirigía, entre otros, a un británico y a un alemán que desempeñaban cargos algo difusos en sus respectivas embajadas. Dulles sabía que eran miembros del servicio de inteligencia de sus respectivos países. Las palabras de Hughes permitían vislumbrar los pensamientos de Eisenhower.

Según Hughes, aquella misma mañana, en el Despacho Oval, el Presidente había dicho que «estaba cansado —creo que como todo el mundo— de los soviéticos». Dulles estaba seguro de que el punto de vista de Eisenhower llegaría a Bonn y a Londres en cuestión de horas. No le parecía mal semejante indiscreción: al fin y al cabo, él le había sugerido a Hughes que podía dar a conocer la postura de Eisenhower de aquella manera. Y Dulles confiaba en que después de digerir sus palabras, el primer ministro británico y el canciller alemán ejercerían presiones por su parte para que el Presidente no renunciara a la rígida diplomacia de Foster Dulles. Éstos eran los sistemas que utilizaban los Dulles para manipular.

Alien Dulles había alcanzado la cima de su profesión. Como director de la CIA, controlaba con el absolutismo de un monarca medieval una organización con un presupuesto anual mayor que el de algunos países europeos, que contaba con unos medios técnicos incomparables para reunir información y con los hombres necesarios para llevar a cabo operaciones de espionaje. Podía gastar más de cien millones de dólares al año y sólo tenía que rendir cuentas globales. Ni el Congreso ni el Presidente tenían una idea real de cómo se gastaba el dinero ni en qué. Sin consultar a nadie del exterior de la Agencia, podía enviar agentes contra cualquier país, amigo o enemigo.

Dulles continuó moviéndose airoso entre sus invitados. Cuando escuchaba una conversación, se inclinaba un poco hacia delante y después se enderezaba y seguía. Estos pequeños movimientos eran el único rastro de una deformidad congénita en el pie que, tras una operación, le había dejado con un equilibrio precario. En los momentos de sosiego todavía meditaba sobre aquella deformidad, y algunos decían que le había marcado el carácter. Dulles había obligado a su familia a jurar solemnemente que nunca hablarían de su defecto con otras personas, y algunos decían que aquello había señalado la entrada de Alien en el mundo de los secretos.

Uno de los invitados tenía un defecto similar: el doctor Sidney Gottlieb, pero se enfrentaba a él irradiando confianza y éxito. La intensidad de su mirada era fascinante. Todavía se encontraba en la cuarentena, pero poseía unos modales paternos y tranquilizadores.

Sólo Dulles y un asesor de alto rango, Richard Helms, tenían noticia del importante documento que había escrito Gottlieb. Proponía en él un «programa para el control encubierto de la conducta humana que, al parecer, emplean con éxito los comunistas». Gottlieb había trabajado en el Chemical Corps Research y Bacteriological Warfare Center de Fort Detrick, situado en las laderas de los Apalaches de Maryland. Recientemente lo había reclutado la CIA, con la que debería trabajar para el Technical Services Staff, el TSS. En realidad, Helms le había dicho que tendría carta blanca para explorar sus ideas.

Los invitados seguían llegando y Clover mostraba el aspecto satisfecho de la anfitriona que sabe que su fiesta va a ser un éxito. En su juventud había sido una mujer de una belleza cautivadora, y su sonrisa seguía siendo seductora cuando saludaba a los convidados.

Clover había dejado de plantearse por qué su marido necesitaba la adoración de otras mujeres y por qué le gustaba acudir a salones, reservados y reuniones políticas. Tampoco se planteaba cómo había conseguido abarcar todo el espectro político de Washington de tal modo que casi todo el legislativo lo apreciara. En ocasiones como aquella, Dulles ocultaba el lado oscuro, implacable y sin escrúpulo ninguno, para mostrar en cambio el lado alegre, ingenioso y mundano de su personalidad.

Sin embargo, Clover advertía que algo lo inquietaba mientras iba de grupo en grupo. Reconocía los

signos: la suave risa brotaba con excesiva frecuencia y volvía a tener el vaso lleno con mayor velocidad que de costumbre, aunque la adrenalina de su alto cuerpo liquidaba rápidamente el alcohol. Pero, sobre todo, no le había visto fijarse en una mujer concreta para citarse con ella más tarde. Eso era tan impropio de él que sólo podía indicar que algo realmente serio se imponía, al menos por el momento, a sus poderosos apetitos sexuales.

A pesar de las repetidas infidelidades con las rubias de expresión vacua que acostumbraba a preferir, Clover había llegado a tolerar las aventuras amorosas de su esposo, por lo general con rubias de expresión vacua, en parte porque las amargas recriminaciones que desataron los primeros descubrimientos sobre su conducta la dejaron asustada de su propia ira, que la llevó a pensar en el suicidio. En esa época superó su rabia haciendo que su esposo lo pagara muy caro, dándole donde más le dolía: cada vez que descubría un nuevo adulterio, iba de visita a Cartier, de modo que terminó llenando un joyero de carísimas chucherías, una por cada infidelidad.

A lo largo de los años, Clover también consultó a varios psiquiatras, que le recetaron drogas que le calmaron el dolor durante un tiempo. Fue el doctor Gottlieb quien, en un aparte durante una recepción en la embajada francesa para celebrar el asalto a la Bastilla, le aconsejó que visitara al doctor Ewen Cameron.

Le explicó que el doctor Cameron tenía fama de tratar a mujeres con problemas emocionales, que contaba con el respeto de sus colegas, y que a su hospital de Montreal acudían pacientes de todo Estados Unidos. Ella le indicó que le resultaba imposible ir a Canadá, y Gottlieb le dijo que Cameron iba a Washington con frecuencia. En su desesperada búsqueda de ayuda, Clover accedió a fijar una cita. Unas semanas más tarde, Gottlieb la llamó y le dijo que el doctor Cameron deseaba comer con ella. Durante el encuentro, ella le contó los líos de su marido y el modo en que repercutían en ella.

El doctor Cameron le habló de las tensiones que provocaba el trabajar en un mundo clandestino, que el espionaje no era como otro trabajo cualquiera, que sembraba dudas e incertidumbres, incluso en los hombres más fuertes. Debería ver las transgresiones sexuales de su marido como una búsqueda para liberarse de las presiones, en lugar de pensar que su marido no la quería. El la quería y ella debía aprender a aceptar su modo de amarla. Cameron sugirió que viajara a Montreal, donde podría ponerla en tratamiento. «Es la única solución, muchacha.» La miró fijamente y, sin saber por qué, ella se sintió incómoda.

El doctor Cameron estaba también en la fiesta. A Clover le sorprendió, como siempre, su aspecto: parecía un toro, y tenía la frente amplia y las cejas como arbustos. A pesar del traje a medida, le tiraba la tela de los brazos. Sólo sus ojos, pálidos y penetrantes, indicaban que era un hombre inteligente.

Durante los meses anteriores se había convertido en un visitante habitual de la casa, aunque tras la sugerencia de que Clover viajara a Montreal no volvió a sacar el tema y se comportó de modo cortés y distante.

Buckley también había advertido la presencia de Cameron y se preguntaba quién sería. Clover le explicó que era un médico de Montreal que se encontraba de visita en la ciudad. Buckley tuvo la sensación de que no quería ser más explícita y no insistió.

Al igual que Clover, también él se había dado cuenta de que Dalles, en lugar de estar totalmente relajado, como sería lógico en una noche como aquella, parecía inquieto.

La inquietud que ambos habían advertido atormentaba a Dulles desde hacía tiempo, desde el último fin de semana de junio de 1950, cuando Corea del Norte lanzó un ataque con todos sus medios contra su vecino del sur. Estados Unidos actuó rápidamente para combatir aquella manifiesta agresión comunista. Antes de que hubieran transcurrido cinco años desde que su poderío atómico puso fin a la Segunda Guerra Mundial, cuando los estadounidenses se sintieron invencibles, Estados Unidos se encontraba una vez más en guerra. Sin embargo, en aquel verano de 1950 el país se enfrentaba al mayor sobresalto desde Pearl Harbor. A las cuarenta y ocho horas de que hicieran prisioneros a los primeros combatientes estadounidenses, algunos de ellos enviaron unas comunicaciones extraordinarias desde el otro lado de la frontera comunista, atacando ferozmente a su gobierno y su país con un lenguaje henchido de la retórica de Moscú y Pekín.

El Presidente quiso saber urgentemente cómo había sucedido todo aquello. ¿Cómo había podido el enemigo controlar la mente de unos patriotas estadounidenses? ¿Cómo era posible que la flor y nata de la juventud del país, entre la que se encontraban oficiales graduados en las mejores academias militares, hablara como si fueran agitadores de Europa del Este? ¿Cómo podía ser que unos soldados magníficamente entrenados se dejaran transformar en traidores e instaran a los que se encontraban en la primera línea a que se pasaran al comunismo? Las preguntas eran muchas, y por el momento no tenían respuestas.

La CIA se había fijado el objetivo prioritario de encontrar respuestas a esas preguntas, y durante los últimos tres años sus expertos habían estudiado las cartas enviadas por los prisioneros que se encontraban en Corea del Norte a sus desconcertadas familias, alabando la vida bajo el comunismo. La Agencia había

recogido cientos de artículos escritos por los prisioneros y publicados en la prensa de izquierdas de Europa, África y Asia, en los que encomiaban sus virtudes. El FBI había examinado la personalidad de sus autores: casi ninguno de ellos había demostrado anteriormente aptitudes para la escritura. Sin embargo, los artículos estaban bien redactados y llenos de detalles personales sobre la vida que los autores habían conocido en Estados Unidos y que ahora parecían rechazar por completo.

No fueron éstos los únicos sobresaltos. Corea del Norte empezó a repatriar a pequeños grupos de soldados. A su regreso a Estados Unidos, los veteranos dejaron claro que no deseaban seguir viviendo allí y que estaban deseosos de marchar a un país comunista. Y lo que era más alarmante todavía, querían que otros se fueran con ellos. Los antiguos prisioneros de guerra repartían folletos instando a la gente a apoyar los esfuerzos de Corea del Norte para ganar la guerra.

Se produjeron tumultos y enfrentamientos violentos entre los veteranos y los ciudadanos desconcertados; muchos de ellos tenían la sensación de que aquella era la mayor amenaza a la que se había visto expuesto el país. De un modo u otro, el enemigo había conseguido cambiar el pensamiento de aquella generación, y si no se ponía freno a aquello se produciría la corrupción de las futuras generaciones. Algunos incluso llegaban a predecir que no habría futuro alguno a menos que se contrarrestara aquella maligna esclavitud mental.

Este era el motivo de preocupación de Alien Dulles en la noche de la fiesta. Unas horas antes había estado en el Despacho Oval informando al presidente Eisenhower de lo que sabía la CIA y lo que había hecho hasta el momento para combatir la amenaza.

Dulles empezó describiéndole los conocidos juicios celebrados en Rusia durante las grandes purgas, antes de la guerra, cuando una serie de dirigentes comunistas confesaron crímenes que sin duda no habían cometido. Los reporteros que cubrían los juicios coincidieron en que estaban drogados, y la misma conclusión se sacó del juicio celebrado en 1949 al dirigente de la Iglesia católica en Hungría, el cardenal Josef Mindszenty. Se movía y hablaba como un robot ante los jueces soviéticos mientras pronunciaba un monólogo enumerando las traiciones que admitía haber cometido.

Dulles explicó al Presidente que aquel juicio había convencido a la CIA de que debía estudiar el control del comportamiento. Un pequeño equipo del departamento de Scientific Intelligence de la Agencia se dirigió a Tokio y llevaron en secreto a cuatro japoneses sospechosos de trabajar para los rusos a un anexo situado en el recinto de la embajada de Estados Unidos. Allí los doctores de la CIA les inyectaron una serie de depresivos y estimulantes durante un período de veinticuatro horas. No se les permitió dormir, y los japoneses se mostraron desorientados. Sometidos a un interrogatorio implacable, confesaron que trabajaban para los rusos. Los llevaron a la bahía de Tokio, les pegaron un tiro en la nuca y los tiraron por la borda. El equipo de la CIA se dirigió a Seúl, Corea del Sur, y repitió el experimento con veinticinco prisioneros de guerra norcoreanos. Les pidieron que denunciaran al comunismo. Se negaron. También fueron ejecutados para que no contaran lo sucedido.

Aquellas tácticas no tuvieron nombre genérico hasta que en septiembre de 1950 el *Miami News* publicó un artículo titulado «Lavado de cerebro», aludiendo a lo sucedido a los prisioneros de guerra estadounidenses en Corea del Norte. Dulles, por entonces subdirector de la CIA, emprendió personalmente la búsqueda de un antídoto contra tal conducta, y el primer paso fue contratar al doctor Sidney Gottlieb.

Gottlieb era ya un reconocido experto en venenos, cuanto más esotéricos mejor, de Fort Detrick. Había recorrido a pie las selvas de África, América Central y Asia para encontrar nuevas y mejores sustancias tóxicas. Su punto de vista sobre el asesinato estaba muy claro: «Por lo general, matar no está bien, pero es permisible cuando está en juego la seguridad de Estados Unidos. La decisión de matar no debe tomarse a la ligera, pero una vez tomada, debe llevarse adelante. Ya no es momento de plantearse cuestiones morales.»

Gottlieb había formado un equipo de médicos y científicos de ideas similares. Uno de ellos era un químico joven y brillante llamado Frank Olson, patriota ferviente que no tenía ningún problema en compartir el criterio de Gottlieb, según el cual todo aquel que trabajara en el programa de control mental debía poseer una ética tal que «garantizara una cooperación completa en cualquier fase del programa por revolucionario que éste fuera».

En estas palabras se reconocía, de modo implícito, la exigencia de que los miembros participaran en experimentos letales sin vacilar.

En 1952 Dulles llevó a Gottlieb y a su equipo a una Europa en plena posguerra. Instalieron su base en una serie de campos seguros de prisioneros de guerra y de refugiados de la zona. Gottlieb y sus médicos los visitaron todos. Les dijo que buscaban «individuos de lealtad dudosa, sospechosos de ser agentes dobles o miembros de las Waffen SS. En conjunto podríamos considerarlos individuos "prescindibles", aptos para nuestros experimentos».

Durante el invierno de 1952-1953 llevaron decenas de estos individuos «prescindibles» a diversos pisos

francos. Se les suministraron dosis masivas de drogas, algunas de ellas preparadas por Frank Olson en Fort Detrick, para intentar conseguir alguna alteración en la mente. A otros se les aplicó una terapia electroconvulsiva con el mismo propósito. Todos los experimentos fracasaron, de modo que mataron a los «prescindibles» y quemaron los cadáveres.

Gottlieb y su equipo regresaron a Langley y empezaron a experimentar con el LSD, una nueva droga conseguida por Gottlieb. Probaron la droga en algunos miembros del equipo. Aunque algunos se comportaron «como locos», la droga no dio muestras de que pudiera cambiar de modo permanente la mente humana.

Entretanto, en Corea del Norte los prisioneros estadounidenses seguían denunciando a su país y a sus compatriotas. Y en toda la nación, los repatriados continuaban pregonando las virtudes del comunismo. Dulles los llamaba «nuestros caballos de Troya».

Aquel día de febrero de 1953 en el Despacho Oval, Dulles se lo contó todo al Presidente, sin omitir detalle. Le explicó que Gottlieb había consultado viejos anuarios, que había estudiado los registros de la Inquisición, pero que no había encontrado ningún indicio de cómo lo habían conseguido los norcoreanos. Los prisioneros estadounidenses repatriados habían sido sometidos a exámenes médicos. No había rastro de intervenciones quirúrgicas, y los psiquiatras habían sido incapaces de identificar ninguna causa psicológica que explicara su conducta.

Sin embargo, algo les había sucedido mientras se encontraban en cautividad. Gottlieb había dicho que la única manera de descubrirlo era repitiendo todo lo que los prisioneros de guerra habían experimentado en Corea del Norte. Esto exigiría unos procesos clínicos que nunca se habían llevado a cabo, lo que implicaba tener acceso a un hospital y a pacientes.

Durante meses, Alien Dulles había dudado en dar luz verde al proyecto, ya que los riesgos para él, la CIA y el gobierno de Eisenhower eran enormes. Si se filtraba la noticia de que el gobierno de Estados Unidos había llevado a cabo experimentos inhumanos con su propia gente, las consecuencias serían incalculables. Su carrera habría terminado. La CIA quedaría destruida, y el Presidente se vería obligado a dimitir.

No obstante, unos días atrás, Gottlieb le había formulado una pregunta que le hizo replantearse la cuestión: los individuos que se utilizaran como conejillos de Indias, ¿debían ser forzosamente estadounidenses?

Alien Dulles decidió no incluir en el informe al Presidente la menor referencia a la idea que le rondaba por la cabeza. No obstante, mientras circulaba por la fiesta que celebraba su nombramiento, había tomado ya una decisión.

Con un movimiento de cabeza y una palabra en voz baja, empezó a indicar a una serie de invitados escogidos que se reunieran con él en su estudio, situado en la parte trasera de la casa.

Clover Dulles contempló con resignación cómo su esposo encabezaba la retirada hacia su refugio. De pie, bajo un retrato del padre de su esposo con atuendo religioso —el reverendo Alien Macy Dulles había sido pastor presbiteriano—, comentó a William Buckley que así era como terminaban todas sus fiestas: Dulles celebraba un cóncave con sus principales asesores.

Mientras éstos empezaban a salir discretamente del salón, Clover fue señalándoselos a Buckley. De vez en cuando añadía algunos detalles que lo fascinaban.

Gottlieb vivía en una vieja cabaña de esclavos y su afición preferida era criar cabras. A su lado caminaba Richard Helms. Clover lo calificó de «muy esnob» y añadió que el mayor momento de gloria de Helms había sido una entrevista muy franca que había mantenido con Hitler la víspera de Pearl Harbor. En aquella época, Helms era el corresponsal en Berlín de United Press.

El hombre de actitud distante que se alejaba de su grupo era el doctor James Monroe. También trabajaba con su esposo. Le seguía la diminuta figura del doctor Harold Wolff. Clover explicó a Buckley que incluso cuando el neurólogo se encontraba en otra habitación, «ella sentía el poder de su personalidad». A diferencia de muchos otros que Dulles incluía en lo que ella denominaba «su primer equipo», el doctor Wolff también era amigo de ella, pues había tratado a su hijo Alien de la herida en la cabeza.

Contemplaron al doctor Cameron cuando salía del salón. Clover le confesó: «Tiene una voz que puede dar miedo. A cualquier mujer la llama "muchacha" con un acento escocés que estoy segura de que es simulado.»

Buckley le indicó el hombre alto, de cabello plateado, que caminaba junto al doctor Cameron. Clover le explicó que el doctor William Sargant era un distinguido psiquiatra inglés que acudía a Washington con frecuencia. Le había dado un libro que publicaría en breve titulado *La conquista de la mente humana*. Clover extrajo el ejemplar de un estante y Buckley vio que estaba dedicado a «Clover Dulles, una dama encantadora». Ella opinaba que él era «un hombre muy agradable».

Hacia las diez y media, los restantes invitados empezaron a abandonar la fiesta. En Washington, el gobierno se acostaba y se levantaba temprano.

Sin embargo, en el estudio de Dulles la reunión tenía trazas de durar toda la noche.

El doctor Sargant recordaría más tarde que fue él quien inició la conversación. Explicó los principios que regían la conversión religiosa y las lecciones que se podían extraer del ayuno, las incomodidades físicas y el dolor; todo ello, adecuadamente aplicado, podía causar intensas sensaciones de ansiedad, culpabilidad, depresión y, finalmente, agotamiento nervioso. Éstas eran las condiciones previas para crear el estado necesario para que una persona se convirtiera o cambiara de una fe a otra.

Describió la técnica que seguía el evangelista inglés John Wesley para conseguir las conversiones. Wesley escogía a una sola persona de su público y creaba con ella un vínculo cordial: era un sistema sencillo de control mental, pero muy eficaz. Explicó también que el rito católico de la confesión era otro sistema de probada eficacia. Mencionó, por último un tema en el que era experto: los efectos manipuladores del vudú. A través de sus deidades, creaba una variedad de estímulos visuales que, adecuadamente utilizados, podían conducir a alguien al borde de la locura.

El doctor Sargant terminó su intervención recordando las lecciones que debían extraer de lo que se conocía como el «despertar religioso de Kentucky» de 1800. Un predicador calvinista, el reverendo James McGready, provocó un estado de estrés en su congregación utilizando con habilidad la oscuridad mientras sus acólitos golpeaban continuamente los tambores. Al final incluso sucumbieron los hombres más fuertes. Desde un punto de vista psicológico podía considerarse que se trataba de un ejemplo de la psicología de la rendición, en la que unos valores nuevos sustituían a los antiguos.

El doctor Monroe fue el siguiente en tomar la palabra y realizó un breve repaso a las últimas drogas disponibles para tratar a los enfermos mentales. Monroe sugirió que su efecto era limitado porque no se habían utilizado en conjunción con otras técnicas. Él había empezado a desarrollar uno de esos métodos, basado en la privación sensorial.

Todos asintieron. Habían leído el artículo del doctor Monroe en el que se describía cómo la privación sensorial podía cambiar los objetivos de una persona, sus valores e ideales de toda una vida.

Por último intervino el doctor Cameron. Dijo que había estudiado muchas de las confesiones realizadas por los prisioneros de los norcoreanos y distinguía un factor común a todas ellas. Era muy probable que las confesiones se hubieran obtenido creando lo que Cameron denominó «una intensa sensación de conflicto interno». Recordó a sus oyentes que la personalidad no sólo estaba vinculada a la conducta de acuerdo con un papel, sino que también dependía de la percepción de este papel. Su acento escocés acentuó estas palabras. El factor crítico consistía en distinguir entre una persona que desempeñaba un papel y otra que aceptaba la realidad de una situación. Era fundamental comprender esa percepción personal. En el caso de las confesiones de los prisioneros de guerra, sus captores habían buscado con ahínco los puntos débiles de sus personalidades para descubrir las diferencias.

Los presentes asintieron una vez más. En su mundo, lo que había destacado el doctor Cameron se denominaba «infantilismo psicológico traumático», expresión utilizada para describir cómo un individuo se sentía obligado a refugiarse en la misma persona que lo amenazaba e incluso ponía en peligro su vida. En el caso de los prisioneros, habrían llegado a ver a sus secuestradores como «buena gente». Esto se conocía como «transferencia patológica». Los cautivos agradecían que sus carceleros les permitieran vivir.

Siguieron conversando sobre estas cuestiones hasta que finalmente tomó la palabra Alien Dulles. Dijo que todo lo que había oído reforzaba su idea de que «podía resolverse el misterio del lavado de cerebro».

Con tal propósito invertiría otros 300.000 dólares en nuevas investigaciones. El programa absorbería todos los existentes, se denominaría MK-ULTRA y lo dirigiría el doctor Gottlieb con el objetivo de «investigar todos los medios posibles para modificar la conducta humana».

La CIA abordaría el problema a todos los niveles. Ningún aspecto se pasaría por alto, por especulativo que fuera. La tecnología, las ciencias aplicadas, la investigación física y psicológica se emplearían hasta los límites conocidos. Este punto incluiría la «acción ejecutiva», el eufemismo interno de la Agencia para referirse al asesinato. En caso necesario, la Agencia se encargaría de eliminar los rastros. Para evitar problemas, se clasificaría el MK-ULTRA como asunto del más alto secreto. A menos que fuera absolutamente necesario, los investigadores externos no deberían saber nunca que trabajaban para la CIA o cuál era el uso final de sus investigaciones. A su vez, la Agencia garantizaría la protección de todos los contratados para el proyecto.

El doctor Wolff y sus colegas de la Universidad de Cornell serían responsables directos de la evaluación de los 7.190 expedientes de la CIA sobre los prisioneros estadounidenses, tanto los repatriados como los que seguían en Corea del Norte.

El doctor Monroe valoraría lo que sabía la CIA sobre los métodos utilizados por los rusos y los chinos en los interrogatorios. También sería responsable de la creación de una fundación adecuada que actuara como tapadera para toda la investigación. Dulles había escogido ya un nombre y una dirección: se llamaría Society

for the Investigation of Human Ecology y tendría su sede en una casa situada en la calle 78 Este de Nueva York, cerca de Cornell. El doctor Wolff sería el presidente de la fundación.

Dulles se volvió al doctor Sargent y le preguntó si podría actuar como nexo entre la fundación y una investigación similar que se estaba llevando a cabo en Gran Bretaña, en el centro biológico y químico de Portón Down situado en la llanura de Salisbury. El doctor Sargent dijo que, dada su posición dentro del servicio secreto del Reino Unido, estaba seguro de que no tendría problemas en llevar a cabo la tarea encomendada por Dulles. Tanto el MI5 como el MI6 mantenían vínculos estrechos con la CIA y, puesto que las tropas británicas y de la Commonwealth servían en Corea, tenían objetivos comunes en el proyecto.

Dulles se volvió finalmente hacia el doctor Cameron y le preguntó si podía ayudar de alguna manera.

Cameron dijo que estudiaría el asunto con todo cuidado. «Pero sí, Alien, creo que puedo ser de cierta ayuda.»

Dicho lo cual, se disolvió la reunión.

Después de que William Buckley terminara el curso de iniciación en la escuela de formación de la CIA en Fayetteville, Carolina del Norte, en 1954, el año transcurrió sin acontecimientos dignos de mención. A pesar de las repetidas promesas de que pronto vería algo de acción, pasaba los días en la CIA tras un escritorio, en un despacho poco mayor que el armario para las escobas. El edificio de Langley, que se convertiría más tarde en la sede permanente de la Agencia, estaba todavía en construcción, y la CIA se alojaba en varios edificios de Washington o en barracones prefabricados de la Segunda Guerra Mundial situados junto al Lincoln Memorial. Buckley trabajaba en uno de ellos. Pasaba los días, de la mañana a la noche, leyendo y evaluando informes. Cuando finalmente protestó, se le dijo que no podía esperar mucho más; debía entender que, en muchos sentidos, la CIA era otra sección del Departamento de Estado y su misión consistía en tratar a la gente con la que a éste le resultaría complicado mantener contactos. No obstante, cada vez estaba más aburrido.

Sin que él lo supiera, las necesidades del MK-ULTRA estaban trazando su futuro. El proyecto había ido evolucionando desde el documento redactado por Gottlieb en el que afirmaba que los norcoreanos habían perfeccionado un método para apoderarse de la voluntad y de la mente de los individuos. Al otro lado del mundo, los prisioneros de guerra estadounidenses seguían poniéndose en pie ante los jueces comunistas y haciendo confesiones sorprendentes.

Parte del trabajo de Buckley había consistido en examinar las confesiones, investigar el pasado familiar de quienes las habían hecho y escudriñar hasta el último recoveco en busca de alguna pista acerca de cómo había sido posible obtenerlas.

Sin embargo, él era un hombre de acción, y no era aquello lo que quería hacer. Estaban ya a finales de 1954 y había recibido un escrito comunicándole que lo enviaban a la Universidad de Boston a un curso para estudiar Ciencias Políticas. La orden procedía de la Office of Science and Technology. Cuando llamó a la oficina descubrió que la dirigía Sidney Gottlieb. En la breve conversación que mantuvo con él, Gottlieb repitió un mantra que le resultaba familiar: «Ya llegará su momento. Por ahora, hágalo bien en Boston.»

Buckley advirtió la impaciencia de Gottlieb, pero no tenía ni idea de que se dirigía contra el doctor Ewen Cameron. El año que Buckley creía haber pasado «mordiéndome las uñas en Langley», Cameron lo había dedicado, sin prestar atención a la impaciencia de Gottlieb, a asegurarse de que podía llevar a cabo lo que le pedía la CIA en el Allan Memorial Institute, el hospital psiquiátrico de Montreal, que dirigía con plena autoridad.

Cameron se había entrevistado varias veces con Gottlieb y Dulles, y con los restantes hombres que estuvieron presentes en el estudio del director mientras los invitados de la fiesta de Clover salían a la noche washingtoniana. También había pasado un día con el doctor Wolff en la Human Ecology Foundation, en Nueva York. Había viajado a Londres para conversar con el doctor Sargant, y juntos habían visitado Portón Down para ver los experimentos que allí se llevaban a cabo sobre el control psíquico. Más tarde fueron a una base de la RAF situada en Maresfield, cerca de Sussex Downs, donde se realizaban otros experimentos. Desde Londres, Cameron había tomado un avión a Washington y había pasado varios días en Fort Detrick, donde se entrevistó, entre otros, con el bioquímico Frank Olson.

De regreso en Montreal, Cameron autorizó los preparativos para transformar el sótano del Allan Memorial Institute en una réplica de lo que sería un centro de interrogatorios norcoreano, según le habían contado.

En una helada mañana de enero de 1955, el doctor Cameron condujo su Cadillac negro por la carretera 87 en dirección al norte, saliendo de Lake Placid, en la zona septentrional del estado de Nueva York. Conducía deprisa a pesar de que se trataba de una carretera traicionera, con una mano enguantada sobre el volante y la otra sujetando un micrófono unido a una grabadora portátil colocada en el asiento contiguo.

Transcurridas las dos horas que tardaría en llegar a Montreal, tendría ya una docena de cintas que su equipo de secretarías habría transcrito antes del anochecer. Una de ellas mecanografiaría los comentarios sobre las detalladas notas que había examinado durante el fin de semana en su casa de Albany mientras su esposa, Jean, y los niños, tres chicos y una chica, jugaban al ajedrez. Otra secretaria se ocupaba de la administración, y la tercera de sus publicaciones: libros, artículos para revistas especializadas, conferencias y declaraciones a la prensa. Conocía el valor de la publicidad, pero también sabía cuándo debía evitarla.

En este caso no daría la menor publicidad a lo que estaba dictando mientras conducía. Lo transcribiría la infatigable Dorothy Trainor, la secretaria que se encargaba del trabajo más confidencial. Ella se encargaría de la ortografía y la puntuación de lo que él iba dictando.

«... Solicitud de una subvención para el estudio de los efectos de la repetición de señales verbales sobre la conducta humana. 1) Objetivos generales. Pedimos una subvención para unos estudios sobre los efectos de la repetición de señales verbales sobre la conducta humana. En la actualidad nuestros intereses se centran en a) la producción de cambios en la conducta y b) cambios en la función fisiológica, con mayor énfasis en ésta



última por la facilidad que plantea su medición.»

Era la primera petición de dinero a la Human Ecology Foundation. El doctor Wolff le había dicho: «Pida todo lo que quiera, no escatime.»

Una larga experiencia pidiendo subvenciones le había enseñado al doctor Cameron el modo de captar la atención al instante. Durante los últimos trece años había recaudado más dinero que cualquier otro médico canadiense, empezando por los cuarenta mil dólares estadounidenses de la Rockefeller Foundation para crear el Allan Memorial Institute. Había conseguido otras cantidades importantes para ampliar el instituto y contratar a algunos de los personajes más destacados en la investigación médica norteamericana. No pasaba por alto ninguna fuente de ingresos, por grande o pequeña que fuera: organismos gubernamentales, fundaciones filantrópicas y ricos hombres de negocios, aunque tampoco desdénaba las recaudaciones de los rastrillos benéficos, rifas y colectas en escuelas.

Pero la Human Ecology Foundation podía subvencionar sus sueños secretos y pagarle para que encontrara respuestas a cuestiones que habían intrigado a la psiquiatría desde que se convirtió en una disciplina. Con un acceso rápido al dinero de la fundación, nada quedaría fuera de su alcance. Los retos habían supuesto un estímulo durante toda su carrera, pero la fama que ansiaba, la fama de Freud, Jung y las otras figuras fundadoras del psicoanálisis, todavía estaba lejos. William Sargant era más famoso que él, pero eso no le amargaba sino que más bien constituía un acicate para Ewen Cameron. En parte era la razón por la que dictaba mientras conducía, pues en su vida nunca había tiempo suficiente para todo. Siguió hablando por el micrófono (ver Documento 3).

«... El Allan Memorial Institute para la Psiquiatría ha estado estudiando los efectos sobre la conducta humana de la repetición de las señales verbales. Las primeras investigaciones se basaron en la observación de que la repetición mediante una grabación magnetofónica de algunas afirmaciones especialmente significativas, realizadas por el paciente durante la psicoterapia, tenía como resultado una serie de fenómenos: a) aumentaba la productividad por parte del paciente de un material de relevancia dinámica, b) el material estaba relacionado con la afirmación repetida (impulsión), c) se incrementaba la identificación de los componentes importantes en el material repetido, d) esta identificación mayor, o reconocimiento, de componentes importantes, resultaba especialmente notable en el paciente.»

En Langley, Gottlieb había empezado el primero de una serie de programas para administrar «drogas a personas normales no advertidas». Les dio el nombre clave de Bluebird y Artichoke, su pájaro y su verdura favoritos. Más tarde llegó Naomi, nombre escogido por una prima lejana. Pronto tuvo tantos proyectos que se limitó a numerarlos. Al final había 149 proyectos MK-ULTRA distintos. El proyecto MK 49 consistía en investigar el «control direccional remoto de actividades en centros cerebrales específicos». El proyecto MK 142 era «un pequeño programa biológico de estimulación cerebral eléctrica».

Otros proyectos estaban diseñados para «matar o controlar a diversas distancias inferiores a una milla».

Una nota enviada a Dulles por Gottlieb en junio de 1954 resume perfectamente ese experimento:

«Como sabe, uno de los problemas que plantea la introducción de un aparato de audio en la pared o bajo el colchón es que, igual que las cámaras, éstos captan lo que ven y no lo que un ser humano captaría. Los seres humanos tenemos en el oído una cóclea que oculta algunos sonidos y nos permite mantener una conversación en mitad de una fiesta, por ejemplo. Pero cuando se graba una fiesta, se obtiene todo el ruido y no se puede distinguir la conversación. Hemos estado utilizando una cóclea verdadera procedente de un gato. Le pusimos un cable para que lo ocultara todo. Después lo entrenamos a escuchar conversaciones y no el sonido de fondo.

»Gastamos mucho dinero. Abrimos el gato, le pusimos pilas y un cable. Utilizamos la cola como antena. Después lo pusimos a prueba. Nos encontramos con que cuando tenía hambre se marchaba, así que le pusimos otro cable que le impedía sentir hambre. Entonces lo llevamos a un parque y le dijimos "¡Escucha a esos tipos y no escuches nada más: ni los pájaros, ni otros gatos ni los perros. Sólo a esos dos!" Cuando el gato cruzaba la calle, llegó un taxi y lo atropello. ¡Ahí nos quedamos, sentados en la camioneta, dispuestos a grabar al gato mientras transmitía la conversación de los dos tipos! ¡Y el animal estaba muerto! Esos son los problemas imprevistos con que nos encontramos.»

Algunas veces surgían dificultades con el personal que Gottlieb había contratado para el MK-ULTRA. Uno de ellos era el doctor Richard Wendt, jefe del departamento de Psicología de la Universidad de Rochester. Se le entregaron 30.000 dólares para que llevara a cabo un experimento, y unos meses después afirmó que había creado un polvo que hacía hablar a cualquiera. Wendt resistió todas las presiones para revelar los ingredientes del polvo e insistió en que era tan potente que sólo podía probarse con «individuos prescindibles».

Dulles ordenó que enviaran a Wendt a Europa acompañado por un agente de la CIA que supervisara la eliminación de los «individuos prescindibles» al final del experimento.

Al llegar al aeropuerto, el agente observó con asombro que Wendt iba acompañado de una atractiva joven que presentó como su ayudante. El agente le indicó que no tenía permiso para viajar, pero Wendt se mostró inflexible: si ella no iba, él tampoco iba. El agente telefoneó a Langley para hablar con Gottlieb, y Wendt repitió al científico lo que había dicho al agente, el cual escribió más tarde en una nota: «Se produjo una discusión. Wendt insistía en que la joven le había ayudado a desarrollar el polvo y debía ir con él. Gottlieb accedió finalmente. Durante gran parte del largo vuelo a Europa, la muchacha estuvo haciéndole arrumacos.»

La pareja fue conducida a un piso franco de la CIA situado en un pueblecito al sur de Francfort, con una «sala de tratamiento» insonorizada equipada con micrófonos y falsos espejos para que el agente observara por fin cómo trabajaba el doctor Wendt. El primer sujeto fue un hombre identificado como «un posible agente soviético». Durante los tres días siguientes le echaron los polvos de Wendt en la comida y la bebida, en cantidades cada vez mayores. Como éstos no mostraron efecto alguno, el doctor Wendt declaró que el «sujeto no era adecuado». Dos agentes del centro de la CIA en Francfort condujeron al hombre a un bosque cercano, donde le pegaron un tiro y retiraron el cadáver en una camioneta.

Llevaron cuatro individuos más al piso franco. Los tres primeros, rechazados tras unas pocas horas de «tratamiento», fueron ejecutados de modo similar. El cuarto era un agente del KGB soviético. Además de hacerle consumir el polvo, lo llenaron de drogas —una sorprendente combinación de 50 miligramos de Dexedrina inyectada, seguida de 25 miligramos de Seconal y cantidades igualmente abundantes de marihuana—. Entró en un trance onírico en el que soltó risitas felices durante horas seguidas. El doctor Wendt se volvió hacia el agente e intentó mostrarse chistoso: «Me temo que tendremos que volver a empezar.» El ruso también fue ejecutado.

Entre uno y otro experimento, Wendt pasaba horas enteras tocando al piano la misma nana para su ayudante. Estas sesiones terminaron cuando la esposa de Wendt llegó repentinamente a Francfort en busca de su aventurero marido, que había tenido la consideración de dejar la dirección por si se producía una emergencia familiar.

A la señora Wendt no le gustó descubrir a la compañera de su esposo. Como reacción tras tantas tensiones, el hombre salió corriendo de la casa hacia una iglesia cercana, donde fue reducido por un agente de la CIA en el momento en que se disponía a saltar del campanario. Sedados con su Seconal, Wendt y las dos mujeres de su vida fueron devueltos en secreto a Estados Unidos. Wendt murió apaciblemente pocos años después, convencido de que lo habían tratado muy mal.

Cuando Cameron oyó hablar del desastre de Wendt, comunicó a Gottlieb que si él tenía que participar en el programa MK-ULTRA, debía desaparecer gente como Wendt. Gottlieb le aseguró que ya se había procedido a una limpieza. Cameron se dio por satisfecho y siguió con los preparativos. Aquella mañana de invierno, mientras conducía hacia Montreal, seguía planeando el modo de utilizar el dinero procedente de la Human Ecology Foundation.

«... Mediante la repetición constante de una frase clave que actúa como impulso puede establecerse una tendencia persistente a actuar de un modo predeterminado en relación con unas características generales. En otras palabras, por medio de un impulso verbal es posible, sin excepción, inculcar en el paciente una tendencia duradera favorable a ese estímulo...»

Cameron sabía que Wolff comprendería el significado subyacente tras la jerga pues habían conversado en varias ocasiones durante el mes anterior. En cada una de las conversaciones Cameron había cerrado con llave la puerta del despacho y había utilizado la línea telefónica directa para no tener que pasar por la centralita del hospital. En su última llamada, le dijo que estaba trabajando en «una línea de investigación prometedora».

Ésta tenía su origen en una historia inusual. En marzo de 1948, Cameron leyó un artículo sobre el último invento de la compañía Linguaphone, el Cerebrophone, que aparecía descrito como «un método revolucionario para aprender un idioma extranjero durante el sueño». Consistía en un tocadiscos conectado a unos temporizadores. Según Linguaphone, no sólo los estudiantes de idiomas aprenderían mientras dormían sino que «todo el sistema educativo del mundo deberá revisarse, pues los niños aprenderán las lecciones con este nuevo método, de modo que la universidad del mañana estará en la mesilla de noche».

Cameron compró un Cerebrophone. Con una inventiva que sin duda Linguaphone habría aprobado, consideró que si en lugar de denominarlo «enseñanza durante el sueño» se llamara «impulsión psíquica» resultaría mucho más impresionante desde un punto de vista científico.

Grabó una sesión de terapia con una paciente de cuarenta años, maníaca depresiva. Después seleccionó los fragmentos fundamentales y los unió en un bucle, de modo que se repitieran sin cesar. Se sentó con la mujer y puso en marcha la cinta con la incesante repetición del relato de unos recuerdos concretos en los que la madre de la paciente amenazaba con abandonarla. El doctor Cameron estaba convencido de que aquella amenaza se encontraba en la base de la depresión de su paciente y que aquella mujer había sido incapaz de superar el

rechazo materno.

Después de repetir la cinta siete veces, la mujer le preguntó: «¿Debo escuchar?» Él puso la cinta más veces y, tras once repeticiones, la mujer gritó: «¡No soporto escuchar esto!» Él siguió y, tras cuatro repeticiones más, ella soltó: «Ésa es la verdad.»

Después de que la cinta se repitiera diecinueve veces, la mujer se echó a temblar y gritó que odiaba el sonido de su voz; a las treinta, empezó a respirar rápidamente, a agitarse de modo incontrolado y a decir entre gemidos que odiaba a su madre. A la trigésima quinta, exclamó: «¡La odio, la odio!» Tras otras tres repeticiones, rogó que detuviera la cinta. Pero el sonido de su voz prosiguió inexorable y la mujer empezó a gimotear y a llorar.

El doctor Cameron detuvo la cinta tras cuarenta y cinco repeticiones y anotó que el sistema de defensa de la mujer se había desmoronado. ¿Era eso lo que habían hecho los comunistas? ¿Era así cómo destruían un sistema de valores y lo sustituían por otro?

El viaje a Montreal casi había terminado; quedaba sólo una hora para llegar al Allan Memorial Institute e iniciar otra semana con jornadas de catorce horas. En diciembre iba a cumplir cincuenta y seis años, y sin embargo poseía la energía propia de un hombre de la mitad de su edad. Ése era el otro motivo de su éxito. Siguió dictando:

«... Los constantes estudios sobre los efectos de la repetición en los pacientes han abierto una nueva línea de investigación. Se han construido aparatos especiales para explorar este nuevo campo de comunicación ultraconceptual...»

Cameron sabía que el personal médico y las jefas de enfermeras del instituto contemplaban con malos ojos a los hombres que había contratado para ampliar el equipo. Leonard Rubenstein era un inglés con acento *cockney* y sin formación médica. Sin embargo, Cameron lo había puesto al frente de un «laboratorio de investigación y desarrollo sobre la conducta». Rubenstein, un hombre alto y correoso que llevaba una bata blanca de médico, se dedicaba a trotar por los pasillos del hospital remedando a Groucho Marx mientras soltaba frases ingeniosas con voz de bajo.

Por lo general lo acompañaba su ayudante, Jan Zielinski, un ingeniero de origen polaco que tampoco tenía estudios de medicina. Pocas veces dirigía la palabra a alguien, y observaba con ojos de lechuza a los pacientes desesperadamente enfermos. Pero Cameron había dejado bien claro que defendería a los dos técnicos contra todo el personal de médicos y enfermeras, e incluso contra la junta rectora de la Universidad McGill, de la que formaba parte el instituto.

Tenía la seguridad de que en caso de enfrentamiento resultaría vencedor, porque ningún médico había llevado tanto prestigio como él a McGill. Cameron era presidente de la poderosa American Psychiatric Association, pronto lo sería de la Canadian Psychiatric Association y estaba a punto de recibir el honor supremo de su disciplina, la primera presidencia de la World Association of Psychiatrists. Había fundado ya la Canadian Mental Health Association y había presidido el Canadian Scientific Planning Committee. Ningún otro psiquiatra del cuerpo docente de McGill había publicado tantos artículos científicos ni sobre un campo tan amplio; ninguno había dado tantas conferencias ni era tan conocido en el mundo médico, ni tampoco había atraído a tantos estudiantes a la universidad.

El doctor Osmond Solandt, presidente de la Canadian Defence Research Board, puesto muy confidencial que le obligaba a mantener contacto regular con el Canadian Intelligence Service, había advertido en privado al doctor Cameron sobre los riesgos de trabajar con la CIA. Le dijo que había oído hablar del tipo de investigaciones que estaba financiando la CIA en otros hospitales de Estados Unidos y que tenía ciertos recelos; tal vez resultara arriesgado para Cameron meterse «en algo así». Solandt recordaría más tarde que le advirtió: «Esa gente de Washington ni siquiera sabe cómo se escribe la palabra "ética".»

Cameron le garantizó que la reputación de McGill no corría ningún riesgo.

Ewen Cameron había nacido la noche del 24 de diciembre de 1901. Era hijo del reverendo Duncan Cameron, pastor de la parroquia de Bridge of Allan, una pequeña población situada a unos treinta kilómetros al norte de Glasgow, Escocia. Muchos lunes, día de colada, el viento arrastraba el polvo de las industrias sobre las pequeñas colinas y manchaba la ropa cuidadosamente tendida. Esos días, el reverendo Cameron agarraba la bolsa de golf y dejaba a su esposa lamentándose por tener que vivir en un clima tan inhóspito. Cuando Ewen alcanzó la edad suficiente, su padre lo llevaba como *caddy* para ahorrarse el penique que le costaría contratar a un chico un día entero. Aquello lo hizo odiar el golf para siempre.

Los vestigios de su infancia permitían imaginar un niño de rostro solemne, con unos ojos asombrosamente claros, hijo de un matrimonio de conveniencia. Si la pasión existió alguna vez, ésta murió en su madre tras una vida de trabajo incesante durante la semana, y de domingos de sermones intransigentes. La conciencia del triste vínculo que unía a sus padres marcó su personalidad.

Durante la adolescencia se convirtió en un muchacho tremendamente competitivo: no soportaba perder en las pruebas deportivas, y se disgustaba si sus notas no lo situaban regularmente en la cumbre de la clase. Era además un chico solitario y taciturno, tenía pocos amigos y pasaba gran parte del tiempo leyendo, lejos de los campos de deporte. Encontraba un placer permanente en la novela de Mary Shelley sobre Victor Frankenstein y la criatura creada por él. Con el transcurso del tiempo, Ewen Cameron advertiría que el monstruo y su creador eran las mitades antitéticas de un único ser: el doctor Frankenstein representaba el intelecto, y su anónima criatura las emociones. Este concepto ocuparía un lugar importante en el camino elegido por el joven Ewen Cameron.

Creció despreciando el toque de clarín y trompetas que llamaba a los jóvenes, poco mayores que él, a la Gran Guerra. Algunos regresarían llenos de medallas, ciegos y mutilados, aptos sólo para vender cajas de cerillas o cordones para botas, o para tocar el organillo por las calles de Glasgow. Esto también dejó en él una huella profunda, al igual que las historias que circulaban por la iglesia de su padre: el kaiser cortaba las manos de los colegiales belgas y hervía cadáveres británicos para convertirlos en jabón. Todo ello contribuyó a sembrar las semillas de los sentimientos antigermánicos de Ewen Cameron. A finales de la Primera Guerra Mundial empezó a estudiar medicina en la Universidad de Glasgow.

Pronto se sintió atraído por las funciones de un órgano que le parecía más enigmático que un corazón latiendo, un bazo dilatado, los cambios de color del hígado o los movimientos peristálticos: le fascinaba el funcionamiento del cerebro. A mediados de los años veinte, empapado de la psicofilosofía de Freud, Jung y otras eminencias, el recién titulado doctor Cameron decidió elegir como campo de trabajo la resolución de los complejos problemas que planteaba el comportamiento humano. Tras trabajar como interno en el hospital Glasgow Western Infirmary, se matriculó para seguir un curso de posgrado en la Universidad de Londres. Obtuvo un diploma en medicina psicológica y en 1926 abandonó Gran Bretaña para entrar en uno de los hospitales más progresistas de América del Norte: el Johns Hopkins de Baltimore. Allí empezó a formular sus propias teorías para explicar los patrones de la conducta humana. Ante la sorpresa de sus colegas, Cameron decidió integrarse en el equipo del Brandon Mental Hospital de Manitoba.

Este hospital psiquiátrico de la región de las praderas se había convertido en el depósito al que iban a parar los individuos marginados por la sociedad canadiense, un lugar lleno de brutalidad, despersonalización e inmundicia, una institución cerrada cuyos vigilantes no distinguían entre definiciones y categorías de locura. En aquel lugar reinaba tanto miedo como en la prisión estatal. Le habían prometido que tendría las manos libres para tratar a los cientos de casos graves que había en el centro.

Cameron aplicó un celo de reformador para establecer que el tratamiento de todos los tipos de enfermedades mentales dependía de osadas decisiones psiquiátricas, si bien éstas se basaban en una reducida farmacopea. Todavía faltaban dos décadas por lo menos para que llegara la química de la liberación. Sin embargo, en Brandon empezó a crear la base teórica según la cual el fin justificaba los medios.

A pesar de su juventud —apenas veintiocho años—, en la práctica tenía las manos libres para estudiar los diversos mecanismos esquizoides, las fantasías psicóticas y el extraño mundo de los paranoicos, en el que la realidad interna y externa se fragmentan continuamente. Nunca había estado más satisfecho.

Durante su primer largo invierno canadiense se sumergió en la obra de Frederick Winslow Taylor, el fundador de la «organización científica» y el sumo sacerdote de la «ingeniería humana». Taylor había publicado en 1911 un extenso estudio que, aunque en principio estaba ideado para enseñar a los empresarios a conseguir mayores beneficios de sus obreros, Cameron consideró que podía adaptarse para lograr que los pacientes se comportaran de modo más eficaz.

Empezó a realizar los primeros tests psicológicos en Brandon, que consistían en una mezcla de las enseñanzas de Taylor y las pruebas que el ejército de Estados Unidos realizaba durante la Primera Guerra Mundial. Se establecían unas cuantas preguntas para determinar unas respuestas y cuantificar así los diagnósticos de «peligroso», «violento», «poco dispuesto a cooperar», etiquetas comunes entre los enfermos de Brandon. Éste fue el primer contacto de Cameron con el conductismo, al que se convirtió con entusiasmo. Su búsqueda para establecer un nuevo orden en Brandon trajo consigo otro descubrimiento importante: la «ciencia que podía aplicarse a la conducta resultaba respetable para la manipulación de mis pacientes».

Un número desproporcionado de éstos había nacido en el extranjero, especialmente en Europa del Este; eran restos de un naufragio que, de un modo u otro, habían ido a parar a Manitoba: polacos, búlgaros, lituanos y rusos que habían huido de la revolución bolchevique. La vida en el Nuevo Mundo les había resultado igualmente dura y no habían podido resistirlo. Cameron creía que los tests que empleaba podrían usarse también para seleccionar a los inmigrantes e impedir así la entrada a las personas que podrían «infectar» a la comunidad. Creía fervientemente que la psiquiatría podía utilizarse para identificar y remediar los problemas

de la sociedad: «Un enfoque radical puede poner fin a la amenaza de una degeneración racial inminente, a la perspectiva de un mestizaje debido a unas prácticas eugenésicas demasiado laxas, al aumento del crimen y la inmoralidad.»

Brandon era un buen lugar para experimentar sus teorías con quienes, al fin y al cabo, no tenían futuro alguno. Su indefensión ayudaría a Cameron a crear una Nueva Jerusalén.

Empezó a publicar artículos médicos en los que defendía que del mismo modo que podía surgir riqueza de la pobreza o sabiduría de la ignorancia, y que los desposeídos podían transformarse en ciudadanos, también la salud mental podía estructurarse a partir de la enfermedad. Escribió: «Debe fomentarse la actividad de sus células cerebrales y devolver a éstas su libertad normal.»

Así como de chico le había encantado la historia de Frankenstein, entonces se entusiasmó con el amplio reportaje sobre lo sucedido en Roma a principios de abril de 1938. Dos vigilantes acompañaron a un paciente, Umberto Castelli, por los enlosados pasillos del hospital universitario para enfermedades nerviosas. Tenía cuarenta años y un informe médico lo describía como un hombre «recio como un buey e inconsciente de su fuerza física». El diagnóstico clínico declaraba que se trataba de un esquizofrénico catatónico. La enfermedad se había manifestado al final de la adolescencia con síntomas de insomnio, depresión y pérdida progresiva del contacto con la vida. Castelli presentaba las muecas y tics propios de su situación, acompañados de alucinaciones e ideas delirantes, negativa a comer y repentinos estallidos de violencia. Era capaz de repetir una sola frase durante horas seguidas. En otras ocasiones permanecía con los brazos extendidos, como si estuviera crucificado.

Los vigilantes llevaron a Castelli a una habitación pequeña e intensamente iluminada donde aguardaba el profesor Ugo Cerletti. Lo colocaron en una camilla y lo ataron con fuertes correas de cuero. Uno de los vigilantes permaneció a sus pies y el otro a la cabeza. El profesor dio un paso al frente sosteniendo dos planchas planas unidas a una máquina por un cable. Colocó las superficies de metal sobre las sienes de Castelli y ordenó a una enfermera que las sostuviera. Seguidamente pulsó un botón de la máquina. La boca de Castelli se abrió al instante y su cuerpo se agitó con una convulsión a pesar de las correas. La baja dosis — ochenta voltios durante un quinto de segundo— produjo como reacción *el petit mal*. El profesor Cerletti se dispuso de inmediato a aplicar otra vez el tratamiento con un voltaje mayor. De repente, con una voz racional que nadie había oído hasta entonces, Castelli dijo: «¡Por favor! ¡No lo repita!» El profesor Cerletti hizo caso omiso del ruego y aumentó el voltaje: Castelli volvió a convulsionarse, y de nuevo cayó en una inconsciencia epiléptica. Al poco rato se incorporó, relajado y sonriente.

Este episodio causó en Cameron una impresión profunda y duradera. Sabía que la terapia de *shock* se encontraba entre las más antiguas técnicas psiquiátricas: en la antigua Roma se intentó curar los dolores de cabeza de un emperador con una anguila eléctrica; en el siglo XVI, un misionero católico informó de que los abisinios utilizaban un método similar para «expulsar del cuerpo humano a los demonios». En Brandon, Cameron había intentado combinaciones de alcanfor, anhídrido carbónico, insulina y la última maravilla en drogas, el Metrazol, para provocar el coma y convulsiones en esquizofrénicos y depresivos. También había experimentado con la «silla tranquilizante» a la que ataron a un paciente que sufría una «demencia letárgica», según el diagnóstico, y lo hicieron girar a toda velocidad hasta que quedó inconsciente.

Pero lo que había sucedido en Roma, radicalmente distinto, era una prueba asombrosa de que la afirmación de uno de sus libros de texto universitarios era cierta: «Cualquier excitación considerable, un acto nuevo y violento emprendido en favor de la enfermedad maniaca, con frecuencia tiene por efecto aliviar considerablemente el trastorno mental o mejorarlo incluso de modo permanente.»

El profesor Cerletti no había ofrecido explicación alguna sobre el modo en que funcionaba el *electroshock*, pero a Cameron le bastaba con saber que había dado resultado. Decidió utilizarlo como tratamiento preferente en casos de esquizofrenia. Esta decisión coincidió con importantes cambios profesionales. Se trasladó desde Brandon a Estados Unidos, al Worcester State Hospital de Massachusetts con el cargo de director de investigación. Hombre inquieto y deseoso de más experiencias, en 1939 alcanzó el puesto de profesor de psiquiatría en la Albany Medical School del estado de Nueva York.

Se convirtió entonces en un entusiasta defensor de otra forma radical de tratamiento. Cuatro años antes — el 12 de noviembre de 1935—, en un hospital de Lisboa, el doctor Egaz Moniz, un neurocirujano, había taladrado ambos lados de la frente de una paciente psiquiátrica. Inyectó entonces alcohol puro en los agujeros, hundiendo la aguja directamente en los lóbulos frontales del cerebro de la mujer con la esperanza de curarla de su tendencia a la violencia. El resultado fue un éxito parcial, y el médico experimentó con otros siete pacientes. A la octava operación, el cirujano alteró radicalmente la intervención. El doctor Moniz insertó en cada agujero un instrumento fabricado por él, similar al corazón de una manzana, y lo utilizó para aplastar todas las fibras nerviosas que encontraba a su paso. A esta nueva técnica la denominó leucotomía prefrontal,

del griego *lenco*, por las fibras nerviosas blancas, y *tomé*, cuchillo. Al cabo de veinte operaciones cambió el nombre por el de lobotomía, y finalmente por el de psicocirugía. Esta técnica llegó a extenderse ampliamente.

Cameron empezó a enviar pacientes al hospital de Albany para que recibieran este tratamiento. Permanecía en el quirófano y contemplaba cómo el neurocirujano cortaba los lóbulos frontales en la región ventromedial que regulaba la experiencia emocional. La destrucción de esta zona producía unos cambios muy marcados, pues la violencia daba paso al estupor. Los pacientes se volvían olvidadizos y retraídos, y carecían totalmente de espontaneidad. Con las cicatrices que dejaban los bordes de los agujeros, las miradas vacías y los andares de monstruo, muchas veces recordaban a la criatura de Frankenstein.

Pero eran manejables y encajaban bien en el esquema general de la vida hospitalaria. Lo que en definitiva importaba era eso y no que su imaginación quedara dañada, su respuesta sexual disminuida, su lógica alterada y fueran incapaces de emitir juicios. Cameron consideraba que, en tanto que pacientes psiquiátricos internados, no necesitaban tales respuestas. Así quedaba establecido otro principio rector para su Nueva Jerusalén.

Poco antes del ataque japonés a Pearl Harbor, Cameron se convirtió en miembro del comité de movilización militar de la Asociación estadounidense de psiquiatría (Military Mobilization Committee of the American Psychiatric Association). Su nombramiento coincidió con acontecimientos que alarmaron mucho al Gobierno de Roosevelt. El número de objetores de conciencia iba en aumento; la mayoría de ellos eran cuáqueros y preferían soportar la brutalidad de los hospitales psiquiátricos estadounidenses a alistarse. La segunda causa de preocupación fue el elevado número de reclutas liberados del servicio militar por motivos neuropsiquiátricos. En conjunto, dos millones de los quince reclutados por el ejército norteamericano serían rechazados por tales motivos. Durante la Segunda Guerra Mundial, ninguna otra nación tenía unos niveles tan lamentables.

Para Cameron, la solución era evidente: los «rechazados» necesitaban «tratamiento». En Albany inició una serie de estudios genéticos, bioquímicos, interculturales y neurológicos diseñados para identificar los procesos electroquímicos del cerebro que podrían ofrecer una solución para las enfermedades mentales.

La guerra anunció la Era de la Nueva Luz en la profesión médica. Los nuevos términos, las nuevas teorías y la nueva jerga convertían lo falto de rigor científico y metodológico en un lenguaje diseñado para sembrar la confusión y mantener en la ignorancia a las personas que no se encontraran dentro del círculo mágico. Cualquier dolencia, fuera grande o pequeña, merecía un estudio o debate sobre ella en las revistas científicas. En ningún otro campo las líneas de batalla estaban más claras que en la psiquiatría, en especial respecto a la esquizofrenia; los intentos para definir, especificar y categorizar esta enfermedad eran incesantes. Algunos psiquiatras decían que se trataba de una enfermedad orgánica y hereditaria. Otros afirmaban que era producto de desequilibrios electroquímicos del cerebro y que podía reconocerse por la incapacidad para utilizar el lenguaje de modo eficaz y lógico. Y otros más alegaban que se caracterizaba por la alteración de los patrones de aprendizaje y actuación, por la apatía y una disminución de la motivación. A Cameron le interesaba poco este debate. Sus investigaciones demostraban que en la esquizofrenia el paciente *era* el trastorno. Siguiendo la lógica de esta conclusión, para erradicar definitivamente la enfermedad había que eliminar al paciente.

Durante los primeros años de guerra se unieron las investigaciones psicológicas, psiquiátricas y médicas. Se incrementó significativamente la fabricación de máquinas de *electroshock*, camisas de fuerza, drogas y productos químicos diversos. Con frecuencia se difuminaban y confundían las distinciones entre los tratamientos voluntarios y los coaccionados. Casi cada mes entraban a formar parte del léxico profesional nuevos síndromes, síntomas y enfermedades mentales, y no había mucho tiempo para llevar a cabo estudios controlados de los métodos de tratamiento. La psiquiatría, como todo lo demás, se encontraba supeditada al grito de «Estamos en guerra». En la medida de lo posible, los enfermos mentales debían regresar a la tienda, a la fábrica o al frente. Para Ewen Cameron, los primeros años de la década de 1940 no sólo se caracterizaron por la osadía en tratar a los pacientes sino también en decidir su futuro.

Albany ya no era suficiente pues allí tenía que rendir cuentas a sus superiores. Pero en el norte, en Montreal, se le ofrecía una oportunidad que sin duda no volvería a presentársele. La Universidad McGill estaba adquiriendo una reputación importante con Wilder Penfield, el distinguido neurólogo, y necesitaba alguien para dirigir el departamento de Psiquiatría. De acuerdo con las sugerencias del doctor Penfield, en 1943 se le ofreció el puesto a Cameron, que aceptó de inmediato.

Su protector le garantizó que tendría las manos libres y le dio dos consejos: que intentara aprender francés y que se nacionalizara canadiense.

Se mantuvo la promesa de independencia, pero Cameron desoyó alegremente la sugerencia de abandonar la nacionalidad estadounidense y aprender francés. Una de las muchas cosas que le molestaba de tener que pasar los días laborables en Montreal era la obsesión que a su parecer tenía la ciudad con Francia. Esta misma

cuestión le produjo fricciones con la comunidad médica de la ciudad. Muchos de sus colegas francófonos se referían a él en los mismos términos despectivos que utilizaban con la comunidad de habla inglesa, que vivía en una zona donde se tomaban cócteles al terminar el trabajo, los hombres llevaban la corbata de sus antiguas escuelas y cantaban canciones de los remeros de Eton.

Como escocés, nada de esto tenía que ver con Cameron, pero como en algunas ocasiones decía a su secretaria, Dorothy Trainor, apenas le gustaba otra cosa que trabajar en la mansión de estilo renacimiento, construida en piedra caliza de color gris, que se había convertido en su ciudadela.

Aquella helada mañana de 1955 albergaba la esperanza de descubrir pronto, entre sus gruesas paredes, el modo de conseguir el control psíquico total que hasta la fecha ninguno de los médicos a sueldo de la CIA había sido capaz de conseguir. Para ello tenía intención de experimentar con sus propios pacientes. Llamó a Sidney Gottlieb y le dijo que por fin estaba preparado.

Varios cientos de kilómetros al sur de donde el doctor Cameron había tomado esta decisión, William Buckley desocupaba el apartamento que había alquilado en el norte de Boston. La época de estudiante había terminado. Durante varios meses había seguido un curso de Ciencias Políticas en la Universidad de Boston, pagado por la CIA. Había disfrutado con aquella temporada en el campus, y había aprobado con el segundo puesto de su clase.

Mientras Buckley estudiaba, entre otras cosas, la amenaza que suponía el comunismo para el mundo, había surgido el programa MK-ULTRA, especialmente pensado para combatir su perniciosa influencia. Al menos veintitrés instituciones estadounidenses financiadas por la CIA llevaban a cabo diversas investigaciones. En Europa, la CIA seguía liquidando individuos «prescindibles» en sus pisos francos mediante diversos experimentos. En Langley se contrataba diariamente a decenas de científicos, bajo la dirección de Gottlieb, con el propósito de averiguar cómo los comunistas lavaban el cerebro a los agentes estadounidenses.

Pero el buque insignia de todas estas investigaciones iba a ser el Allan Memorial Institute, que encajaba en todos los sentidos con la política de «negativas rotundas» de la CIA que, en último término, emplearía también el Presidente de Estados Unidos. El instituto se encontraba fuera de los límites territoriales de Estados Unidos. En caso de que llegara a descubrirse lo que sucedía en él, podría decirse con toda tranquilidad que se llevaba a cabo sin el conocimiento ni el visto bueno del gobierno de Estados Unidos. El sofisticado sistema de pago de una investigación que, como mínimo, bordeaba lo poco ético —y que muchas veces no resultaba muy distinta de la que realizaron los médicos nazis— garantizaba que no podía seguirse la pista hasta alcanzar los fondos reservados que Sidney Gottlieb administraba en nombre de los confiados contribuyentes estadounidenses.

Se habían dado todos los pasos posibles para asegurarse la posibilidad de una «rotunda negativa».

Pero el prudente Dulles quiso contar con una garantía adicional: que un hombre suyo vigilara lo que sucedía en el Allan Memorial Institute. Esta petición no se formuló por escrito. Como en tantas otras cosas del MK-ULTRA, se escribía lo menos posible, y a menudo se añadía un «léase y destruyase».

Al escoger a William Buckley como oteador, algunos miembros de la Agencia creyeron que Dulles elegía al héroe de la guerra de Corea para que desempeñara el papel que no había podido tener su hijo.

También creían que Buckley había sido formado en los valores que, según Dulles, consistían la razón de ser de la CIA: convertir el Nuevo Mundo en un mundo mejor, para lo cual podría resultar aceptable que un hombre cometiera actos equivocados. La principal tarea de Buckley era la de asegurarse de que lo que se hacía en el Allan Memorial Institute encajaba con la filosofía de la Agencia de «aceptabilidad aceptable».

La primera visita de Buckley al instituto se preparó con cuidado. Fingiría ser un periodista científico independiente interesado en escribir una serie de artículos sobre las últimas técnicas terapéuticas. Dado el lugar destacado que ocupaba Ewen Cameron dentro de la psiquiatría norteamericana, resultaba lógico que lo entrevistara. Para evitar toda posibilidad de sospecha, Buckley había mantenido una serie de conversaciones telefónicas con otros médicos incluidos en una lista de nombres facilitada por Gottlieb. Más tarde recordaría que aquello lo ayudó a «meterse en el papel». En cualquier caso, estaba preparado para una misión que consistía en plantear preguntas, observar y sacar conclusiones.

A lo largo de los años, Cameron había ido recibiendo visitas de periodistas deseosos de conocer detalles de lo que le habían oído afirmar en las conferencias que daba periódicamente en Canadá y Estados Unidos.

En realidad Cameron sabía quién era Buckley, pero no se mostró irritado de que Dulles le enviara un vigilante.

Buckley llegó al instituto a principios de junio de 1955. Cameron le enseñó personalmente el hospital y le explicó algunos tratamientos que recibían los pacientes, mientras Buckley tomaba notas sin cesar. También le presentó a parte del equipo médico, entre los que se encontraban el adjunto de Cameron, Robert Cleghorn, y el jefe de medicina interna, Peter Roper. Los dos hombres le causaron una profunda impresión.

Al final del recorrido por el centro, Cameron le enseñó a Buckley la obra que estaban llevando a cabo en el sótano. Más tarde, Buckley recordaría: «Me asombró ver lo que estaban haciendo. Era una especie de cámara, negra como la boca del lobo, con una serie de máquinas que no había visto en otras zonas del hospital. Cameron me explicó que allí estaba lo más importante de su investigación sobre el lavado de cerebro. No pude entender gran parte de lo que dijo, y cuando le planteé algunas preguntas me contestó que no me preocupara, que Sidney Gottlieb lo sabía todo.»

Antes de abandonar el instituto, Cameron tendió a Buckley un paquete para Gottlieb sin decirle qué contenía.

Cuando Buckley emprendió el regreso desde el Mount Royal, su taxi se cruzó con una ambulancia. En su interior viajaba una paciente. Se llamaba Madeleine Lacroix, y los acontecimientos que la llevaban de regreso una vez más al instituto se habían iniciado unas horas antes.

Madeleine Lacroix se despertó convencida de que se había levantado sonámbula durante la noche y había puesto en marcha la calefacción central, aunque estaban en el mes de junio; eso explicaba que las sábanas estuvieran húmedas y arrugadas. Tenía el camisón pegado al cuerpo y el sudor le helaba la piel. La radio de la mesilla de noche, regalo de Eddie para su vigesimoséptimo cumpleaños, se había puesto en marcha a la hora prevista, pocos minutos antes de las seis de la mañana. Madeleine había sido locutora de una emisora de radio de Montreal hasta que una mañana se negó a entrar en un estudio porque los Reyes Magos se habían sentado ante el micrófono. Hacía ya dos años de eso y no había vuelto al trabajo.

Desde entonces era incapaz de dormir después de las seis, y muchas veces a esa hora se encontraba ya medio despierta, intentando escuchar, a través de la niebla provocada por las drogas, la voz del locutor que leía las noticias. Él estaba de guardia la mañana en que ella se negó a trabajar, y cuando se cambió a otra emisora, ella lo siguió por el dial. No sabía por qué, como tampoco podría explicar por qué algo en su interior la empujaba a levantarse y, en cuanto Eddie se marchaba al trabajo, dedicarse un día más a recorrer y registrar todo el apartamento en busca de las pastillas.

Cuando la ingresaron por primera vez, explicó al doctor Cameron que tenía la sensación de que, desde lo más íntimo de su ser, la movía un poderoso resorte.

Cameron la miró a través de la impecable mesa de su despacho sin decir una palabra, sentado muy derecho en el sillón de cuero de alto respaldo, esperando que prosiguiera. Finalmente le preguntó: «Muchacha, ¿tiene algo más que contarme?» Ella negó con la cabeza, y él le indicó con un gesto que saliera de la consulta. Mientras Madeleine cruzaba la amplia habitación, él empezó a hablar al dictáfono. No pudo entender lo que decía, pero el tono era inconfundible: había conseguido irritarlo. Pero ¿cómo podía contarle lo mucho que deseaba casarse con Eddie? Sin embargo, cada vez que la tocaba se asustaba y se ponía rígida, y sólo consentía que Eddie le hiciera el amor si imaginaba que era su padre. Algunas veces Eddie era uno de los Reyes Magos, pero al doctor Cameron ni siquiera le había contado nada sobre ellos.

Cameron le había recetado pastillas y aumentó la dosis de Thorazine hasta tres cápsulas —cada una de ellas de doscientos miligramos— al acostarse. Eddie las contaba cuidadosamente después de asegurarse de que Madeleine estaba en el baño, y dejaba los cilindros de un verde brillante, que le parecían orugas, junto a un vaso de leche tibia, al lado de la cama. Después volvía a guardar el frasco en un escondite seguro.

Madeleine se dormía pensando que pasaría el día siguiente buscando el frasco. Los Reyes Magos insistían en que lo encontrara.



Algunas veces la asustaban. Entonces se negaba a escuchar y corría de una habitación a otra, empuñando una fregona, decidida a encontrarlos y echarlos de casa. Pero eran muy listos, igual que Eddie escondiendo el frasco, y no podía encontrarlos, ni el frasco tampoco. Se sentía derrotada, y entonces permitía que los Reyes Magos volvieran a su cabeza.

Eddie estaba acurrucado en su lado de la cama, vestido con unos calzoncillos anchos, con el cuerpo moreno por los fines de semana que pasaban en la terraza con vistas sobre la ciudad. Le había explicado al doctor Cameron que cuando Eddie llegaba tras un largo día en la calle visitando todas las ferreterías de Montreal y sus alrededores, estaba agotado y hambriento. Ella había estado demasiado ocupada registrando la casa para preparar la cena, pero él nunca se quejaba, sino que la abrazaba con fuerza mientras ella se estremecía e intentaba llorar. Las lágrimas no llegaban a salir, porque parecían detenerse en algún punto situado tras sus ojos, de la misma manera que algo le impedía contarle a Eddie lo que sentía por su padre. Intentaba olvidarlo enterrándose en el cuerpo de Eddie, pero cuando él iba un poco más allá del abrazo, ella se alejaba, aterrorizada. En aquellos momentos tenía la sensación de que no era fiel a su padre.

Eddie preparaba la cena —a base de conservas, sobre todo— y cenaban con una bandeja delante del televisor. Mientras él recogía, ella intentaba concentrarse en la pantalla, pero era difícil, especialmente cuando los Reyes Magos aparecían de repente y se ponían a bailar sobre el aparato. Una vez se rió tan fuerte ante sus gestos grotescos que Eddie salió de la cocina y la miró con expresión extraña: por la tele estaban echando una película de crímenes e intriga.

Todas las noches, hacia las nueve, drogada y agotada, Madeleine caía dormida, poniendo fin a un día exactamente igual que los demás.

Aquella mañana de junio, Madeleine recordaba por qué su lado de la cama estaba tan húmedo. Había sufrido una vieja pesadilla en la que la metían en el horno de un panadero y la cocían viva lentamente. Siempre conseguía abrir la puerta de una patada justo cuando la piel empezaba a saltar grasa. Y en ese punto se había despertado ese día, pegajosa y tiritando.

La última vez que la ingresaron contó al doctor Cameron el sueño recurrente en que la asaban viva. Él le preguntó quién la había metido en el horno y si había oído ruidos como soplidos, rugidos, canturreos, repiqueteos, disparos, truenos, música, gritos o risas. Ella negó con la cabeza a todo. ¿Había oído susurros, una voz o voces que la llamaran, una persona o personas que no podía ver pero sabía que estaban allí? Mientras le formulaba las preguntas la miraba fijamente, como si pudiera leerle el pensamiento. Durante un momento temió que supiera lo de los Reyes Magos y las cosas que le decían. Permaneció en silencio, devolviéndole la mirada, imaginando que los Reyes Magos habían construido una pared invisible sobre el escritorio que la protegía de él.

Cameron siguió haciéndole preguntas. ¿Imaginaba alguna vez que caían sobre ellas gotas de lluvia fundidas? ¿Fuego o balas? Ella negó con la cabeza, desconcertada por las preguntas. Cuando se terminó la sesión, le hizo un gesto para que se marchara de la consulta y empezó a hablar por el micrófono.

Aquella mañana de junio sonó el teléfono situado en la mesilla de noche de Eddie. Su hermano Andy siempre llamaba a esa hora, cinco días por semana, para asegurarse de que Eddie estaba listo para empezar las visitas un día más. Ella odiaba el teléfono porque estaba convencida de que el timbre irritaba a los Reyes Magos, y su furia iba en aumento mientras Eddie se afeitaba, se vestía y salía del apartamento, deteniéndose tan sólo para darle un beso de despedida y dejarle las pastillas del día en la cocina, junto a un vaso de agua.

Madeleine se las tragó y empezó de nuevo a vaciar armarios y cajones, buscando el frasco. Los Reyes Magos, vestidos con largos trajes grises y con los pies desnudos envueltos en niebla, la siguieron. Primero se mantuvieron en equilibrio sin esfuerzo sobre el molinillo de café y después, de un brinco, un bote y un saltito, los tres pasaron al escurríplatos antes de saltar de un envase de especias a otro, burlándose de ella mientras le decían que nunca jamás encontraría el frasco. Esto la llevó a vaciar los cajones sobre el suelo hasta que el centro de la cocina se convirtió en un montón de mantelerías, cuberterías, vajilla y viejas facturas. Ni rastro del frasco. Madeleine se dirigió al cuarto de estar.

Los Reyes Magos estaban sentados sobre el gran espejo con marco de madera situado sobre la falsa chimenea. El espejo era regalo de boda de sus padres; el pesado marco de roble tallado resultaba más adecuado para una de las grandes casas situadas en Redpath Crescent que para aquel apartamento urbano. Empezó a caminar hacia el espejo, pero el más viejo de los Reyes Magos, el que llevaba una larga barba que crecía desde debajo del gran ojo situado en el lugar de la boca, la ahuyentó con un gesto.

Madeleine había decidido que las barbas indicaban su edad: el más joven llevaba perilla; las barbas de los otros eran más largas, y al más viejo, el que la había ahuyentado, le llegaba a los pies.

En otros tiempos, Madeleine les rogaba que la ayudaran a encontrar el frasco, pero no hacían más que meterse con ella, diciéndole que era una inútil que no valía para nada ni para nadie. Sintió que el resorte se

tensaba en su interior y la habitación se volvió más brillante, pero no gracias al sol de la mañana sino al brillo de la certeza que ella irradiaba: el frasco se encontraba en aquella habitación.

Madeleine empezó a sacar los libros con el lomo de cuero de imitación en los que aparecían los títulos de las obras de William Shakespeare repujados en pan de oro, premio por ganar la competición de debates durante el último año en la facultad. El frasco no estaba escondido detrás de los volúmenes. Se volvió hacia otro estante que contenía los libros de texto del curso de gestión empresarial que había seguido Eddie y los fue dejando caer sobre la alfombra mientras escuchaba el ruido seco y miraba cómo se abrían las páginas. Al final, el estante quedó vacío. Fue tirando al suelo con gestos amplios los libros del tercer y cuarto estantes: novelas que había comprado de segunda mano junto con las novelas policíacas de bolsillo que le gustaban a Eddie. Al final todos los estantes quedaron vacíos pero no apareció ni rastro del frasco.

Los Reyes Magos estaban sentados en el estante más alto, riéndose de ella, diciéndole que era una inútil, incapaz siquiera de encontrar un frasco.

Durante una de las primeras sesiones, el doctor Cameron le había preguntado si se quería a sí misma o si tenía la sensación de que semejante cosa era imposible, tal vez porque se sentía víctima de una conspiración terrible. Ella lo miró fijamente. El le preguntó si alguna vez se le había ocurrido que los demás —por ejemplo las monjas que le daban clase en el colegio— la perseguían, se burlaban de ella y la amenazaban, incluso hasta el punto de desear torturarla. Ella negó con la cabeza, agitando los rizos negros. Aquel día Cameron no habló por el dictáfono.

Los Reyes Magos seguían riendo. Dando patadas a los libros que se encontraban en el suelo, se dirigió a la vitrina que contenía el otro regalo de boda de sus padres: una colección de figuritas de porcelana japonesas.

«El frasco tiene que estar detrás de las muñecas.» Las palabras de los Reyes Magos pasaron a toda prisa por su cabeza. «Detrás de las muñecas.» Madeleine se alejó de la vitrina con una estatuilla en la mano. De repente, sintió la imperiosa necesidad de detener las palabras. Apretó los labios y se tapó los oídos con la mano para huir de la terrible salmodia. «¡Detrás de las muñecas!»

Sobre el suelo había una figurita destrozada. Durante un largo y terrible momento se hizo el silencio en la habitación mientras contemplaba lo que había hecho. Había roto la muñeca, una de las muñecas de su padre.

De repente, con furia renovada, regresó la salmodia: «¡Rómpelas!»

Se detuvo delante de la vitrina, temblando bajo el camión. Los gritos le resonaban en la cabeza. «¡Rómpelas todas! ¡Rómpelas todas!»

Extendió el brazo, y con un movimiento de barrido las tiró todas al suelo. Agarró las que no se habían roto y las lanzó hacia el espejo hasta romper el cristal. Después, como si fuera una muñeca de trapo, se dejó caer al suelo, cubierta de lágrimas y fragmentos de porcelana.

Se levantó del suelo con movimientos torpes, se dirigió al dormitorio y se quedó dormida. Cuando se despertó, sonaba el teléfono. Miró el reloj. Era casi la una. Eddie llamaba cada dos horas para ver cómo estaba. Descolgó el teléfono y percibió alivio en su voz. El habló mientras ella escuchaba. Si quería, podía terminar antes el trabajo y volver a primera hora de la tarde. Mientras tanto, tal vez Madeleine podría telefonar a su madre para que fuera a casa.

«¡No!», gritó para sí. ¡No! ¡No! ¡No! Odiaba a su madre. Siempre se había interpuesto entre ella y su padre.

Eddie le dijo una vez más que la quería y volvió a preguntarle cómo estaba; ella le contestó que lo quería también y que se encontraba bien. Colgó el teléfono. Tenía dos horas. Al percibir su nueva decisión, los Reyes Magos dejaron de burlarse de ella. Le dijeron que mantuviera la calma y que intentara pensar de modo lógico; así seguro que encontraría el frasco.

Antes de recetarle las pastillas, el doctor Cameron le había preguntado si alguna vez había deseado suicidarse, si había oído que alguien se lo dijera, si además de aquella pesadilla tenía otras sobre la muerte. Si le parecía que sería bueno morir. Si temía, como buena muchacha, ir al infierno si se quitaba la vida.

Ella respondió a cada una de las preguntas negando con la cabeza.

Madeleine recorrió la habitación con la vista, cada vez más decidida. Empezó a buscar de modo sistemático. Se dirigió al baño y regresó con un taburete. Procurando mantener el equilibrio alcanzó la parte superior del armario y pasó las manos por la polvorienta superficie. Nada. Empezó a buscar dentro, tirando del montón de zapatos y bolsos, revolviendo dentro de cada uno de ellos. Nada. Buscó en la ropa colgada, dividida por la mitad entre los trajes y americanas de Eddie y los vestidos y abrigos de ella. Palpó y examinó los bolsillos de cada traje. En un extremo de la barra, envuelto en una bolsa de plástico, se encontraba el traje de dos piezas que había llevado durante su luna de miel en Vancouver, un trayecto en tren de cuatro mil kilómetros de ida y otro tanto de vuelta: los había disfrutado todos, uno a uno. Alzó la bolsa y empezó a palpar el traje. Nada. Estaba a punto de alejarse cuando advirtió que colgaba una cuerda de la percha. Tiró de ella y

sacó del interior de la chaqueta un sobre de papel. Lo abrió.

Por fin había encontrado el frasco.

A su espalda oyó un susurro grave de satisfacción y alivio de los Reyes Magos.

Miró el frasco, le dio vueltas en la mano y lo alzó hacia la luz, agitando las cápsulas para que bailaran dentro del cristal. Los Reyes Magos bailaban a su alrededor, suspendidos a media altura, salmodiando: «¡Venga, venga! ¡Tómalas, tómalas! ¡Todas, todas!»

«¡No!»

El grito de Madeleine acalló las voces que oía en el interior de la cabeza. Se dejó caer sobre el suelo sin dejar de mirar fijamente el frasco. Los Reyes Magos dijeron que no debía permitir que nada debilitara su decisión. El corazón le latía tan deprisa que se mareaba.

Madeleine se dirigió al baño, se lavó la cara y se peinó. Se quitó el camisón por los pies y lo metió en la bolsa de la ropa sucia situada tras la puerta. Estaba muy tranquila.

Debía escribirle una nota a Eddie. Se dirigió a la cocina. Tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. Por fin podía llorar: era fantástico. Se sentó ante la encimera donde solía desayunar con Eddie y tomó una hoja de papel del montón que él guardaba en la cocina para apuntar detalles sobre los nuevos clientes que debía localizar o los pedidos que debía transmitir directamente a la oficina central.

Madeleine miró fijamente el papel. Sabía lo que quería decir pero no conseguía encontrar las palabras. En lugar de escribir, empezó a garrapatear flores, soles y después llamas. Escribió sobre el dibujo: «Querido Eddie, me alegra que quieras...»

Lo intentó de nuevo, liándose con las palabras, de modo que la frase decía: «Querido feliz, quieres ser Eddie...»

Después: «Querido, yo Eddie...»

Los Reyes Magos empezaron de nuevo a meterse con ella: «¡No puedes, no puedes, no puedes!»

Madeleine dejó el bolígrafo, tomó el frasco, se dirigió al grifo y llenó un vaso de agua. Depositó el vaso en el escurridor. Desenroscó la tapa y se echó un montón de cápsulas en la mano. Los Reyes Magos estaban juntos tras el vaso, mirándola atentamente, como el doctor Cameron. Con un movimiento irrevocable, se metió las pastillas en la boca y, en su afán por tragarlas, las mordió. Las tragó con ayuda de agua y volvió a llenar el vaso. Tragó más pastillas y bebió de nuevo. Notaba el sabor del polvo amargo en la boca y los trocitos de plástico que se le clavaban entre los dientes.

Por fin el frasco quedó vacío y los Reyes Magos desaparecieron. De repente se sintió sola y asustada. Aquello no era un intento de suicidio: estaba matándose de verdad.

Madeleine se dirigió al dormitorio y se acostó en la cama, cerrando los ojos, imaginando lo que sucedía en su interior, cómo el veneno se extendía lentamente desde el estómago por todo el cuerpo y el cerebro, cubriéndolo, alejando todo el dolor. Oyó un timbre. Se sentía pesada y somnolienta. El timbre sonaba a lo lejos. Se imaginó que el cerebro se le curvaba, se arrugaba hasta quedar reducido al tamaño de un guisante. El timbre ya no sonaba. Madeleine se moría.

Tal vez por eso se sentía tan rara. No podía abrir los ojos. Oía voces, pero no las de los Reyes Magos, aunque eran voces apremiantes e imperiosas. Primero la de Eddie y después las de unos desconocidos. Unas manos la levantaron de la cama y la llevaron a una camilla. Se la llevaron a toda prisa por la alfombra. Sintió que pisaban sobre el revoltijo del cuarto de estar, salían del piso y se metían en el ascensor. Eddie se arrodilló a su lado, sosteniéndole la mano, preguntándole una y otra vez: «¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho?» En la calle, más voces sorprendidas y escandalizadas preguntaban si estaba muerta. Levantaron a Madeleine y la metieron en la ambulancia. Eddie subió al vehículo y se colocó junto a ella y el médico de guardia. El conductor puso la sirena y condujo a toda velocidad a través del tráfico de la tarde en dirección al Allan Memorial Institute. Bajaron a Madeleine, la metieron en una sala y la pasaron de la camilla a una mesa con correas. Le ataron los pies y los brazos. Un médico le metió un largo tubo por la garganta y empezó a vaciarle el estómago. Cuando terminó el trabajo, telefoneó al doctor Cameron.

Mary Matilda Morrow siempre había querido ser médico. Deseaba ser objeto del mismo respeto, admiración y amor que los pacientes profesaban a su padre.

Animada por él, había estudiado la historia de la medicina durante el siglo pasado, cuando se consiguieron todos los grandes avances, empezando por el descubrimiento de la anestesia en 1846, lo que llevó a la cirugía sin dolor. Según su padre, todo lo sucedido anteriormente formaba parte de una época de ignorancia, tortura e infructuosos tropiezos en la oscuridad. Se convenció todavía más de que debía elegir la carrera médica al leer no sólo sobre la primera operación que se llevó a cabo con gas en el Hospital General de Massachusetts de Boston, sino también sobre cómo identificó Louis Pasteur a los asesinos microbianos bajo su microscopio, y cómo utilizó Joseph Lister el primer pulverizador con fenol en un quirófano, precursor de muchas otras

mejoras médicas. Todos estos pioneros de la medicina tuvieron que hacer frente a enconadas rivalidades mientras intentaban poner en práctica sus ideas. Esta lección dejó huella en aquella chica de catorce años.

Asimiló otras más a medida que crecía. Mientras que la cirugía y las demás especialidades de la profesión de su padre estaban bien cubiertas en Montreal, la ciudad no se distinguía de ninguna otra de Canadá por su actitud hacia los enfermos mentales. Las dos grandes instituciones de Montreal eran el Hospital Protestante de Verdun y el Hospital St. Jean de Dieu para los católicos, un lugar tan grande que tenía una vía férrea interna para transportar a los pacientes de uno de los monolíticos edificios a otro. Su padre le había contado que prácticamente no se administraba ningún tratamiento, y que el gobierno sólo daba setenta y cinco centavos al día para vestir, alimentar al paciente y pagar su calefacción.

Esto afianzó sus deseos de ser médico, aunque supusiera trabajar en uno de aquellos edificios tristes de piedra gris. Estaba segura de que, de la misma manera que unos hombres habían sacado la cirugía de los mataderos, otros harían algo equivalente con la psiquiatría y las disciplinas complementarias como la neurología y la neuroanatomía.

Pasó el examen de ingreso para entrar en la facultad de medicina más prestigiosa de Canadá, la Universidad McGill de Montreal. Tras obtener el título en medicina general en 1951, la doctora Morrow reflexionaba con frecuencia sobre la veracidad de lo que le había dicho su padre sobre Montreal: después de Quebec, era la única ciudad canadiense donde un médico, para prosperar, necesitaba saber rezar el rosario. La Iglesia católica no sólo dominaba físicamente la ciudad como la mayor propietaria, sino que también ocupaba un lugar destacado en la mente de sus ciudadanos. Muchos de los pacientes que visitaba estaban llenos de sentimientos de ansiedad y culpa a consecuencia de su incapacidad para vivir de acuerdo con su fe; en su mayoría procedían del mundo rural situado más allá de Montreal y habían llegado a la ciudad atraídos por la promesa de salarios más altos. Arrastraban toda una vida de enseñanzas sacerdotales que les ordenaban bañarse en ropa interior para evitar el pecado de mostrar la carne.

El funcionamiento del cerebro y del sistema nervioso humano empezó a fascinarla. Deseaba contribuir algún día a la mejor comprensión del sistema límbico, que controlaba las emociones y los procesos de aprendizaje; del cerebelo, responsable de todos los movimientos musculares del cuerpo; del lóbulo occipital, del que dependía la vista; del temporal, que regulaba el oído.

Durante los cuatro años anteriores había ocupado una serie de puestos subalternos en Estados Unidos pero sentía grandes deseos de regresar a Montreal, y en 1955 instaló una consulta privada en la ciudad. Probablemente no había en toda la ciudad un médico que trabajara tanto como ella. En algunas ocasiones era un poco brusca, pero había ido aprendiendo a controlar su trato adoptando una frialdad impersonal con quienes trabajaba.

También había empezado a plantearse una pregunta que cada vez la inquietaba más: ¿de veras la lobotomía era el no va más? En Montreal, cada año se practicaban incisiones en los lóbulos frontales de decenas de pacientes deprimidos, violentos, alcohólicos y esquizofrénicos, pero ella estaba convencida de que tenía que haber algún sistema mejor que cortar los grupos de células de los lóbulos temporales que, *según se creía*, controlaban las respuestas afectivas; no obstante, no tenía experiencia suficiente para sugerir siquiera alguna alternativa.

Con el propósito de avanzar en su carrera profesional, la doctora Morrow había aceptado recientemente un puesto a media jornada en el Neurological Institute de Montreal, mientras llevaba a cabo también una investigación muy especializada sobre los vasos sanguíneos del cerebro. También conseguía tiempo para asistir a conferencias clínicas y mantenerse al día en las publicaciones sobre su especialidad. En algunas ocasiones, se sentía «agobiada y deprimida» y se preguntaba cómo podría sacar adelante tanto trabajo.

La doctora Morrow pensaba en dar otro paso en su carrera: había decidido obtener la especialidad en psiquiatría trabajando con el doctor Cameron, y recientemente había releído algunos de sus artículos clínicos. Eran sólidos y convincentes, y en algunas ocasiones resultaban casi mesiánicos. Saltaba a la vista que consideraba la psiquiatría la nueva religión de la medicina.

Estaba ansiosa por incorporarse a su equipo. Cameron había convertido el Allan Memorial Institute en uno de los hospitales psiquiátricos docentes más reputados de Norteamérica —y del mundo entero según algunos—. Contaba con un laboratorio de la conducta especializado en el estudio de las respuestas humanas mediante registros sonoros y visuales. La unidad de terapias experimentales se encontraba bajo la dirección del doctor Robert Clegghorn, uno de los investigadores más respetados de Canadá. El doctor Lloyd Hisey, otro médico famoso, dirigía el laboratorio electrofisiológico. Contaba también con departamentos de estudios farmacológicos y transculturales. Por lo que había oído decir, hasta el último rincón de la vieja mansión de Mount Royal estaba dedicado a la investigación y los tratamientos.

Algunos de éstos eran radicales: el doctor Cameron recetaba grandes dosis de drogas, repetía series de

*electroshocks* y aplicaba una técnica que había desarrollado él y que denominaba «impulsión psíquica». Ésta consistía en reproducir numerosas veces una serie de palabras grabadas para que las oyera el paciente hasta romper sus barreras psicológicas y abrir su inconsciente.

Entretanto, Mary Morrow tenía un problema más acuciante. A pesar de lo mucho que trabajaba, el dinero apenas le alcanzaba, pese a que no lo malgastaba. En muchos sentidos llevaba una vida frugal, casi monástica, aunque no fuera por elección propia sino porque su trabajo apenas le dejaba tiempo para relajarse y salir un poco. Dedicaba su escaso tiempo libre a formar alumnos en su especialidad, la neuroanatomía, y muchas veces no cobraba por ello. Al final de la semana estaba «hambrienta y sin un dólar para comprar comida». Se acercaba a los cuarenta años, estaba soltera, y dedicaba a su trabajo todo su esfuerzo y ambición. ¿Por qué le iba tan mal en la vida? Sin embargo, nunca tenía tiempo para contestar esa pregunta y relegaba la ansiedad a un rincón del pensamiento.

En el cuchitril que tenía como despacho, Buckley estaba profundamente absorto en el intento de comprender los complejos mecanismos fisiológicos que, según Cameron, debían intervenir de forma aislada o combinada para conseguir lavar el cerebro de una persona.

Como todos los agentes de la CIA, Buckley estaba preparado para evaluar cantidades ingentes de datos y reducirlos a lo esencial. El ex agente Alex Legault confirmaría más tarde que Buckley «parecía poseer una capacidad natural para ello. En un instante, era capaz de entresacar los fragmentos más importantes de un libro o tomar un tratado político y reducirlo a las ideas básicas».

Uno de los primeros descubrimientos de Buckley, tras comparar los artículos de Cameron con otros datos de la biblioteca de la CIA, fue que parecía existir escasa diferencia entre algunos de los métodos propuestos por el médico y los empleados por la Inquisición española para obtener confesiones o, en fechas más recientes, por los rusos y los chinos. Estos últimos se dedicaban principalmente a fomentar la ansiedad en una persona, la sensación de culpabilidad real o imaginaria, y a crear un conflicto de lealtades. También en este caso, el mecanismo psicológico que, según Cameron, produciría los resultados requeridos era sorprendentemente similar a las creencias calvinistas y a los patrones de conducta inculcados a los puritanos de Nueva Inglaterra, que también acostumbraban a fomentar el sentimiento de culpabilidad y de temor como primera fase para la conversión a sus creencias. Se consideraba aceptable que algunas personas sometidas a ese tratamiento llegaran a la locura o al suicidio. Buckley recordaría más tarde: «Me preguntaba hasta dónde estaba dispuesto a llegar Cameron: en algunas ocasiones, parecía un predicador dedicado a asustar con las penas del infierno. Parecía considerar que era necesario atemorizar primero a las personas cuya mente deseaba controlar.»

Lo cierto era que Cameron admitía todo esto. Entre los artículos que había escrito y que Gottlieb había entregado a Buckley, se encontraba uno que contenía una evaluación psiquiátrica del modo en que los chinos podían haber conseguido que confesaran los prisioneros de guerra estadounidenses.

«Los chinos, y sospecho que también los soviéticos, han advertido la importancia de provocar sentimientos de culpa y conflictos internos en el prisionero. Podrían haberlo conseguido sometiendo al hombre a un bombardeo de acusaciones e interrogatorios cruzados continuos hasta que la ansiedad lo suma en un estado de confusión y se contradiga en algún pequeño aspecto. Se utiliza esto como arma psicológica para golpearlo: el resultado último es que su cerebro deja de funcionar con normalidad. Al final, el prisionero se hunde mentalmente y se encuentra así en un estado muy sugestionable. Se le han eliminado los patrones de pensamiento previos y basta un pequeño empujón para que confiese lo que se desea.»

Buckley se preguntaba si eso era lo que Cameron pensaba hacer a sus pacientes. Día tras día, Buckley pedía más libros a la biblioteca, entre los que se encontraban las *Lectures on Revivâis of Religión*, de William Sorague, 1984, de George Orwell, y *Los diablos de Loudun*, de Aldous Huxley.

Buckley llenó con su pulcra letra cuaderno tras cuaderno. Como comentario a los famosos *Ejercicios espirituales* de san Ignacio, utilizado por los jesuitas como manual de formación, Buckley escribió:

«Cada ejercicio está previsto para conseguir un objetivo. Los primeros pretenden reducir al neófito a un estado de contrición, vergüenza y temor. Su mente se llena de imágenes atemorizadoras, cuyo poder se incrementa porque el individuo está debilitado físicamente por falta de comida y sueño. Queda reducido a un estado de total desdicha. De repente, el primero de una nueva serie de ejercicios le ofrece la salvación. Se le enseña que el camino que conduce hacia delante es la aceptación del ideal de Cristo y se le anima a aceptar que todo lo que ha soportado antes no es más que el camino para aceptar este ideal. Probablemente, los ejercicios son el método más poderoso ideado nunca para conseguir controlar la mente de un hombre, y esto se consigue mediante el empleo previo del terror y la vergüenza mentales de modo constante.»

Buckley se decía que tal vez Cameron hubiera adaptado los *Ejercicios espirituales* a sus propios fines. Intuía que, si se lo preguntaba a Gottlieb, éste se lo sacudiría con malos modos. No se le podían preguntar

cosas como ésa.

Así que, en lugar de preguntar, Buckley pasaba noche tras noche leyendo hasta que la suya era la única luz encendida en el pasillo de aquel anónimo edificio prefabricado, situado cerca del Lincoln Memorial. Le fascinaba especialmente *1984* de Orwell, porque había distinguido un ejemplar de la novela en uno de los estantes de Cameron.

Una de las cuestiones fundamentales del libro es la historia de cómo el héroe, mientras lo adoctrinan, revela que desde su infancia siente un temor insuperable hacia las ratas, y su interrogador utiliza esta confesión para conseguir que acepte al «Gran Hermano».

Buckley escribió: «Orwell creó algo muy parecido a los métodos empleados por Cameron. Sus escritos indican que está siempre buscando el punto débil del paciente. Juega con sus miedos de modo ostensible porque insiste en que intenta eliminarlos. Pero mientras intenta que el paciente se enfrente a sus temores, Cameron lo controla y lo hace más receptivo a sus sugerencias.»

Cuanto más avanzaba Buckley en la lectura, más se preguntaba si los métodos que Cameron usaba con sus pacientes realmente podrían destruirlos.

La depresión había regresado como un ladrón en la noche y se había llevado la frágil paz de Jeannine Huard, llenándole la mente de temor y vergüenza. Nadie —ni su marido, su familia o sus amigos— llegaba a entender lo que suponía cargar con una depresión como aquélla, tan intensa que alteraba su modo de hablar y de moverse, la mantenía despierta por las noches, la llenaba de sentimientos de reproche hacía sí misma, le impedía comer, le arrebatava el deseo sexual, alteraba su ciclo menstrual y le quitaba kilos de su ya delgado cuerpo.

Los demás sólo veían a una mujer joven y pálida con un marido atento y una hija pequeña y sana.

Recientemente la habían operado de apendicitis en otro hospital; después, el médico de la familia pensó que estaba anémica y le recomendó un tónico. No le fue bien. Al principio se inquietó un poco pero después se alarmó al ver que en una semana había perdido más de dos kilos. Temía tener cáncer.

Como Jeannine no podía pagar un tratamiento privado, se dirigió a un consultorio público del Royal Victoria Hospital de Montreal, donde el médico la envió al Allan Memorial Institute. Unos días más tarde cruzaba la puerta principal, en cuyo dintel aparecía grabada la palabra latina *Spero*.

En la sala de admisión, una enfermera rellenó varios formularios y le pidió que firmara uno titulado «Consentimiento para examen y tratamiento».

Acompañaron a Jeannine a una habitación. Durante varios días no sucedió nada. Permaneció en la cama mirando el techo o intentando dormir, preguntándose por qué le habían pedido que firmara un impreso si no le administraban ningún tratamiento. Finalmente llegó un médico y le hizo muchas preguntas sobre su vida. Le contestó lo mejor que pudo, aunque cada vez se sentía más incómoda por el interrogatorio.

El médico regresó al cabo de varios días, en esta ocasión con un hombre alto, casi calvo, que no pestañeaba nunca. Le dijo que era el doctor Cameron y la llamó «muchacha». Le preguntó si alguna vez sentía que el corazón le latía a toda prisa, como si fuera a desmayarse, o si tenía espasmos en la garganta. Le preguntó si se había vuelto fácilmente irritable, si quería que la dejaran sola o si se inquietaba rápidamente. Con el paso del tiempo, ya no recordaría todas las preguntas.

Jeannine se sentía cada vez más asustada, y debido a aquel interrogatorio, se preguntaba si el doctor Cameron la tomaba por loca.

Un día empezó a drogarse. Más tarde diría que «tomaba hasta cuarenta pastillas al día». En estado semicomatoso por los efectos secundarios de la medicación, empezó a fallarle la memoria. Era incapaz de recordar qué día era o en qué momento del día vivía: las mañanas, tardes y noches se habían convertido en una misma neblina difusa.

Una mañana la llevaron a la sala de tratamiento. El doctor Cameron estaba de pie junto a lo que parecía una silla eléctrica. La ataron a ella y le pusieron un sombrero metálico. De repente, un foco deslumbrante se encendió ante sus ojos: era tan brillante que pensó que la iba a cegar (ver Documento 8).

Al día siguiente la llevaron a otra sala de tratamiento. En esta ocasión, otro médico le ordenó que se quedara de pie ante él. Le administró una inyección en el brazo. Después le puso ante los ojos unas gafas protectoras con lentes de plástico sostenidas por gruesas bisagras. Jeannine sintió que unos dedos levantaban una bisagra para que pudiera mirar con un ojo. Lo que vio la dejó de piedra. El médico le había acercado una pistola a la cabeza. De la culata salía un tubo que iba parar a un cilindro. Antes de que pudiera rogarle que no disparara, apretó el gatillo y le lanzó una fuerte ráfaga de aire comprimido sobre el ojo. Dio un paso atrás y, cuando estaba a punto de desplomarse en el suelo, el médico la sujetó, la puso de pie y le ordenó que se quedara quieta. Le bajó las gafas y la dejó en una oscuridad temblorosa. Entonces alzó la otra lente y, de nuevo a quemarropa, le lanzó otro chorro de aire sobre el ojo.

Tambaleándose por el susto y el dolor, con los ojos inflamados, la ataron a una silla con unos cables colocados en los brazos y las piernas. También llevaba cables en los dedos, pegados con cinta adhesiva. Detrás de la silla, el médico empezó a hacerle preguntas. No se dejó nada: desde las fantasías infantiles hasta la noche de bodas; desde la época del colegio hasta el nacimiento de su hija. ¿Siempre había comido poco? ¿Su madre la forzaba a comer? ¿Su padre le permitía que no se comiera toda la comida del plato? ¿Mojaba la cama? ¿Quería más a su padre que a su madre, o al revés? ¿Quería más a su marido que a su hija? ¿Quería más a la hija que a él? ¿Los quería igual? ¿Se quería a sí misma? ¿Se consideraba un fracaso como madre y como esposa? ¿Se irritaba por pequeñas cosas? ¿Le gustaba tener su casa impecable, o le tenía sin cuidado el trabajo de la casa? ¿Tenía miedo a estar sola? ¿Le gustaba estar sola? ¿Le gustaba hacer el amor? ¿En algunas ocasiones, le asustaba la perspectiva de tener relaciones sexuales? ¿Le gustó la noche de bodas? ¿Tenía sueños sexuales?

Jeannine tuvo la sensación de que las preguntas duraban «horas y horas». Al final, su mente llegó a un estado en que se encontraba «tan alterada que no podía hacer nada».

Le quitaron los cables y la llevaron de vuelta a su habitación, donde le pusieron otra inyección que la sumió en una profunda inconsciencia. Más tarde, pasado el tiempo, sabía que la había causado un choque insulínico. Aquello le resultó tan terrible como tener una pistola ante los ojos.

Nadie, ni un médico ni una enfermera, le explicó nunca el propósito de todo aquello. Al cabo de varias semanas de sufrir aquel tratamiento, dejó el hospital sin sentirse mejor.

Intentó con todas sus fuerzas sobrellevar la situación, combatir la sensación de que había fallado a su marido y no había estado a la altura de sus responsabilidades.

La depresión regresó otra vez, llenándola de un abatimiento atroz al pensar que al final tendría que volver a «la casa de los horrores de la colina».

Desde la primera vez que Jeannine ingresara en el Allan Memorial Institute, el régimen de tratamiento había conocido muchos cambios y novedades. Las subvenciones secretas de la CIA que recibía Cameron habían llevado a un incremento de la investigación experimental con personas que a menudo estaban demasiado enfermas para darse cuenta de lo que sucedía. Se había añadido un ala nueva al edificio, con lo que aumentó a un centenar el número de camas.

Mientras el año 1956 llegaba a su fin y se trazaban planes para la fiesta navideña en la que Cameron haría su habitual aparición fugaz, el mundo se había vuelto un poco más oscuro tras la crisis de Suez y el levantamiento de Hungría. Aquel invierno, tanto la República Popular China como la Unión Soviética parecían constituir una amenaza mayor, a pesar del gran número de votos que habían permitido regresar a la Casa Blanca al presidente Eisenhower. El envejecido héroe de guerra no parecía una gran defensa contra el comunismo invasor.

Entre los invitados de la fiesta del instituto se encontraba William Buckley. Siguió simulando que era periodista y declaró que había regresado para comprobar los últimos avances. Nadie le hizo preguntas; en realidad nadie pareció sorprenderse ante su presencia. Cameron poseía cierta fama de cultivar las relaciones con los periodistas, aunque los jefes médicos no siempre aprobaban esa clase de publicidad. Entre las personas con quien habló Buckley se encontraba la doctora Morrow, recientemente incorporada al equipo. Le impresionó su entusiasmo, y gracias a algunos de sus colegas se enteró de que la doctora Morrow estaba ganándose la fama de no tener nunca prisa por abandonar el instituto; algunas veces incluso aparecía por allí durante el fin de semana, para ver a algún paciente, aunque no estuviera de guardia. Buckley tuvo la sensación de que el trabajo llenaba por completo la vida de aquella mujer: había muchas personas como ella en Langley.

Una vez más, Cameron dio a Buckley un paquete para que lo entregara en mano a Sidney Gottlieb. Al llegar a Langley, Gottlieb le dijo que el paquete contenía las últimas evaluaciones clínicas de los experimentos sobre el control psíquico que estaba llevando a cabo Cameron. Gottlieb parecía tan satisfecho con ellos que obsequió a Buckley con un regalo de Navidad: una botella de leche de cabra de su rebaño.

En la primavera de 1957, Buckley empezó a albergar sentimientos ambivalentes en relación con el MK-ULTRA. Si bien le gustaba que su participación en él le facilitara el acceso a los más altos niveles de la CIA —Dulles lo había invitado a varias reuniones— le molestaba que Gottlieb lo tratara como «mensajero ilustrado» y lo enviara a entregar o recoger informes confidenciales de los diversos centros de investigación y pisos francos de la CIA en el país.

Sidney Gottlieb estaba convencido de que un lavado de cerebro eficaz debía basarse en el uso de drogas: LSD, mescalina, cocaína o incluso nicotina. Todavía no sabía cuál —«pero tiene que ser algo por el estilo», dijo a Buckley—. Para comprobar su teoría, se llevaban a cabo investigaciones financiadas por la CIA en diversos centros de investigación de todo Estados Unidos, tales como el Psychopatic de Boston, la facultad de Medicina de la Universidad de Illinois, el Mount Sinai y la Universidad de Columbia de Nueva York, la Universidad de Oklahoma, el Addiction Research Center de Lexington (Kentucky), la Universidad de Chicago y la de Rochester, entre otros lugares.

Durante sus visitas, Buckley presenció momentos que parecían salidos de una comedia negra. En Boston, durante un experimento con LSD, los científicos pusieron esa droga en el café de la mañana. Quedaron tan colocados que Buckley tuvo que aguardar varios días a que se recuperaran y pudieran entregarle los documentos que había acudido a recoger.

En la Universidad de Oklahoma, un científico, en plena alucinación, decidió que era Fred Astaire y agarró a la secretaria que tenía más cerca, convencido de que ella era Ginger Rogers. Como la mecanógrafa también había comido un sandwich manipulado, pasaron la tarde bailando sobre la mesa de una sala de conferencias; al final, sus inquietos colegas los sacaron de allí y acompañaron a la pareja durante toda la noche, hasta que regresó a la normalidad. Más inquietante fue la conducta de un médico de Rochester, que tomó café con droga y salió corriendo del despacho gritando que iba a matarse. Sus colegas lo redujeron antes de que saltara de un parapeto.

El doctor Gottlieb explicó a Buckley que aquellos incidentes eran los contratiempos normales en la búsqueda de la técnica mágica que, estaba plenamente convencido de ello, utilizaban los comunistas.

Buckley viajaba regularmente a Inglaterra y Alemania. En Londres, conoció al doctor William Sargant y viajaron a Portón Down y otros centros donde los científicos británicos hacían experimentos de lavado de cerebro.

En otra visita al centro secreto situado cerca de Maresfield, Buckley quiso visitar un edificio sin ventanas en el que había una réplica de lo que podría ser un centro de interrogatorio chino. Mantenían a los soldados prácticamente desnudos en celdas asquerosas, sometidos a vejaciones: los regaban con agua fría, les impedían dormir y les pegaban. Le aseguraron que todos aquellos hombres eran voluntarios.

Durante las visitas a Alemania, parte del trabajo consistía en valorar la idoneidad de los sujetos sobre los que experimentar. «Examinaba su historial y los interrogaba. Remitía a nuestros médicos a los que mostraban simpatías nazis o comunistas.»

En algunas ocasiones no tenía que mirar muy lejos en busca de objetivos. En un baile celebrado en una base de la USAF (Fuerza Aérea de Estados Unidos), en las afueras de Francfort, conoció a una enfermera: «Una belleza espectacular que aseguró estar dispuesta a hacer cualquier cosa para luchar contra los rusos. Fijé una cita para que viera a algunos de nuestros psicólogos en un piso franco. La sometieron a una batería de pruebas y llegaron a la conclusión de que estaría dispuesta a acostarse con quien fuera necesario, por su país. En Nuremberg había un agente ruso al que queríamos reclutar, y la enfermera accedió a acostarse con él. A los tres meses había desertado y se encontraba ya en nuestro bando.»

Pero el empleo del sexo como gancho pronto perdió atractivo para Buckley. El chantaje sexual no sólo le parecía de mal gusto sino que no lo consideraba un buen sistema para atraer a los agentes enemigos. «De entrada, es muestra de que el individuo posee una mentalidad débil.»

Estos puntos de vista aparecían en los informes que enviaba a Dulles regularmente. El director había dicho a Buckley que le parecería útil contar con sus opiniones en lugar de los datos clínicos.

Buckley fue una vez más al Allan Memorial Institute. En esta ocasión llevó consigo una maleta con varios rollos de película reunidos por los técnicos de Langley. En las películas aparecían algunos prisioneros de Estados Unidos en Corea del Norte haciendo declaraciones. En la banda sonora figuraban los expertos comentarios del doctor Wolff, grabados en un estudio de Langley. Estos pretendían ser un análisis definitivo sobre cómo los norcoreanos habían conseguido lavar el cerebro de los prisioneros.

En cuanto Buckley llegó al instituto, lo acompañaron a la sala de espera de Cameron y le dijeron que el psiquiatra estaba atendiendo a un paciente.

Una vez más, Buckley tuvo la impresión de que «en aquel lugar pasaba algo raro». La sensación se hizo



más intensa cuando una mujer joven, vestida con una bata, pasó corriendo por la sala de espera, seguida por dos enfermeras. La mujer había alcanzado la puerta delantera cuando la redujeron y la devolvieron a rastras al hospital. Para entonces, el doctor Cameron ya había aparecido. Ordenó que llevaran a la paciente a otra sala, donde le pusieron una inyección, unos electrodos en las sienes y le aplicaron un *electrosbock*. Inconsciente, pasiva como un bebé, se la llevaron en una camilla de ruedas.

Al advertir que Buckley lo había contemplado todo, el doctor Cameron lo acompañó a su consulta y le explicó que la «eliminación de pautas» consistía en someter al paciente a largos períodos de «terapia de sueño» seguidos de *electroshocks*. «El mayor problema que tenemos —le confesó Cameron— es impedir que los pacientes se despierten inesperadamente e intenten escapar.»

La joven se encontraba en las primeras etapas de una «eliminación de pautas». Estaba empezando a perder la memoria, explicó el doctor Cameron, pero «todavía sabía quién era y por qué estaba allí. En el siguiente paso mostraría ansiedad cuando le preguntaran quién era y por qué estaba allí. La tercera y última fase llegaría cuando desapareciera la ansiedad».

Cameron añadió que la paciente sólo «percibiría el momento presente, y únicamente hablaría y recordaría ese momento. El pasado habría desaparecido. Viviría en el presente inmediato».

Rubenstein llegó al despacho con un proyector. Cameron lo presentó como su principal ayudante, descripción que Buckley encontró graciosa. Sabía que la CIA pagaba un sueldo a Rubenstein en calidad de técnico.

Después de cargar el proyector, Rubenstein se instaló en un sillón para contemplar las filmaciones. En la banda sonora, el doctor Wolff analizaba a una serie de prisioneros de guerra estadounidenses en Corea del Norte.

Wolff explicó que, al principio, los hombres habían permanecido encerrados a solas, por lo general en la más completa oscuridad. El único contacto con el exterior se producía a través de sus vigilantes cuando éstos les daban la comida, por lo general una vez al día. Cada una de las comidas iba acompañada de actos de humillación. Los guardias hacían que el prisionero comiera de pie y orinara tendido. Cuando le permitían dormir, lo despertaban en cuanto hacía el menor movimiento.

«Lenta pero firmemente.—recitó la voz de Wolf—, el prisionero sufre una presión insoportable que no aguanta más. Lloro. Habla en voz alta. Reza a Dios para que lo salve. Lo maldice por no hacerlo.»

De vez en cuando Cameron tomaba notas. Rubenstein iba asintiendo mientras Wolff explicaba las etapas posteriores al estado inicial.

«Se llevan al prisionero para interrogarlo. No lo acusan de ningún delito concreto, aunque le dicen que ya sabe cuál es y que puede comunicárselo al interrogador si quiere. Pero el prisionero no sabe qué debe comunicarle. No sabe qué delito ha cometido. Lentamente, pero sin pausa, consiguen hundirlo en su fango mental.»

Tras semanas de recibir este tratamiento, el prisionero estaba ya listo para recibir lo que sus captores denominaban «reeducación», según Wolff. Sin embargo, para llegar a ello, el prisionero debía confesarse primero.

«Para hacer una confesión, el prisionero debe estar adecuadamente preparado. Eso exige que estudie a Marx y Mao, asista a conferencias y emprenda una labor de autocrítica. Mientras desarrolla estas nuevas capacidades, la presión sobre él se relaja y los interrogadores dan muestras de aprecio hacia él. Lo recompensan con comida extra, una bebida caliente, otra manta.»

Y de esta manera conseguían, concluía Wolff, que los prisioneros aparecieran ante una cámara y denunciaran lo que en otros tiempos valoraban.

Buckley recordaba que Cameron permaneció sentado y en silencio durante un buen rato.

«Tenemos que hacer lo mismo que hicieron a esos prisioneros —dijo finalmente—. No sólo reproducirlo sino hacerlo mejor, mucho mejor.»

Sin más palabras, Cameron salió de su despacho.

Madeleine permanecía acostada en la cama estrecha con sábanas de hule, contemplando cómo la primera luz del día permitía ver los muebles y la bata colgada del gancho situado detrás de la puerta de Sur Dos.

Había perdido ya la cuenta de cuántas veces habían empujado la máquina sobre sus ruedas hasta colocarla junto a la cama, siempre para provocarle un *shock* que la dejaba inconsciente. Cuando se despertaba sentía latidos dolorosos y notaba en la cabeza un vacío turbio y martilleante. Sin embargo, aunque el tratamiento le había afectado la memoria, hasta el momento no había desterrado a los Reyes Magos ni a la criatura situada en el suelo, junto a la puerta, a la que llamaba el Perezoso.

El Perezoso se había convertido en parte de su vida, como asegurarle a Eddie que todavía lo quería cuando no era cierto, o decir al doctor Cameron que deseaba vivir cuando tampoco era cierto, o prometer a los Reyes

Magos que los sacaría de Sur Dos si ellos expulsaban primero al Perezoso.

Estaba segura de que la habitación había sido la de aquel animal y que el doctor Cameron se la había asignado a ella como uno más de sus castigos, como aquel otro más reciente, cuando después de que la encontraran intentando robar un cuchillo del comedor decidió limitar sus privilegios e impedirle salir del dormitorio.

El Perezoso aparecía todas las noches después de que la enfermera comprobara que se tomaba la medicación nocturna y apagara la luz. El animal era del tamaño de la pelota de playa que su padre lanzaba al armazón situado en la parte trasera de su casa. Mientras miraba, demasiado asustada para gritar, con la boca seca por culpa de las drogas, el Perezoso se estiraba y se deslizaba por la alfombra para instalarse en el suelo, junto a la puerta, impidiéndole la salida o recibir ayuda. Brillaba en la oscuridad con un pálido resplandor, y Madeleine imaginaba que desprendía el mismo olor ácido que la tierra del cementerio donde estaba enterrado su padre.

Miró hacia la ventana. Era de día. Miró hacia la puerta. El Perezoso había desaparecido. Pronto llegaría una enfermera con la máquina.

Durante los tres años anteriores, Madeleine había sido hospitalizada cinco veces; en total había pasado cuarenta y cuatro semanas ingresada, casi todo un año de su vida, en la zona Sur Dos. A lo largo de este tiempo le habían vaciado en los brazos el contenido de cientos de jeringas, había tragado miles de pastillas y por su cerebro había pasado electricidad suficiente para encender decenas de bombillas.

En tres ocasiones, después de que le dieran de alta, había destrozado el apartamento buscando las cápsulas, y no creyó las palabras de Eddie cuando le dijo que llevaba las pastillas encima por orden del doctor Cameron. En dos ocasiones intentó suicidarse por otros medios. Una vez los Reyes Magos la llevaron al cuarto de baño y contemplaron con aprobación cómo utilizaba una de las cuchillas de Eddie para cortarse las muñecas. Tras dejar un rastro de manchas rojas sobre la alfombra, se sentó en la cama y lo llamó por teléfono. No se dio cuenta de que Eddie había colgado y siguió rogándole que la perdonara hasta que él irrumpió por la puerta, seguido por el personal de una ambulancia. Le vendaron las muñecas, la metieron en la ambulancia a empujones y la devolvieron a Sur Dos.

Tres meses más tarde, cuando regresó a casa, Eddie se afeitaba con una maquinilla eléctrica. Con eso sólo consiguió que los Reyes Magos aguzaran el ingenio. Un domingo por la mañana, mientras Eddie dormía, la empujaron a ir a la cocina. Abrió el cajón de los cubiertos y utilizó un cuchillo plateado de pastelería para abrir las cicatrices de las muñecas. Contempló la hemorragia sin sentir más que las lágrimas que le rodaban por las mejillas y se mezclaban con la sangre. Al final sus sollozos despertaron a Eddie y, una vez más, se la llevaron corriendo a la vieja mansión de Mount Royal.

En cada ocasión, un médico le hacía una serie de preguntas. ¿Había oído voces? ¿De verdad quería matarse? ¿Algunas veces pensaba que los demás tramaban algo contra ella? Ella se negaba a contestar. Una enfermera le deshacía la maleta, la que Eddie llamaba «maleta de ir y venir». Cuando la visitaba, se sentaba en la cama y ella se aferraba a él, ajena a todo lo demás.

El doctor Cameron terminó por decirle a Eddie que sería mejor que no fuera y que no se preocupara. Madeleine se lo agradeció. En esos momentos era más consciente del terrible dolor que expresaba el rostro de Eddie. Deseaba consolarlo, pero no podía.

Poco a poco se había ido enfriando el afecto que sentía por él, y la mayor parte del tiempo estaba como muerta; de vez en cuando la invadía el súbito deseo de intentar matarse para reunirse con su padre. Al darse cuenta de que no tenía medios para hacerlo, se sentía totalmente incapaz de ninguna respuesta emocional.

Madeleine oyó en el pasillo el rumor del carrito que se acercaba.

Sintió el pánico habitual. El camisón y las sábanas estaban húmedos de sudor, como su cabello. Una vez más, se sentía sin fuerza ni valor para levantarse de la cama, abrir la puerta y escapar antes de que llegara la máquina.

Una enfermera metió en la habitación el carrito con su caja negra, un tubo de gelatina lubricante y dos espátulas de madera cubiertas de tela para formar una mordaza. La enfermera habló alegremente, intentando desviar la atención de Madeleine de las esferas, botones y enchufes de la máquina. Desenchufó la lámpara situada sobre la cama y conectó el cable de la máquina. Contempló cómo parpadeaban las esferas mientras ajustaba algunos de los controles.

Madeleine rogó a la enfermera que le administrara una inyección para relajarse, y ella contestó que debía esperar al médico. Este explicó que el doctor Cameron había dicho que en su caso no era necesario un sedante. El médico toqueteó los interruptores y ajustó el temporizador automático. Le untó un poco de gel en las sienes. Le dijo que se sonara, que respirara hondo y que mantuviera la boca abierta. Después le colocó la mordaza entre los dientes, comprobando que estuviera en contacto con la mandíbula inferior para impedir que

asomara la lengua. Le pidió que cerrara la boca tan fuerte como pudiera y añadió que podía cerrar los ojos si quería. Sintió algo más frío que el gel sobre la piel, algo duro que le apretaba las sienes. Eran los electrodos, empapados en una solución salina, que el doctor mantuvo en su sitio. La enfermera examinó la esfera y anunció: «Adelante.»

Como siempre, Madeleine empezó a debatirse. No podía evitarlo. El médico sostuvo los electrodos con mayor firmeza sobre la piel, le ordenó que se relajara y no tuviera miedo, así no sentiría nada. Por encima del hombro, advirtió a la enfermera: «Listo. ¡Adelante!»

La enfermera pulsó un botón.

En el breve instante que transcurrió entre el «¡Adelante!» del médico y el momento en que la enfermera pulsó el botón, tal vez imaginó el abrasador relámpago de dolor que le recorría el cerebro. En realidad sólo duró un segundo. En términos eléctricos fueron ciento cincuenta voltios —la energía necesaria para encender una bombilla de cien vatios—. La descarga hizo que su cuerpo se agitara de modo incontrolable y empezó a babear. Tras un descanso de cuatro segundos, el temporizador automático de la máquina repitió el *electroshock*. Lo hizo cuatro veces más: seis en total.

El médico retiró los electrodos, la enfermera desenchufó la máquina y volvió a conectar la lámpara. Después secó el gel y retiró la mordaza. Finalmente puso un trozo de gasa sobre los labios de Madeleine para absorber la saliva. El doctor comprobó el pulso y salió de la habitación, seguido por la enfermera. Todo el proceso había durado cinco minutos.

Un día de febrero de 1958, Cameron había invitado a Buckley una vez más a que se reuniera con él en su despacho para picar algo antes de regresar a Langley. El anfitrión aprovechó la comida para interrogar a Buckley sobre otras investigaciones que se estaban llevando a cabo en Estados Unidos. A su vez, Buckley intentó averiguar algo más sobre los métodos empleados en el instituto. Preguntó al doctor Cameron si los pacientes habían dado su consentimiento para recibir aquel tipo de tratamiento. El doctor Cameron torció el gesto y aseguró que jamás haría nada que dañara a sus pacientes, y que las técnicas que empleaba eran lo más avanzado en medicina.

A continuación planteó a Buckley una pregunta que lo dejó atónito: si creía posible que la CIA le facilitara una serie de ciudadanos extranjeros para que pudiera estudiarlos. «Lo ideal sería que fueran comunistas. Tal vez procedentes de Europa, aunque esto último no importa. Deberían poseer todavía una psicología comunista.» Más tarde, Buckley recordaría las frases de Cameron.

Buckley accedió a transmitir la petición a Gottlieb, aunque confiaba en que no fuera él quien tuviera que buscar candidatos para Cameron. Aquella tarde, en el vuelo de regreso a Washington, Buckley redactó el informe sobre la visita, dando a conocer que Cameron esperaba «no tardar mucho en crear una máquina para el lavado de cerebro».

La doctora Morrow examinó en el pasillo la lista de pacientes a los que se tenía que aplicar el *electroshock* a primera hora del día. La siguiente era Jeannine Huard. Abrió la historia clínica de la paciente para asegurarse de que incluía un formulario de consentimiento para el tratamiento. Mary Morrow debía pasar otra mañana trabajando en la sala de azulejos blancos conocida con el nombre de «chiringuito de *shock*». Sería el «pulsador del botón» del doctor Cameron: todos los médicos ayudantes se turnaban para hacerlo.

Lo cierto era que empezaba a preguntarse si el tratamiento de *shock* era beneficioso en todos los casos, pero una de las muchas cosas que había aprendido durante el tiempo transcurrido en el Allan Memorial Institute era que nunca debía poner en duda los métodos del doctor Cameron.

Éste le había ordenado con frecuencia que situara el programador de modo tal que administrara seis *shocks* a un paciente, cada uno de ellos de una potencia veinte veces superior a lo que ella había visto aplicar en otros lugares. La bondadosa y sensible doctora Morrow se inquietaba al comprobar que el único efecto inmediato tras la repetida aplicación de una corriente de muy bajo amperaje a través del cerebro de un paciente era la confusión y la pérdida de memoria.

Le gustaba formar parte del equipo del doctor Cleghorn. En todo lo que hacía o decía, aquel psiquiatra alto de voz agradable constituía un ejemplo del dominio de lo racional sobre lo irracional. Lo había ayudado en el laboratorio durante largas horas, trabajando en misterios tan complejos como el efecto del *electroshock* sobre la corteza suprarrenal o investigando las sustancias químicas que segregaban la hipófisis y el hipotálamo. Debido a su reputación como investigador, algunas de las figuras más prestigiosas en el campo de la medicina habían mostrado deseos de trabajar con él. Entre ellos se encontraba una bioquímica muy vivaz llamada Marian Birmingham, así como Paula Ward y Edward Schonbaum, que avanzaban concienzudamente en el empeño de aislar un nuevo esteroide. En el laboratorio del doctor Cleghorn trabajaba media docena de científicos en busca de respuestas a todo tipo de desórdenes afectivos.

A la doctora Morrow le agradaba trabajar con personajes tan distinguidos. Se llevó un enorme disgusto al

enterarse de que Cameron había introducido en el equipo de Cleghorn a un médico farsante que había estado a punto de dar al traste con la reputación que la supremacía de Cleghorn en la investigación aplicada había dado al instituto. El recién llegado había llevado a cabo una investigación para determinar si el color de los ojos del paciente podía ayudar a identificar la presencia de esquizofrenia. El doctor Cleghorn calificó el proyecto como «residuo de los trabajos inacabados del doctor Mengele en Auschwitz». El médico nazi había llevado a cabo investigaciones similares con mujeres y niños judíos. El enfado del doctor Cleghorn fue mayor aún cuando descubrió que el doctor Cameron había permitido al médico pedir ayuda económica a «un financiero de pésima reputación y con presuntos vínculos con la Mafia», según manifestó en una declaración jurada.

Las cosas acabaron por estallar cuando Cameron autorizó la publicación de un artículo de aquel individuo en una revista médica canadiense en el que mencionaba a Cleghorn como coautor del estudio. Cleghorn insistió para que la publicación retirara su nombre de lo que consideraba «el peor trabajo de investigación que he visto en toda mi vida». Cameron, que formaba parte del equipo editorial de la revista, hizo caso omiso de las protestas y el artículo se publicó. Ante el manifiesto enfado de Cleghorn, el médico abandonó el instituto. Cleghorn declaró abiertamente que Cameron «era totalmente incapaz de distinguir a un farsante».

La doctora Morrow se esforzó por pasar por alto las tensiones entre los dos médicos que podían influir de modo más directo en su futura carrera profesional, aunque era «algo así como caminar sobre cascaras de huevo».

En aquel momento, mientras tenía a otra paciente atada a una camilla, aguardando para recibir una terapia electroconvulsiva, Cameron entró en la sala de tratamiento sin decir una palabra a modo de saludo. Clavó la aguja en el brazo de la paciente, contempló cómo el líquido claro fluía hacia la vena y le dijo que contara de diez a cero. Al llegar a cinco se le relajó la mandíbula y empezó a respirar ruidosamente. Le colocó la mordaza entre los dientes y presionó en la mandíbula para cerrarle la boca. Entonces ordenó a la doctora Morrow: «Pulse el botón». Después de que la paciente hubiera recibido seis *electroshocks*, Cameron salió de la habitación sin decir palabra y sin molestarse en ocultar su enfado.

La furia que la doctora Morrow había advertido en Cameron se debía a que éste se había enterado de que William Buckley había enviado un informe a Dulles expresando su inquietud ante lo que había presenciado durante la última visita al instituto. Como resultado del informe, Gottlieb había solicitado que apartaran a Buckley del programa MK-ULTRA. En circunstancias normales, tras una petición de un personaje tan destacado en Langley, Dulles habría echado a Buckley o lo habría enviado a algún puesto lejano dentro de la CIA, pero en este caso mandó llamar a Buckley y le explicó lo importante que había sido Ewen Cameron en otros tiempos.

Los vínculos de Dulles con Cameron se remontaban a los años de la guerra, a los días en que el jefe de los espías y el médico trabajaban juntos para destruir al nazismo.

Dulles había sido uno de los miembros fundadores de la Office of Strategic Services, OSS, creada en 1942.

Inició las tareas de sabotaje, espionaje y acciones encubiertas con un entusiasmo firme y las dirigió desde una pequeña oficina situada en Ginebra. Desde allí llevó a cabo «todo tipo de subversión moral, incluida la difusión de rumores falsos y el respaldo a las actividades quintacolumnistas en el interior de la Alemania nazi». A él se le atribuye el origen del rumor de que Hitler sólo tenía un testículo y Goering era pedófilo. Al final de la guerra, Dulles había contribuido a poner en marcha la Operation Paperclip Operación sujetapapeles] para hacerse con los científicos alemanes e impedir que cayeran en manos soviéticas. Entre los que llevó a Estados Unidos se encontraba Werner von Braun y su equipo de ingenieros, creadores de la V-1 y la V-2.

Para todas estas actividades había llegado a disponer de una visión valiosísima sobre la mentalidad alemana gracias a Cameron y a un pequeño equipo de psiquiatras que se reunían regularmente en la sede de la American Psychiatric Association en Washington. Los informes secretos que Cameron había enviado a Dulles llevaban títulos de este estilo: «Cómo crear histeria de masas entre la población civil alemana.» Tras la guerra, Cameron escribió un documento proponiendo que todo alemán «de más de doce años recibiera un tratamiento a base de *electroshocks* suficiente para eliminar de su mente cualquier vestigio del nazismo». El artículo terminó en los archivos de la CIA.

Era lógico que Cameron fuera enviado a Nuremberg para valorar el estado mental de Rudolf Hess. En mayo de 1941, el ayudante del Führer se dirigió en avión a Escocia con el fin explícito de terminar con la guerra. Hess fue llevado a Nuremberg para ser sometido a juicio con otros dirigentes nazis después de que un psiquiatra británico lo declarara cuerdo. Los estadounidenses, al igual que los rusos, formaban parte de la acusación en el proceso por los crímenes de guerra e insistieron en realizar sus propias valoraciones psiquiátricas.

El doctor Cameron llegó a Nuremberg, ciudad cuna del nazismo, un día de finales de otoño de 1945. Allí conoció a Dulles. De inmediato se estableció un vínculo entre ambos; los dos recelaban de los ingleses y sentían por los alemanes un odio sólo equiparable al que experimentaban hacia los rusos. Durante la cena en el tenebroso salón del remodelado Grand Hotel, Dulles contó a Cameron una historia increíble. Le dijo que tenía motivos para creer que el hombre que Cameron iba a examinar no era Rudolf Hess sino un impostor. El verdadero ayudante del Führer había sido ejecutado en secreto siguiendo órdenes de Churchill. Dulles explicó a Cameron que podría confirmarlo con un simple examen físico del torso del hombre. Si se trataba del verdadero Hess, tendría una cicatriz sobre el pulmón izquierdo, herencia del día en que el joven Hess cayó herido durante la Primera Guerra Mundial. El doctor Cameron accedió a someter al preso a un examen físico.

Al día siguiente lo llevaron a la cárcel donde estaban presos los dirigentes nazis. Un policía militar británico condujo a un hombre esposado a la sala de la entrevista y lo presentó formalmente como «Hess, Rudolf, prisionero a la espera de juicio».

Las profundas ojeras bajo los ojos azules de Hess conferían a su pálido rostro el aspecto de una calavera. Llevaba una vieja americana de *tweed* y pantalones muy holgados. La camisa no tenía cuello, y no llevaba corbata ni cinturón, como precaución ante un posible intento de suicidio. El prisionero y el escolta permanecieron esposados el uno al otro mientras Cameron interrogaba a Hess durante varias horas, pero cuando le pidió al policía que le quitara las esposas para someterlo a un examen físico, el vigilante se negó diciendo que no tenía autoridad para hacerlo. Cameron no insistió, pero más tarde le explicó a Dulles lo sucedido. El jefe de los espías no pareció decepcionado. Nadie sabía nunca si la historia de Dulles sobre Hess era algo más que lo que él denominaba «una de mis pruebecitas».

Durante los días que pasaron juntos en Nuremberg, los dos hombres descubrieron que compartían la idea de que, una vez derrotado el nazismo, emergería un nuevo enemigo que con los años llegaría a ser incluso más poderoso. Dulles estaba convencido de que Rusia estaba dispuesta a extender ampliamente su perniciosa influencia. Cuando se separaron —después de que Cameron declarara que Hess «no estaba loco desde un punto de vista clínico»—ambos coincidieron en que debían hacer todo lo posible para proteger el mundo del comunismo.

Años más tarde, sentados en el despacho del director, Dulles contó a Buckley que Cameron era esencial en la batalla por el control psíquico. Buckley recordaría a Dulles metiendo tabaco en la pipa y sosteniendo una llama junto a la cazoleta hasta que el humo le envolvía la cabeza.

«No necesitaba que me convenciera de que el comunismo suponía una amenaza para Estados Unidos, pero Dulles tenía la capacidad de hacer que sonara todavía más peligroso. Era como recibir una clase magistral sobre estrategia mundial. En una ocasión me sorprendió enormemente diciendo que durante la Segunda Guerra Mundial la OSS había llevado a cabo un programa sobre drogas. Los hospitales militares habían informado que algunos anestésicos hacían hablar a los pacientes que se encontraban bajo su influencia. Eso llevó a una serie de intentos de utilizar el cannabis como droga de la verdad. Dulles señaló que ahora el cannabis tendía a considerarse respetable y que, con el tiempo, lo mismo sucedería con el artículo pionero de Cameron. Salí del despacho de Dulles convencido de que había interpretado al revés lo que estaba haciendo Cameron, y que si algunos de sus pacientes tenían que pasar por duras pruebas, en última instancia era por un bien mayor», diría Buckley más tarde.

Sin embargo, a pesar de su aparente franqueza, Dulles no había mencionado un tema: el caso de Frank Olson, un bioquímico que había llegado a ser uno de los miembros más brillantes del equipo de Gottlieb. Todavía no se había determinado la culpabilidad de Gottlieb en el asesinato de Olson.

Poco después de las 2.00 de la mañana del sábado 28 de noviembre de 1953, el oficial de guardia de Langley despertó a Dulles en su casa. El agente le comunicó que el doctor Frank Rudolph Olson había muerto. Al parecer se había suicidado tirándose por la ventana de una habitación del piso decimotercero del Hotel Statler de Manhattan, Nueva York.

Como es lógico, Dulles se quedó anonadado. Había visto a Olson en varias ocasiones, y aquel bioquímico de rostro franco, sonrisa pronta y cabello claro era la última persona que esperaba que se suicidara. Al mismo tiempo, Dulles advirtió que lo que tenía entre manos podría llegar a convertirse en un serio problema.

Olson había trabajado para Gottlieb y había desarrollado una gama de aerosoles letales disfrazados de desodorantes, de crema de afeitar y de repelentes contra insectos. Había diseñado encendedores de cigarrillos que pudieran contener agentes biológicos capaces de producir una Muerte Negra como la que diezmó la Europa medieval, y productos químicos en botellas de tinta que podían matar a una enorme cantidad de gente.

Oficialmente, Olson desempeñaba un puesto elevado de bioquímico vinculado al Chemical Corps de Fort Detrick, pero poco después de que Gottlieb llegara a Langley, lo reclutaron para trabajar de modo exclusivo en el programa MK-ULTRA.

La primera reacción de Dulles al enterarse de que Olson había muerto fue ordenar al oficial de guardia que citara a Gottlieb para una reunión en su despacho. Después llamó al delegado de la policía de Nueva York y le dijo que no debía publicarse nada sobre la muerte de Olson. Si esto resultaba imposible, al menos los vínculos del científico con la CIA deberían mantenerse en el más absoluto secreto. La tercera llamada de Dulles fue para Alice, la viuda de Olson, madre de sus tres hijos pequeños, dos varones de cinco y nueve años y una niña de siete.

La señora Olson estaba ya inquieta por su marido. Durante los últimos días no parecía el mismo. Cuando la llamada de Dulles rompió el silencio del hogar de los Olson en Frederick, Virginia, Alice se había adormilado. Dulles le contó que todavía no conocían todos los datos, pero parecía como si su marido hubiera sufrido una depresión repentina e inexplicable que lo había llevado a poner fin a su vida.

Más tarde, Alice Olson recordaba que Dulles le habló de lo importante que era el trabajo que había estado realizando su marido, pero que nadie se había dado cuenta de lo tremendamente exigente que era. Alice no tenía ni idea de quién era Dulles y supuso que se trataba de un compañero de trabajo.

Apenas sabía «prácticamente nada» de lo que hacía Frank, excepto que trabajaba en Fort Detrick, lugar que en una ocasión denominó «uno de los lugares más secretos del mundo». En casa, era un padre modelo, siempre dispuesto a gastar su escaso tiempo libre con los niños.

Eric, el mayor, había nacido en 1944; Lisa, en 1946, y Nils en 1948. Frank procedía de una familia de granjeros suecos; había conocido a Alice cuando ambos estudiaban en la Universidad de Wisconsin y se habían casado en 1940. Frank era doctor en bioquímica.

A Alice le gustaba pensar que el suyo era un buen matrimonio, más sólido que apasionado. Y aunque Frank trabajaba muchas horas, por lo menos la mayor parte de los días regresaba a casa, a diferencia de los maridos destinados en las distintas zonas de la Europa de la posguerra, en estado de alerta para rechazar a los soviéticos.

Debido a la profunda impresión que le produjo la llamada de Dulles, no sé preguntó por qué le había dicho que no hablara con nadie de la muerte de Frank. Dulles le había explicado que, por el momento, la policía no la molestaría pero, suponiendo que los periodistas llegaran a llamarla, debía remitirlos al número de teléfono que le daba. Éste se encontraba en un piso franco que Gottlieb había instalado en Nueva York para frenar cualquier investigación de la prensa sobre el MK-ULTRA.

Después de que Dulles colgara, Alice Olson se dio cuenta de que tampoco le había explicado por qué su marido estaba en Nueva York; sin embargo, en aquel momento tenía cosas más importantes que hacer: debía comunicárselo a los niños.

En Nueva York, el delegado de la policía encargó el caso a dos detectives bisónos. Ordenó al capitán de su comisaría que les diera instrucciones de que debían actuar partiendo de la base de que Olson ocupaba un puesto poco relevante en el Departamento de Defensa y que sufría de «úlcera crónica», situación que, probablemente, lo había llevado a suicidarse.

Si los policías se preguntaron el motivo de que Olson viajara desde Washington a Nueva York para suicidarse, lo cierto es que no lo investigaron. Ni cómo había conseguido alcanzar la velocidad suficiente para, tras correr por la habitación, atravesar una gruesa cristalera. Después de tomar declaración al director nocturno del hotel, Armand Pastore, que había encontrado el cadáver de Olson, los policías no buscaron más testigos que estuvieran fuera del hotel a aquella hora. Su capitán les dijo que no había motivos para interrogar a Alice Olson sobre el estado mental de su marido. Tras dedicar unas pocas horas al caso, los policías redactaron un informe en el que declaraban que se trataba de otro caso de suicidio en una ciudad en la que saltar de un rascacielos a la acera era cosa frecuente.

Orquestados por Dulles, se habían dado los primeros pasos para encubrir que Frank Olson se había convertido en un hombre prescindible porque suponía una amenaza directa al programa de lavado de cerebro.

Frank Rudolph Olson había nacido en una pequeña población de Hurley, en Wisconsin, el 17 de julio de 1910. Los años del colegio transcurrieron plácidamente y sólo cabía destacarlos por sus buenas notas en ciencias. Poseía también un alto sentido patriótico. Olson fue uno de los que llenó las calles de Hurley para dar la bienvenida a los hijos de la ciudad que habían combatido en Europa durante la Gran Guerra. Para el joven Frank, representaban todo lo bueno de Estados Unidos.

Sin embargo, una década después, en el verano de 1932, muchos de esos veteranos asediaron la capital. Washington se convirtió en un enorme campamento, lleno de tiendas de campaña, cuando los veteranos y sus familias ocuparon parques, almacenes abandonados y tiendas vacías. Cantaron canciones bélicas y decenas de miles de hombres desfilaron ante la Casa Blanca. Acudían para pedir al gobierno ayuda ante la Gran Depresión, que se encontraba ya en su tercer año.

El presidente Hoover respondió lanzando contra los manifestantes la caballería del ejército, dirigida por el

comandante George Patton, que más tarde se convertiría en un héroe estadounidense de la Segunda Guerra Mundial. Empujados por los sables y las bayonetas, los veteranos conocieron la derrota.

Los reportajes sobre el incidente causaron un profundo efecto en el joven Frank Olson, que llegó al convencimiento de que el gobierno legal debía imponerse, por dolorosas que fueran sus decisiones.

Otras señales indicadoras marcaron también el camino de Frank hacia la madurez: las odiosas emisiones radiofónicas del padre Coughlin a partir de 1935, predicando el racismo puro y duro; el nacimiento del *swing*, que tuvo lugar un año más tarde; la película *Lo que el viento se llevó*, en 1936. El año siguiente presencié las huelgas con sentadas en las calles de Detroit, donde, una vez más, triunfaron la ley y el orden. En aquella época, el aislacionismo se encontraba en el punto más alto, y los acontecimientos de Europa apenas importunaban la vida diaria de Olson. Le interesaba mucho más la emisión de Orson Welles anunciando el aterrizaje de los marcianos, al igual que la Exposición Internacional de Nueva York en 1939.

Durante los sombríos años de la Depresión, Frank se negó a trocar el idealismo en desesperación: era un hombre íntegro hasta la médula de los huesos. Estaba siempre dispuesto a hacer frente a las desigualdades, el despilfarro ostentoso y las explotaciones de cualquier tipo. Creía que el secreto de la buena vida radicaba en ser leal a unos principios correctos y equilibrarlos de acuerdo con una adecuada escala de valores. Era profundamente patriota.

La llegada de la guerra supuso un fuerte impacto para Frank. Pero Europa seguía muy lejos. Ni siquiera la caída de Francia en 1940 la acercó mucho. La guerra no estalló en su vida, como les ocurrió a millones de estadounidenses, hasta el 7 de diciembre de 1941, el día infame en que los japoneses destruyeron casi por completo la marina de Estados Unidos anclada en Pearl Harbor. Frank Olson no necesitaba que le dijeran cuál era su deber patriótico: se alistó, y sus conocimientos químicos enseguida lo destacaron. En 1943 lo enviaron a Fort Detrick.

En su pensamiento no había zonas grises entre el bien y el mal. Lo que hacían los japoneses y los alemanes estaba mal. Y lo que estaba bien era contribuir a destruirlos.

Tras la guerra, fue uno de los primeros en descubrir el alcance de los arsenales bioquímicos que había creado el enemigo, que a su parecer justificaba plenamente sus investigaciones en Fort Detrick.

Cuando la Unión Soviética se convirtió en una amenaza para Estados Unidos —para todo aquello en lo que creía Frank Olson— no dudó en aceptar el canto de sirena de Sidney Gottlieb invitándolo a crear las herramientas adecuadas para combatirla. Se especializó en el desarrollo de las armas que los agentes de la CIA necesitaban para luchar contra los soviéticos en igualdad de condiciones.

Algunas de las primeras investigaciones de Olson para el MK-ULTRA fueron muy excéntricas. Desarrolló una sustancia que alteraba la identidad sexual del individuo cuando la ingería. La poción se ensayó con presos de una cárcel de Kentucky, pero no se produjo ningún efecto discernible. Otro ingenio era el «¿Quién ha sido?», basado en la teoría de que nada incomodaba más al enemigo que el olor de sus propios excrementos. Olson deseaba crear un compuesto que reprodujera perfectamente el olor de la diarrea. Envasarían ese líquido asqueroso en tubos de pasta de dientes que distribuirían tras el Telón de Acero. Abandonó el plan cuando lo dedicaron a trabajar plenamente en el control psíquico.

Al principio Olson hizo lo que siempre había hecho: investigar los intentos previos y averiguar las causas del fracaso. Para descubrir respuestas, tendría que abandonar su laboratorio de alta seguridad y viajar a un mundo del que apenas había oído hablar. Gottlieb le asignó un guía, George Hunter White.

Con el físico de un luchador y unos bíceps más desarrollados que los de muchos hombres, White había trabajado para la OSS durante la Segunda Guerra Mundial, bajo el mando de Dulles. En 1943 lo enviaron a Calcuta a matar a un espía chino que, según habían descubierto, trabajaba para los japoneses. White lo mató, en mitad de una calle atestada de gente, de un puñetazo tan fuerte que le hizo un agujero en el cráneo. Más tarde alardeó de haber utilizado la misma técnica para matar a presuntos nazis en las misiones secretas realizadas hacia finales de la Segunda Guerra Mundial. Después, durante una temporada como instructor en un campamento de entrenamiento de Maryland, enseñó a propinar el golpe a los agentes que se estaban formando. Debía darse en un costado de la cabeza con los nudillos como martinete para debilitar el hueso. Según él, ningún cráneo podía resistir un golpe bien dirigido.

Al final de la guerra, White pasó a formar parte de la oficina federal de narcóticos, el Federal Narcotics Bureau, como agente de campo. La tarea de seguir el rastro a los envíos de droga lo devolvió a Europa y lo llevó a Suramérica. Alardeaba de que con frecuencia inyectaba a los sospechosos grandes dosis de cocaína o heroína para hacerlos hablar. A otros los mataba de un puñetazo.

Como muchos miembros de la OSS, White permaneció en contacto con quienes participaron en tareas subversivas durante la guerra. En una reunión conoció a Stanley Lovell, el anterior jefe de asuntos científicos de la OSS, cuya filosofía se resumía en esta frase: «En la guerra, razonar es traicionar.» White explicó a

Lovell que estaba buscando un trabajo «con un poco más de acción». Lovell era una persona dinámica y lanzada y, en un gesto típico de él, llamó a Gottlieb desde un teléfono público y le dijo que si buscaba a alguien dispuesto a hacer cualquier cosa para ayudar a que Estados Unidos derrotara a los comunistas, White era el hombre adecuado.

Gottlieb lo contrató para que estableciera por todo Estados Unidos una serie de pisos francos donde pudieran llevar gente para administrarles drogas. Muchas de las casas se convirtieron en burdeles: White reclutó prostitutas, recurriendo a la fuerza o al dinero del generoso fondo que Gottlieb le había autorizado a utilizar, y enseñó a las mujeres cómo echar LSD a escondidas en las bebidas mientras él pasaba horas contemplando todo lo que sucedía en los dormitorios a través de falsos espejos. Con él se encontraba un psicólogo de la CIA que entrevistaba a las prostitutas para conocer lo que habían dicho los clientes. Gottlieb había ordenado que sus averiguaciones se convirtieran en un estudio sobre cómo utilizar el sexo para conseguir el control psíquico.

Al recorrer aquellos pisos francos, Frank Olson se topó con un mundo extraño, y con frecuencia White estaba demasiado colocado para explicarle nada. Una noche, Olson se quedó de piedra al encontrarlo sentado ante una espejo con un arma con silenciador, disparando balas de cera a su propio reflejo.

Cuando regresó a su laboratorio, Olson experimentó con una serie de «cócteles» que podrían dar con la clave para el control psíquico; más tarde los distribuyeron por los pisos francos de la CIA en Europa.

Durante una temporada, Olson se concentró en la posibilidad de que la seta llamada *Amanita phalloides* fuera un medio eficaz para controlar la mente humana. Estas setas crecen en las selvas de América Central, donde reciben el nombre de «carne de Dios». Gottlieb envió a un equipo para recoger estas setas, que regresó con sacos llenos.

Olson dedicó meses infructuosos a crear de la «carne de Dios» una sustancia adecuada para el control mental del ser humano.

Entretanto, Dulles había recibido información de que un desertor soviético afirmaba que en Corea del Norte existía un hospital especial donde unos médicos soviéticos y checos realizaban experimentos, con prisioneros de guerra estadounidenses, destinados a evaluar los efectos de diversos agentes químicos y biológicos, así como a valorar la resistencia fisiológica y psicológica de los cautivos. El hospital era también campo de pruebas para varias drogas destinadas a controlar la mente, y junto a él se encontraba un crematorio donde se eliminaban los cadáveres tras los experimentos.

Algunos de los supervivientes habían sido llevados en secreto a la Unión Soviética y sometidos a más pruebas en unas instalaciones de Ucrania, antes de ser asesinados. La Agencia declaró máxima prioridad el descubrir algo más sobre estos experimentos.

Olson y otros agentes fueron enviados a Inglaterra para explorar el asunto con el mayor experto del país sobre el lavado de cerebro, el doctor William Sargant.

A partir de mayo de 1950, Olson viajó varias veces a Inglaterra. Durante sus estancias llegó a conocer bien a Sargant; cenó con él con ocasión de las visitas que hizo a Portón Down y otros centros de investigación del Reino Unido. Más tarde, Sargant recordaría a Olson como «el típico estadounidense en el extranjero. Le fascinaba todo lo que veía: la comida, el modo en que se vestía la gente, cómo hablaba y se comportaba. No paraba de comentar lo distinto que era todo. Era el típico hombre de "tarta de manzana y saludo a la bandera". Teniendo en cuenta lo que yo sabía sobre su trabajo, el hombre poseía cierto encanto que casi podría describirse como inocencia».

En los centros de investigación donde el doctor Sargant llevó a Olson se trabajaba con animales; en la base de interrogatorios del ejército situada en Maresfield, Sussex, que visitaron en junio de 1952, empleaban a soldados que se habían ofrecido voluntarios para hacer de conejillos de Indias.

Sargant declaró que resultaba tan difícil enterarse de lo que sucedía en esos lugares como en el dichoso hospital de Corea del Norte.

Pero Olson conocía un lugar donde podría encontrar respuestas. A finales de julio de 1953 regresó a Gran Bretaña, y de nuevo volvió a verse con el doctor Sargant. El psiquiatra se enteró de que Olson se dirigía a la zona estadounidense de Alemania.

«Teniendo en cuenta lo flemático que se había mostrado en las reuniones anteriores, esta vez parecía un poco excitado e incluso aprensivo. Dijo que por primera vez iba a ver cómo funcionaban sus productos con individuos prescindibles. Se podía deducir que, hasta el momento, nunca había visto lo que él denominó "ensayos terminales". Me sorprendió, pues llevaba mucho tiempo haciendo ese trabajo», recordaría después el doctor Sargant.

Éste sugirió que se encontraran cuando Olson regresara de Alemania, de camino a Estados Unidos.

Diez días más tarde, Frank Olson estaba otra vez en Londres. Al doctor Sargant enseguida le llamaron la



atención los cambios psicológicos que había experimentado Olson. El psiquiatra creía que Olson se había «visto enfrentado por primera vez a su realidad. No ocultó que había contemplado cómo se asesinaba a los prescindibles utilizados por la CIA en sus experimentos. Olson era un hombre muy patriota y nunca habría creído que Estados Unidos permitiera ese tipo de actuaciones. Ésta es la explicación más lógica para su conducta. En aquel momento de examen de conciencia y búsqueda de seguridades le pareció adecuado informar a sus superiores de lo que había visto. El caso de Olson era un ejemplo típico de cómo reacciona un investigador de laboratorio al contemplar el resultado de su trabajo».

El 27 de julio de 1953, Frank Olson regresó en avión desde Northolt, una base de la RAF situada a las afueras de Londres. Para entonces, el doctor Sargant había hecho ya lo que consideraba su deber: había recomendado a sus superiores del servicio secreto británico que Olson dejara de tener acceso a cualquier investigación en curso en las diversas sedes secretas que había visitado en Gran Bretaña. Según el criterio del psiquiatra, Olson había dado muestras de que llegado el caso «sería capaz de acudir a los medios de comunicación y revelar lo que sucedía. Y Olson lo consideraría un deber patriótico. No comprendía que el verdadero patriotismo exigía que aceptara lo que había visto», recordó Sargant.

Sabía que su informe se transmitiría a la CIA. «No podía ser de otro modo. Nosotros y los estadounidenses estábamos estrechamente unidos en las cuestiones relacionadas con el lavado de cerebro. Teníamos intereses comunes que proteger.»

La mañana de aquel sábado 28 de noviembre de 1953, Dulles descubrió lo que había sucedido después del regreso de Olson a Estados Unidos. Olson llegó en el momento en que Gottlieb creía que se había producido un gran adelanto en el camino hacia el control psíquico. Otro de los investigadores de la Agencia, Morse Alian, había estado trabajando con los hongos traídos de las junglas de América Central, entre los que se encontraba una planta llamada *piule*. Tras aplastar las semillas de la planta, experimentó con ellas en la gente que George White Hunter llevaba con engaños a los pisos francos.

Morse informó sobre los efectos de la droga en un escrito remitido a Gottlieb: «Transcurridos treinta minutos, se presentó un estado de ansiedad, expresado como el temor a que algo malo sucediera: temor a la locura o a la muerte. En algunas ocasiones, los individuos tenían la sensación de que podían ver la sangre y los huesos de su cuerpo. Describieron varias fantasías en las que parecían encontrarse en otros lugares, como paseando por la Luna o viviendo en castillos maravillosos. Varios indicaron que tenían la sensación de que alguien les controlaba el cerebro.»

Gottlieb explicó a Dulles que había dado cuenta a Olson de estos resultados pues se encontraba entre el grupo de personas que debían ser informadas. Olson había mostrado desinterés y escaso entusiasmo. A los pocos días se presentó en la oficina de Gottlieb y criticó seriamente la falta de ética de lo que había hecho Morse Alian. La reunión terminó con una discusión acalorada.

Alarmado, Gottlieb habló del asunto con Richard Helms, el alto y persuasivo jefe de la dirección de operaciones de la Agencia.

Helms comentó a Gottlieb el informe que había recibido de su homólogo del servicio secreto británico, basado en la opinión del doctor Sargant. Según él, Frank Olson, alterado por lo que había visto en los pisos francos de la CIA en Alemania, daba muestras de ser capaz de revelarlo todo.

La posibilidad de que en la CIA hubiera un «chivato» (ésta es la palabra que utilizaría Dulles más tarde con Buckley) resultaba tremendamente inquietante. Si Olson acudía a la prensa o se ponía en contacto con su representante en el Congreso, los resultados serían catastróficos.

En la reunión celebrada aquel sábado por la mañana, Dulles quiso saber qué pasos se habían dado para controlar a Olson. Helms le hizo un breve resumen. Durante las semanas posteriores al regreso de Inglaterra, Olson estuvo estrechamente vigilado por los agentes de

Helms y no se observó nada inapropiado. Como siempre, Olson pasó largas horas en el laboratorio, del que se fue directamente a su casa. Exceptuando alguna salida al campo con su esposa e hijos, Olson sólo salió de casa para ir a trabajar. Una grabación de los teléfonos de su casa y su despacho demostró que sólo había telefonado a Langley.

Gottlieb explicó que había hablado con Olson regularmente y en ninguna de esas conversaciones había expresado más opiniones sobre la falta de ética del proyecto MK-ULTRA. Sin embargo, Gottlieb detectó en Olson lo que más tarde describiría como un cambio radical. «Ya no era una persona alegre, sino más bien retraída. Tenía alguna idea oculta.» Gottlieb dispuso que uno de los psicólogos de su plantilla visitara a Olson en el laboratorio. Aquellas visitas no tenían nada de inusual, pues Gottlieb enviaba con frecuencia a los psicólogos para ver cómo se enfrentaban los investigadores al estrés de su trabajo. El psicólogo notificó que no había visto nada raro en la conducta de Olson.

Entretanto, Gottlieb había empezado a restringir las investigaciones sobre el control psíquico a una sola

sustancia: el LSD. Según se decía, bastaba una pizca de esa droga para producir efectos espectaculares en la gente: se perdía la noción del tiempo, del lugar, del bien y del mal. Los individuos olvidaban las inhibiciones, abandonaban las simulaciones y hablaban libremente de sus pensamientos más íntimos. Los hombres más firmes y cuerdos enloquecían temporalmente, y las mujeres se sentían libres con sus cuerpos.

Gottlieb había leído informes en los que un hombre en cuya bebida habían echado LSD vio repentinamente «arcos iris que salían del suelo, y después monstruos que surgían de las paredes. Cayó al suelo y dijo que estaba dispuesto a admitir cualquier cosa a cambio de que aquello parara».

Varios de los individuos sometidos a examen mostraron síntomas de paranoia. Tras obligar subrepticamente a un hombre a tomar la droga en un piso franco de Washington, éste salió corriendo a la calle, intentando quitarse toda la ropa. Sus colegas lo redujeron, y le pusieron una camisa de fuerza hasta que se recuperó.

Otro individuo creyó que era el único superviviente de un holocausto nuclear y durante varias horas recitó su vida entera, convencido de que estaba hablando directamente con Dios.

Estos estimulantes resultados llevaron a Gottlieb a pensar en utilizar a Frank Olson como su siguiente conejillo de Indias. Sería la oportunidad ideal para explorar su modo de pensar bajo la influencia del LSD.

A principios de noviembre de 1953, Olson fue informado de que debía asistir a un seminario de tres días para repasar los últimos avances del programa MK-ULTRA.

El 18 de aquel mismo mes, Olson se dirigió en coche a Deep Creek Lodge, una casa de madera en lo más profundo de los bosques del oeste de Maryland. Había sido un campamento de *boy scouts* hasta que Gottlieb descubrió su potencial. La casa, rodeada por tres lados por un lago y con los picos de los Apalaches a la espalda, era un lugar secreto y seguro.

Dos miembros destacados de Fort Detrick, el doctor John Schwab y el teniente coronel Vincent Ruwet, se encontraban allí cuando llegó Olson. Gottlieb apareció con su ayudante, el doctor Roben Lashbrook, y Richard Helms. También estaba invitado George Hunter White, quien más tarde haría enormes esfuerzos para negar su presencia.

Frank Olson encontró a los demás reunidos en la amplia sala de estar de la casa, de pie ante el fuego de una enorme chimenea. Los invitados al seminario eran en total una docena, todos ellos expertos en matar de un modo u otro, aunque ninguno tanto como White.

¿Era ése el único motivo de su presencia? Carecía de cualquier formación científica, al margen de la capacidad para distinguir entre diversos narcóticos. ¿Lo había invitado Gottlieb para que observara a Frank Olson?

Gottlieb pronunció un pequeño discurso introductorio explicando los problemas todavía no resueltos en relación con el control psíquico y manifestando su confianza en poder superarlos. Al llegar la cena se ocupó de que Olson se sentara a su lado, y durante el transcurso de la misma la conversación versó sobre la impresión que a Olson le había causado la vida en Gran Bretaña. Creía que el país estaba empezando a recuperarse.

Benjamin Wilson, uno de los miembros del equipo de Langley, tuvo la sensación de que Gottlieb realizaba «un verdadero esfuerzo para integrar a Olson en el grupo. Le preguntó por Alice y sus tres hijos, y Frank rememoró cómo había conocido a su esposa cuando ambos estudiaban en la Universidad de Wisconsin. Helms le preguntó si le seguía gustando gastar bromas, y todos rieron cuando Frank contestó que ya no tenía tiempo».

Tras la cena, Gottlieb los invitó a tomar una copa antes de ir a dormir. White actuó como camarero y tomó nota con gran ceremonia de lo que pedía cada uno de ellos. Olson optó por un Cointreau.

Wilson recordaría más tarde que Olson se bebió la copa de un trago, deseó a todo el mundo buenas noches y se marchó a la cama.

Al día siguiente, la reunión se dividió en varios grupos encabezados por Gottlieb, Schwab y Ruwet, dedicados a temas como la eficacia de las pastillas suicidas elaboradas con toxinas de marisco y el efecto de la brucelosis. Gottlieb volvió a reunirlos y les ofreció una información detallada de lo que estaba haciendo el doctor Cameron en Montreal.

A la hora de cenar, la disposición de los comensales fue la misma **que** la noche anterior. Gottlieb mantuvo una animada conversación sobre un artículo del *Washington Post* contrario a la utilización de perros con fines experimentales. La sólida defensa del periódico en favor de los perros divirtió enormemente a los presentes.

Tras la cena, Gottlieb invitó a todos, otra vez, a tomar una copa. Dando muestras de sus dotes de camarero, White recordaba lo que habían pedido los demás la noche anterior y tenía los vasos preparados en una bandeja. A Olson le tendió uno con Cointreau. Siguiendo las órdenes de Gottlieb, White había introducido en el licor una dosis considerable de LSD.

La descripción más gráfica de lo que sucedió la daría más tarde Benjamín Wilson:

«Al cabo de veinte minutos, Gottlieb nos preguntó si habíamos advertido algo raro. Olson se encontraba en un estado psicótico. No paraba de decir que no podía entender lo que le pasaba. Afirmó que alguien le estaba gastando una broma. No paraba de decir "Sois unos comediantes". Se comportaba de modo muy raro. Se sentaba, se levantaba, y decía que todo el mundo lo estaba mirando.»

Gottlieb intentó interrogarlo, quiso saber si esa referencia a los «comediantes» era una alusión a sus amigos de los medios de comunicación, si había hablado con su representante en el Congreso del último viaje a Inglaterra, qué le había contado al doctor Sargent.

Frank Olson no paraba de decir: «Sois espías, no debo hablar con vosotros.»

Olson pasó los siguientes días en un continuo viaje de LSD, un recorrido por su mente alterada, cada vez más paranoica. Las esperanzas de Gottlieb de enterarse de algo útil sobre la visita de Olson a Europa no dieron resultado alguno.

Olson regresó a su casa en coche, todavía bajo el efecto de la droga. Alice recordaría más tarde que llegó y se sentó en el sofá del cuarto de estar. «No dijo nada. No saludó. Nada de preguntar "Cómo están los niños". Ninguna pregunta sobre cómo me había ido el día. Nada. Se quedó sentado, en silencio. Cuando le pregunté si algo iba mal, me miró y dijo: "Es una verdadera pena que los adultos de esta familia ya no se hablen."»

Repitió la frase durante la cena. En el silencio que sobrevino, se volvió hacia su esposa y le dijo: «Espera a que los niños se hayan ido a la cama y entonces hablaré contigo.»

Ella asintió, intentando sonreír, pensando que aquél no era el Frank que ella conocía. Le preguntó otra vez si todo iba bien, y él repitió que nadie hablaba con él. Por primera vez, dijo Alice, «me asusté un poco. A Frank le había pasado algo, algo de lo que no podía o no quería hablar».

Después de acostar a los niños encontró a Frank desplomado sobre el sofá. El le dijo: «He cometido un error terrible, un error terrible. Han intentado humillarme. Yo pensaba que eran amigos míos, pero no.»

Ella le preguntó qué había pasado en el bosque. Una vez más, Olson la miró y dijo: «Van a por mí. Sé que van a por mí. Tienen que ir a por mí.»

Alice, más asustada que antes, intentó calmarlo: eran sus amigos y no le harían daño.

Olson se incorporó bruscamente y dijo que tenía que ducharse. Aquello tampoco era frecuente. Por lo general nunca se duchaba en casa, porque las normas de Fort Detrick exigían que se duchara antes de entrar o salir del laboratorio.

Tras la ducha regresó a la sala de estar, volvió a sentarse y tomó la mano de Alice. «Se encontraba en otro mundo y yo estaba tremendamente asustada —recordó Alice más tarde—. Era como si me hubieran arrebatado a mi Frank.»

Todo el día siguiente, domingo, permaneció aturdido. Hacía un tiempo tan triste como su estado de ánimo. Alice intentó animarlo y le propuso ir al cine.

Después Olson regresó a casa y se acostó sin decir una palabra.

A la mañana siguiente se marchó tras comunicar a Alice que «tenía que tomar una decisión importante». Antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta, Olson salió de la casa y se dirigió en coche a Fort Detrick. Al llegar allí, entró en la oficina de su jefe, el coronel Ruwet, se inclinó sobre la mesa y le espetó casi a gritos: «Si no me echa, me voy.»

Ruwet pasó la mañana intentando «llegar al fondo de la agitación de Olson. Le dije una y otra vez que no tenía por qué marcharse, y

que yo no tenía motivos para echarlo. Frank decía: "¿Está usted seguro?" Al cabo de un rato se calmó y le sugerí que se tomara el resto del día libre».

En lugar de seguir la sugerencia se dirigió a su laboratorio y trabajó hasta la hora de marcharse. Alice lo encontró algo más animado; bromeó y jugó con los niños a un juego de mesa. Alice se alegró al comprobar que, cualquiera que fuera la causa de la crisis, estaba superada. Olson se fue a la cama y durmió profundamente, pero a la mañana siguiente se despertó más temprano que de costumbre y se marchó a Fort Detrick. Cuando Ruwet llegó a la oficina, lo encontró dando vueltas «como un animal enjaulado».

Olson empezó a decir que «estaba jodido... que nunca debería haber hecho lo que había hecho... que no era la persona adecuada para aquel trabajo. Recitó una larga lista de fracasos imaginarios», recordaría Ruwet más tarde.

Tras intentar calmarlo sin éxito, Ruwet decidió que Olson necesitaba «ayuda profesional». Llamó a Gottlieb y éste telefoneó al doctor Lashbrook. Ambos decidieron enviar a Olson a un médico que colaboraba estrechamente con la CIA. Se llamaba Harold Abramson y tenía consulta privada en Nueva York. Abramson no era especialista en psiquiatría: era alergólogo e inmunólogo, interesado en lo que él denominaba «problemas de la mente».

Gottlieb había escogido a Abramson porque había estado trabajando durante unos meses con LSD en una serie de experimentos con pacientes escogidos para el programa MK-ULTRA.

Sin darle tiempo siquiera para llamar a su casa, Ruwet y Lashbrook llevaron a Olson a Nueva York. Durante el viaje en coche, el alterado bioquímico tuvo severos cambios de humor: tan pronto tomaba el pelo a sus colegas como los acusaba de tramar algo contra él. Más tarde, Ruwet contaría que no paraba de decir que «íbamos a por él».

En Nueva York los tres hombres se alojaron en el hotel Statler, cercano a Penn Station. George Hunter White había hecho las reservas. Aquella noche, el gerente nocturno del hotel, Armand Pastore, vio en el vestíbulo del hotel a un hombre que encajaba con su descripción física. (Como era de esperar, White negaría más tarde que había estado en Nueva York.)

Aquella noche, a las diez y media, el doctor Abramson tomó el ascensor para dirigirse a la habitación de Olson. Lashbrook y Ruwet esperaron. Abramson sacó del maletín una botella de *bourbon* y un

frasco de Nembutal, un sedante. Ordenó a Olson que se tomara un trago de la botella y dos pastillas. En una llamada telefónica a Gottlieb, Lashbrook admitió que «era poco frecuente dar aquello a una persona con depresión».

Gottlieb sugirió que, a la mañana siguiente, Lashbrook y Ruwet llevaran a Olson a un prestidigitador de Nueva York llamado John Mulholland. Gottlieb había contratado sus servicios recientemente para que «aplicara sus habilidades a actividades encubiertas». Gottlieb quería que Mulholland enseñara a sus agentes cómo deslizar drogas en bebidas y «entregar materiales diversos a sujetos desprevenidos».

Al día siguiente, Olson y sus dos acompañantes se presentaron en casa del prestidigitador. Mulholland inició su actuación sacando un conejo del sombrero y descubriendo un dólar de plata tras la oreja de Olson. Esto desencadenó la reacción del bioquímico: insistió en que la moneda estaba envenenada. Para demostrar que no era cierto, Mulholland la mordió. Olson exigió que se marcharan de inmediato porque probablemente Mulholland estaba a sueldo de los rusos.

Lashbrook y Ruwet dejaron al bioquímico en la consulta de Abramson, tras quedar con él en que se verían de regreso en el Statler. Olson pasó una hora con el médico, el cual dijo que «mostraba signos de recuperación» y que debería marcharse a casa con su familia al día siguiente, Día de Acción de Gracias.

Olson regresó al hotel. Ruwet hizo las reservas para tomar un avión a la mañana siguiente. En el ínterin, siguiendo la orden de Gottlieb de que «que no dejaran de distraerlo», Lashbrook compró entradas para ir a ver *Me and Juliet*, el éxito de Rodgers y Hammerstein.

Apenas acababan de sentarse cuando Olson empezó a gritar: «Me esperan en la calle para detenerme por lo que he hecho.» Los asistentes al teatro observaron desconcertados cómo Ruwet se llevaba a Olson a toda prisa de la sala. Lashbrook se quedó a ver el espectáculo.

De regreso al Statler, Ruwet decidió que era prudente ocupar la cama libre que quedaba en la habitación de Olson, pero no tardó en quedarse dormido y no lo vio salir del hotel. Olson vagó durante horas por Manhattan, rompiendo el dinero que llevaba. Al final tiró la cartera, con el pase de Langley y la tarjeta de identificación de Fort Detrick.

Cuando Lashbrook descubrió que Olson había desaparecido lo buscó durante gran parte de la noche, y regresó al hotel a las 5.30 de la madrugada. White también se había unido a la búsqueda y había examinado los pisos francos a los que había llevado a Olson en otras ocasiones. Mientras tanto, Olson había regresado al hotel. White alquiló una limusina para que trasladara a los tres hombres al aeropuerto de La Guardia, donde pudieran tomar el vuelo de regreso a Washington, y avisó a un chófer de la CIA para que los recogiera al llegar y llevara a Olson de regreso a su casa de Frederick.

Al llegar al Aeropuerto Nacional de Washington, a Ruwet le pareció «prudente» acompañar a Olson a su casa. Lashbrook se fue a la suya.

Mientras el coche de la CIA avanzaba por Wisconsin Avenue, Olson ordenó al conductor que se detuviera en el aparcamiento de un motel. Se volvió hacia Ruwet y se echó a llorar, diciendo que tenía miedo de regresar a su casa y hacer daño a su mujer y a sus hijos. Según dijo Ruwet más tarde, Olson declaró que algo lo impulsaba a hacerlo.

Ruwet se alarmó ante la conducta de Olson y ordenó al conductor que los llevara a su propia casa, situada cerca de Dupont Circle. También acudió Lashbrook y tras examinar brevemente en qué estado se encontraba Olson, éste telefoneó a Gottlieb, que estaba a punto de sentarse a la mesa para celebrar el Día de Acción de Gracias. Gottlieb declaró que la única «solución correcta» era que Lashbrook acompañara a Olson de regreso a Nueva York para que lo viera el doctor Abramson. Ruwet debería dirigirse a Frederick para explicar a Alice Olson lo que estaba sucediendo, pero al final no lo hizo porque no deseaba perderse la cena y decidió que telefonearía a Alice por la mañana.

Lashbrook y Olson tomaron otro avión hasta La Guardia y después un taxi en dirección a casa de Abramson. Compartieron la cena de Acción de Gracias con el médico y su esposa, y después Abramson los acompañó al hotel Statler. Dijo a Lashbrook que nunca había visto un caso como aquél, que «Olson se encontraba en un estado psicótico... víctima de una manía persecutoria».

Lashbrook tomó entonces la iniciativa. Telefonó a Chestnut Lodge, un hospital psiquiátrico de Maryland, y habló con un psiquiatra vinculado a la CIA que formaba parte del equipo médico, el cual acordó ingresar a Olson. Pero en esta ocasión, Lashbrook tuvo menos suerte con las reservas del avión y no encontró plazas disponibles hasta la mañana siguiente. Lashbrook volvió a reservar habitaciones en el piso decimotercero del Statler.

Siete horas más tarde, Frank Olson estaba muerto.

Aquel sábado por la mañana, tras oír en su despacho el relato de estos acontecimientos, Dulles se volvió hacia Lashbrook y le preguntó cómo era posible que a pesar de dormir en la cama contigua, a medio metro apenas de Olson, no hubiera oído que éste se levantaba, iba al otro extremo de la habitación, se daba la vuelta, corría hacia la ventana y se lanzaba contra las cortinas y la ventana cerrada en busca de la muerte.

Lashbrook respondió simplemente que se encontraba en el cuarto de baño.

Dulles miró a los hombres que tenía delante durante largo rato sin decir nada. Después se volvió hacia Richard Helms, el alto cargo presente, y declaró: «Hay que solucionar este lío. Y quiero que se haga rápido y bien.»

La operación de encubrimiento había cambiado de marcha y se había acelerado.

El primer paso consistió en asegurarse de que tanto Ruwet como Lashbrook y Gottlieb contasen la misma historia cuando se produjera la inevitable investigación interna de la CIA. Todos coincidieron en que la muerte de Olson debería presentarse como un suicidio. Lashbrook ordenó a Abramson que se atuviera a la misma versión. Aquel mismo sábado, horas más tarde, Alice Olson recibió la visita de Ruwet. Le comunicó que para él suponía una verdadera tragedia personal el no haberse dado cuenta de que «mi buen amigo Frank había trabajado tanto que había perdido el control de los valores que siempre lo habían guiado». Era una «tragedia terrible, terrible», repitió Ruwet.

Alice Olson, amable incluso en el dolor, le contestó educadamente que no podía aceptar que Frank se hubiera suicidado: tenía muchos motivos para vivir. Adoraba a sus hijos, especialmente a Eric, que tanto se parecía a él por su aspecto físico y sus gestos.

Cuando Ruwet salió de la casa, Gottlieb ya se había puesto en contacto con George Hunter White. Al hombre que había servido a Olson la bebida manipulada y tenía fama de matar de un puñetazo, se le dijo que hiciera lo que mejor sabía hacer: asegurarse de que no dejaba rastro de su presencia en Nueva York.

La historia del suicidio se sostuvo en la medida en que la prensa no investigó: Alice Olson no recibió ninguna llamada.

Aunque el funeral fue modesto, asistieron unos cuantos colegas de Fort Detrick, encabezados por Ruwet. Gottlieb y Lashbrook también acudieron a la ceremonia religiosa y observaron cómo el ataúd de

Olson entraba en la tumba. Alice Olson se preguntaba quiénes serían aquellos hombres, pero intuía que «su presencia en aquel lugar no era adecuada».

Dos semanas más tarde, Gottlieb telefoneó a Alice. Deseaba acudir a su casa con Lashbrook para hablar de unos fondos en su memoria. Alice todavía no sabía quiénes eran, ya que Frank nunca había mencionado sus nombres. Les preguntó para quién trabajaban, y Gottlieb le contestó que para el gobierno.

Alice llamó a Ruwet y éste pareció desconcertado cuando ella le dijo que no quería verlos. Ruwet contestó que ellos se sentirían mejor si los recibía. «Entonces me di cuenta de que aquello no iba bien. La mención de unos fondos era un intento de comprarme, impedir que siguiera haciendo preguntas.»

Alice Olson era una mujer muy inteligente, con una gran capacidad para el análisis, y empezó a hacer preguntas. ¿Qué hacía Frank en Nueva York? ¿Cómo era que en su trabajo nadie había advertido nada sobre su extraño comportamiento? ¿Por qué no le permitieron ver su cadáver en el ataúd? ¿Por qué ningún agente del departamento de policía de Nueva York se había puesto en contacto con ella? ¿Cómo podían haber decidido tan deprisa que se había tratado de suicidio? ¿Y por qué aquellos dos hombres —Gottlieb y Lashbrook— que le producían tan mala espina insistían tanto en verla? No quería verlos.

Poco después de la muerte, Dulles le había dicho por teléfono que Frank había «salido por la ventana de la habitación de un hotel». Alice no había estado en muchos hoteles en su vida, pero recordaba que las habitaciones no eran muy grandes. Sabía algo sobre la velocidad «y todas esas cosas desde mi época de estudiante. Frank tendría que haber corrido por la habitación del hotel a más de treinta kilómetros por hora. Un atleta preparado necesitaría casi cincuenta metros para alcanzar esa velocidad. Frank no era un atleta, ¿cómo podría haberse lanzado a través de un cristal grueso, cuando la ventana estaría protegida por algún tipo

de cortina?».

No había respuesta. Tardaría en llegar.

Eric Olson tenía la misma capacidad para formular preguntas que su madre. Desde el día en que murió su padre, Eric desempeñó el papel de cabeza de familia y se dedicó a consolar a su madre, su hermano y su hermana. No sólo le habían quitado a su padre, sino que le habían robado la infancia.

A medida que se hacía mayor fue planteándose el mismo tipo de preguntas que su madre había sido incapaz de contestar y que nadie más estaba dispuesto a responder. Había visto lo que la muerte de su padre supuso para su madre, convertida en alcohólica.

Alice empezó a ver a Ruwet cuando éste salía del trabajo en Fort Detrick, a la hora en que Frank habría regresado a casa. Consideraba la camaradería de Ruwet como «un gesto de amabilidad y apoyo». Ella y Eric se enteraron mucho más tarde de que Ruwet había recibido instrucciones de Dulles para que «siguiera el rastro de la esposa».

Tras los años en que Ruwet le servía cóctel tras cóctel, Alice terminó internada en un psiquiátrico. Para entonces, Eric estaba en camino de convertirse en psicólogo. Mientras estudiaba en Harvard aprendió **que** existían estrechos vínculos entre el alcoholismo y la represión de la tristeza. Eric consiguió que su madre y sus hermanos asistieran a una terapia conjunta. Alice empezó a recuperarse y desempeñó un papel clave en la creación de un centro de reinserción para alcohólicos en Frederick, que recibió su nombre.

Eric había iniciado un análisis jungiano. En el primer sueño estudiado «yo aparecía examinando la tapicería de un viejo sillón, buscando un abrigo que había sido de mi padre». El psicoanalista le dijo que debía interpretarse el sueño como «mi recepción del legado de mi padre».

Resultó ser asombrosamente cierto. La mañana del 12 de junio de 1975, Eric contempló aturdido la primera página del *Washington Post*. En lugar destacado se relataba cómo veintidós años antes, «un científico del ejército había encontrado la muerte tras saltar de la habitación de un hotel neoyorquino en 1953».

«Aunque no se daba el nombre, supe de inmediato que se trataba de mi padre», dijo más tarde Eric Olson. Por fin las preguntas de su madre obtendrían respuesta. Al día siguiente, el médico comunicó a Alice que tenía un cáncer de cuello del útero.

Galvanizado por ambas noticias, Eric fue a ver a Ruwet, que se había jubilado ya de Detrick y vivía cerca de la casa de los Olson. Ruwet confirmó que la historia del *Post* se refería a Frank Olson.

Eric organizó una conferencia de prensa en el jardín trasero de la casa familiar. Acudieron periodistas de todo el Estado para oírle pedir que se diera a conocer toda la información relevante sobre la muerte de su padre. Las tres cadenas contaron la historia, que apareció en las primeras páginas de todo el mundo.

Tres días más tarde, el presidente Ford pidió excusas a la familia Olson y dijo que apremiaría al Congreso para que aprobara un proyecto de ley que les concediera una compensación de un millón y medio de dólares.

Una vez más, entre bambalinas, Gottlieb y Lashbrook habían conseguido atajar la verdad planeando y organizando el modo de comprar el silencio de los Olson.

Tras el pago, en la familia se produjo otra tragedia. Lisa, la hermana de Eric, embarazada de su segundo hijo, murió con su marido y su hijo pequeño en un accidente de aviación en las proximidades de Lake Placid, irónicamente cerca de la residencia del doctor Cameron. Afortunadamente, la tragedia no empujó de nuevo a Alice a la bebida.

Pagada la cantidad —al final, recortada a la mitad por la Cámara de Representantes, quedó reducida a setecientos cincuenta mil dólares—, Eric Olson inició por su cuenta una investigación sobre el misterio de la muerte de su padre. Sin embargo, sus entrevistas con Ruwet, Gottlieb y Lashbrook no lo llevaron muy lejos. Los tres se atenían a la historia original tramada aquel sábado por la mañana, inmediatamente después de la muerte de Frank.

Eric pasó una noche en la habitación 1018A del hotel Statler, la misma que ocupó su padre la noche en que murió. El gerente nocturno seguía siendo Armand Pastore, que destacó «la dudosa posibilidad» de que Frank Olson hubiera saltado de la habitación sin ayuda. El bioquímico difícilmente habría podido adquirir la velocidad suficiente para atravesar el cristal.

Eric Olson estaba «abrumado» por la posibilidad de que la muerte de su padre fuera consecuencia de que lo hubieran empujado y no comunicó a nadie esta sospecha. «Era llegar demasiado lejos», recordaría más tarde.

El 19 de agosto de 1993, Alice Olson murió de cáncer. Ella se había ido a la tumba sin conocer la verdad, pero Eric se impuso el solemne deber de averiguarla.

Acudió a un viejo amigo de la familia llamado James Starrs, catedrático de Derecho y Ciencia Forense en la Universidad George Washington. Deseaba saber si era posible exhumar el cadáver de Frank Olson y si Starrs estaría dispuesto a dirigir un examen sobre las causas de su muerte. Starrs accedió.

El 2 de junio de 1994 exhumaron el cadáver de Frank Olson. Eric estuvo presente y contempló cómo levantaban la bóveda de hormigón de la tumba de su padre, situada en una ladera del Frederick Memorial Park de Maryland. Tenía ya cuarenta y nueve años de edad, pero sintió una emoción intensa cuando vio sacar el oscuro ataúd de madera de la bóveda sellada con asfalto, envolverlo en vinilo negro y cargarlo en una camioneta. La CIA emitió una declaración desde Langley repitiendo que la muerte de Frank Olson había sido un «acontecimiento trágico y no tenemos indicio alguno para sospechar que pudiera tratarse de un homicidio».

Sin embargo, Starrs era un formidable oponente. No sólo era un eminente científico forense sino que además sabía suscitar el interés del público. A lo largo de muchos años había exhumado a personajes notables, entre los que se encontraban Jesse James y Cari Weiss, el supuesto asesino del senador Huey Long.

En el momento de abrir el ataúd, Starrs advirtió que Eric estaba temblando y lo alejó del lugar. Preocupado por la posibilidad de que resultara una experiencia insoportable, le pidió que se marchara. El patólogo sabía por experiencia que era muy probable que encontraran un cadáver horrible y empuetado.

Eric insistió en quedarse. A su familia se le había negado la posibilidad de contemplar el cadáver de su padre antes de enterrarlo y estaba decidido a verlo. «Era una cuestión de respeto», dijo más tarde.

Cuando alzaron la tapa del ataúd, fue Starrs quien «se llevó la sorpresa. Frank Olson tenía la piel marrón y encogida, pero era reconocible y tenía buen aspecto a pesar del tiempo transcurrido».

Saltaba a la vista que no tenía cortes en la cabeza ni en el cuello, como habría resultado lógico si hubiera roto la ventana al saltar. Pero el «hecho definitivo» que observó Starrs fue la gran herida sobre el ojo izquierdo de Olson, cerca de la sien «que sugería un fuerte golpe».

Mientras Starrs empezaba a trabajar, Eric fue adentrándose en el submundo que Gottlieb había considerado necesario para el MK-ULTRA. Conoció a Ike Feldman, que había facilitado las prostitutas para el proyecto de los pisos francos. El 26 de julio de 1994 se reunieron en el Marriott Inn de Unionsdale, Long Island. Feldman se presentó como «un colaborador cercano de Sidney Gottlieb y George Hunter White».

Era la primera vez que Eric Olson oía el nombre de White. Feldman le hizo un breve resumen de los antecedentes de White. Después dejó atónito a Eric Olson diciéndole que su padre «había sido asesinado». No quiso decir nada más y salió del motel arrastrando los pies. Olson se quedó con la sensación de que «Feldman había hablado ya demasiado».

Tal como reconocería más tarde, lleno de «una mezcla de horror y excitación», Eric Olson regresó a Washington a toda prisa para informar a su abogado, Harry Huger, de lo que le habían contado. Éste señaló que, según el acuerdo anunciado por el presidente Ford, la familia Olson había perdido todo derecho a una demanda civil a menos que pudiera demostrar que el gobierno había cometido un fraude. Huger, figura poderosa y muy respetada en los círculos jurídicos estadounidenses, señaló que el modo de seguir adelante era convencer a Robert Morgenthau, fiscal del distrito de Nueva York, para que abriera una investigación criminal «basada en la sospecha de homicidio», para la que no podía haber limitación ninguna. El hotel Statler, donde había muerto Frank Olson, se encontraba a pocas manzanas de su oficina.

El 28 de noviembre de 1994, tras casi seis meses de exámenes forenses, el profesor Starrs determinó que la muerte de Frank Olson «sugería de modo total y absoluto que se trataba de un homicidio».

La conclusión se basaba en el agujero del tamaño de un puño situado en el lado izquierdo del cráneo, que bien podría haber sido causado por el tipo de golpe perfeccionado por George Hunter White. El hematoma del cráneo convenció a Starrs de que Frank Olson había recibido ya el golpe antes de salir por la ventana. La evidencia del golpe se reforzó con los detalles del *Manual para el asesinato* que Gottlieb había preparado para la CIA poco después de entrar a formar parte de la Agencia. Eric Olson recordaba que el manual recomendaba que «el modo más eficaz de disfrazar un asesinato y conseguir que parezca un accidente o un suicidio es golpear primero a la víctima en la cabeza, exactamente en el lugar donde Starrs había descubierto el agujero en el cráneo de mi padre, y después lanzar al individuo desde una ventana alta».

George Hunter White estuvo en Nueva York la noche en que Frank Olson fue asesinado. White se tomó muchas molestias para encubrir sus movimientos, falsificando incluso las notas de su diario personal para sugerir de este modo que se encontraba en otro lugar.

Sin embargo, al igual que Dulles, llevaba ya mucho tiempo muerto. Entre los que podían testificar que Frank Olson había sido asesinado sólo quedaban Gottlieb y Lashbrook. Gottlieb tenía que enfrentarse a una demanda por daños por haber colaborado para drogar a un ciudadano estadounidense en París, en 1952. Lashbrook, físicamente delicado y sujeto a lo que él mismo denominaba «severos lapsus de memoria», pasaba sus últimos días en Ojai, California.

En una conversación telefónica mantenida en noviembre de 1999 con el autor de este libro, Lashbrook insistió en que «sólo había colaborado con la CIA a tiempo parcial». Añadió que no podía recordar a Gottlieb,

a Frank Olson ni a nadie relacionado con el MK-ULTRA. Ante mi insistencia en preguntarle si había conocido a George Hunter White, respondió: «Me suena el nombre, pero no sé nada de lo que hizo.»

De acuerdo con el manual de la CIA sobre el modo de cometer un asesinato y simular un accidente, Gottlieb había encontrado el asesino perfecto en George Hunter White. Éste había visto la reacción de Olson con las drogas. ¿El plan para matarlo exigía que lo llevaran a Nueva York mientras White esperaba? ¿Había escogido él el hotel Statler porque conocía su distribución? ¿Le habían dado la llave de la habitación de Olson? ¿Se había llegado a un acuerdo previo para que Lashbrook desapareciera en el baño poco antes de que White entrara en la habitación? No cabe duda de que los dos vigilantes y el gerente nocturno, Pastore, encontraron a Lashbrook encogido sobre el asiento del váter, al borde de las lágrimas. ¿Acaso White, tras entrar en la habitación, había dado su famoso golpe de martillo a Frank Olson y después lo había lanzado para que encontrara la muerte? Tenía fuerza suficiente para ello. ¿Y después de hacerlo bajó a la calle? Más tarde apareció un testigo presencial que declaró haber visto a un hombre de un aspecto físico similar al de White alejándose a toda prisa del lugar.

Todas las pruebas forenses del catedrático Starrs confirman la verosimilitud de esta hipótesis.

Sidney Gottlieb se fue a la tumba poco antes de que tuviera que responder a tales preguntas en el juicio por asesinato al que estaba a punto de enfrentarse por la muerte de Frank Olson. Después de que un jurado de acusación deliberara durante dos años, Morgenthau, el fiscal del distrito de Nueva York, creía que habría conseguido el veredicto de culpabilidad contra Gottlieb.

Todo esto es de escaso consuelo para Eric Olson. Su rabia y su amargura ante la pérdida de un padre al que quería y admiraba supone una herida que probablemente no se cerrará nunca.

Gran parte de esta rabia procede de la única reunión que mantuvo con Sidney Gottlieb para hablar del caso. Cuando se reunieron, hacía ya tiempo que Gottlieb había dejado la CIA y había destruido todos los archivos del MK-ULTRA que habían pasado por sus manos.

Tras varias tentativas, Gottlieb accedió a encontrarse con Eric. En el año 2000, Eric recordaba: «Cuando llegué, me dijo que aquella visita lo inquietaba porque había soñado que llegaba armado a su puerta y le disparaba de inmediato. Durante nuestra conversación, afirmó que ahora era otro hombre y lamentaba todo lo que había hecho para la CIA, pero insistió en que nadie había empujado a mi padre por la ventana. Cuando yo sacaba el tema del asesinato de mi padre, se enfadaba y decía: "Si no se cree lo que le estoy diciendo, no hay motivo para que se quede." Después me hizo enfadar cuando dijo: "Ya me doy cuenta de que usted no piensa más que en la muerte de su padre. Le recomiendo que se apunte a un grupo de apoyo para hijos de padres suicidas." A un hombre tan frío como aquél no le habría costado nada decidir la muerte de mi padre.»

Probablemente, el destino de Frank Olson quedó fijado en el mismo momento en que el doctor William Sargant envió un informe a Washington y se tomó la decisión de que era demasiado peligroso permitir la existencia de alguien capaz de contarle todo a la prensa. Aquello habría puesto en peligro todo lo que se realizaba dentro del programa MK-ULTRA, no sólo en el Alian Memorial Institute de Montreal.

Mientras subía el Mount Royal en dirección al instituto, William Buckley pensaba que la primavera en Montreal era increíblemente hermosa. El viaje le permitía relajarse y olvidar las disensiones en el seno de la Agencia en relación con el efecto que podría tener la recopilación «mecánica» de la información sobre los métodos tradicionales. Buckley se encontraba entre los analistas que creían que «los artilugios no pueden adivinar las intenciones humanas», pero en Langley existía un poderoso *lobby* convencido de que los satélites reunirían datos mucho más importantes que cualquier agente humano. Dulles todavía tenía que decidir sobre la viabilidad de los espías en el espacio; lo haría más tarde, cuando los soviéticos lanzaran el *Sputnik*. Entonces respaldaría un amplio programa de recogida de información por satélite.

La tarea de Buckley consistía en garantizar que el proyecto número 68 del MK-ULTRA, propuesto a Gottlieb por George Hunter White, no atrajera una atención indebida.

A Buckley no le gustaba White ni le inspiraba confianza. Era vocinglero, bravucón y dado a la fanfarronería. Por ejemplo, alardeaba de haber llevado a cabo más redadas que nadie cuando trabajaba para el Departamento de Narcóticos; sin embargo, Buckley había examinado su expediente y no era mejor que el de cualquier otro agente. Es más, aunque no se cansaba de contar cómo había detenido a la cantante Billie Holiday por poseer opio, nunca mencionaba que el tribunal había rechazado la acusación.

A Buckley siempre le daba la sensación de que se trataba de un individuo que infringía la ley regularmente. En Nueva York aparcaba en lugares prohibidos y superaba los límites de velocidad; cuando lo paraba la policía, exhibía un pase del Departamento de Defensa y decía que estaba llevando a cabo un trabajo urgente relacionado con la «seguridad nacional».

El Proyecto 68 pretendía reproducir las condiciones físicas en que los prisioneros estadounidenses hacían sus confesiones a los carceleros de Corea del Norte —según Cameron—, y a tal efecto éste había creado un



centro de interrogatorios en el sótano del hospital.

Durante los meses de invierno, White había realizado varias visitas al sótano para supervisar los avances. Dulles envió a Buckley para asegurarse de que no se producirían preguntas molestas, como después de la muerte de Frank Olson.

Cuando Buckley llegó al instituto se encontró con que, siguiendo las órdenes de Cameron, en la zona del sótano estaba prohibida la entrada a todo el personal, con la única excepción de Rubenstein y Zielinski.

Con lo que Buckley denominaría más tarde «el entusiasmo de un auténtico fanático», el doctor Cameron le mostró las dos zonas fundamentales para su experimento. Una de ellas se llamaba la «sala cuadriculada». La otra, la «cámara aislante».

La «sala cuadriculada» tenía una serie de líneas pintadas en la pared y, delante de ésta, una silla de respaldo duro. En el extremo opuesto de la habitación se había practicado en la pared un agujero cuidadosamente oculto en el que cabía la lente de una cámara fumadora, montada en el exterior sobre una plataforma. Cualquiera que se sentara en la silla podría ser filmado sin que se diera cuenta. Cameron explicó que la «sala cuadriculada» estaba destinada a medir «el ángulo de la columna vertebral cuando un paciente está sentado» y filmar cuánta «energía» empleaba al moverse. A cada paciente se le colocarían unos electrodos, que él denominaba «potenciómetros», que amplificarían «una señal analógica y la enviaría a una unidad receptora», un cuchitril en una esquina del sótano, repleto de equipos electrónicos. Gran parte de estos equipos estaban contruidos especialmente por Rubenstein, y entre ellos se encontraba una gran máquina con esferas e interruptores que Cameron llamó «transductor del movimiento corporal». Afirmó que suministraba «hasta diez mil datos por minuto» sobre cada paciente. La «sala cuadriculada» contenía también micrófonos ocultos para registrar cualquier sonido verbal que emitiera el paciente.

A Buckley le resultó mucho más claro el propósito de la «cámara aislante»: con aquella pesada puerta y las paredes forradas de tela, parecía una celda. La cámara estaba diseñada para poner a prueba la teoría de Cameron según la cual algunas enfermedades mentales estaban causadas por una «falta de armonía» entre el paciente y su entorno, y que «la única solución posible consistía en alejar al paciente del medio que le causaba inquietud». Explicaba que el problema con que se había encontrado hasta el momento con tales casos no era muy distinto del que tenían los interrogadores del mundo comunista. La «cámara aislante» «ayudaría» a sus pacientes si primero «podían estar aislados y después desorientados», y así más tarde él empezaría a «reestructurar sus actitudes». A Buckley le bastó con estar un momento en la cámara para experimentar «una sensación desagradable».

Cameron dijo que los pacientes permanecerían encerrados durante semanas, incluso meses, hasta que estuvieran listos para escuchar lo que él quería que aceptaran. Había elaborado una lista de pacientes con «algo significativo» que esconder en su pasado; recuerdos que los avergonzaban y que los hacían sentir culpables. De la misma manera que creía que los norcoreanos habían escogido con cuidado a sus prisioneros, seleccionando a aquellos que podían quedar reducidos a un estado de dependencia infantil y aceptar después los puntos de vista de sus interrogadores, Cameron pretendía despojar a sus pacientes de su personalidad e introducir en su mente aquello en lo que él quería que creyeran. El hecho de que se tratara de enfermos mentales incrementaba la dificultad del desafío. Los chinos se habían enfrentado a soldados sanos; él tenía ante sí la tarea, infinitamente más difícil, de lavar el cerebro a personas enfermas. Si conseguía manipular con éxito sus mecanismos psicológicos, estaba seguro de que habría resuelto el misterio del control psíquico.

Lo había animado su viejo amigo, el doctor William Sargant. La policía inglesa y los hombres del MI5, el servicio de contraespionaje británico, habían aplicado muchas de sus observaciones en los interrogatorios. Cameron había anotado cuidadosamente que uno de los métodos consistía en «localizar un punto doloroso e insistir en él». Sargant escribió que también era importante hacer que la persona rellenara largos cuestionarios. «Más que obtener información nueva y valiosa, con eso se pretende cansarla. Cuando la memoria empieza a fallarle, la dificultad que supone atenerse a la misma historia aumenta más que nunca su ansiedad.»

Cameron anunció que tenía previsto empezar las pruebas aquel mismo día y sugirió a Buckley que, entretanto, se pusiera al corriente de las otras investigaciones que se realizaban en el instituto.

Buckley pasó el resto del día visitando los bien dotados laboratorios de investigación. En uno de ellos encontró al doctor Cleghorn analizando los corticoides en la orina de una serie de pacientes: era otra manera de medir el estrés. En visitas anteriores, Buckley había establecido con el ayudante de Cameron una relación lo bastante firme como para convencerlo de que podía confiar en él.

En aquel momento, mientras contemplaba cómo Cleghorn organizaba el experimento, a Buckley no le sorprendió mucho enterarse de nuevas disensiones entre los psicoanalistas y los psiquiatras, partidarios estos últimos de buscar la curación mediante drogas y *electroshocks*.

Los psiquiatras tenían cada vez menos paciencia con sus colegas psicoanalistas, cuyos métodos dependían casi por entero de la observación. Si bien Cleghorn admitía que el psicoanálisis poseía una estructura científica, creía que era de escaso valor para respaldar tratamientos basados en una medicación. Los psicoanalistas se aferraban obstinadamente a la idea de que los enfermos podían recibir ayuda si se los estimulaba a confiar en un médico atento, paciente y comprensivo. Hablaban del «peligro de los fármacos» y decían que los *electroshocks* destruían la zona del cerebro donde se localizaban los pensamientos, los sentimientos, los impulsos, los deseos y los instintos, a la espera de que «un análisis los motivara adecuadamente». Ambos bandos habían discutido agriamente sobre temas como la «neurosis de transferencia». Los psiquiatras dudaban de que existiera; los psicoanalistas decían que era fundamental comprenderla y añadían que con frecuencia el alcance del tratamiento físico —especialmente el *electroshock*— arruinaba cualquier posibilidad de éxito.

Buckley ya se había dado cuenta de que Cameron fomentaba el desacuerdo; creía que el debate contribuía a formar «médicos mejores». Y, al igual que Alian Dulles, hacía ya tiempo que conocía las ventajas de gobernar en una casa dividida. Las peleas entre las facciones se habían incrementado con la apertura de más unidades de investigación. Algunos doctores eminentes en su campo se encontraron amontonados, luchando por espacio, dinero y, sobre todo, por el predominio de sus teorías. Todo ello había incrementado las especulaciones sobre lo que podía estar sucediendo en el sótano. Todos coincidían en que Cameron estaba montando otro de sus «proyectos». En algunas ocasiones había dicho que nada le gustaría tanto como tener la oportunidad de demostrar todas sus teorías sin la responsabilidad de administrar lo que equivalía a una gran compañía: en los últimos tiempos dirigía a cientos de personas en todo Montreal.

Robert Cleghorn contó a Buckley que nadie creía ni por un momento que Ewen Cameron llegara nunca a renunciar voluntariamente a aquella posición dominante. En algunas ocasiones, su ayudante se preguntaba sobre cuáles serían los motivos que lo guiaban. No podía ser el dinero pues ya era bastante rico. ¿El poder? Para él no había puerta cerrada en el mundo médico, y probablemente era más poderoso que muchos políticos canadienses. Era capaz de conseguir dinero como pocos profesionales. Así pues, ¿qué era? A Cleghorn cada vez le intrigaba más esta pregunta y confesó a Buckley que no le gustaba el modo en que Cameron los engatusaba, manipulaba y, en caso necesario, los explotaba a todos en una impresionante exhibición de politiquero médico, respaldando a un grupo contra otro y, de repente, cambiando de bando. Era el promotor y director de una orquesta que algunas veces tocaba con brillantez, pero en pocas ocasiones con completa armonía.

Los médicos iban y venían. Mary Morrow se había marchado a otro hospital de Montreal, y Cleghorn confiaba en que encontraría un lugar adecuado en cuanto aprendiera a controlar su ansiedad. Tal vez no le hubiera enseñado nada más, pero estaba seguro de que la había convencido de que la psiquiatría no era una especialidad adecuada para las personas nerviosas.

En otros laboratorios, Buckley encontró investigadores trabajando sobre diversos temas, como un estudio para averiguar en qué medida la angustia emocional producía dolores cardíacos en algunos pacientes, y si éstos estaban causados por una disminución del aporte sanguíneo al corazón, debido a la vasoconstricción, o una repentina demanda de oxígeno consecuencia de un ataque de ansiedad.

Otro equipo estudiaba las reacciones fóbicas: experiencias emocionales intensas que conducían a severos traumas psicológicos. Un investigador establecía vínculos entre las obsesiones que mostraban algunos pacientes y sus irregulares pautas de sueño. Otro tabulaba la relación entre la presión sanguínea elevada y la ansiedad. Intentaba cuantificar las fluctuaciones de la presión cuando se preguntaba a los pacientes sobre asuntos concretos con intención de producir alguna agitación: sobre su vida sexual, su familia y sus relaciones.

El doctor Charles Shagass seguía trabajando para averiguar la cantidad de barbitúricos necesaria para producir el sueño en diversas categorías de enfermedades mentales. Su investigación terminaría por recibir reconocimiento mundial como prueba para determinar el umbral de los sedantes. El doctor Hassam Ázima, del que se decía que era pariente cercano del sah de Persia, preparaba tests psicológicos destinados a determinar terapias ocupacionales más específicas para las condiciones psiquiátricas individuales. A Buckley, aquel iraní alto, moreno y atractivo, algunas veces más le parecía el patrón de un velero navegando viento en popa que un científico cuya capacidad sólo se veía limitada por la cantidad de dinero que pudiera obtener de la Society for the Investigation of Human Ecology.

Gran parte de las investigaciones tardaría años en producir resultados; algunas de ellas incluso se abandonarían. En último término, todo dependía del capricho de Cameron. El era el árbitro final que determinaba qué proyectos necesitaban que pusiera en marcha su habilidad para obtener financiación. Cleghorn no estaba muy convencido de que ésa fuera la situación ideal, pues el médico jefe del instituto por

lo general dedicaba poco tiempo a valorar adecuadamente los méritos de cada proyecto de investigación que se le proponía. Algunas veces tomaba decisiones precipitadas mientras caminaba entre la sala y la consulta donde se aplicaban los tratamientos, tras detenerse unos segundos a escuchar brevemente a un investigador que lo esperaba en el pasillo. Después de que emitiera un dictamen, ya no había manera de que cambiara de opinión. Si alguien insistía, lo relegaba a la periferia del imperio creado por él. Éste, conocido con el nombre de McGill Psychiatric Training Network, abarcaba ocho hospitales de Montreal, poseía una titulación propia en psiquiatría y daba a su fundador más poder que a cualquier otro médico de la ciudad. Eso también inquietaba a Robert Cleghorn.

La doctora Eve Lester —que pronto se convertiría en una de las profesoras más jóvenes del claustro de McGill— estaba evaluando su trabajo con pacientes adolescentes con problemas emocionales. Otros investigadores medían la temperatura corporal de los esquizofrénicos; el efecto del dolor físico sobre los depresivos; el cambio en las ondas eléctricas cerebrales durante el tratamiento con insulina; el efecto de pequeñas dosis de adrenalina sobre algunas de las funciones mentales más elevadas. Otro científico preparaba un estudio sobre el delirio nocturno. Un terapeuta estudiaba las pautas del lenguaje en los psicóticos. Un conductista registraba en un gráfico los cambios en las personas que padecían de una tensión crónica.

Como de costumbre, Buckley visitó la bien provista biblioteca del instituto para examinar cualquier artículo nuevo publicado por Cameron; había cajas llenas de ellos, todos con títulos atractivos como *Recordemos no olvidar*, *Investigación y sociedad* y *La psiquiatría y el ciudadano*.

A Buckley estas teorías le parecieron fácilmente comprensibles, pues carecían de la jerga que estropeaba tantos otros artículos que había ojeado. Como en los demás aspectos, en sus escritos Cameron manifestaba un convencimiento total en que sus palabras eran órdenes para los simples mortales. Los libros de Cameron eran igualmente claros y convincentes, y tendía a publicar cada paso adelante que daba. Cleghorn le había contado que Cameron se resistía a mencionar a otros autores que, en muchas ocasiones, habían realizado trabajos preliminares fundamentales. A Cleghorn este rasgo no sólo le parecía muy revelador de la personalidad de Cameron, sino también lamentable en un científico pues equivalía a hacer trampas.

Más inquietante todavía le parecía su obsesión por la «impulsión psíquica». Puesto que en este caso no había estudios previos, Cameron había creado un vocabulario propio para describir el tratamiento. «Impulsión autopsíquica», «impulsión heteropsíquica», «implante dinámico», «repeticiones de impulso».

Para Cleghorn se trataba de una serie de términos vacíos destinados a describir un tratamiento tomado de numerosas fuentes, la compañía Linguaphone y las improvisaciones de Leonard Rubenstein, que carecía de titulación médica.

Buckley sabía que había algo más que inquietaba a Cleghorn. Dos años antes, en el congreso anual de la American Psychiatric Association, Cameron promocionó la «impulsión psíquica» en las páginas de *Weekend Magazine*, un periódico sensacionalista que por lo general se interesaba por la vida de las estrellas de cine y que ofrecía consejos para la casa. Se había referido a la técnica como «un lavado de cerebro beneficioso». Junto a la entrevista aparecía la fotografía de una joven con auriculares y el pie de foto explicaba que estaba escuchando repetidas veces «su confesión». Se atribuía a Cameron «la invención de una atrevida idea destinada a ayudar a los pacientes neuróticos mediante una variante del lavado de cerebro». El artículo reproducía una cita en la que declaraba que se enfrentaba «a los mismos problemas que quienes se dedicaban a lavar el cerebro profesionalmente». Sus pacientes, «como los prisioneros de los comunistas, tendrían a resistirse y era preciso doblegar su voluntad».

Estas declaraciones horrorizaron a Cleghorn. También contó a Buckley que le inquietaba el uso generalizado de los *electroshocks* para el que Cameron también había inventado una expresión: «eliminación de pautas». Cleghorn no veía ningún beneficio a largo plazo en un tratamiento en el que primero se hacía dormir al paciente durante **tres días** y después, cuando todavía seguía aturdido, se le administraban de treinta a sesenta *electroshocks* en un breve período y, entretanto, recibía dosis de mil miligramos de Largactil, un poderoso tranquilizante, para combatir la ansiedad.

Lo que inquietaba a Cleghorn y le planteaba dudas desde un punto de vista médico era que cuando puso en tela de juicio la amnesia total que producía el tratamiento, Cameron se limitó a contestar que la familia de los pacientes tendría «que ayudarlos a construir un andamio de acontecimientos normales». Para Cleghorn, «esta palabra procedente de la construcción no era apropiada y no servía para explicar nada; y lo cierto es que los andamios se caen con funestas consecuencias».

Sus sentimientos no sirvieron para mejorar una relación cada vez más fría entre los dos médicos más veteranos del hospital. Buckley tomó nota mental de todo lo visto para el último informe que escribiría al regresar a Langley.

La jefa de enfermeras de Sur Dos, Peggy Mielke, una joven esbelta y vivaracha de veinticuatro años, se

preguntaba algunas veces si su inquietud en relación con la «sala de sueño» —un dormitorio con veinte camas situado en un extremo del ala y que se mantenía en una constante penumbra— se debía tan sólo a su incapacidad para encontrar respuesta a una pregunta persistente: ¿había dedicado años de formación para terminar trabajando en aquel extraño mundo crepuscular, supervisando un tratamiento sobre el que no había leído nada en los libros ni había visto nunca en otros hospitales psiquiátricos?

Al otro lado de la puerta cerrada del dormitorio oía los sonidos cotidianos del instituto. Empezaban a repartir las primeras pastillas de los varios cientos que se administraban a diario, el contenido de las ampollas pasaba a las jeringuillas para ser inyectado en venas y músculos, se untaban las sienes con gel, se daban *electroshocks*. La enfermera Mielke entendía aquel mundo.

En cambio, en la «sala de sueño» no podía distinguirse un día de otro. Algunas de las enfermeras llamaban a la sala «la tumba de los zombies.»

Peggy Mielke permaneció de pie en el dormitorio, acostumbrándose a la oscuridad y al olor a fármacos y seres humanos. Algunos pacientes yacían inertes, escuchando las instrucciones que repetían una y otra vez los auriculares situados bajo las almohadas. Algunas veces murmuraban algo ininteligible al oír la grabación de su propia voz o la de Cameron. Otros caminaban arrastrando los pies por el dormitorio con cascos de fútbol americano adaptados. Algunos estaban sentados ante la mesa situada en el centro de la habitación, mientras las enfermeras les daban de comer en la boca, sin atender a otra cosa que a las cintas que oían dentro de los cascos.

Estos cascos habían originado las primeras dudas de Mielke. No sólo le parecía «muy mal» ver cómo los llevaban unas personas desesperadamente enfermas, o que tuvieran que escuchar en un estupor drogado cintas que repetían las mismas palabras hasta dieciséis horas al día, sino que también la inquietaba que Leonard Rubenstein y Jan Zielinski pudieran entrar y salir a su antojo para cambiar cintas o ajustar el casco de un paciente.

Cuando pidió explicaciones sobre ello, le contestaron que los dos hombres tenían «permiso especial» del doctor Cameron y eran los dos únicos miembros del personal sin conocimientos médicos que podían entrar en la «sala de sueño». A Mielke le parecía muy mal. Nunca había visto una situación en la que personas sin formación en medicina o enfermería manejaran a los pacientes, por no mencionar la preparación específica necesaria para tratar con personas profundamente trastornadas.

Lo que le disgustaba especialmente era que ninguno de los dos hombres parecía entender que se trataba de una sala para personas gravemente enfermas. Rubenstein gastaba bromas a las enfermeras sin poderse contener o contaba el último chiste y soltaba grandes risotadas. En algunas ocasiones, Mielke pensaba que estaba «un poco chiflado». Zielinski hablaba pocas veces, pero examinaba fijamente a los pacientes mientras movía la cabeza en un gesto de negación.

Tenía la sensación de que ambos representaban un papel y que, vestidos con batas blancas, no sólo parecían médicos sino que se lo creían. Cuando se dirigía a Rubenstein, éste contestaba con un lenguaje salpicado de términos médicos y se refería constantemente a la «investigación en curso» que llevaba a cabo en su «laboratorio del comportamiento». Muchos de los médicos denominaban ese laboratorio «el taller». Estaba situado en una de las cuerdas reformadas de la parte trasera de la mansión. En otros tiempos, la familia Alian guardaba en ellos los mejores sementales de Canadá, comprados con los beneficios de su empresa naviera. En 1940, sir Montague Alian legó la mansión familiar para que se destinara a hospital. Rubenstein y Zielinski trabajaban en un pequeño recinto donde almacenaban las grabadoras y los cascos de fútbol ante unas paredes que todavía conservaban las huellas de las coces.

Al principio, Peggy Mielke achacó la actitud de Rubenstein a su egocentrismo —en el tiempo que llevaba en el instituto había encontrado varios tipos muy egocéntricos— y casi le hacía gracia que se diera tanta importancia y a veces se comportara «no sólo como la mano derecha del jefe, sino como su más próximo confidente».

Sin embargo, había visto que Rubenstein no se privaba de ordenar a una enfermera o incluso a un médico que no tocara el auricular de la almohada o quitara un casco si él no estaba presente, e insistir en que así era como «él y el jefe» querían que se hicieran las cosas. Pensaba plantear este tema al doctor Cameron el día en que Madeleine Lacroix consiguió escapar de su dormitorio después del *electroshock* de la mañana y salir corriendo en camión, descalza, hasta alcanzar la calle, donde los coches se vieron obligados a esquivarla.

La enfermera Mielke la vio desde una ventana de Sur Dos y, tras dar la alarma, echó a correr tras ella tan deprisa que perdió la cofia. Atrapó a Madeleine después de que una camioneta hubiera estado a punto de atropellada, la agarró por el brazo y condujo a la mujer, agotada y abatida, de regreso al instituto. Cameron apareció con Rubenstein. Madeleine se echó a llorar incontroladamente, cayó al suelo, encogida sobre sí misma, y lo golpeó con los puños. Cameron la miró y dijo con firmeza: «Basta ya, muchacha. Así no va a

encontrarse mejor.» Rubenstein alzó a Madeleine. El psiquiatra le pasó un brazo por los hombros y dijo: «Muchacha, quiero ayudarla.» Los hombres la llevaron a la «sala de sueño». Madeleine pasó treinta y seis días sumida en un sueño inducido por fármacos, del que sólo se despertaba para comer. Entre comida y comida, recibía múltiples *electroshocks*.

De regreso a Washington, Buckley evaluó de nuevo por escrito las actividades de Cameron.

Con el fin de hacerse una idea, siguió leyendo y su despacho empezó a parecer una biblioteca; los libros y las revistas cubrían el escritorio y se desparramaban sobre el suelo. Cuanto más leía, más le inquietaba lo que Cameron intentaba reproducir en Montreal.

El psiquiatra siempre se había presentado ante Buckley como un pionero, como un médico en la vanguardia de la investigación sobre las funciones del cerebro, pero Buckley iba descubriendo ahora que gran parte de lo que Cameron postulaba procedía de la obra de médicos radicales.

Uno de ellos era Franz Kellman, antiguo jefe de investigación psiquiátrica del New York State Psychiatric Institute y más tarde profesor de Psiquiatría en la Universidad de Columbia.

Kellman se había formado en Alemania durante la época en que Hitler había llegado al poder. Durante sus estudios en Berlín, Kellman había defendido medidas de esterilización más radicales incluso que las que los nazis pretendían. Deseaba esterilizar a «todos los miembros posibles de cualquier familia mancillada por la esquizofrenia y a toda persona que diera muestras de excentricidad o anomalías menores que pudieran suponer un gen latente de la enfermedad».

De regreso a Estados Unidos, Kellman expuso sus puntos de vista totalitarios en una publicación llamada *Eugenical News*, en 1938: «Ni siquiera las mayores medidas eugénicas aceptadas actualmente en este país [Estados Unidos] serán capaces de hacer mella en el problema de erradicar los malos genes de nuestra sociedad. La única solución es esterilizar a todos los parientes de los portadores conocidos de estos genes e impedir el matrimonio de estos pacientes. Por otra parte, la esterilización obligatoria de todos los esquizofrénicos hospitalizados apenas impediría el nacimiento de un porcentaje que oscila entre el uno y el tres por ciento de individuos esquizofrénicos. Debe autorizarse la esterilización de los hijos de los esquizofrénicos e impedir el matrimonio de excéntricos esquizoides, así como de los casos ambiguos.»

Cameron contó a Buckley con entusiasmo que Kellman, el cual para entonces ya había fallecido, había sido «un hombre adelantado a su época, digno de consideración y admiración por su valor y su visión de futuro».

Buckley empezaba a preguntarse si Cameron no se consideraría a sí mismo el sucesor natural de hombres como Kellman.

Sin duda, en las visitas más recientes al instituto, Cameron había permitido a Buckley entrever un mundo futuro en el que el tratamiento electroconvulsivo se emplearía para «por ejemplo, transformar la mente de una mujer y convertirla en un ama de casa más adecuada». El psiquiatra le habló de su «investigación para anular con éxito la personalidad o la identidad de un individuo y crear otra. Lo denominó "relajación de la memoria" y me explicó que el estado infantil producido por el *electroshock* dejaba al paciente en una situación vulnerable a los cambios radicales». Durante una visita, Cameron insinuó que si la CIA pudiese proporcionar mayor financiación, podría iniciar una serie de «estudios clínicos» para ver si era posible crear nuevas personalidades, mediante tratamientos electroconvulsivos, «que duraran años».

Buckley escribió: «Lo denominé psicosisíntesis y describí el proceso como una unión terapéutica que combinaría la psicodinámica de Freud con la cibernética y las terapias electroconvulsivas para transformar las personalidades trastornadas en cuerdas.»

Gottlieb rechazó la petición de financiación para ese experimento en concreto. Dijo a Buckley que deseaba que Cameron se concentrara en conseguir lavar el cerebro a los pacientes. Otra vez, Buckley viajó a Montreal para comunicar la decisión de Gottlieb. De regreso a Washington, anotó la «evidente decepción de Cameron, así como su disposición a seguir presionando. Me parece que cada vez le interesa más el empleo del miedo como modo para influir en los pacientes. Está obsesionado con cualquier cosa que pueda ayudarle a conseguirlo. Por ejemplo, advertí sobre su escritorio un ejemplar de *A Many Splendoured Thing* del escritor Han Suyin. Cuando le pregunté sobre el libro, insistió en leerme un párrafo. "Porque el hombre siempre luchará para conquistar el mundo y establecer la voluntad del hombre en nombre de su Dios. Para los comunistas, cada individuo es una fortaleza que sólo se puede tomar mediante una lucha espiritual. Están dispuestos a conquistar las almas, como primer paso para obtener los cuerpos."

«A mi parecer, gran parte de lo que, según Cameron, conocen los chinos sobre el lavado de cerebro se basa en técnicas probadas y comunicadas por la Unión Soviética.»

Buckley sabía que sus puntos de vista sobre los soviéticos no eran los imperantes en la CIA, cuyos más destacados analistas declaraban con firmeza que los nuevos gobernantes de Moscú se concentraban en asuntos

internos y en asegurarse el control sobre sus estados satélite, y no tenían deseos de embarcarse en aventuras nuevas o arriesgadas en territorios extranjeros.

Buckley escribió: «Estoy en total desacuerdo. Tanto China como la Unión Soviética son oportunistas. En cuanto ven un resquicio, lo aprovechan. Un ejemplo perfecto de ello es el modo en que parecen llevarnos tanta ventaja en la consecución del objetivo que persigue Cameron.»

Sin embargo, Gottlieb estaba convencido de que su protegido de Montreal iba a conseguirlo. Una vez más, enviaron a Buckley al instituto para que informara de los avances. Y llegó en el momento oportuno.

Un poco después, aquella misma tarde, Cameron hizo llamar a Buckley y lo invitó a conocer a los dos primeros pacientes que había seleccionado para iniciar el Proyecto 68. Uno de ellos era Velma Orlikow, la esposa de David Orlikow, miembro durante muchos años del Parlamento canadiense. Cuatro meses atrás, al llegar al instituto, Velma le había dicho a Cameron que él era su «último refugio. Todos lo han intentado y han fracasado».

El la miró detenidamente y dijo: «Muchacha, cuénteme su historia.» Velma así lo hizo. En algunas ocasiones lo miraba a la cara en busca de alguna esperanza; en otras, enterraba su rostro entre las manos y lloraba de modo incontrolable. Lo único que veía al otro lado del escritorio era una máscara inexpresiva. Las gafas del doctor Cameron agrandaban todavía más sus ojos. La taladraban. La mujer vacilaba mientras la grabadora registraba cada una de sus palabras. Contó que tenía cuarenta años, que David era farmacéutico y su hija Lesley tenía ocho años; que en otros tiempos su matrimonio había sido feliz y que por ello le desconcertaba haber perdido todo deseo sexual tras el nacimiento de su hija. Al principio pensó que se trataría de una etapa pasajera y David se mostró paciente. Pero meses más tarde, cuando él quiso hacer el amor, ella sintió algunos dolores difusos en el abdomen y lo rechazó. La pérdida de la libido había ido en aumento, acompañada de una sensación de fatiga y cambios de humor.

En algunas ocasiones, esta sensación había durado semanas, acompañada de terribles dolores de cabeza e insomnio. David le dio Largactil, sin consultárselo a ningún médico. Lo tomó durante un año, aunque se sentía como si le ardiera la piel. Siguió adelante con el medicamento porque quería ser una buena esposa.

Al final, cuando Velma explicó al médico de cabecera este efecto secundario, él le dijo que dejara de tomar Largactil. Volvieron los dolores de cabeza y ella optó por un medicamento conocido y de confianza y que David vendía sin receta a su clientela femenina, a base de ácido acetilsalicílico y codeína, destinado a aliviar las tensiones premenstruales. No le sirvió de ayuda y la ingresaron en la Clínica Mayo de Winnipeg. Un psicólogo dijo que aquellos síntomas estaban causados por la frigidez. Tras casi cuatro años de terapia, su desesperación llegó tal extremo que rogó al médico que le aplicara un tratamiento de *electroshocks* con la esperanza de que abreviara el análisis.

Cameron permaneció totalmente inmóvil, esperando, contemplándola a través del escritorio. Finalmente dijo: «Cuéntemelo todo, muchacha. Todo.»

Ella le explicó que había hablado a David de la idea del *electroshock* y que éste sugirió que le expusiera el asunto a su terapeuta, el cual acabó por acceder. Ella no tenía ni idea de lo que implicaba el tratamiento y el médico no se lo explicó. Velma recordaba su sensación de indefensión y miedo mientras la llevaban en una camilla a la sala de terapia electroconvulsiva de la Clínica Mayo, y que, cuando recuperó la conciencia, regresaron unos dolores de cabeza todavía más fuertes, acompañados de confusión y lagunas en la memoria. Empezó a pensar que era incurable. De un modo u otro consiguió reunir el valor suficiente para hacer el amor con David y quedó embarazada. El médico de Winnipeg insistió en que se sometiera a un aborto terapéutico, y así puso fin al embarazo; al mismo tiempo le ligaron las trompas de Falopio. El terapeuta también recomendó que fuera a Montreal y consultara al doctor Cameron: era su única esperanza.

Éste la interrogó sobre su infancia y sus padres, pero no sobre su matrimonio ni sus síntomas actuales. Aunque no entendía por qué le interesaban aquellos asuntos, Velma contestó con sinceridad. Su padre era «un irlandés encantador, pero irresponsable: tenía aventuras amorosas y su madre lo sabía». Abandonó la familia cuando ella tenía diecisiete años. Su madre era muy posesiva.

Cuando el doctor Cameron terminó de hacer preguntas, se llevaron a Velma a su habitación, convencida de que estaba más sola que nunca. Se tapó la cabeza con las sábanas para ocultar el sufrimiento que manaba en su interior de una fuente profunda e inagotable. Lloró y durmió, durmió y lloró.

Al final apareció un joven con una grabadora similar a la que tenía el doctor Cameron sobre la mesa. La colocó sobre el armarito situado junto a la cama y la puso en marcha, sin dejar de sonreír. Tenía un acento extraño. «Me llamo Rubenstein, soy inglés.» Puesto que llevaba una bata blanca, ella dio por hecho que era médico.

Cameron llegó con una palangana en forma de riñón que contenía una jeringuilla y le dijo que iba a ponerle una inyección. Ella le preguntó el motivo y él se limitó a contestar «Confíe en mí, muchacha», y le

introdujo la aguja en una vena del brazo. Le dio unas palmaditas en el hombro, puso en marcha el magnetófono y salió de la habitación tras pedirle que escribiera o dijera lo que le pasara por la cabeza. Rubenstein le tendió un cuaderno y un lápiz y se instaló en el sofá, diciéndole que actuara como él si no estuviera allí.

Ella miró el papel. No tenía ni idea de qué escribir. Miró fijamente a Rubenstein, que le respondió con una sonrisa. Velma observó la habitación, que le parecía distinta. Después se dio cuenta de que el lavabo se había movido. Estaba en el techo, al revés; los grifos se alargaban hacia ella y estaban cada vez más cerca. Pensando que debía apuntar todo, lo que veía, se volvió hacia el papel, pero le temblaban tanto las manos que no podía agarrar el lápiz. Sacudió la cabeza para despejarla, diciéndose que aquello no era posible: los lavabos no se mueven. Miró de nuevo a Rubenstein: permanecía tranquilamente en el sillón, sonriendo. Los grifos iban acercándose. No cabía duda. De repente salieron unos chorros abrasadores de los grifos y sintió «un pánico espantoso. No tenía ningún control sobre mí, y me daba la sensación de que se me fundían los huesos». Estaba encerrada en una habitación que se iba reduciendo, las paredes y el techo se encogían y terminarían por aplastarla. El torbellino de su mente fue haciéndose mayor y le dolía el cuerpo por culpa de una enorme burbuja negra de miedo. Después se sintió como «una ardilla en una jaula. No podía salir. Intenté trepar por las paredes. Tenía la sensación de que si me acostaba, nunca me levantaría».

Aquella confusión mental duró horas hasta que, agotada, se quedó dormida. Al despertar, Rubenstein y la grabadora habían desaparecido.

Velma telefoneó a David. Aunque la comunicación con Winnipeg era mala y había muchas interferencias, su marido consiguió tranquilizarla. Por horrible que hubiera sido, tendrían buenos motivos para aquel tratamiento, y le repitió una y otra vez: «Algunas veces, para mejorar, hay que pasarlo mal.»

Cameron le hizo más preguntas sobre sus padres. ¿Qué simbolizaba su madre para ella? ¿Y su hermana menor? Ella se esforzó por dar respuestas significativas. Cameron examinó los sentimientos de Velma cuando nació su hermana. ¿Se había sentido rechazada y eclipsada por su llegada? ¿Fue entonces cuando empezó su timidez, su incapacidad para hacer el amor? ¿Era una manera de castigar a su marido?

Cuando terminó el interrogatorio, acompañó a Velma de regreso a su habitación, junto con Rubenstein, cargado con un magnetófono. Una vez más, Cameron puso en marcha el aparato y, a través de las lágrimas, Velma reconoció su voz. Se oyó hablar de la muerte de un primo joven y del resentimiento que sintió hacia él cuando lo vio en el ataúd «porque todo el mundo le hacía mucho caso». Después habló de que su madre le exigía que sacara todavía mejores notas en el colegio. Después estuvo divagando sobre su padre, dijo que era divertido y encantador, que lo había echado mucho de menos, y que su madre parecía siempre aplastada por la carga de tener que llevar la casa y ganar el pan. Al final recordó que había dicho todas esas cosas durante una entrevista anterior con el doctor Cameron.

Velma rogó al doctor Cameron que apagara la grabadora, pero en lugar de hacerle caso, él le puso otra inyección. Cuando hubo hecho su efecto, Velma volvió a ser presa del miedo porque las paredes se habían convertido en una jaula y ella era una ardilla.

A los pocos días, Cameron volvió a interrogarla. ¿Cómo se sintió cuando su padre se marchó de casa? ¿Triste? ¿Culpable? ¿Se sintió más cercana a su madre? ¿Su madre siempre la trató como una niña, incluso cuando era adolescente? ¿Incluso después de casarse con David?

La devolvieron a su habitación, le pusieron otra inyección, y una vez más empezó a alucinar.

Se enteró por fin de cuál era el contenido de la jeringuilla cuando vio su nombre en una tarjeta en el despacho de la enfermera: «Señora Orlikow, dietilamida de ácido lisérgico, 25.» No sabía lo que quería decir y nadie se lo quiso explicar. Telefoneó a David y éste se mostró igualmente desconcertado. En la literatura que le entregaban los agentes de los laboratorios farmacéuticos no aparecía nada sobre el LSD.

Al final, Velma tomó una decisión: dijera lo que dijera el doctor Cameron, se negaría a que le pusieran más inyecciones. Esperó en la cama, con actitud resuelta. Cuando llegó Rubenstein con el magnetófono, le ordenó que se lo llevara. Él la miró sorprendido.

En ese momento apareció el doctor Cameron, y Rubenstein le explicó lo sucedido. Cameron se dirigió a la señora Orlikow: «Muchacha, ¿no desea mejorar?»

Velma oyó una voz lejana repitiendo lo que ella había dicho tantas veces: así como le aterrorizaban las alucinaciones, tampoco soportaba escuchar su voz recordando cosas que creía haber olvidado tiempo atrás.

Cameron le ordenó que se levantara: «Vamos, muchacha, caminemos por el vestíbulo.»

En el corredor le pasó el brazo sobre el hombro y le dijo: «Mire, muchacha. Va a dejar que le pongan la inyección por mí. ¿A que sí?»

Ella lo miró y sintió que su brazo la sujetaba con fuerza. La calidez de su cuerpo era reconfortante. Velma lo miró. ¿Y qué pasaría si no hacía lo que él le pedía? ¿El resto de su vida estaría lleno de ese terrible vacío y

ese dolor que le llenaba el vientre y le hacía fracasar como esposa?

Cameron insistió: «Necesita la inyección, muchacha.» Velma asintió.

El doctor Cameron contó a Buckley que Velma sería la primera paciente que utilizarían en el Proyecto 68.

En la cuadra transformada, Leonard Rubenstein y Jan Zielinski hacían girar las cintas que contenían los secretos más íntimos de Madeleine Lacroix, buscando el fragmento que el doctor Cameron deseaba que convirtieran en un bucle.

Rodeados de grabadoras, máquinas para editar y estantes llenos de auriculares con almohadas y cascos de fútbol, micrófonos, cables y cajas con cintas nuevas, Zielinski tenía la sensación de que más parecía «un estudio de radio que un laboratorio científico». Pero también reconocía que el sueldo era bueno y el trabajo resultaba fascinante; no se le ocurría otro trabajo, excepto el de psiquiatra o tal vez sacerdote, que le permitiera tener un acceso semejante a la intimidad de las debilidades humanas. Con frecuencia pensaba que en ningún otro lugar un inmigrante polaco con escaso dominio del inglés y sin formación médica habría podido terminar de ayudante del psiquiatra más poderoso de Norteamérica, tal vez del mundo occidental.

Mientras vagaba por las habitaciones de los enfermos, con frecuencia miraba a los pacientes e intentaba encajar lo que decían las cintas con su aspecto.

No entendía gran parte de lo que veía. ¿Por qué los mantenían dormidos tanto tiempo? Algunos de los de la «sala de sueño» llevaban allí dos meses. ¿Por qué les asustaba tanto la sala de *electroshocks*? Había visto a hombres y mujeres hechos y derechos luchando desesperadamente con las enfermeras que intentaban sujetarlos a las camillas que los llevaban a la sala. ¿Por qué había tanta tensión entre los médicos? ¿Y por qué tantos dejaban bien claro su rechazo hacia Rubenstein y hacia él? Aquello le dolía. Al fin y al cabo, él sólo intentaba ayudar a los pacientes.

Durante los meses en que trabajó en el instituto, las tensiones entre bastidores aumentaron. Cuando creían que no los oían, los médicos y las enfermeras ridiculizaban la idea de hacer que los pacientes escucharan su propia voz. Rubenstein le había contado que no entendían la riqueza de los importantes datos psicológicos que podían distinguirse con la repetición de las cintas: los cambios en la cadencia, los diminutos bloqueos mentales, los cambios de velocidad y énfasis, las vacilaciones y los silencios. Rubenstein lo denominó «todo un universo de comunicación no verbal mantenido por debajo del nivel de percepción».

Las descripciones de este tipo hacían creer a Zielinski que Rubenstein hablaba en serio cuando decía que Cameron y él se convertirían algún día en las mayores autoridades mundiales sobre la «radiotelemetría continua de la actividad humana». Rubenstein imaginaba que llegaría el momento en que «todos los secretos de la mente podremos investigarlos eléctricamente». Lo único que tenía que hacer Cameron era garantizar un suministro regular de pacientes y el chistoso *cockney* crearía el equipo electrónico que «podría penetrar hasta los más profundos rincones de su mente».

A pesar de sus bromas y juegos, Rubenstein seguía siendo una figura desconcertante para Zielinski. El inglés evitaba que le hicieran preguntas sobre su pasado. Sin embargo, pese a su falta de formación médica, era uno de los pocos miembros del personal que tenía acceso a Cameron en cualquier momento, y el psiquiatra nunca daba con él las muestras de impaciencia que con frecuencia manifestaba con otros. Ambos pasaban largas horas juntos en el despacho del doctor, por lo general, a últimas horas del día. Rubenstein nunca contaba de qué hablaban.

Algunas veces el psiquiatra aparecía en la cuadra y hablaba con Rubenstein de asuntos como el «posible efecto de antigravedad en la postura» y el papel que «la fricción eléctrica» podría tener en el cerebro. La conversación derivaba casi siempre hacia la «impulsión psíquica» y el uso de la repetición continuada. Una de las descripciones de Cameron impresionaron a Zielinski: «Es como mirar por un agujero de la cortina de la mente hacia el mundo de las cosas en que cree el paciente, y ver otro mundo muy distinto, tal como podría ser si el paciente se esforzara en verlo así.»

Aquella tarde de abril, Rubenstein encontró en las cintas de Madeleine las palabras que Cameron quería que convirtiera en un bucle.

«...Volvía tarde para hacerlo enfadar. Me gustaba excitar a mi padre. Ansiaba que me quisiera para poderlo querer como nunca lo había hecho mi madre. Lo deseaba...»

Madeleine sería la segunda cobaya humana para el Proyecto 68.

Al final, Cameron decidió que «no era adecuado» que William Buckley presenciara el inicio del Proyecto.

El agente de la CIA regresó a Langley, aliviado ante la idea de que pronto lo enviarían a Bonn para trabajar como subdirector en la zona. Así podría dejar atrás los extraños tejemanejes del instituto. No se enteró hasta más tarde de que Gottlieb había arreglado aquel traslado: al jefe del MK-ULTRA no le gustaba lo



que contaba el agente tras sus visitas a Montreal.

Aunque Ewen Cameron no había dicho ni una palabra, la hostilidad se palpaba en la atmósfera. Permanecía sentado, con los brazos cruzados, mostrando la blancura de los puños almidonados, los pies cruzados, los calcetines tensados por las ligas, los zapatos atados con idéntico nudo doble. Sus ojos azules estaban clavados en algún punto situado sobre las cabezas del personal del centro. Aquella mañana, Cameron tenía un aspecto adusto, imponente y ominoso.

Peter Roper pensó que Cameron poseía la capacidad de provocar miedo sin decir una palabra. A lo largo de sus treinta y cinco años, el psiquiatra de origen inglés no había encontrado a nadie con una habilidad similar.

Algunos de los jefes médicos se agitaban incómodos en la sala de conferencias donde el doctor Cameron presentaba los casos más infrecuentes o renuentes que se daban en el del instituto, pero en esta ocasión ningún paciente esperaba que describieran sus síntomas y después lo sometieran a un interrogatorio. En lugar de ello, Rubens-tein montaba guardia junto a un magnetófono, por una vez, con rostro solemne.

En la sala, Cameron seguía mirando fijamente un punto invisible situado sobre las cabezas, sin atender al ruido de los pies de los asistentes ni al débil crujido de las sillas. El silencio se iba alargando.

Tras pasar seis meses al servicio de Cameron terminando la especialidad, Roper había sido testigo con frecuencia de aquella mirada y aquel silencio imponentes que solían producirse cuando un paciente le hacía alguna pregunta o un médico tardaba demasiado en contestar. La reacción de Cameron manifestaba su enfado de modo más expresivo que cualquier palabra. A Roper le recordaba a Agnes: ella también sabía manipular las situaciones.

El doctor Roper era consciente de que la causa de sus problemas matrimoniales se encontraba en la religión. Él era católico y Agnes una protestante devota. Mientras vivían en Inglaterra, él había intentado mostrarse comprensivo cuando ella se opuso a que los niños fueran bautizados en el catolicismo o acudieran a una escuela católica. A la espera de que ella abandonara esa actitud, se entregó al trabajo, primero como estudiante de medicina en la antigua universidad del doctor Cameron, la de Glasgow, y después como médico en la RAF, donde trataba a veteranos de la Segunda Guerra Mundial con neurosis de guerra. Allí destacó y lo enviaron para que siguiera formándose a uno de los hospitales psiquiátricos más importantes del mundo, el Maudsley de Londres. En aquel lugar, unos pocos años antes, el doctor Sargant, convertido ya en estrella del firmamento médico, había expuesto las primeras ideas acerca de cómo los rusos lavaban el cerebro de la gente para utilizarla en los juicios espectaculares de la posguerra.

En una visita a Maudsley en busca de individuos brillantes, Roper impresionó tanto a Cameron que éste le ofreció que terminara con él la especialidad y le prometió que más adelante podría desarrollar una buena carrera profesional dentro de la red hospitalaria que él controlaba. La decisión de que Roper y su familia dejaran su país y se marcharan a otro se zanjó en unos pocos minutos. No obstante, desde la llegada a Montreal, las grietas del matrimonio se habían ido ensanchando hasta que su relación con Agnes resultó tan turbulenta como la de muchos de sus pacientes.

El doctor Roper buscó refugio en el trabajo. Pasaba en el instituto más horas que ningún otro médico, con excepción de Cameron, con lo cual tenía cierta idea de los métodos que seguía su superior. Cameron con frecuencia administraba *electroshocks* a última hora de la tarde y después iba de cama por la «sala de sueño», inclinándose sobre los pacientes drogados para escuchar un momento las palabras procedentes del auricular colocado en la almohada o en un casco de fútbol. Siempre decía lo mismo: «Trágate todo. Todo. Es la única manera de mejorar. Quieres mejorar porque yo te lo digo.»

Tras dar algunas órdenes más sobre la medicación a las enfermeras o al médico de guardia, recorría los pasillos con grandes zancadas, muy serio; su inquietante presencia llenaba el instituto. En aquellas ocasiones, Roper se preguntaba cuáles serían las fuerzas compulsivas que consumían a Cameron y que, sin duda, contribuían a crear aquella rabia fría y silenciosa que en aquel momento lo envolvía en la sala de conferencias.

Cameron hizo un gesto con la cabeza a Rubenstein y el técnico puso en marcha el magnetófono. La voz que salió del aparato dijo que lo que iban a oír no sólo era «confidencial», sino que cualquier violación del secreto daría lugar a la interposición de una acción judicial por parte del Gobierno de Estados Unidos. Rubenstein detuvo el magnetófono. Algunos médicos se miraron entre sí, desconcertados. Nadie preguntó por qué iban a escuchar una cinta cuyo contenido era tan confidencial que debía ir acompañado de semejante advertencia.

Una de las primeras cosas que había sorprendido a Roper cuando entró a formar parte del equipo fue que los médicos se quejaban entre sí de Cameron, pero ponían buen cuidado en asegurarse de que no pudiera oírlos. Había oído historias de las «pequeñas venganzas» de Cameron: el rechazo a respaldar una petición de

fondos por parte de un investigador; el traslado de un científico experto a una zona de menor categoría; el destierro de un médico a alguno de los hospitales psiquiátricos que parecían asilos para pobres o a alguna remota población de las praderas por no haber llevado a cabo un tratamiento exactamente como se le había especificado.

Al doctor Roper le habían dicho que la norma fundamental para sobrevivir era defenderse o callar. La primera vez que, tras la ronda diaria de Cameron, oyó murmurar a algunos médicos que «allí Cameron era el único dios», le pareció que exageraban, pero ahora se daba cuenta de que la vida en el instituto era muy similar a la de una orden religiosa cerrada: se daba la misma obediencia y la misma figura autoritaria. El doctor Cameron poseía algo invencible: «Era como si, efectivamente, se considerara igual a Dios. Intimidaba a cualquiera», testificaría Roper más tarde.

«Se presentaba de modo inesperado en una sala de tratamiento, junto a la cama del enfermo o tras un investigador que estuviera trabajando en un laboratorio, y al cabo de un momento daba media vuelta y se marchaba. Parecía estar siempre controlando, asegurándose de que nadie hacía nada que él no supiera. Pero no se daba la situación inversa: nadie sabía lo que pasaba tras las puertas de su despacho.»

Cameron ordenó a Rubenstein que volviera a poner en marcha la cinta.

«En nuestra situación de prisioneros, declaramos lo siguiente: la intervención armada en los asuntos internos de Corea es una bárbara agresión destinada a proteger el beneficio del monopolio capitalista de Estados Unidos. Luchemos por el bien contra el mal y opongámonos a aquellos de nuestros dirigentes que desearían llevarnos a una guerra contra Rusia.»

El doctor Roper advirtió que la voz grabada correspondía a una persona joven, pero no había vivido tiempo suficiente en Canadá para saber si el acento era estadounidense o canadiense. Aquel médico alto y atractivo, antiguo piloto de aviones de combate, uno de los verdaderos héroes de la Batalla de Inglaterra, estaba fascinado por las extraordinarias declaraciones de la cinta.

«... Dachau, Auschwitz, Hiroshima, Nagasaki. Los regímenes capitalistas son capaces de una ferocidad extrema, tal como vimos en la Segunda Guerra Mundial. La humanidad lo gritó al unísono. No debíamos permitir que sucediera de nuevo, pero así ha sido. Los mayores logros tecnológicos de Estados Unidos y todos los recursos de su industria capitalista se han puesto al servicio de un nuevo horror. Nosotros, prisioneros, apelamos a algún organismo internacional para que imponga el respeto a la ley por parte de las fuerzas capitalistas y reaccionarias y que se exprese con claridad la condena moral de tales actos...»

A pesar de todo lo que había experimentado —volando a diario en misiones de combate y después tratando los traumas psicológicos de los demás— Roper nunca había oído nada tan extraño como aquella voz que atacaba relajadamente el modo de vida occidental.

«... reeducación en lugar de castigo: ésa es la diferencia fundamental entre nuestro sistema y el de otros países. Gracias al sistema de reeducación, me ha sido posible integrarme en un nuevo mundo. Y debe tenerse en cuenta que esta reeducación no ha supuesto una detención preventiva, como sucedió con los japoneses en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial...»

Peter Roper advirtió cómo crecía la incomodidad en torno a él. Podía imaginar a sus colegas preguntándose qué tenía que ver con ellos todo aquello, qué relación podía tener aquella voz incorpórea con el tratamiento que recibían sus pacientes. Roper se preguntaba a su vez si su reacción se debía también a que nunca se habían enfrentado a un enemigo y nunca habían tenido que defender con la vida la libertad en que creían.

Por otros motivos, tampoco le resultaba fácil comprender a sus colegas. En una ocasión, un psicoanalista le pidió que atendiera a una paciente que llevaba varios meses de terapia con un sueño recurrente en el que aparecía un pequeño caimán que vomitaba sangre sobre las teclas de un piano. El historial de la paciente explicaba que, hasta los doce años, había tenido un caimán como animal de compañía, al que vestía con ropas de muñeca y paseaba en un cochecito. El psicoanalista sugería que la sangre que el caimán arrojaba estaba asociada con la aparición de la menstruación —«un ejemplo de desplazamiento de un órgano por otro»—. El resto de la historia de la mujer contenía interpretaciones similares. Su madre era concertista de piano y viajaba con frecuencia. El psicoanalista pensaba que el vomitar sangre sobre el teclado era indicio de un profundo resentimiento de la paciente al sentirse abandonada a tan tierna edad. Tales análisis no habían solucionado sus problemas y la paciente estaba cada vez más deprimida. El doctor Roper sugirió una serie de *electroshocks*. Tras una docena de convulsiones, el sueño y la depresión de la mujer habían desaparecido.

Sin embargo, tras los modales dinámicos y exuberantes de Roper se ocultaba un hombre tímido y cultivado que sufría por lo que él denominaba «las adversidades de la vida»; por ello sentía cierto respeto por Cameron, del que sospechaba que también había tenido que capear temporales.

La voz siguió describiendo la vida en un campo de reeducación chino.

«... Tomamos nuestras propias decisiones. Mantenemos reuniones mensuales para debatir cómo nos va y una vez al mes celebramos una reunión más formal en la que decidimos quién obtendrá una distinción, una recompensa y después la liberación. Todos nos esforzamos mucho por desarrollar una conciencia nueva...»

Cameron pidió a Rubenstein que parara la cinta.

Una vez más, se quedó mirando al vacío. Cleghorn carraspeó ruidosamente y algunos de los médicos se agitaron en sus asientos. Roper estaba cada vez más desconcertado. Sin duda, Cameron había traído la cinta de una de las visitas a Washington, pero ¿para qué? Nada de lo que había oído Roper sugería que lo grabado fuera secreto. A lo largo de los años, los periódicos habían publicado confesiones similares de soldados a los que habían lavado el cerebro en Corea.

Cameron empezó a hablar en voz baja; pronunciaba las erres con más acento escocés que nunca, señal que Roper había empezado a distinguir como índice de su rabia. El jefe de psiquiatría empezó a comentar la cinta señalando que lo fundamental era que a aquel estadounidense le habían lavado el cerebro porque los chinos habían conseguido crear en la mente del prisionero «una sensación de participación, el convencimiento de que estaban profundamente interesados en la reforma de su pensamiento».

Roper advirtió que su desconcierto iba en aumento. Cameron siguió exponiendo las teorías del lavado de cerebro. Bruscamente, con una ferocidad que los sorprendió, cambió de tema. Se había enterado de que se había estado chismorreando sobre lo que les sucedía a los pacientes que eran objeto de tratamiento en el sótano. Le había causado gran sorpresa saber que algunos de sus colegas más destacados se encontraban al frente de tales críticas. Se detuvo y los miró a la cara, uno a uno, y después prosiguió con voz más grave y el acento más marcado. Lo que le parecía especialmente lamentable era que ninguno de ellos le había pedido directamente una explicación. Los escrutó de nuevo con una mirada acerada. Nadie abrió la boca.

Cameron ordenó a Rubenstein que rebobinara la cinta. Roper seguía perplejo. Se había hablado mucho sobre el tema, especialmente porque nadie sabía lo que sucedía en el sótano. Las enfermeras sacaban pacientes de la «sala de sueño», todavía muy drogados, y en la puerta del sótano Rubenstein o Cameron se hacían cargo de ellos. Eso había hecho crecer la especulación, inevitablemente, pero Roper seguía sin comprender qué relación había entre lo sucedido a un prisionero en Corea del Norte y el tratamiento que recibían los pacientes del instituto.

Mientras volvían a oír la grabación, de vez en cuando el doctor Cameron iba pidiendo a Rubenstein que se detuviera para destacar hasta qué punto habían conseguido motivar de nuevo la mente del prisionero. «Habían conseguido tender un puente entre la mente y el cuerpo, y estaban llegando a comprender cómo se influían mutuamente. Ya no bastaba con decir que la mente era el resultado del funcionamiento del cerebro, sino que tal vez todo —emoción, volición y percepción— podía reducirse a una actividad muscular y no se podía separar lo psíquico de lo somático.»

La vibración de las erres confería a las palabras un timbre de sierra. Era de esperar que entendieran adonde iba a parar. Hizo una pausa; Peter Roper había observado que se preparaba así cuando avanzaba hacia el punto culminante en sus alocuciones para recaudar fondos. Cameron les recordó que él estaba interesado, sobre todo, en las motivaciones mentales y en descubrir las leyes que las gobernaban. Según se deducía de la grabación, lo mismo sucedía con los chinos. Ellos también habían estudiado la supresión y la represión, la proyección y la sublimación para conseguir la conversión. ¿Se daban cuenta ahora adonde quería ir a parar?

Sin aguardar respuesta, prosiguió. Lo que intentaba conseguir en el sótano era, en esencia, lo mismo que habían hecho los chinos al prisionero de la cinta, con una diferencia significativa: las técnicas de ellos estaban pensadas para hacer daño, y en cambio sus métodos sólo pretendían ser beneficiosos. ¿Lo entendían? ¡Beneficiosos! Por lo tanto quería que «aquí y ahora» se pusiera fin a los rumores. Lo que se estaba llevando a cabo en el sótano era un «tratamiento positivo». Roper nunca olvidaría cómo cayeron sobre ellos aquellas palabras: «Como un latigazo. Zas. Tratamiento positivo. Era mejor que lo entenderíamos.»

Los ojos del doctor Cameron los miraron sin pestañear. Repitió: «Aquí y ahora.»

Se puso en pie y salió de la silenciosa sala.

La decisión de hacerles oír la cinta había nacido de una visita del doctor Gottlieb en la primera semana de 1958. El jefe del MK-ULTRA estaba preocupado y con razón. Los años de siesta de Eisenhower en la Casa Blanca, tal como los denominaban ahora, estaban terminando. Entre bastidores aguardaba un hombre joven y enérgico, John F. Kennedy, veintiséis años más joven que el presidente en ejercicio, que contaba ya setenta años. En los discursos de la campaña, Kennedy se había mostrado como un guerrero de la Guerra Fría, dispuesto a hacer frente al comunismo. Sin embargo, ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar para combatir sus técnicas de lavado de cerebro? Dulles había dicho que nadie lo sabría hasta que Kennedy estuviera en el Despacho Oval.

Gottlieb viajó a Montreal, última parada en el recorrido por todos los centros de investigación que estaba

financiando. Lo que había visto hasta el momento le había convencido de que si Kennedy salía elegido, no tendría motivos para cancelar el MK-ULTRA.

Cameron había guiado a Gottlieb por todo el instituto, incluido el sótano. Gottlieb no había dejado de murmurar lo impresionado que estaba. Nadie le prestó más atención de la necesaria mientras cojeaba por los pasillos, pues diariamente recibían visitas de otros médicos. Cameron presentó a Gottlieb a los jefes médicos como un «colega» del doctor Wolff.

Tras el recorrido, Gottlieb sugirió que para poner fin a la curiosidad que pudiera quedar sobre el propósito de las instalaciones del sótano, sería útil sugerir al personal médico que tan sólo se trataba de una extensión del famoso «lavado de cerebro beneficioso» de Cameron. El ardid de Gottlieb remedaba la máxima de Dulles según la cual la manera más eficaz de disfrazar un secreto era simulando compartirlo.

De regreso a Washington, Gottlieb reflexionó que si bien Cameron todavía no había conseguido avanzar en la búsqueda de un método eficaz para el control psíquico, su último informe era prometedor. Los intentos para «eliminar pautas» de los pacientes habían tenido muy escaso éxito, aunque Cameron indicaba que seguiría explorando con los *electroshocks* múltiples durante un período prolongado. Ahora estaba concentrándose en la «impulsión psíquica». Su informe describía una experiencia con veinte pacientes que habían sido «impulsados» durante un período de dos meses.

«En un intento de explorar las ramificaciones se introdujo una variedad de aplicaciones posibles. Entre las variaciones en las técnicas "impulsoras" exploradas se encuentra el uso de micrófonos de techo y múltiples maneras de presentar la "impulsión", tales como representar el papel de una madre que apoya o el de un compañero, en cuestiones como la entonación o la elección de palabras», había escrito Cameron.

Gottlieb entendía perfectamente el uso de micrófonos ocultos en las instalaciones de la luz del techo. Los rusos lo hacían para condicionar a sus subditos, de modo que la voz incorpórea de un interrogador soviético atronaba de repente de la nada. Sin embargo, le desconcertaba imaginarse a Cameron imitando a la madre o al hermano menor de un paciente. Resultaba de interés más inmediato la noticia de que Cameron había aumentado la duración del tiempo en que el paciente era «impulsado» a veinte horas al día. Con sólo cuatro horas de descanso de las voces que salían de los auriculares de la almohada o de los cascos de fútbol, Cameron se acercaba al nivel óptimo diario. El mismo había dicho que si se mantenía ininterrumpidamente durante las veinticuatro horas del día, podría resultar «dañino».

A continuación, aparecía la historia detallada de una mujer identificada como «M». Padecía lo que Cameron había diagnosticado como «sentimientos notorios de ineptitud y ambivalencia hacia su marido», gran parte de los cuales se derivaban, en su opinión, de una relación previa con su madre.

«Su reacción fue total, como ilustraban la sensibilidad de sus manos y su piel, y la intensidad de los sentimientos provocados por la "impulsión", decía el informe de Cameron.

Describía lo sucedido cuando «M» se había visto obligada a escuchar repetidas veces su propio relato sobre cómo le pegaba su madre, la cual le había contado a «M» que cuando estaba embarazada había intentado abortar. Camero describía sentimientos muy distintos hacia su padre. Al final, la paciente se había hundido y, tal como esperaba Cameron, confesó sus deseos sexuales hacia su padre. «M» era Madeleine Lacroix.

La narración de cómo había conseguido penetrar en su mundo secreto animó mucho a Gottlieb. En aquel momento, la Agencia pasaba por un período de altibajos.

Los vuelos de los U-2 habían supuesto un éxito espectacular. Dulles dio unas chupadas a su pipa, totalmente satisfecho, mientras examinaba fotografías muy nítidas tomadas a casi veinte mil metros del suelo, no sólo de las instalaciones soviéticas sino también de las de China, Manchuria y el Tíbet. El jefe de la CIA en Taiwan, Ray S. Cline, tenía agentes destacados en Pekín y Shangai. Sin embargo, había fracasado un plan preparado cuidadosamente por la Agencia para derrocar al procomunista presidente Sukarno de Indonesia — operación a la que Dulles había destinado diez millones de dólares—, y uno de los pilotos, Alan Pope, que había participado en la primera incursión de bombardeo, había sido derribado.

Gottlieb estaba convencido de que, de un modo u otro, a Pope le habían lavado el cerebro. ¿Cómo explicar de otro modo que el piloto, en un gesto abyecto, reconociera que trabajaba para la CIA? Dulles había convencido a su hermano, John Foster Dulles, para que autorizara el envío a Indonesia de 37.000 toneladas de arroz y de armamento por valor de un millón de dólares como muestra de la amistad de los estadounidenses. Al regalo se adjuntaba una nota cortés del secretario de Estado interesándose por la seguridad de Pope y solicitando su regreso inmediato. Sukarno había aceptado los regalos, pero el piloto se consumía en una cárcel de Yakarta (donde permanecería hasta 1962).

La decisión de la Universidad de Cornell de cortar sus vínculos con la Agencia había supuesto un golpe personal para Gottlieb. Sin embargo, el doctor Harold Wolff seguía estrechamente ligado al MK-ULTRA.

Como presidente de la Society for the Investigation of Human Ecology, también había utilizado sus contactos para poner en la junta directiva a algunos de los hombres más prestigiosos de la medicina estadounidense. Entre ellos se encontraban Cari Rogers, un activo profesor de Psicología y Psiquiatría de la Universidad de Wisconsin; el cortés John Whitehorn, jefe del departamento de Psiquiatría de la Universidad Johns Hopkins; el doctor Joseph Hinsey, presidente del Hospital de Nueva York-Centro Médico Cornell. El doctor Charles Hinkle, que había trabajado en el primer estudio sobre las técnicas de lavado de cerebro, era vicepresidente de la Sociedad. No tardarían en formar también parte de la junta Leonard Carmichael, el director del Smithsonian Institute; George Kelly, profesor de Psiquiatría de la Universidad Estatal de Ohio y el profesor Barnaby Keeny, rector de la Universidad de Brown.

Cameron había seguido viajando regularmente a Washington en calidad de presidente de la American Psychiatric Association. En alguna ocasión, Velma Orlikow había estado en su despacho mientras él organizaba los viajes y le pareció «curioso» que su médico tuviera tantas cosas que hacer en la capital de Estados Unidos. No obstante, aunque le hubiera pasado por la cabeza mencionar el tema, nunca se habría atrevido a hacerlo porque habría dado pie a otro período durante el cual el doctor Cameron habría hecho como si no existiera. En esas ocasiones, al cruzarse en el pasillo pasaba sin mirarla y se negaba a recibirla en su despacho porque ella se había atrevido a poner en duda la necesidad de pasar horas escribiendo sobre sus reacciones ante lo que se oía decir en las "cintas. «Tenía que escribir papeles todas las mañanas, todas las tardes y todas las noches. Una y otra vez. Venga y venga escribir. Al final, sólo quería romperlos», testificaría más tarde.

Algunas veces él no le prestaba atención durante varios días y ella «se sentía destrozada». Pero él hacía caso omiso de sus llorosos ruegos: «Por favor, dígame algo, doctor. Ayúdeme.»

Cuando Cameron decidía volver a verla, siempre empezaba diciendo: «Muchacha, debe hacer exactamente lo que yo le diga.» Ella lo había intentado, sólo Dios sabía lo mucho que se había esforzado. Pero las horas y horas que pasaba escribiendo le angustiaban. Entonces, una vez más, se veía privada de su presencia.

Le costaba hacer frente a todos los recuerdos que él le había traído a la memoria. El quería que aceptara cosas que no podía aceptar: que sentía una atracción sexual por su madre y que tal vez no quería a David. «Tenía la sensación de que deseaba hacerme un lío en la cabeza.»

De repente Cameron decidió que debía dejar de estar ingresada y le ordenó que tomara una habitación en Montreal y se presentara a diario en el hospital. «Cada día tenía que ir a una habitación pequeña, con una cama, una silla con un magnetófono y grabar las cintas. Después me daban pastillas para dormir por la noche y me iba. Si no grababa las cintas, no me daban las pastillas.»

Las respuestas de Velma aparecían en los informes de Cameron a Gottlieb. Los pacientes que se negaban a llevar a cabo las tareas que él les encomendaba no podían salir de la habitación. El enfoque que daba al caso de Velma, partidario de un «condicionamiento operante», implicaba la idea de que podía «motivarla» para que grabara las cintas.

Cameron había comentado este punto de vista con el doctor Sargant. Seguían viéndose en los congresos médicos en los que ambos presentaban sus ponencias y hablaban de lo que Sargant denominaba siempre el «proyecto».

Tras las amenazas y los velados reproches que se hacía a sí misma, el doctor Roper detectaba la profunda desesperanza en que Jeannine Huard estaba sumida. Sin embargo, sabía que nada de lo que él dijera o hiciera la convencería de que compartía con ella aquella sensación de derrota.

—Jeannine, ¿sabe usted dónde está?

Ella sollozó sin lágrimas, con un gemido ahogado. Finalmente, asintió.

— ¿Sabe qué día es hoy?

Tras una pausa, volvió a asentir.

Las preguntas pretendían calibrar la profundidad de su depresión.

— ¿Sabe qué hora es?

Otro asentimiento.

— ¿Por qué no puedo ser fuerte? —preguntó Jeannine entonces.

Él le contestó que lo sería, y que la ayudaría.

Ella trató de decir algo y, aunque movió los labios, de su boca no salió ningún sonido. Jeannine cerró los ojos.

Roper se levantó de la silla que había junto a la cama. Por el momento no podía hacerse nada más. A primera hora de aquella misma mañana —5 de mayo de 1959—, Jeannine se encontraba demasiado enferma para firmar una autorización para que prosiguieran con el tratamiento, de modo que lo hizo su marido en su lugar, igual que en ocasiones anteriores. Como muchos otros pacientes, Jeannine regresaba al instituto una y

otra vez, vencida por las presiones de la vida. Roper se preguntaba si sería una de esas personas destinadas a pasar el resto de su vida en centros psiquiátricos.

Con todo, estaba convencido de que le serían de ayuda otra serie de *electroshocks*. Recibiría dos al día y cada sesión constaría de cinco descargas eléctricas calibradas, administradas al cerebro a través de las sienes, de modo bilateral, o bien delante y detrás de un lado de la cabeza, de modo unilateral. Diez *shocks* al día. Cincuenta por semana. Doscientos al mes. Más tarde, el doctor Roper admitiría que parecía «un número elevado, pero bajo la dirección de Cameron, me había acostumbrado a prescribir esas cantidades».

El desconocimiento de Roper sobre los efectos de los *electroshocks* no había enfriado su entusiasmo por un tratamiento que consideraba «relativamente seguro; posee además la gran ventaja de tratar muy deprisa los episodios de depresión, algunas veces en cuestión de días y, por lo general, en el plazo de un mes. Un centenar de descargas eléctricas es un precio pequeño para librarse de la horrible sensación de que el mundo termina en la noche».

Que el tratamiento exigiera «llenar de electricidad a la paciente» con cierta frecuencia —como en el caso de Jeannine— era «una de las cruces que ésta debía esforzarse en soportar». Otra era la confusión y la amnesia que acompañaban a los *electroshocks*. Roper pensaba que ambas cosas podían incluso ser beneficiosas. «Al fin y al cabo, la idea era eliminar también los recuerdos que le provocaba la depresión.»

Roper estaba convencido de que de nada servía explicar a Jeannine que era un procedimiento relativamente simple, o que el relajante muscular y la anestesia que él insistía en administrar antes del tratamiento eliminaba casi por completo el riesgo de fracturas o heridas derivadas del *electroshock*.

Sabía que los pacientes se asustaban unos a otros contándose que «si no se portaban bien» les administrarían ese tratamiento; que se lo aplicarían sin sedantes o bien los harían aguardar ante la sala de *shocks* para que oyeran los gritos procedentes del interior. Pero no tenía la menor intención de «encabezar un movimiento de protesta contra Cameron. Si lo hacía, me desterrarían a las regiones más alejadas de la red hospitalaria».

Peter Roper también se preguntaba si a su esposa no le vendría bien una tanda de *electroshocks*. Durante el año anterior, su depresión se había hecho más perceptible. No pasaba día sin que afirmara que «la Iglesia estaba intentando lavar el cerebro a nuestros hijos o que los católicos conspiraban contra los protestantes. Decía cosas tan tristes como ésas».

Se daba cuenta de que él no podía ayudarla porque estaba demasiado implicado. Sin embargo, cuando le sugirió que fuera a ver a un psiquiatra, Agnes se negó enfadada y lo acusó de «intentar librarse de ella». No volvió a hablar del tema con ella, pero esperaba poder tratarlo con Cameron. No obstante, nunca se presentaba la oportunidad adecuada. Además, Cameron había dejado claro que, de la misma manera que él mantenía su vida privada al margen del instituto, esperaba que el personal hiciera lo mismo.

Roper contempló un momento a Jeannine acurrucada en la cama. Parecía vulnerable y patética aunque, por lo menos, a diferencia de Agnes, había vuelto a mostrar deseos de mejorar acudiendo al hospital.

La enfermera Mielke pasó de cama en cama por la «sala de sueño» planteando las mismas preguntas que Roper había formulado a Jeannine y escribiendo las respuestas en la historia clínica de cada paciente. Sus observaciones iban de «incapaz de decir cómo se llama», «incapaz de escribir su nombre» y «no sabe qué hora ni qué día es» a «respuesta infantil» y «sólo farfulla». A diario, ella o una de sus enfermeras tomaban nota de esta información destinada a medir hasta qué punto los pacientes habían experimentado una regresión gracias al *electroshock*.

La imagen y los sonidos de aquellos pacientes profundamente drogados parlotando y murmurando habían llegado a convertirse en algo «francamente indigerible» para Mielke. No obstante, aquella misma mañana el doctor Cameron le había dicho en un aparte: «Nena, este tratamiento es una ayuda, no lo olvide. Después de quitar todo lo malo, queda sitio para meter lo bueno.»

Cameron giró sobre los talones y salió de aquella sala oscura, dejando tras de sí una lista con los nombres de quienes debían recibir más *electroshocks*.

Entre ellos estaba Rosemary Bonner, una rubia de veinte años a la que el doctor Cameron acostumbraba a referirse como «la catatónica del final de la hilera». Rosemary era paciente suya desde hacía siete meses. Al principio le habían diagnosticado insomnio y depresión, y le habían administrado insulina y LSD.

Poco a poco Rosemary fue dando muestras de pérdida de contacto con su entorno. Algunas veces pasaba horas de puntillas, mirando por la ventana del dormitorio. Cuando estaba en la cama, permanecía rígida, con los codos pegados al costado, los dedos tiesos y hacia arriba. En otras ocasiones, cuando se despertaba de un sueño inducido por las drogas, encontraba la energía necesaria para superar el estupor químico y utilizaba la cama como aparato de gimnasia para dar volteretas y hacer el pino. Después regresaba bruscamente a la ventana y allí se frotaba el pulgar o se rascaba el costado de la nariz durante horas. Cuando el doctor Cameron

la sorprendió arrancándose el pelo, se inició la terapia electroconvulsiva más intensa que Mielke había visto en su vida.

Durante un período de tres meses, Rosemary recibió ciento noventa y cinco sesiones de cinco *shocks* cada una. En total ascendieron a novecientos setenta y cinco descargas eléctricas.

En las últimas semanas, Rosemary había experimentado una notable regresión. No podía hacer nada por sí misma. Era incontinente, no podía hablar y carecía de cualquier coordinación física o mental. Estaba tan indefensa como un recién nacido y gimoteaba lastimosamente cuando la sacaban de su sueño inducido por las drogas, pero era incapaz de cualquier otra respuesta. Se había convertido «en lo más parecido a un muerto viviente» que Mielke había visto jamás.

Sin embargo, cuando se detenía junto a la cama de Rosemary, el doctor Cameron decía a la enfermera que «un poco más de tratamiento y daremos un gran paso adelante. Pero necesita avanzar en la regresión: es su única esperanza». Mielke deseaba con todas sus fuerzas creer que tenía razón, pero no podía librarse de la sensación de que la situación de Rosemary «planteaba la cuestión de si el fin justificaba los medios».

Pero a pesar de todo tampoco estaba preparada para plantearse otras dudas. Deseaba con todas sus fuerzas creer que en el instituto sucedía «algo fantástico» y que estaba participando en la exploración de nuevos campos. No deseaba mostrarse aprensiva sino entregarse totalmente para llevarlo a cabo. En una ocasión, Cameron le dijo, en una inusual confidencia, que «el paisaje de los viejos tiempos desaparecería para siempre». Se inclinó sobre ella, con más aire de profeta que de médico. «Muchacha, nos encontramos en un momento crucial de la historia. Usted. Yo. Los pacientes. Todos. Avanzamos juntos. No lo olvide.»

Le habría gustado plantearle muchas preguntas. ¿Significaría eso que ya no habría que dar a los pacientes dosis masivas de Thorazine? ¿Desaparecería la oscura «sala de sueño», con sus figuras durmientes, los auriculares en la almohada y los cascos de fútbol? ¿Acabaría con las idas y venidas de Rubenstein y Zielinski a su antojo? Y, sobre todo, ¿implicaría eso que se terminarían los *electroshocks*?

Pero Cameron había dado ya media vuelta y se había marchado. Mientras lo veía alejarse, pensó que si él creía en todo aquello, ella también debería creer. Al fin y al cabo era una enfermera, y el doctor Cameron era el médico más poderoso e imponente con el cual había trabajado. Tenía que saber lo que hacía.

Y sin embargo, allí estaba Rosemary. ¿Podía estar bien eso de aplicarle *electroshocks* hasta perder todos los sentidos? Cuanto más intentaba olvidarla, más persistente era la pregunta.

—Doctor...

Jeannine no pudo proseguir. La palabra quedó en suspenso, como un espectro burlón del mensaje de tranquilidad que tanto deseaba obtener.

—¿De qué tiene miedo, muchacha?

Tras Cameron, Jeannine vio a la enfermera de pie junto al carro con la caja negra. Jeannine lo intentó de nuevo.

—No tengo... miedo. Pero este... tratamiento.

Cameron la miró directamente a los ojos.

—Ya se lo he dicho otras veces, muchacha. No debe tener miedo de nada. Vamos, déme el brazo.

Jeannine lo vio buscar la vena e intentó apartar la vista de la caja con lucecitas amarillas cuyas esferas ya estaban parpadeando.

Cameron tomó una jeringuilla de la bandeja del carro.

—Muchacha, tiene que dejar de ofrecer resistencia de una vez.

Metió la aguja, apretó el émbolo con firmeza y le dijo que contara de diez a cero.

Jeannine había consentido en recibir más *electroshocks* porque no quería terminar como los pacientes de una película de horror que había visto poco antes de regresar al hospital, a los que su médico abandonaba tras encerrarlos en celdas acolchadas. Estaba segura de que el doctor Cameron nunca haría nada semejante con ella. No obstante, también sabía que Cameron no entendía sus temores ni por qué temblaba, y que después del tratamiento se encontraba peor. Sin embargo, a pesar del modo en que le hablaba, creía que el doctor Cameron también quería que se curara, pero no podía entender lo que significaba para ella estar encerrada, drogada y tratada con *electroshocks*.

Sintió que le untaban las sienes con el gel frío y oyó la voz del doctor Cameron a lo lejos, repitiendo la letanía habitual.

—Esto la ayudará, muchacha. No sentirá nada. ¿Está preparada, enfermera? ¿Está puesto el voltaje? ¡Adelante!

En un abrir y cerrar de ojos, también ella se convirtió en lo que Mielke llamaba «un muerto viviente».

Cuando Buckley estuvo en Alemania realizó frecuentes visitas a Berlín, donde la CIA había instalado varios pisos francos en los que trabajaban prostitutas. La tarea de Buckley consistía en analizar los informes

que las busconas proporcionaban sobre sus clientes. La mayor parte de la información obtenida en el «momento del cigarrillo» posterior al sexo era de escaso valor. Buckley recordaba aquella época como «una temporada en la que aprendí sobre conducta sexual mucho más de lo que necesitaba. Con frecuencia me preguntaban desde Langley si alguna de las informaciones podía adaptarse a propósitos operativos. A Gottlieb le parecía que valía la pena seguir con aquello. Decía que los rusos utilizaban el sexo de modo generalizado como arma clandestina, y que por lo tanto teníamos que hacer lo mismo».

Más adelante, Buckley llegó a la conclusión de que lo reclamaron repentinamente en Langley debido a su experiencia en Berlín. Gottlieb le dijo que debía utilizar los conocimientos obtenidos en Berlín para ayudar en una operación destinada a minar el régimen del presidente Ahmed Sukarno en Indonesia.

Sukarno había establecido vínculos estrechos con Moscú; la CIA había descubierto que sus lazos con el comunismo se extendían hasta su dormitorio, y tenía pruebas de que una agente soviética había ejercido influencia —y tal vez incluso chantaje— sobre él.

Gottlieb, que había estudiado un poco las actitudes sexuales en Asia, afirmó que podrían deshancar a Sukarno si demostraban públicamente que se había dejado dominar por una mujer. La sociedad sobre la que gobernaba no le perdonaría que hubiera sido controlado, engañado, atrapado o superado en ningún sentido por una mujer. Debían crear las pruebas que demostraran su flaqueza.

Enviaron a Buckley a Los Angeles para investigar en la industria de las películas eróticas. Al cabo de varias semanas consiguió una película en blanco y negro, con mucho grano, en la que aparecía un hombre de tez oscura y una mujer blanca en una serie de actividades sexuales. Tras ver la película, Gottlieb decidió que aquella filmación no servía porque el hombre no se parecía en nada a Sukarno. Buckley recibió el encargo de encontrar un individuo parecido al presidente indonesio. Pasó otras semanas recorriendo «todos los restaurantes indonesios entre Washington y Nueva York. Nadie encajaba en el papel». Llamó a agentes de *casting*, pero en sus ficheros no aparecía nadie adecuado.

Finalmente abandonaron el plan y asignaron a Buckley un trabajo de despacho en Langley para analizar la literatura comunista. No tardó en tener más trabajo del que deseaba formando a una variopinta fuerza cubana que debía arrebatar el control de su país a Fidel Castro. La operación se conocería con el nombre del fracaso de bahía de Cochinos.

Desde el mismo día en que llegó para ayudar a formar La Brigada, la fuerza de 1.500 cubanos que actuaría como punta de lanza para la invasión de Cuba, Buckley tuvo la sensación de que la operación estaba condenada al fracaso.

Había asistido a varias reuniones convocadas por Alien Dulles para informarles y tenía claro que el director «no sentía gran simpatía por la operación. Como mucho, estaba convencido a medias, pero tuvo que seguir adelante debido a las presiones del Gobierno de Kennedy», recordaría Buckley más tarde.

Buckley se encontró con que uno de los problemas principales era la falta de seguridad. «Los cubanos regresaban cada noche a la ciudad y contaban a sus amigos lo que estaba pasando. Sabíamos que Castro tenía espías por toda la zona que le transmitían el menor detalle a la Habana.»

Las cosas no mejoraron cuando un mensajero de Langley perdió un maletín con documentos de la CIA donde aparecían los nombres de todos los agentes y contactos en Cuba.

«En aquel momento tendríamos que haber parado la operación, pero había presiones para que siguiera. A pesar de todo, el plan podría haber triunfado. La clave del éxito de la operación residía en que La Brigada consiguiera establecer una cabeza de puente en Cuba, lo que desencadenaría un levantamiento contra Castro. Pero para conseguirlo, era necesario contar con una cobertura aérea adecuada. La CIA debía encargarse de facilitarla, pero Kennedy dijo que era demasiado arriesgado, porque todo aquello podría tener repercusiones políticas negativas para él. Se nos dijo que lo hiciéramos todo del modo más discreto posible. Reduciéndolo todo al mínimo. Desde ese mismo momento supe que iba a ser un desastre.»

Buckley había advertido a los cubanos, entre otras cosas, que si los capturaban, probablemente serían interrogados con gran dureza por los agentes del KGB soviético que se encontraban en la isla. «Les conté algunas de las cosas del programa MK-ULTRA. Se quedaron muy impresionados, pero debo decir en su honor que ninguno quiso abandonar. Estaban atiborrados de las burradas belicosas que les contaban los otros tíos de la CIA.»

Buckley recordaba que contempló la partida de La Brigada desde la supuesta base secreta en Guatemala, a la que habían sido trasladados para mayor seguridad, y se sintió enfermo «al pensar que todo aquello había sido una pérdida de tiempo».

Así fue. «Yo estaba demasiado lejos de la cúspide de la pirámide para que rodara mi cabeza, pero aquello fue el fin de la carrera de Dulles. Kennedy lo mandó llamar y le dijo que se fuera. Le darían unos pocos meses de gracia, pero debía marcharse. Para quienes habíamos trabajado para él, fue un duro golpe. En muchos



sentidos, Dulles era para nosotros la Agencia.»

No obstante, la partida de Dulles no sirvió para detener el MK-ULTRA.

Ewen Cameron abrió la pesada puerta de la «cámara aislante» y le llegó el intenso olor de Madeleine. Estaba acurrucada en una esquina de la sala insonorizada, vestida con un camisón del hospital y unas bragas. Llevaba en la cabeza un casco de fútbol atado con unas cintas bajo la barbilla de modo tal que no podría quitárselo aunque tuviera fuerzas para intentarlo. El casco era del mismo negro apagado que el resto de la sala. Cuando se cerraba la puerta, Madeleine no podía distinguir entre el suelo negro forrado de caucho, las paredes y el techo.

Fuera de allí, en aquella mañana de 1961, el astronauta estadounidense Alan Shepherd había pasado ya quince minutos en el espacio, los defensores de los derechos de los negros habían recorrido los estados del Sur, el presidente Kennedy se había enfrentado a Jruschov en Viena y la operación de la bahía de Cochinos había terminado con una humillación para William Buckley, la CIA y Estados Unidos. En Washington, el Presidente decía que la Agencia causaba problemas al Gobierno.

Nada de todo eso había penetrado en el aislado mundo de Madeleine, en el que no existía noción del tiempo, ni idea de en qué momento del día o de la noche se encontraba, en el que no había más que una envolvente oscuridad estigia. Su único momento de liberación tenía lugar dos veces al día, cuando la llevaban al cuarto de baño.

Aquéel era su trigésimo día en la «cámara aislante». A excepción de breves períodos, permanecía totalmente separada del mundo. Al principio, a pesar de que se encontraba drogada, luchó para que la soltaran y golpeó con la cabeza, cubierta por el casco, contra la puerta. El doctor Cameron aumentó la dosis de Amytal sódico y se calmó. Al cabo de dos semanas, empezó a reducir la dosis para que pudiera ser más consciente de su entorno y se diera cuenta de que no podía recibir ningún estímulo del exterior que no fuera la cinta que repetían una y otra vez los auriculares del casco. Era la voz de Cameron repitiendo un mensaje nuevo que Rubenstein había ensamblado a partir de los comentarios que el psiquiatra había hecho durante anteriores entrevistas con Madeleine.

«Su padre ha muerto. No quiere destruir su recuerdo con pensamientos sexuales. Eddie se ha ido. Ya no forma parte de su vida. Pero no debe sentirse fracasada, acepte que se ha divorciado de usted. Usted no se siente sola porque es fuerte. Tiene que decirse que hoy es el principio de una nueva vida. Tiene que decirlo y creerlo.»

Una de las enfermeras que trabajaba en el sótano llevaba a Madeleine desde la cámara hasta el cuarto de baño y allí supervisaba su aseo personal, como si fuera una niña incapaz de hacerlo sola.

Antes de que la metieran en la «cámara aislante», Madeleine había recibido casi mil *electroshocks* a lo largo de todo un año. Había soportado también un centenar de horas de «impulsión psíquica» escuchando las cintas que Rubenstein había preparado con su voz.

Una vez lavada y con camisón y bragas limpias, fue conducida a la «sala de análisis de voz». Zielinski se encargaba de aquella cabina pequeña e insonorizada, ocupada casi por entero por un analizador de espectro destinado a valorar uno de los rasgos más característicos de la esquizofrenia: las anomalías en el habla que con frecuencia acompañan a la enfermedad.

Zielinski había aprendido a distinguir entre el lenguaje eufórico del paciente maníaco, la lentitud del melancólico, los balbuceos y vacilaciones del catatónico, el titubeante sonsonete del epiléptico. Ahora podía distinguirlos ya de la «ensalada de palabras» del esquizofrénico.

La tarea de Zielinski consistía en manejar el analizador mientras Cameron formulaba una serie de preguntas a Madeleine tres veces al día. Las cambiaba de orden, de modo que algunas veces le preguntaba «¿Cómo se llama?» al principio del interrogatorio, al final o entre una y otra cuestión. Le preguntaba dónde había nacido, cómo se llamaban sus padres, a qué colegio había ido, la fecha de su matrimonio, dónde se había celebrado, el nombre del testigo de Eddie, el de sus damas de honor, la fecha de la muerte de su padre, el nombre del cementerio donde estaba enterrado, el nombre de la última emisora de radio para la que había trabajado, los nombres de las tiendas donde compraba comida, ropa y su ubicación. Al final las preguntas se concentraban en su entorno inmediato. ¿Sabía dónde estaba? ¿Sabía qué año, qué mes, qué día, qué hora era?

Muchas de las respuestas eran poco más que gruñidos. Tras cada una de ellas, Cameron hacía una pausa, de modo que quedaba un hueco en la cinta. Más tarde, Zielinski insertaba en cada espacio la hora y la fecha, cortaba la cinta en fragmentos y los unía a cintas previas, formando bucles que contenían todas las respuestas de Madeleine, desde que la habían metido en la «cámara aislante», a cada una de las preguntas por separado.

Metían entonces los bucles en el analizador y comparaban las respuestas. Por ejemplo, el doctor Cameron descubrió que si por la mañana le preguntaba la fecha de la muerte de su padre, Madeleine acostumbraba a dudar. En cambio por la tarde, cuando volvían a sacarla de la «cámara aislante», las respuestas, según

aparecía en la historia clínica, acostumbraban a ser «más positivas». Cameron todavía no sabía si esto estaba relacionado con el reloj biológico de Madeleine, que en cierto modo le permitía distinguir su mejor momento del día. Al objeto de quebrar esta resistencia —cosa que consideraba esencial para implantarle nuevas ideas en la mente—, Cameron había decidido establecer su autoridad en la sesión de mediodía y reservaba ese momento para mezclar más las preguntas y formularlas del modo más clínico.

Como de costumbre, había encontrado el modo científico para describir lo que se estaba haciendo con Madeleine: «Evaluación del estrés psicológico», EEP [en inglés, PSE]. No era una técnica nueva ni infrecuente, por lo menos en círculos policiales y de espionaje, en los que era algo habitual el uso de un detector de mentiras o un analizador de voz para establecer el grado de tensión en la voz de un sospechoso. Cameron utilizaba el analizador para intentar detectar en qué momentos Madeleine le decía la verdad.

Durante el año anterior, un centenar de pacientes había contestado a preguntas similares. Zielinski había observado que Cameron prefería a los pacientes dóciles y manejables. Mostraba menos simpatía por las personas cuyas voces, a pesar de las drogas, indicaban qué seguían sin ser sensibles al tratamiento, que se negaban a contestar o decían cosas como «dígamelo usted», o «ya se lo he dicho», o «no pienso contestar a más preguntas».

Algunas veces, estos pacientes no regresaban a la «sala de análisis de voz», y Zielinski los veía más tarde en una de las camas de la «sala de sueño» escuchando cintas que incluían órdenes de Cameron del tipo: «Escuche todo lo que le voy a decir» y «va a cooperar».

La última sesión de Madeleine en la «sala de análisis de voz», una vez más, había estado envuelta en babas y ahogos. El doctor Cameron anotó en su historial que había experimentado una regresión «grande en comparación con el día anterior».

Se llevó a Madeleine a la «sala cuadrículada», donde Rubenstein le adhirió un potenciómetro a la parte superior del muslo y a la inferior del tronco. A continuación, el técnico le ató al brazo un transmisor más pequeño que un paquete de cigarrillos. En los últimos tiempos había perfeccionado la unidad para poder prescindir de los cables que llevaban al «transductor de movimiento corporal». El transmisor recogía señales del potenciómetro y las enviaba al transductor.

La información de la «sala cuadrículada» se reducía a una serie de puntos en una gráfica. Las complejidades de la personalidad del paciente y de su enfermedad —el modo en que se movía, se sentaba, inclinaba la cabeza, entrelazaba las manos, mascullaba y farfullaba, babeaba o miraba al vacío— se transformaban cuidadosamente en puntos y líneas.

Cameron recordó a Madeleine que podía moverse como quisiera delante de las líneas de la pared. El psiquiatra y el técnico salieron de la habitación, y Rubenstein empezó a filmar los movimientos de Madeleine mientras el micrófono oculto en el techo grababa sus gemidos, que recordaban a los de un animal.

Cameron observó lo que, una vez más, identificó como las «típicas actividades ondulatorias» de los movimientos de Madeleine. De vez en cuando le daba órdenes a través del altavoz para que se levantara, se moviera en una dirección y luego en otra, y realizara movimientos simples como sujetarse las manos y levantar primero un brazo, luego el otro.

Las notas de su historial indicaban que, al principio, a Madeleine pareció desconcertarle la procedencia de la voz, pero pronto dejó de mostrar interés. La regresión era demasiado intensa para que le importaran estas cuestiones.

Al contemplar el gráfico que salía del transductor, lleno de ángulos agudos, Cameron dictó a la grabadora:

«Repita el mismo recorrido. Movimientos lentos y desorganizados. Se sienta y se levanta. El cambio general respecto a los valores de referencia indica que el cuerpo da un centro de gravedad más bajo. Toda la acción se ralentiza.»

Gottlieb estudiaba con gran interés todo lo que hacían a Madeleine y a otros pacientes. Tras la marcha de Alien Welsh Dulles, el 27 de septiembre de 1961, el presidente John F. Kennedy nombró a un nuevo director, John Alex McCone. Gottlieb se sintió aliviado cuando McCone le comunicó que el MK-ULTRA no se interrumpiría.

De inmediato, Gottlieb ordenó que se enviaran nuevos y sustanciosos pagos a Cameron y otros investigadores a través de la Society for the Investigation of Human Ecology. El dinero se gastaría en diversas líneas de investigación tales como la hipnosis, el análisis de la percepción extrasensorial de los brujos africanos y el estudio del vudú como posible método de lavado de cerebro. Se trataba de un enfoque disperso y desmesurado en el que los investigadores se veían totalmente libres de las habituales restricciones académicas y burocráticas.

El doctor Donald Hebb, jefe del servicio de psicología de McGill, había recibido treinta mil dólares de esta sociedad para proseguir un trabajo pionero sobre la privación extrasensorial. Disfrutaba ya de varias

becas de la fundación Rockefeller y del Departamento de Defensa canadiense. Había utilizado el dinero para transformar un cuarto de su laboratorio en una «cabinas de aislamiento» en la que sólo entraban voluntarios, a los que se les informaba detalladamente sobre la experiencia. Se recubrían con trajes para volar a gran altitud y llevaban gafas y orejeras para protegerse. El aire de la cabina se filtraba para eliminar olores y, de vez en cuando, sometían a los voluntarios a un pitido constante.

Se informó a cada voluntario que lo dejarían salir en cuanto pulsara un botón de alarma. No se permitía que nadie, lo deseara o no, permaneciera en la cabina durante más de seis días. Gottlieb, a través de la sociedad, había intentado convencer a Hebb para que mantuviera aislados a los voluntarios durante períodos más largos y les administrara drogas. Hebb se negó de plano a considerar siquiera semejantes propuestas; más tarde se quedó «horrorizado» al descubrir que la CIA era una de sus fuentes de financiación y abandonó la investigación.

No obstante, Morse Alien, uno de los investigadores que formaba parte del equipo de la Agencia, no sentía tales escrúpulos. Había convencido al doctor Maitland Baldwin del National Institute of Health para que llevara a cabo experimentos «terminales». El doctor Baldwin había llamado la atención de Alien tras mantener a un voluntario del ejército aislado durante cuarenta horas. Según la descripción de Baldwin, el soldado salió «y se echó a llorar y gemir de modo desgarrador».

Baldwin accedió a cooperar con la Agencia con algunas condiciones, entre ellas que la CIA facilitaría los individuos «prescindibles». Se daría por hecho y se aceptaría que, tras una semana de aislamiento, los daños cerebrales serían casi irreparables. Gottlieb presidió una serie de reuniones para ver cuál era el mejor medio para financiar al doctor Baldwin. Se decidió que la Society for Human Ecology no era un conducto adecuado debido al posible carácter «terminal» de la investigación. Un «prescindible» muerto en territorio estadounidense podía plantear problemas y dejar a la vista la función de tapadera de la sociedad. Sin embargo, antes de que se encontrara un modo de financiación satisfactorio, McCone ordenó que se abandonara el proyecto por ser «demasiado arriesgado para llevarlo a cabo dentro de las fronteras de Estados Unidos». Una vez más, la atención de Gottlieb se concentró en Cameron.

Sus informes habían sido una confirmación de lo que Gottlieb siempre había sostenido: que la mente humana era mucho más resistente de lo que la gente pensaba, y eso hacía aún más desconcertantes los éxitos del «enemigo» —Gottlieb agrupaba bajo este término a rusos y chinos—. Tenía que haber un punto en el que se quebrara la más fuerte de las voluntades. Se trataba sin duda de saber hasta dónde llevar al individuo. Si el enemigo había descubierto el secreto, ¿por qué no iba a descubrirlo Cameron?

Una vez más, encomendaron a Buckley la tarea de encontrar la solución. En aquella época, se había trasladado ya a su nueva oficina de Langley. Cada mañana conducía desde Washington y tomaba la salida de la avenida George Washington, donde aparecía indicado su destino con un cartel que sólo ponía «CIA». Cuando lo vio por primera vez, le pareció «un tanto raro» que una agencia secreta se anunciara en la carretera. Aparcaba el coche en la zona reservada al Directorate of Operations —el lado clandestino de la agencia— y caminaba por un sendero que conducía hacia el edificio principal. El aspecto del vestíbulo principal recordaba vagamente el de un banco: los atentos guardias de uniforme, el vivo ir y venir. Pero ningún banco tendría en el suelo un águila tallada en el mármol. Con su blanca cabeza de perfil, el ave era el símbolo de la CIA, junto con la estrella de dieciséis puntas que aparecía en el escudo que sostenía el águila, y todo ello aparecía inscrito en un círculo, en cuyo contorno se encontraban grabadas las palabras: «Central Intelligence Agency, United States of America.» Tallado en una placa colocada sobre la pared figuraba un versículo del Evangelio de san Juan: «La verdad os hará libres.» La primera vez que lo vio, Buckley sonrió con ironía.

Tras mostrar su tarjeta de identificación, entró en uno de los cinco ascensores: el sexto estaba reservado para el director. El ascensor de Buckley pasaba como una exhalación por el primer piso, donde se encontraba la biblioteca, el servicio médico, la secretaría encargada de los telegramas y las cafeterías.

Su despacho estaba situado en el tercer piso, donde las puertas se identificaban por una serie de números y letras. Se llegaba hasta él por un pasillo blanco de paredes desnudas. El despacho era pequeño, alfombrado con la misma moqueta que las otras oficinas. A las doce y media en punto, salió del despacho, cerró la puerta con llave y se sumó a los que se dirigían a la cafetería del primer piso para comer.

El primer día que pasó en Langley le advirtieron que, como agente de operaciones, debía sentarse en la zona asignada, lejos de los ojos curiosos de otros miembros del personal o de cualquier visita que pudiera pasar por ahí. El director y los jefes comían en el séptimo piso, junto a sus despachos. A Buckley le habían asegurado que comían lo mismo que los demás. «Según un viejo chiste, era para reducir la posibilidad de que alguien envenenara a los jefes», recordaría Buckley.

Cuando regresó de Montreal al aeropuerto nacional de Washington, se enteró de que los pilotos utilizaban el edificio de la CIA como punto de referencia. Y casi todos los fines de semana, los agentes del KGB de la

embajada rusa de la ciudad pasaban ante Langley para echar un vistazo al cuartel general, un bloque que a Buckley le recordaba algunos de los edificios vistos en el Berlín posbélico.

Sin embargo, tenía poco tiempo para estas meditaciones. Buckley recordaba que estaban «tremendamente presionados para garantizar que Cameron daba con la solución. Y a toda velocidad».

De regreso a lo que él denominaba «la senda de Montreal», Buckley se encontró con que el instituto se había convertido en «una olla a presión en la que Cameron controlaba la válvula».

Descubrió que ahora Cameron llevaba las visitas preliminares con sus pacientes de tal modo que éstos debían repasar el menor detalle de su vida pasada. Cameron había explicado a Buckley que buscaba en concreto «el punto doloroso, algo que "estuviera vivo y palpitante" en la cabeza del paciente. Como resultado, con frecuencia éste iba poniéndose cada vez más nervioso y confuso, y de modo inevitable la memoria acababa fragmentándose».

Llegado ese momento, Cameron acostumbraba a pedir al paciente que escribiera todo lo que recordaba. Cuando las respuestas no encajaban con lo que había dicho antes, Cameron se concentraba en las divergencias. Eso llevaba a que el paciente se sintiera agotado y confuso, de modo que la memoria le fallaba cada vez más. Cameron había explicado a Buckley que «este método conduce a una desorganización controlada de la mente del paciente. El paciente se vuelve así vulnerable a la sugestión y resulta más fácil de manejar».

Buckley, consciente de las ideas de Gottlieb, se limitó a dar parte sin comentarios.

La doctora Morrow deseaba creer en la promesa de Cameron de que, cuando se encontrara bien, examinaría la posibilidad de incluirla de nuevo en su equipo para que pudiera terminar su formación en psiquiatría. Pero él insistía en que, en primer lugar, se pusiera en tratamiento.

La doctora Morrow había intentado alejar de su mente la primera impresión que le había causado Cameron de hombre frío, sin sentido del humor e indiferente. Se había convencido a sí misma de que la trataría con sensibilidad, tal era su deseo de creer en la capacidad médica de Cameron. Seguro que poseía mayor criterio e intuición que ella y sabría qué era lo que la asustaba y desesperaba tanto. Tenía que confiar en él. Una y otra vez se decía que era la única manera de volver a ser como antes, la única manera de salir adelante.

Le habría gustado hablar de todo eso con él, pero cuando la visitaba parecía muy distante. Le habría gustado hablar con Cameron de sus síntomas, como colegas unidos por la causa común de conseguir su curación. Lo único que quería de él era la seguridad de que regresaría a la medicina para ayudar a los demás en cuanto se recuperara. Pero en lugar de hablar de ello se quedó sentada, a la defensiva, incapaz de compartir sus pensamientos. El doctor Cameron no hizo más intento por ayudarla que decirle que era médico y podía contárselo todo sin miedo, que no la juzgaría ni condenaría. La primera tarde, él dijo al término de la visita: «Quiero ayudarla.» Ella contempló cómo se pasaba la lengua por los labios después de hablar, antes de añadir la palabra «doctora». «Al menos —pensó—, no me ha llamado "muchacha".»

Mary Morrow se había repetido innumerables veces que el único problema era dar con el tratamiento adecuado, tal vez su caso se resolvería con una combinación adecuada de medicamentos. Ella era médica y sabía lo que le pasaba. Tenía una depresión reactiva o exógena complicada con una psicosis anfetamínica.

Cuando lo decía así, no le parecía tan vergonzoso ni terrible. Antes de que la hospitalizaran, su vida se había convertido en un círculo

interminable en el que caía dormida, agotada, y se despertaba lentamente para empezar otro día gris en el que sufría dolores atroces; lloraba, pero las lágrimas no aliviaban la tortura ni la oscuridad encerrada en su interior.

Al mirar hacia atrás, pensaba que debería haber reconocido los síntomas. Al fin y al cabo, se le daba bien advertir los síntomas que sus pacientes no mencionaban. Debería haber tomado en serio la primera agitación nerviosa en el estómago, la primera comida que se saltó, la primera Dexedrina que tomó para aguantar un poco más, la primera pastilla de Fenobarbital para poder dormir un poco, el primer estallido de llanto, el lento avance del agotamiento. Los síntomas se alimentaron mutuamente, creando la crisis que terminó por adueñarse de su vida.

Se hizo ingresar en el Royal Victoria de Montreal, uno de los hospitales de la red que controlaba el doctor Cameron, el cual no tardó en aparecer. La halagaba que se presentara regularmente en su habitación, se sentara en el sillón de la esquina y permaneciera allí, como una figura alta e inmóvil vestida con un traje clásico, una camisa blanca y una corbata anodina. Algunas veces el sol de la tarde daba en el rostro de Cameron, haciendo más difícil todavía ver sus ojos. De un modo u otro evitaba que sus miradas se cruzaran, siempre parecía tranquilo, dueño de la situación, mientras ella permanecía sentada en la cama, con las manos jugueteando sobre el regazo, sin saber qué decir.

Al cabo de un rato, él se ponía en pie con un movimiento elegante y bajaba la vista hacia ella. En más de una ocasión se había preguntado si debía sonreírle y decir algo así como que, al fin y al cabo, no se encontraba tan mal, pero su actitud no daba pie a las muestras de ligereza. En cuanto se iba, Mary Morrow se esforzaba por controlar sus veloces pensamientos y los latidos acelerados de su corazón. Se acostaba e intentaba repasar una vez más el año anterior, poner cierto orden para explicar al doctor Cameron, cuando volviera a verla, cómo había empezado todo.

Cuando Mary Morrow dejó el servicio del doctor Cleghorn para entrar en otro hospital se puso a trabajar intensamente, aunque el trabajo le dejaba poco tiempo para preparar los exámenes de la especialidad en neurología. Unas semanas antes de los exámenes finales tuvo una pansinusitis e ingresó en el Royal Victoria para operarse. En cuanto le dieron el alta, volvió a lanzarse al trabajo. Le sobrevino una otitis media muy dolorosa. Pese a ello, decidida a obtener el ansiado título del Royal College, estudió con ahínco y pasó el examen escrito. En el examen oral pusieron ante ella a un paciente aquejado de un soplo, dolencia que acostumbra a ser difícil de diagnosticar. Como a consecuencia de la otitis no oía bien, no reconoció los síntomas a través del estetoscopio y la suspendieron. Las primeras lágrimas de impotencia brotaron de sus ojos.

Al no conseguir el título, todos los planes para su carrera profesional cambiaron bruscamente. El salario que percibía en una clínica dedicada a la epilepsia pasó a otro colega. Empezó a sentirse como una intrusa. Tomaba cada vez más anfetaminas durante el día y somníferos por la noche, para intentar seguir adelante. Un día rompió a llorar durante la ronda por las salas, a pesar de su vergüenza. Sabía que la culpa era de la Dexedrina, como también sabía que sólo podía «mantener la cabeza alta» si seguía tomando anfetaminas.

Los colegas se mostraron comprensivos, pero ninguno le ofreció ayuda. Persistieron los ataques de llanto incontrolable, al igual que su necesidad de estimulantes farmacológicos que apenas le permitían ir tirando. Desde su abatimiento y aislamiento, se daba cuenta de que estaba cada vez más enferma. Seguía adelante con gran esfuerzo, se saltaba comidas, tomaba pastillas y se daba cuenta de que sus colegas cruzaban miradas a su espalda, con lo que «deseaba desaparecer para siempre en una nube de humo».

Estaba desesperada. Empezó a preguntarse por qué seguía adelante simulando que tenía un futuro que merecía la pena. ¿Por qué seguir? Cada vez se sentía más incapaz de hacer frente al dolor que sentía dentro de sí. Le agitaba el cuerpo, le golpeaba los oídos y le llenaba el pensamiento de una furiosa oscuridad. En algunas ocasiones parecía envolver todo su entorno. Tomaba pastillas día y noche; odiaba aquel ritual degradante, pero era la única manera de seguir. No tenía a nadie con quien hablar, a quien explicar las tensiones y angustias que la atenazaban, a quien contar la soledad del adicto y la sensación de que su cerebro se estaba atrofiando. No tenía ni un motivo para seguir viviendo.

En cuanto arraigó ese pensamiento, empezó a cultivarlo. La muerte sería muchísimo mejor que la existencia. Tenía pastillas, ¿por qué no tomarlas todas a la vez? La pregunta le rondaba por la cabeza. ¿Por qué no? Sólo tenía que tomarlas. Una parte de ella, que ella reconocía como la vocecita de la razón, insistía en que se aferrara a la vida, que el dolor y la sensación de derrota no podían durar para siempre.

No encontraba respuesta a la pregunta: ¿por qué no? Si bien nunca había sido capaz de imaginar la muerte, sabía que no podía ser mucho peor que cómo se sentía. Finalmente escogió un día para que fuera el último que viviera en esta tierra. Transcurrió envuelto en una neblina: visitó pacientes y los animó a creer en un futuro cuya existencia ella negaba. Iba a suicidarse. Aquella noche volvió a su piso y se tragó las pastillas para dormir —no se tomó la molestia de contarlas, se limitó a tragar las que pensó que serían suficientes— y se tendió en la cama. Ya estaba hecho. No habría más estallidos de llanto, no habría más angustia ni vergüenza cuando pensara en el futuro. Pronto no habría nada. Se quedó dormida. Al día siguiente abrió los ojos.

Al principio no se lo podía creer. Los oídos le zumbaban de modo atronador y tenía la visión borrosa. La primera reacción consciente fue decir en voz alta «estoy viva». Pero las palabras no salieron de sus labios secos. Más tarde no recordaría cuánto rato pasó allí ni qué más pensó, si es que pensó. Pero la cabeza se le fue despejando lentamente y empezó a concentrarse. Estaba viva. No cabía duda. Igual que en tantas otras cosas, había fracasado en el intento de suicidarse. Ni siquiera había sido capaz de matarse. Entonces, a través del dolor del cabeza y la boca reseca, se dijo que aquello sólo había sido un «suicidio temporal».

Al margen de cuál hubiera sido su propósito, seguía sin solución para el tormento que regresó en cuanto pudo pensar con claridad. Los días se arrastraban hacia noches insomnes.

Hacía lo mínimo posible para conservarse con vida; apenas sentía nada más que un entumecimiento creciente en el cuerpo, apenas era consciente de la tormenta que descargaba en algún sitio, bajo la superficie de su mente. De vez en cuando admitía que estaba «enferma», como si esa palabra convirtiera en respetable el sentimiento horroroso, ajeno, que seguía gobernando su vida, haciéndole tragar estimulantes y sedantes.

Los últimos lazos formales con el ejercicio de la medicina se cortaron cuando le pidieron que abandonara

el Neurological Institute. Tras varias semanas rozando la miseria, encontró un puesto de enfermera en una residencia de convalecientes en el otro extremo de la ciudad. Aceptó el trabajo aunque suponía dos horas de desplazamiento diario en autobús. Con el sueldo de doscientos dólares al mes le llegaba para el alquiler, pero apenas le quedaba para comer. Siguió comiendo insuficientemente y tomando Dexedrina. La combinación de esta droga con la falta de sueño y comida siguió causando estragos.

Su vida parecía atada en ambos extremos por el viaje en un autobús atestado y sucio, en el que todos olían a sudor y a ajo. A veces se sentía como una sonámbula a la que llevaban y traían del trabajo.

Finalmente empezó a preguntarse qué estaba haciendo, a decirse que aquella existencia no era vida sino una pesadilla. Sin embargo, en esta ocasión no pensó en suicidarse. Aunque la Dexedrina le hacía sentirse excitable y nerviosa, le había devuelto cierta confianza. Pensó que tal vez el fracaso del «suicidio temporal» significaba que, después de todo, debía regresar a la medicina. Se dijo que lo había hecho bien durante los seis meses que había pasado en el instituto y que le seguía gustando la psiquiatría. Cuantos más estimulantes tomaba, más segura estaba.

La única manera de salir de aquella crisis era enfrentándose a ella abiertamente. Fueran cuales fueran las fuerzas misteriosas y potentes que ocupaban su mente, no iban a atarla a una vida de viajes en autobús y poner y quitar cuñas. La vida no se había terminado, lucharía por regresar. El sistema para hacerlo era evidente: el doctor Cameron. Él nunca se había quejado de su trabajo y, aunque a ella no siempre le habían gustado sus métodos, siempre había cumplido con lo que se le pedía. Y volvería a hacerlo de nuevo. Lo único que quería era una oportunidad para volver a ser médico. Haría cualquier cosa legal para volver a practicar la medicina, ayudar a los enfermos y, con ello, curar su propia enfermedad. Finalmente, cuando se acercaba ya la Navidad, telefoneó a la secretaria del doctor Cameron pidiendo hora.

El día anterior a la entrevista le tocó turno de noche. Con el café del desayuno tomó más pastillas y se fue andando al instituto. Llena de esperanza química, llegó pronto y se sentó en la sala de espera de Cameron, intentando controlarse, abriendo y cerrando las manos, frunciendo la boca y tragando saliva para calmar una ansiedad tangible, como una pelota que amenazara con ahogarla.

Cameron la hizo pasar a su despacho, y ella quedó impresionada ante la magnificencia. La alfombra y las cortinas eran marrones, y las paredes estaban pintadas de un tono más claro. A un lado de la sala había un sofá de cuero y, tras él, una mesa con una grabadora. Una de las paredes estaba cubierta por una librería, del suelo al techo; reconoció muchos de los títulos, de su época de estudiante. Al otro lado había varias sillas tapizadas, agrupadas informalmente alrededor de una mesa en la que había otra grabadora. Supuso que se trataría de la

zona de reuniones. Cameron la condujo hasta una silla solitaria situada frente a un sólido escritorio de nogal; era tan grande como la mesa del comedor de la casa de su madre. Le hizo un gesto para que se sentara, y él se situó detrás de la mesa, en el sillón de respaldo alto, tapizado de cuero.

No dijo ni una palabra y se limitó a mirarla fijamente. Ella se sintió pequeña e insignificante. Finalmente, habló con voz suave y segura. ¿Qué había estado haciendo desde la última vez que se vieron? ¿Con quién había trabajado? ¿Cómo le había ido? Las preguntas eran banales: ya se enteraría de lo que había hecho, pero ella intentó contestar. Los silencios entre las respuestas y las preguntas fueron haciéndose más largos.

Se sentía intimidada y se agitaba incómoda en la silla, cruzando y descruzando las piernas, consciente de que él examinaba cada uno de sus movimientos. Cameron señaló que estaba nerviosa.

Ella se inclinó hacia delante, deseosa de tranquilizarlo.

—Está nerviosa, me doy cuenta —insistió él.

Consciente de su irritación, ella parpadeó y se encogió en la butaca.

—¿Por qué está nerviosa, doctora? —insistió, con una voz suave que la paralizaba —. Cuénteme por qué.

—Es que... es un poco difícil... —Guardó silencio y se miró las manos—. Quería... —La frase quedó suspendida en el aire.

Por tercera vez le pidió que le contara por qué estaba nerviosa.

—Está inquieta por algo, cuéntemelo.

Lo intentó de nuevo. Sí, estaba nerviosa, pero sólo se debía a que deseaba convencerlo para que le diera trabajo. Eso era todo lo que quería: un trabajo.

La examinó largamente y, tras alzar un poco la voz, le dijo que antes de pensar siquiera en volver a contratarla, quería que se sometiera a un examen médico. Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

Regresó a casa derrotada. Siguió viajando en autobús para desempeñar su trabajo de enfermera. Veía que su vida seguía desmoronándose a su alrededor. Estaba desamparada, desesperada. No tenía amigos y su vida no tenía sentido. Su única esperanza era ser médico; si no lo conseguía, estaría condenada a un futuro de

trabajo interminable como enfermera, viviendo siempre al borde de la insolvencia económica y la destrucción emocional. Siguió tomando pastillas, diciéndose que en cuanto volviera al ejercicio de la medicina las dejaría y llevaría una vida más sensata.

Llamó dos veces a Cameron pidiéndole trabajo. Él escuchó cortésmente, pero en ambas ocasiones dijo que primero debía pasar un examen médico. Finalmente, Mary Morrow volvió a pedir que la ingresaran en el Royal Victoria.

Durante las cuatro semanas que pasó en el hospital, excepto un examen físico minucioso, apenas recibió otro tratamiento que el reposo en la cama. Cameron la visitó varias veces, y en la última visita le dijo bruscamente que quería que la llevaran al instituto.

Ella quiso explicarle que se sentiría «humillada e incómoda» al convertirse en paciente en un lugar donde había trabajado. ¿Qué dirían sus antiguos colegas y qué pensarían al verla en la cama? ¿Y cómo podría volver a trabajar en un hospital del que había sido paciente? ¿Lo permitirían siquiera? ¿Y qué le iban a hacer? Ansiaba plantearle muchas preguntas, pero no fue capaz de formularle ninguna.

Cameron, sentado ante ella, repitió mientras la miraba impasible: «Quiero ayudarla.» Demasiado deprimida para hablar, asintió con la cabeza. Cameron salió de la habitación sin añadir palabra.

A los pocos días ingresó como paciente en el instituto.

Asignaron a William Buckley otra misión estrambótica. Gottlieb lo envió a Nueva York para que un hipnotizador recientemente contratado por la CIA le enseñara la técnica del hipnotismo. Durante una semana entera, Buckley demostró ser un alumno aplicado. Hacia finales de la visita, había hipnotizado a la esposa del hipnotizador hasta convencerla de que quería tener, relaciones sexuales. Buckley la sacó del trance hipnótico cuando la mujer empezaba a desvestirse.

De regreso en Langley, Gottlieb decidió que se hiciera una prueba. Dijo a Buckley que se acercara a dos secretarias de la sección de operaciones clandestinas y las hipnotizara. A los pocos segundos, las dos mujeres habían caído bajo el hechizo de Buckley. Entonces, siguiendo órdenes de Gottlieb, les pidió que robaran unos documentos clasificados como máximo secreto. Las mujeres hicieron lo que les pedía y los dejaron en un pasillo, donde nadie podía verlos. Después, Buckley dijo a una de las mujeres que fuera a la taquilla de su compañera y robara lo que había dentro. También lo hizo. Bajo la vigilancia de Gottlieb, Buckley chascó los dedos para sacar del trance a las mujeres. Ninguna de las dos recordaba ninguno de sus actos.

Al día siguiente Gottlieb pidió a Buckley que hipnotizara a otras dos secretarias. Buckley las sumió en un profundo trance y dijo a una de ellas que su amiga era una espía rusa y que debía matarla con el revólver que Gottlieb había dejado sobre la mesa. La mujer apretó el gatillo sin vacilar y «disparó» a su compañera. Gottlieb ordenó a Buckley que las sacara del trance, y ninguna de las dos recordaba tampoco lo sucedido. La secretaria que había presionado el gatillo retrocedió cuando Buckley le mostró el revólver y le dijo que le horrorizaban las armas de fuego.

Gottlieb estaba encantado; confesó a Buckley que creía que aquello suponía otro «gran avance» en el uso de la hipnosis para el control psíquico.

Añadió que iba a enviarlo a Vietnam para que escogiera individuos «prescindibles» del Vietcong que serían sometidos a prueba. Pero primero acompañaría al doctor William Sargant a visitar el Alíen Memorial Institute.

Buckley se alegró de salir de Langley. Tras el desastre de la bahía de Cochinos, se había reavivado la obsesión del Gobierno de Kennedy por eliminar a Castro, y se había transformado en lo que Buckley llamó más tarde «una hoguera de ideas».

Gottlieb alimentaba el fuego. Azuzado por Richard Helms, que a su vez era objeto de las presiones del fiscal general, Robert Kennedy, hermano menor del Presidente, Gottlieb había creado toda una gama de productos tóxicos y artulugios para matar al dirigente cubano. La habían bautizado con el nombre clave de Operation Mongoose [Operación mangosta] y Buckley no había participado en ella. «Pero había visto y oído suficiente para saber que la presión para dar con el modo de terminar con Castro estaba dando lugar a ideas descabelladas. La insistencia procedía de Robert Kennedy. No se rechazaba ninguna propuesta, por disparatada que fuera. Una de ellas, que resume bien todas las demás, se basaba en que Cuba poseía una población mayormente católica. La idea consistía en difundir la noticia de que Dios había escogido la isla para su Segundo Advenimiento, pero sólo aparecería si el pueblo se libraba de Fidel Castro, el anticristo. Para dar a la idea una apariencia de normalidad, se pediría a la Marina que facilitara un submarino. Llegaría ante La Habana una noche, emergería y lanzaría una serie de bengalas que estallarían sobre la ciudad. Al mismo tiempo, una emisora de radio, llevada por exiliados cubanos y financiada por la Agencia, comunicaría a toda Cuba que los fuegos artificiales eran la señal para que la gente se preparara para el Segundo Advenimiento y

derribara a Castro. Se dio carpetazo a la idea cuando la Marina dijo que en ningún caso seguiría adelante con la idea.» Gottlieb no desistía en su propósito. Cuando Buckley abandonó Langley para viajar a Montreal con el doctor Sargent, Gottlieb estaba ya imaginando nuevos planes para asesinar a Fidel Castro.

Como una falange invencible, al frente de la cual avanzaba Ewen Cameron y, junto a él, con su mismo rango, el doctor William Sargent, el equipo médico realizó la ronda matutina por el instituto. Los médicos y las enfermeras se esforzaban por caminar al mismo paso que los dos psiquiatras, con quienes iba William Buckley.

Buckley acompañaba a Sargent desde dos días antes, cuando llegó a Nueva York en el avión procedente de Londres. El psiquiatra había resultado ser un compañero encantador e insistió en que Buckley cenara con él en el Plaza. Durante la cena, mientras tomaban uno de los mejores claretos de Oak Room, la conversación derivó hacia las cuestiones de espionaje, y Buckley mencionó el caso de Frank Olson. Sargent describió la muerte de Olson como un «mal asunto» y le contó el papel que había desempeñado en aquella historia. Más tarde, Buckley recordaría que tuvo la clara sensación de que Sargent lamentaba haber tenido alguna participación en el asesinato del bioquímico.

Antes de recoger a Sargent en Nueva York, Buckley se había enterado de que iban a enviarlo a la delegación de la CIA en Saigón. Le alegraba la perspectiva de ver por fin un poco de «acción real». Al saber que permanecería fuera de Estados Unidos durante cierto tiempo, sugirió a Sargent que viajaran a Montreal en tren para tener la oportunidad de llevarse consigo algunos recuerdos de la belleza de Nueva Inglaterra.

El viaje reforzó la impresión de Buckley de que el psiquiatra era un intelectual cultivado, capaz de expresar con inteligencia sus puntos de vista sobre las complejidades de los asuntos internacionales. Sargent consideraba que los estadounidenses llevaban «todas las de perder» en Vietnam y señaló que sabía por experiencia que un pueblo no se somete con bombas. El bombardeo de Londres lo había demostrado.

Dos días después, Buckley se encontraba en el instituto caminando junto a Peter Roper, otro inglés típico. Este le comentaba en un murmullo que la relación entre Cameron y Sargent era toda una demostración de la atracción entre opuestos. Cameron se mostraba taciturno, como de costumbre. «Déle a esa muchacha cincuenta miligramos adicionales de Amytal sódico.» «El maníacodepresivo de la cama tres necesita más Thorazine.» «Apunte que se le administre otra serie de *electroshocks*.»

Mientras entraban y salían de las salas, Cameron iba señalando la magnitud de los cambios desde la primera visita de Sargent al instituto, a mediados de los años cincuenta. Entonces sólo un tercio de los depresivos y esquizofrénicos —que seguían siendo, con mucho, los enfermos mentales más frecuentes— se recuperaban lo suficiente como para enviarlos de nuevo al mundo. Sargent dijo que en Londres estaba obteniendo resultados similares.

Al pasar ante los pacientes acostados en camillas que esperaban ante la «sala de *sbocks*», Sargent manifestó con entusiasmo: «Actualmente nos basta con cuatro o cinco tratamientos de *electroshocks* y el paciente vuelve a ser él mismo, sin necesidad de un historial elaborado, una investigación social o la charlatanería freudiana.»

Por primera vez en toda la mañana, Buckley vio sonreír a Cameron.

Roper contó a Buckley que se sentía verdaderamente orgulloso por formar parte de una revolución, aunque les resultaba cada vez más difícil hacer avanzar las fronteras. No sólo los psicoanalistas seguían oponiéndose a los tratamientos físicos. Dentro del instituto, la oposición se había unido después de que Rosemary Bonner, una paciente del doctor Cameron, recibiera mil trescientos *sbocks* y quedara a las puertas de la muerte. El doctor Cleghorn había mencionado «las implicaciones del caso» con Cameron, el cual aceptó a regañadientes que se formara un comité para que en el futuro decidiera cuáles eran los pacientes más adecuados para la «eliminación de pautas». El comité estaría integrado por un número igual de psiquiatras y psicoterapeutas, pero Cameron insistió en que en caso de empate él tomaría la decisión final. Además de las disensiones que habían originado los problemas clínicos, los médicos de habla francesa estaban irritados por el modo en que Cameron ridiculizaba su lengua y su cultura.

Muchos psicoanalistas se quejaban de que comprendía poco o nada el bagaje étnico de muchos pacientes, factor importante para el tratamiento. Existía una gran diferencia entre las ideas y actitudes de un paciente de Montreal y otro de las Rocosas. El debate se generalizó entre los médicos hasta que el doctor Cameron declaró que autorizaría la financiación de un estudio sobre el tema. Buckley sabía que este proyecto también lo financiaba la CIA.



Mientras realizaba aquella ronda, Cameron planteaba a los pacientes preguntas sencillas: «¿Duerme mejor, muchacha?» «¿Come bien?» «¿Escucha las cintas?» La mayoría de los pacientes contestaban con monosílabos. Si un paciente intentaba dar una respuesta elaborada, Cameron lo cortaba con un imperioso: «Más tarde hablaremos de eso», o «Muchacha, ya le he dicho que eso no importa». Después, sin añadir palabra, se alejaba.

Al salir de otra sala, Sargent señaló que en su hospital había llegado a la siguiente conclusión: «El paciente debe contar los acontecimientos traumáticos en presente. No es bueno que el paciente se limite a describir lo que le ha pasado en una aburrida retahíla de acontecimientos. Siempre intentamos llevarlos a la situación que les ha provocado los problemas mentales. Les hacemos revivir la crisis una vez más, pero en esta ocasión ellos anotan todos los sentimientos y recuerdos.» Buckley advirtió que Cameron estaba visiblemente complacido.

El grupo pasó junto a pacientes que se tambaleaban por los pasillos, sostenidos por enfermeras, mientras escuchaban las cintas preparadas con los cascos de fútbol puestos. De algunos de los dormitorios salían de vez en cuando gritos y gemidos.

La enfermera Mielke, que también formaba parte del grupo, admitió que a una persona ajena tal vez le alarmaran aquellos sonidos, pero ella sabía que era beneficioso liberar todas las emociones reprimidas. En algunas ocasiones había permanecido sentada junto a un paciente que había necesitado muchas horas para relajar sus terribles tensiones internas. Algunas veces ella misma había provocado su rabia deliberadamente. Los beneficios podían ser espectaculares.

Velma Orlikow se había repuesto lo bastante como para emprender el largo viaje en tren de regreso a Winnipeg. Jeannine Huard también se encontraba entre los que habían recibido el alta para iniciar una nueva vida. La enfermera Mielke seguía muy satisfecha con esos resultados y, al mismo tiempo, le hacía más fácil aceptar lo que había sucedido con Rosemary Bonner.

Incluso entonces, transcurridas varias semanas, su destino inquietaba profundamente a Mielke. ¿Por qué el doctor Cameron había seguido recetando *electroshocks* a Rosemary cuando resultaba evidente que nunca se recuperaría? El someterla a nuevos tratamientos se había convertido en un ritual ignominioso.

Lo que era todavía más inquietante, y en cierto modo más imperdonable, era que el doctor Cameron había decidido de repente enviar a Rosemary a otro hospital en lugar de dejarla en el instituto, para que por lo menos pudiera terminar sus días entre las personas que conocía. No había dado ninguna explicación sobre el particular. La enfermera Mielke se preguntaba si Cameron tenía la menor idea de la fragilidad y el sufrimiento de sus pacientes.

Lo que también le inquietaba era el proceso de toma de decisiones que respaldaba los tratamientos. ¿Cuándo y cómo decidía el doctor Cameron enviar a alguien a la «sala de sueño»? ¿Qué era lo que le hacía aumentar el número de *electroshocks* o la dosis de medicamentos? Nunca daba explicaciones. Sin embargo tenía que saber, como ella siempre había creído, que para que una terapia tuviera éxito debían colaborar el médico y la enfermera. Esta colaboración tenía casi un sentido poético: «Un viaje de exploración por un país sólo medianamente conocido en el que los viajeros con más experiencia, el médico y la enfermera, actúan como guías; si su compañero, el paciente, se niega o no puede abrir los ojos, el viaje terminará sin beneficio alguno.»

Al doctor Cameron parecía gustarle «viajar» solo. Ahora se daba cuenta de que siempre que habían trabajado juntos, nunca había tenido la menor idea de qué lo empujaba. Durante los últimos meses, la enfermera había atendido tres casos que lo confirmaban.

El primero se trataba de una mujer joven cuyo marido estaba tan absorto en su trabajo que al final nunca encontraba tiempo para hacer el amor con ella. Y, como es lógico, la mujer se sentía rechazada. El médico de cabecera le recetó sedantes y finalmente la envió al doctor Cameron, el cual insistió en ingresarla inmediatamente. Cameron prohibió las visitas de su marido con el argumento de que su esposa estaba demasiado enferma para que la viera. Al final del primer día en el hospital, Rubenstein ya le había colocado un casco de fútbol y le había preparado una cinta con la breve entrevista mantenida con el doctor Cameron.

La mujer escuchó durante veintidós horas la voz de Cameron diciéndole que debería vivir su propia vida y tal vez incluso buscar una nueva pareja; después la sometieron a una serie de *electroshocks*, y en aquel momento se encontraba en la «sala de sueño».

El segundo caso era un hombre de mediana edad, ingresado en Sur Dos, aquejado de una fobia que no le permitía salir a la calle si no era en compañía de su esposa y de un joven acompañante. Si salía solo sufría ataques de pánico. Cameron había grabado una cinta en la que le decía al hombre que tenía inclinaciones homosexuales subconscientes: el paciente se alteró tanto que sufrió una crisis nerviosa. Su esposa se lo llevó a

otro hospital.

El tercer caso era una joven muchacha de origen campesino. Cuando estaba a punto de hacerse monja, un vecino la besó en la boca y ella experimentó excitación sexual. Convencida de que no sólo había cometido un pecado mortal sino que había quedado embarazada, empezó a tener náuseas matutinas y a sentir el pecho especialmente sensible, y le desapareció la menstruación. Tras comprobar que seguía siendo virgen, su médico la envió al instituto. El doctor Cameron diagnosticó que la chica era esquizofrénica y le preparó una cinta en la que, una y otra vez, ella describía el episodio del beso. En cuanto su madre descubrió el tratamiento, le arrancó el casco de la cabeza y abandonó furiosa el instituto con su hija.

En cada uno de estos casos, Mielke tenía la sensación de que la «impulsión psíquica» había supuesto un trauma adicional. Sin embargo, el doctor Cameron seguía dando el visto bueno a las investigaciones más extrañas. En aquel momento, un investigador estaba intentando demostrar que, en algunas ocasiones, las alteraciones mentales podían aliviarse con el contacto con la tierra. Había sembrado semillas de cereales en bandejas de horticultura y ordenaba a los pacientes que pasaran horas sentados ante ellas, deslizándolas sobre la tierra. Su teoría era que ésta actuaba como conductor del calor corporal y las tensiones del paciente podían transmitirse a la tierra. La prueba definitiva sería que las semillas no germinaran o brotaran con alguna mutación. Sin embargo, crecieron con toda normalidad.

Esta investigación también estaba financiada por la CIA.

En el viaje de regreso a Nueva York, Sargent comentó a Buckley que la visita al instituto le había producido gran inquietud. No era capaz de encontrar base científica para muchas de las cosas que había visto. Reconocía que era difícil saber qué parte de un tratamiento concreto —el *electroshock*, los medicamentos o la combinación de ambos— ayudaba a los pacientes a recuperarse, pero estaba seguro de una cosa: «Lo que se estaba haciendo con los pacientes de Cameron estaba mal, mal, mal.»

En la intimidad del compartimiento del tren, Sargent siguió expresando su opinión con energía. Sargent recordaría más tarde que «estaba francamente horrorizado. Y sospecho que no lo vi todo. Por ejemplo, nunca entré en la "sala de sueño" ni en el sótano. En su intento de ayudar a Washington, Cameron parecía haber olvidado que su primera preocupación debía ser el bienestar de sus pacientes. No quise participar en eso, no me inspiraba ninguna confianza».

Buckley sugirió a Sargent que transmitiera su punto de vista a Gottlieb, y éste contestó que «lo pensaría». Al final no lo hizo. Años más tarde defendería esta decisión con el argumento de que «no era asunto mío decirle a Gottlieb lo que tenía que hacer».

Pero en aquel viaje de regreso a Nueva York, William Buckley se había formado la opinión de que la perspectiva de pasar una temporada en Vietnam era infinitamente más atractiva que volver a Montreal.

Tras pasar una semana ingresada en el instituto, Mary Morrow estaba cada vez más inquieta porque Cameron todavía no había ido a verla. Parecía que nadie podía decirle dónde estaba Cameron ni tampoco qué pasaba con su caso. Lo único que había sucedido era que un médico residente había redactado su historia clínica y ahora la visitaba otro, algo más preparado, con el que había trabajado antes. Sin embargo tenía la sensación de que si se daba de alta del hospital, perdería casi con toda seguridad el derecho a regresar a la práctica médica. Cameron comunicaría a su red hospitalaria que no estaba en condiciones de ejercer la medicina.

Aquella mañana oyó su voz en el pasillo. Se relajó. Todo se iba a arreglar. Pero al final del día se preguntaba por qué no había entrado en su habitación.

Al día siguiente oyó otra vez el rumor de pasos: la ronda de la mañana. Se preparó para enfrentarse a antiguos colegas y a los jóvenes licenciados. Probablemente todos ellos sabían que era médica y la situación resultaría violenta, pero se esforzaría en aguantar el tipo.

Reconoció la voz de Cameron, aunque no pudo distinguir sus palabras. Hacía días que esperaba aquel momento para tener la oportunidad de emprender el regreso a la salud guiada por su mano.

Los pasos seguían acercándose. El doctor Cameron continuaba hablando, pero con voz más baja. Recordó que en la época en que ella misma hacía la ronda, antes de entrar en el dormitorio del paciente él bajaba la voz para dar instrucciones sobre el tratamiento. Pero en su caso, ni siquiera había hablado con ella del tratamiento que iba a recibir.

Los pasos del pasillo se hicieron más lentos. Podía imaginar a las enfermeras y a los médicos recién licenciados en torno a Cameron. Procuró tranquilizarse, ansiosa por no dar muestras de inquietud. Incluso intentó sonreír. Por fin Cameron se hallaba ante su puerta y estaba dispuesta a admitir ante él lo indefensa que se sentía y lo mucho que necesitaba su ayuda. La eterna agonía de esperar a que entrara casi había pasado. Dentro de unos segundos entraría en la habitación y desaparecería su temerosa desesperanza, la sensación de

estar separada del resto del mundo.

Oyó que el doctor Cameron decía desde el exterior de la habitación: «Daremos una terapia electroconvulsiva a esta muchacha.»

El rumor de los pasos siguió adelante.

Mary Morrow gritó: «¿Por qué?, ¿por qué?»

En Vietnam, Buckley iba amoldándose a su entorno. Escribió una postal a un compañero de Langley: «La vida aquí es totalmente distinta a la de cualquier otro sitio. La vida es lo que hay en cualquier momento y en cualquier lugar. Como bien y me mantengo en forma. Espero que estéis bien, saludos, Bill.»

Al salir de Estados Unidos, Buckley había dejado, como de costumbre, muy poco tras de sí: ni esposa, hijos, casa, ni siquiera una novia formal. Ya no tenía contacto con su familia.

«La verdad, era un solitario —admitió más tarde—. Vietnam me iba bien, me di cuenta la primera vez que salí a la selva. Tenía algo que me llegaba. Allí, especialmente durante la noche, el silencio parecía detener el tiempo, la oscuridad era distinta a todas las demás. Silencio y quietud: un buen modo para centrarse. En la selva aprendes a respirar de otra manera para que el enemigo no te oiga. Y esa respiración te da cierta paz de espíritu: ayuda a calmar los temores. Aunque uno está muy asustado: si no lo estuviera, se relajaría demasiado.»

Buckley pronunció estas palabras años más tarde, en una de las raras ocasiones en que permitió entrever sus pensamientos.

El doctor Cameron hizo trasladar a Madeleine desde el instituto a un servicio de neurocirugía de Montreal para que la sometieran a una lobotomía prefrontal. La noche antes, la enfermera le cortó el pelo con unas tijeras, le enjabonó la cabeza con una brocha y se la afeitó con una navaja hasta dejársela desnuda y brillante.

El día de la operación —13 de abril de 1963— se cumplía el décimo aniversario del MK-ULTRA. El presupuesto inicial de trescientos mil dólares se había multiplicado varias veces, pero sólo Gottlieb sabía cuál era la cifra exacta, porque era el único que controlaba los pagos de los fondos secretos que dirigía, que ascendía a millones de dólares. Había contratado a cientos de médicos y científicos de todo tipo de disciplinas, aunque el programa más destacado seguía siendo el de Cameron. Transmitía el tono académico que, en opinión de Gottlieb, confería «respetabilidad» al MK-ULTRA.

La relación entre ambos era de mutua consideración. Gottlieb sabía que no necesitaba presionar a Cameron: desde Montreal llegaba una continua petición de financiación para nuevos proyectos. Por su parte, Cameron estaba siempre disponible para contestar a las llamadas de Gottlieb pidiéndole informes sobre sus progresos.

En la última llamada, le explicó la decisión que había tomado en el caso de Madeleine.

Tras pasar cuarenta días en la «cámara aislante», seguidos de un período en la «sala de sueño», su esquizofrenia crónica iba a ser tratada mediante un procedimiento quirúrgico procedente de lo que el doctor Cameron todavía denominaba «la nueva psiquiatría». La mayoría de los psiquiatras habían llegado a la conclusión de que las operaciones de lobotomía no aliviaban la enfermedad; muchos pacientes se mostraban más confusos y alternaban entre estados de apatía y terquedad. Otros desarrollaban síntomas diversos, como la tendencia a comer en exceso o los encaprichamientos infantiles por médicos y enfermeras; algunos se tiraban al suelo y reían y lloraban alternativamente. Por lo general, los pacientes que habían sufrido una lobotomía pasaban el resto de su vida en establecimientos psiquiátricos.

Cameron se había convertido en defensor del sistema tras su contacto con Walter Jackson Freeman. Aquel extravagante cirujano con perilla era profesor de Neurología en la Universidad George Washington. Con frecuencia llevaba consigo un cerebro humano en un tarro de conserva y utilizaba un estilete de madera de punta aguda —que también empleaba como mondadientes— para señalar las distintas áreas.

Hacía ya tiempo que a Freeman se le consideraba el mayor experto en leucotomía de América del Norte. A su primera paciente, una mujer con una hermosa mata de pelo, le prometió que no le tocaría los rizos. En el último momento le afeitó la cabeza pero, como contó a Cameron, «después de la operación ya no le importaba».

Desde entonces, Freeman había practicado unas cuatro mil lobotomías destinadas a destruir el cerebro de quienes sufrían de aprensión, ansiedad, depresión, compulsiones y obsesiones, así como a drogadictos, desviados sexuales y, naturalmente, esquizofrénicos. Estaba convencido de que los lóbulos frontales eran responsables de que el paciente se negara a colaborar del modo que él consideraba «aceptable».

Cameron había decidido que Madeleine encajaba en estos criterios. Bajo el efecto de los fármacos, mientras se encontraba en la «cámara aislante» había emitido unos sonidos que el analizador de voz del «laboratorio de radiotelemedicina» había identificado como «... padre...», «... quiero un niño...», «... padre...». Cuando la devolvieron a la «sala de sueño» consiguió reunir fuerzas suficientes para embestir con el casco a

una enfermera. Esta conducta encajaba dentro de las líneas maestras de Freeman para determinar quiénes podían beneficiarse de la psicocirugía. «Para el paciente, es mejor tener un intelecto reducido. La sociedad puede acoger al más humilde peón, pero desconfía con razón del que piensa y está loco», había escrito.

Un neurocirujano canadiense iba a operar a Madeleine. La llevaron en camilla al quirófano y la pasaron a la mesa. Vestida únicamente con el camisón quirúrgico, contempló, plenamente consciente, la poderosa luz que se alzaba sobre ella.

La lobotomía radical se llevaría a cabo con anestesia local para que el cirujano pudiera juzgar inmediatamente el nivel de desorientación y tener una medida del éxito del corte de los lóbulos frontales. Destruiría parte del cerebro de Madeleine hasta ver las señales deseadas.

El doctor Cameron llegó a la antesala del quirófano y empezó a lavarse las manos junto con el cirujano y su ayudante. El psiquiatra asistía con frecuencia a las lobotomías de sus pacientes. Los tres hombres pasaron al quirófano y se detuvieron tras la cabeza de Madeleine. El cirujano protegió los ojos de Madeleine mientras le frotaba la cabeza con un algodón impregnado en un antiséptico. La piel brillaba bajo la poderosa luz. El cirujano pidió un escalpelo y marcó con él la zona donde iba a practicar la incisión.

El residente tendió al cirujano una jeringuilla llena de anestésico local. El cirujano la inyectó en el círculo y la piel se hinchó bajo el efecto de la droga. Luego inyectó otra jeringuilla en la misma zona. Actuaría como hemostático y reduciría la hemorragia cuando se produjera el corte.

—¿Siente algo, muchacha? —preguntó Cameron.

Madeleine murmuró.

La sangre señalaba el avance del bisturí. El residente utilizó un fórceps curvo para mantener separada la piel. El silencio absoluto sólo quedó roto por el instrumento cuando el médico lo dejó caer en un cubo.

El cirujano siguió empleando un separador para alejar del hueso otro fragmento del cuero cabelludo.

—¿Está bien, muchacha?

El cirujano hundió las manos enguantadas en una solución desinfectante. Le resultaba más fácil trabajar con los guantes húmedos: tenía los dedos más sensibles. El residente enjuagó la zona operada con antiséptico. Una enfermera tendió al cirujano el berbiquí con la broca puesta.

Taladró durante unos momentos y un polvo fino de fragmentos de hueso espumeó en el aire. El cirujano pidió una erina dural, un instrumento muy similar al que utilizan los dentistas para localizar caries en los dientes, y exploró el agujero. Si detectaba alguna grieta, sería la señal de que había atravesado ya el cráneo. No había ninguna grieta: Madeleine tenía el cráneo duro. Siguió taladrando. Cuando finalmente retiró el taladro, el residente recogió las virutas en un pequeño cuenco, ya que utilizarían el polvo para tapar el agujero tras la operación. El cirujano empleó una jeringuilla para lavar el orificio.

A continuación pidió un tenótomo y la enfermera le tendió el pequeño escalpelo de cuchilla muy afilada. Cortó una esquina de la duramadre, la cobertura membranosa del cerebro. Entonces, con unas tijeras durales, empezó a cortar la piel, fragmento por fragmento.

El cerebro de Madeleine, de un color rosado lechoso, quedó a la vista.

—¿Siente algo, muchacha?

Madeleine soltó un gruñido.

—Cuenta hasta diez, muchacha.

Madeleine emitió una serie de gruñidos.

El cirujano insertó una espátula en el agujero, siguiendo la rutina habitual; unos milímetros hacia abajo, una pausa para mover lateralmente el instrumento unos milímetros. Cada gesto destruía parte del cerebro de Madeleine.

—Muchacha, ¿puede cantar su canción favorita?

Madeleine gruñó un poco más.

El cirujano siguió destruyéndole el cerebro.

—¿Tiene sueño, muchacha?

Madeleine contestó con un gruñido.

El cirujano retiró el tubo y pidió una cánula, una gruesa aguja hipodérmica. La insertó en el agujero y, aplicando una presión uniforme, la llevó hasta el esfenoides, el hueso situado en la base del cráneo. Retiró la cánula, volvió a insertar la espátula y movió el mango para que la cuchilla pudiera deslizarse por la base del cráneo y cortar lo más lejos posible en sentido lateral. Sacó la espátula y limpió el líquido que fluía por el agujero. Practicó dos cortes a cada lado del agujero, cuatro en total.

Cameron siguió haciendo preguntas a Madeleine de acuerdo con lo que él denominaba «criterio de desorientación»: un método para conocer hasta qué punto se había destruido el cerebro. El cirujano siguió trabajando, pinchando y cortando.

—Muchacha, dígame algo.

Otro gruñido.

El cirujano prosiguió, destrozando para siempre las principales zonas donde se situaba la respuesta emocional de Madeleine, la cual terminó por no producir ningún sonido, cerró los ojos y cayó en un estado de estupor. Cameron se inclinó sobre Madeleine, alzó el protector ocular y levantó uno y otro párpado. Ella le devolvió una mirada vacía.

—Muchacha, ya se ha terminado. Se acabó el dolor.

Salió del quirófano para regresar al instituto para la ronda de la mañana.

Aquel mismo día trasladaron a Madeleine al Hospital de St. Jean de Dieu para que la cuidaran las monjas que atendían a una serie de zombis como ella.

Aquella mañana de abril, en Saigón, el otro extremo del mundo, William Buckley se esforzaba en olvidar, una vez más, sus dudas sobre la intervención estadounidense en una guerra que, a su parecer, no podían ganar. Desde la pequeña oficina que ocupaba en la calle de Pasteur, en el cuartel general de la CIA en el barrio de Cholon, se concentraba en la tarea de dificultar al máximo la victoria a los norvietnamitas.

En los meses que llevaba en Vietnam, se había ganado la fama de ser capaz de abrirse paso entre la brutal locura en que se había convertido la guerra. Desde el día en que vio a un monje budista echarse gasolina por la cabeza y prenderse fuego en una atestada calle de Saigón mientras otros monjes formaban un círculo protector a su alrededor, había llegado a la conclusión de que «ésta va a ser una guerra distinta para mí, para Estados Unidos y para el mundo entero».

Sin embargo, igual que Corea, Vietnam encajaba con su mentalidad. En poco tiempo había transformado a un grupo variopinto de vietnamitas de las tribus de las montañas en uno de los mejores grupos de lucha clandestina del país. Utilizando el manual para el asesinato de Gottlieb, los había formado para matar de diversas maneras. Calzado con botas de combate rotas, pantalones de faena arrugados y una gorra, Buckley los había llevado desde el frente y nada los hacía retroceder. Les había enseñado a no esperar clemencia y a no tenerla tampoco.

Un informe confidencial enviado por Elliot Richardson, el jefe local en Saigón, a Richard Helms, que no tardaría en ser director de operaciones clandestinas en Langley, describía a Buckley como «una rareza por aquí: un hombre capaz de analizar una situación y matar luego sin remordimientos».

Buckley lo recordaría más tarde como «una responsabilidad. La primera vez que bajé por un túnel, pensé: "Vale, esto es lo que quiero hacer, ir tras el enemigo y luchar cuerpo a cuerpo." También necesitaba enseñar a mis hombres cómo hacerlo».

Apenas tomaban prisioneros por «una razón bien simple: los centros donde se hacían los interrogatorios estaban repletos. Todo el proceso de llevar allí a uno del Vietcong e interrogarlo era muy largo.

Además, había una campaña encaminada a aumentar el número de bajas enemigas, y las presiones venían de lo más alto. Así que era más sencillo eliminar a una persona en el campo que tener que hacer todo el papeleo que conlleva un buen interrogatorio. Animaba a mi gente a que no olvidara nunca el recuento de víctimas: la cabeza de un tipo del Vietcong, la oreja o la tarjeta de identificación bastaban para obtener una recompensa que podía alcanzar las diez mil piastras. Quizá murieron tíos que no debían, pero también cayó mucha mala gente».

Pero Buckley había visto que la brutalidad por sí sola no era útil. Cuantos más prisioneros del Vietcong lanzaban los sudvietnamitas desde los aviones construidos en Estados Unidos, más se dedicaban los del Vietcong a empalar bebés en los pueblos para aterrorizar a sus habitantes y obligarlos a que los escondieran, los alimentaran y actuaran como informadores.

Puesto que Buckley tenía las manos libres para actuar, como todos los agentes de la CIA, empezó a utilizar con propósitos mortales el hipnotismo que había aprendido en Nueva York. Hipnotizaba a los vietcongs capturados, y cuando se hallaban en este estado les decía que les darían granadas de mano y otras armas. Una vez despiertos, volverían con su bando y atacarían a su gente en cuanto recibieran la señal oportuna: los gestos de bienvenida.

Nunca se sabrá hasta qué punto tuvo éxito este experimento, pero Buckley empleó una serie de «trucos sucios» que había aprendido en contacto con Gottlieb. Cuando sospechaba que un pueblo estaba controlado por el Vietcong, introducía subrepticamente alimentos envenenados con carbunco o alguna de las sustancias letales que enviaban desde Langley.

Aunque le había desagradado lo que sucedía en el instituto de Montreal, en Vietnam no vacilaba en utilizar estos métodos: para él, todo esto eran «cosas de la guerra». Esta filosofía contribuyó a crear una

leyenda sobre su persona y en el edificio de la calle de Pasteur lo conocían como «espía número uno». Algunos colegas iban todavía más lejos y decían que era la reencarnación de Lawrence de Arabia. Buckley admitiría más tarde que compartían el firme propósito de destruir al enemigo por cualquier medio. Sabía que el Vietcong lo había elegido como principal objetivo de asesinato y era consciente de que intentaban seguir sus pasos y aprovechar la primera oportunidad para liquidarlo, pero eso no cambió su estilo de vida: se acostaba con mujeres con una facilidad que otros hombres envidiaban y era capaz de beber como cualquier soldado. Incluso dejaba entrever el desprecio que le merecían muchos de sus superiores, que, a su vez, tampoco lo apreciaban mucho. Pero para los que importaba de veras—los agentes vietnamitas que dirigía—era un auténtico héroe.

Fue la época más feliz de su vida. En las pútridas selvas de Vietnam, el penetrante olor a productos químicos que flotaba en los pasillos del instituto de Montreal se borró de su mente.

Mary Morrow gritó durante horas que no había dado permiso para recibir un tratamiento de *electroshocks*. Cuando ya no tuvo fuerzas para seguir gritando empezó a sollozar. Cada mañana oía los pasos de Cameron dejando atrás su habitación y pensaba que era «cruel, feroz e inhumano» no visitarla.

Esperar era tan terrible como no saber qué hacer. Cada vez se sentía más débil y agotada y ya no tenía fuerzas suficientes para levantarse de la cama. En su interior «tenía una sensación de vacío», y aquella apatía entumecedora era tan terrible como cualquier dolor. El miedo parecía estrujarle el corazón. De vez en cuando oía en el pasillo las risas de las enfermeras. Cuando le traían la comida, les decía una y otra vez que ella no debía estar allí, que quería volver al Royal Victoria y que no iba a permitir que le dieran *electroshocks*. No le contestaban.

Una mañana, apareció Cameron con un residente. Llevaba una bandeja tapada con una gasa esterilizada. Mary Morrow sabía lo que había debajo y repitió que no había firmado ningún consentimiento para que le aplicaran *electroshocks*.

Cameron se limitó a permanecer de pie mientras su figura imponente se alzaba sobre ella.

—No quiero —estalló Mary Morrow—. No me conviene. No quiero que me liquiden así. No quiero *electroshocks*. No puede obligarme. A una paciente no le puede aplicar un tratamiento que no quiere recibir. Soy médico, sé de lo que hablo. ¿Comprende? Sé lo que digo.

Tenía que hacérselo entender.

—Escúchame, muchacha —contestó Cameron, hablando con sumo cuidado—. Vamos a dormirla y le aplicaremos el *shock* cuando esté dormida.

—¡No!

Cameron alzó la gasa que cubría la bandeja y tomó una jeringuilla llena de un líquido claro. Quitó el capuchón de la aguja.

Ella pensó: «¡Dios mío, no puede hacerlo! ¡No puede! ¡No puede!» Tenía la sensación de que una gran cinta le ataba el pecho y le impedía hablar.

—Déme el brazo, muchacha.

—¡No! ¡No, por favor! —consiguió decir.

—Ya ha visto que a otros les sirve. ¿No quiere que la ayude?

Ella negó con la cabeza. Volvía a quedarse sin habla. Estaba aterrorizada: sabía lo que tenía que decir, pero de su boca no salía ningún sonido.

—Déme el brazo.

Lo odiaba. Le había mentido, todo había sido una trampa para hacer que fuera al hospital voluntariamente. Cameron se alzaba sobre ella con la aguja en ristre.

—¡No quiero *shocks*! ¡Por favor! —gritó descontrolada—. ¡No quiero *electroshocks*!

Le puso la inyección.

Una enfermera entró por la puerta con el carrito del aparato.

—No... No....

Oscuridad.

Mientras tanto, en Vietnam, Buckley realizaba su primer vuelo nocturno en helicóptero. Con el cinturón de seguridad atado, permanecía sentado en el suelo, junto al artillero, que apuntaba a la selva con el cañón de la ametralladora. No se oía nada más que el tableteo de los motores. El aire entraba a raudales por la puerta abierta.

Buckley recordaría posteriormente: «He volado varias veces en helicóptero en Estados Unidos y en Europa, pero aquello era distinto. Volábamos justo por encima de los árboles, sobre el enemigo. Sin duda, el fuerte ruido de los motores les habría indicado nuestra presencia. Pensaba que, en cualquier momento, nos

dispararían. Me dolía el cuello de mirar por la puerta abierta. A mi alrededor estaba sentada la patrulla. Algunos tenían los ojos cerrados, otros se limitaban a mirar al suelo. Ya lo habían hecho antes. Yo estaba en un viaje de familiarización, lo que llamaban "para ir acostumbrándose". Nadie sabía quién era yo y no creo que les importara un rábano. El helicóptero empezó a describir círculos y después viró bruscamente hacia abajo. Me agarré a la pared mientras el helicóptero descendía más bruscamente. De repente, se abrió la compuerta de la ametralladora y empezó a lanzar un amplio arco de balas trazadoras. Mientras bajábamos, el ruido iba haciéndose más fuerte. El jefe de la sección estaba de pie y me apartó con la bota. Después el helicóptero redujo la velocidad y se posó en el suelo bruscamente. La sección bajó del helicóptero en cuestión de segundos y el helicóptero emprendió otra vez el vuelo rápidamente. Me quedé allí pasmado, frotándome la cara. El artillero me miraba, sonriendo como un mono. Me parece que decía algo así como que "esto es como tirarse a una mujer por primera vez: nunca lo olvidas", y pensé que tenía razón. La verdad, no sé en qué otra cosa pensé...»

Robert Cleghorn estaba cada vez más convencido de que los métodos de Cameron «carecían de validez». En los cuadernos donde escribía sus impresiones sobre el instituto aparecían notas de este tipo, que ilustran sobre lo que pensaba en privado de su superior:

«Los métodos del doctor Cameron pasan por alto casi siempre —por no decir siempre— que la psiquiatría, como otras ramas de la medicina, está cambiando, con frecuencia de modo radical. La diagnosis está haciéndose más compleja. La esquizofrenia ya no recibe este sencillo apelativo sino que se acompaña de otros como "latente", "pseudoneurótica", "dudosa" o "creciente". En las lesiones cerebrales orgánicas se distingue entre las "lesiones cerebrales mínimas" y las "disfunciones cerebrales mínimas". Al mismo tiempo, los métodos para tratar las enfermedades son más específicos. Cada pocos meses aparece un nuevo antidepresivo: toda una gama de tranquilizantes y de fenotiacinas más potentes ayudan a controlar la función fisiológica de casi todo sistema orgánico corporal. Prácticamente ha terminado la época en que se bombardeaba al paciente con todo tipo de medicamentos con la esperanza de que alguno funcionara.»

También por aquellos tiempos empezó a manifestarse públicamente la conciencia de los peligros de la sobremedicación. La prensa publicó los primeros casos de demandas judiciales de pacientes que afirmaban que habían sido tratados de modo inadecuado, y se produjeron las primeras peticiones de que se procediera a una regulación gubernamental. Cleghorn recordaba a su equipo que no recetara drogas de modo indiscriminado y que previamente realizara siempre un examen físico completo. No debía administrarse jamás un medicamento a los pacientes por «rutina en la gestión hospitalaria».

Sin embargo, Cameron siguió presidiendo un instituto escindido y explotando con habilidad la división entre los psicoterapeutas y los psiquiatras, de orientación más física. Le bastaban unas pocas palabras para enemistar a un investigador con otro, a un médico con su colega. Y lo que resultaba aún más inquietante para el exigente Cleghorn, cuyas publicaciones científicas lo mantenían en la primera línea de la investigación médica en Norteamérica, era que «Cameron seguía respaldando investigaciones ilícitas. Seguía teniendo debilidad por los psicópatas y resultaba muy inquietante que aceptara a tales personajes en su entorno».

Cleghorn no tenía la menor idea de que el MK-ULTRA hubiera desencadenado la cultura de la droga que había barrido Norteamérica. El LSD había recibido nuevos nombres: ahora era una droga «psicodélica» que «expandía la mente». En los campus universitarios, los estudiantes y profesores experimentaban con la droga, y se había convertido en un símbolo social hacer un viaje. En las discotecas, los destellos de luces de colores remedaban la experiencia con el LSD. Gracias a Gottlieb, el país podía viajar, flipar, alucinar.

Pero aquel 4 de julio de 1963 estaban apareciendo ya los primeros estudios sobre el lado negativo de la droga. Aquella mañana, una emisora de radio de Montreal había informado que, tras tomar LSD, un hombre podía creerse capaz de volar, convertirse en cuervo o en la reencarnación de Jesucristo.

La noticia confirmaba los peores temores de Cleghorn de que el LSD era una sustancia peligrosa cuyo empleo no debía tener cabida en el instituto. Pertenecía al mundo de las comunas, el amor libre y el *Submarino amarillo* de los Beatles.

Sin embargo, en público Cleghorn se mostraba leal a Cameron, se esforzaba en evitar las críticas abiertas a sus tratamientos y detestaba los chismorreos sobre su superior. Los médicos jóvenes habían difundido el rumor de que Cameron tenía una relación amorosa con una paciente privada que veía en su despacho dos veces por semana, al final de la tarde. Los médicos afirmaban que habían oído risitas procedentes del despacho. Una de las enfermeras de Sur Dos insistía en que había visto a Cameron abrazando a la mujer. En una ocasión en que se quedó a trabajar hasta tarde, Cleghorn se cruzó con Cameron en un pasillo y le asombró ver algo parecido a una mancha de carmín en el cuello de la camisa.

Sin embargo, en su cuaderno de notas aparecía el firme propósito de mostrarse lo más comprensivo posible con Cameron. «Hay gente que ni siquiera es capaz de escribir correctamente la palabra "paranoide" y

cree saber cómo se trata.» No obstante, con el paso de los años Cameron había llegado a sentir un rechazo casi patológico a que le llevaran la contraria.

Cleghorn había descubierto recientemente que Cameron había llegado a manipular los datos para demostrar sus puntos de vista. En su último artículo sobre la «impulsión psíquica», Cameron afirmaba que había conseguido un éxito total en todos los pacientes tratados, aunque Cleghorn sabía que el tratamiento — que él se había negado a emplear con sus pacientes — era cualquier cosa menos eficaz. Durante los últimos cinco años, casi la mitad de los centenares de pacientes sometidos a «impulsión psíquica» a los que después se les había dado el alta habían tenido que ser ingresados de nuevo en el plazo de un año. También la «eliminación de pautas» había resultado ineficaz para curar la esquizofrenia, y sin embargo Cameron se atrevía a afirmar que el método tenía un alto grado de éxito, valiéndose de «un batiburrillo de estadísticas disfrazadas en complicadas tablas». Cleghorn había señalado que «este lenguaje propio de publicistas encaja mal en lo que debería ser una explicación científica de serios mecanismos psíquicos».

Cleghorn había empezado a ver que el principal problema del enfoque de Cameron era la ausencia de método. «Hay demasiadas suposiciones e incoherencias. El doctor Cameron parece preocupado, en primer lugar, con la pacificación, la sedación y la represión. Tiende a poner etiquetas, a caer en la jerga con excesiva rapidez», escribió en su diario aquel día de julio.

La doctora Morrow se despertó con un terrible dolor de cabeza. Me sentía como si «me encontrara en un agujero profundo, oscuro como el carbón, como si no tuviera extremidades, como si fuera un gusano. Tenía la sensación de que no descansaba sobre algo sólido, como si no estuviera sobre la tierra ni sobre el agua. Era como si me hallara suspendida en un fantasmagórico agujero negro».

A la mañana siguiente le administraron otra serie de *shocks*. Aquella noche soñó que la electrocutaban. Dos días después Cameron apareció acompañado por una enfermera que llevaba el carrito. Durante la semana siguiente se presentaron tres veces más. Mary Morrow se preguntaba cuándo tiempo podría soportar aquel dolor abrasador en la cabeza. Permanecía en la cama, aterrada ante la idea de que su cerebro hubiera empezado a desintegrarse debido a la cantidad de electricidad que había pasado por él.

Al undécimo día, un sábado, el doctor Cameron le dio doce *electroshocks* consecutivos. Ningún otro paciente había recibido tantos

en una sola sesión. Después, Cameron se fue a su casa a pasar el fin de semana y Mary estuvo inconsciente gran parte del día.

Aquel sábado por la tarde, su hermana Margy fue al instituto. Se había desplazado desde Nueva York tras recibir una llamada telefónica de su madre. Mathilda Morrow vivía en Montreal, pero había sufrido recientemente un derrame cerebral y no había podido acudir al instituto. Sin embargo, las llamadas diarias que efectuaba a su hija la habían alarmado muchísimo, y le había dicho a Margy: «Mary parece cada vez más rara.»

Cuando llegó al instituto no le permitieron entrar a ver a su hermana. Margy se puso muy nerviosa y amenazó con llamar a la policía. Entonces la dejaron pasar a regañadientes. Al ver a Mary se sintió tan angustiada que salió corriendo del hospital para ir a ver a su madre. A pesar de su estado físico, la señora Morrow era una persona tranquila y con recursos. Tras oír a Margy, telefoneó al doctor Cleghorn. Éste se mostró comprensivo, pero le dijo que, puesto que Mary Morrow no era paciente suya, no podía intervenir. Le recomendó que telefonara a Cameron.

Ese sábado por la tarde habló con Cameron, que se encontraba en su casa de Lake Placid. Este se mostró distante, y la interrumpió diciendo: «Lo mejor que puede hacer por su hija es llevarla a una residencia psiquiátrica. Nunca más podrá volver a ejercer la medicina.» Y dicho esto, colgó el teléfono.

La señora Morrow telefoneó al instituto y dijo a varios médicos y enfermeras que su hija no debía recibir más tratamiento bajo ningún concepto. El médico jefe de guardia telefoneó a Cameron, y éste ordenó que dieran a Mary Morrow trescientos miligramos de Largactil.

Durante los dos días siguientes la mantuvieron en un estupor drogado pues aumentaron la dosis de Largactil hasta los seiscientos miligramos. La medicación le produjo una erupción cutánea.

Cuando después del fin de semana regresó al trabajo, el doctor Cameron no visitó a Mary Morrow, y su ausencia desencadenó en ella nuevos temores. Probablemente estaba preparando algo más y esta posibilidad le dio una fuerza de la que creía carecer. Aquel atisbo de rabia creció violentamente con una fuerza terapéutica. Se había comportado como un «seductor» al ir a visitarla al Royal Victoria con el caramelo de que volvería a admitirla como médico cuando en realidad su plan era «utilizarla como un ratón de laboratorio».

La rabia fue creciendo a través del Largactil, alimentada por el modo en que la había tratado. Empezó a



sentirse viva por primera vez

en todo un año, tal vez en varios años. Se decía que había estado enferma y todavía no se había recuperado, pero no era incapaz de reaccionar, y Cameron no iba a conseguir que dependiera de él. La había tratado como si fuera «un caso perdido». Pues bien, no lo era, y se lo demostraría. La rabia siguió creciendo rápidamente, poderosa y vigorizante. No le había preguntado ni una sola vez cómo se sentía como persona y nunca habían hablado de sus sentimientos como ser humano. Y a pesar de todo le había hecho pasar electricidad por el cerebro. ¡Cómo la había engañado! Al analizar su relación con él, se daba cuenta de que no se había preocupado siquiera de ella como paciente, sólo como alguien más «con quien ensayar sus teorías».

La rabia se hizo más profunda. Durante los años pasados había sufrido mucho y había soportado gran parte del dolor con estoicismo. Las semanas anteriores habían sido especialmente horribles. Profundamente inquieta y desesperada, la habían tratado de modo inhumano y aquello todavía no había terminado. Tenía una sensación de ahogo en la laringe y se preguntaba si los *electroshocks* no le habrían dañado las cuerdas vocales.

Mary Morrow utilizó el teléfono de la mesilla para llamar a un médico de confianza del Royal Victoria. Cuando le explicó los síntomas, le prometió que acudiría enseguida.

Mientras aguardaba, siguió alimentando su furia, consciente de que era el modo de mantener su mente alerta. Siempre había querido creer que Cameron se ocupaba de sus pacientes. «Pero no era así: sólo eran síntomas que podían ser tratados con inyecciones, *electroshocks* y sueño. Nunca se relacionaba con el paciente, sino que permanecía tras una línea de demarcación: él estaba sano; el paciente, enfermo. Había conseguido que me sintiera culpable por atreverme a resistirme a sus métodos. Había algo en él maligno y enloquecido.»

El médico llegó y consiguió que trasladaran inmediatamente a Mary Morrow al hospital Royal Victoria. Mientras salía del instituto, Mary dio gracias a Dios por haber escapado al destino que Cameron había previsto para ella.

Mientras el taxi la llevaba al Royal Victoria, no dejaba de preguntarse qué pasaría con los demás. ¿Qué habría sucedido con los cientos de pacientes que habían pasado por sus manos durante años? ¿Qué habría sido de ellos? Se sintió hermanada con ellos. Si el suyo había sido un caso típico, y cada vez estaba más convencida de que así era, también los habría tratado como animales. Necesitaban ayuda, y cuanto antes pudiera regresar al ejercicio de la medicina, mejor podría dársela.

William Buckley recordaría cada detalle de la mañana de aquel 4 de octubre de 1963: la lluvia que barría el campo de aviación militar situado en las afueras de Saigón; la figura gigantesca de William Egan Colby, rígido a su lado; los miembros de la policía militar, armados con carabinas, que formaban un cordón hacia el que rodaba el avión de transporte de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. La tensión era como un ser vivo, una peligrosa mezcla de esperanza en el éxito y de temor al fracaso.

La operación había empezado a medianoche. El plan pretendía aniquilar el liderazgo de las guerrillas del Vietcong con una ofensiva generalizada sobre Saigón y sus alrededores. Ninguna ciudad, pueblo o aldea se libraría de los equipos dedicados al asesinato organizados por ambos hombres. A cada unidad se le habían asignado algunos veteranos de las fuerzas especiales de Vietnam que Buckley había empezado a entrenar en cuanto llegó a Saigón. Estos habían transmitido a los equipos los conocimientos que él les había dado, y a su vez los equipos estaban entrenados para hacer una sola cosa: matar. Matar a los guerrilleros. Matar a quienes los socorrían.

Desde la medianoche, varios cientos de unidades se habían puesto a la labor. Los primeros datos indicaban que estaban a punto de escapar a todo control, arrastradas por una terrible sed de sangre. Buckley temía que se produjera otra reacción violenta cuando llegara a Estados Unidos la noticia de lo que estaba pasando, como sin duda sucedería. Vietnam se había convertido en la guerra con mayor atención periodística de la Historia.

Si Colby compartía con él tal preocupación, no lo demostraba mientras los motores de los aviones se extinguían en un murmullo. Colby raras veces mostraba ninguna emoción. Se había titulado por dos universidades, la de Princeton y la de Columbia, y durante la Segunda Guerra Mundial había trabajado dos años para la OSS en Europa. Allí fue donde desarrolló la filosofía de «matar o morir». En aquellos tiempos, George Hunter White formaba parte del círculo de sus mejores amigos. Buckley consideraba que Colby era «cálido como un glaciar».

Sin embargo, habían colaborado bien para poner en marcha aquella operación. Buckley había utilizado su minucioso conocimiento de la estructura del Vietcong para identificar las unidades médicas, las de emboscada, de policía secreta y las once unidades aéreas independientes que constituían las fuerzas del Vietcong en la zona de Saigón.

Colby se había asegurado de que la operación contaba con la total aprobación de John F. Kennedy, el presidente que ocupaba por entonces la Casa Blanca. Con esta autoridad, Colby había forzado a la policía y a los servicios de espionaje rivales en Saigón a compartir información, de modo que podían extraer de ellos listas e informes para realizar asesinatos. Colby quería que se matara un mínimo de mil guerrilleros al mes y se capturara el doble para someterlos a interrogatorios.

En la etapa previa al inicio de la operación, Buckley había detectado que para los oficiales corruptos de Saigón, aquél era un nuevo sistema para chantajear a inocentes y extorsionar a los que deberían ser detenidos. Buckley no podía hacer nada: la corrupción formaba parte integral de la mentalidad vietnamita.

Mientras esperaba a que los pasajeros salieran por la rampa trasera del avión, Colby expuso una opinión por primera vez: «Esta operación va a hacer maravillas con el recuento de cadáveres.»

No obstante, Buckley sabía que había un elemento de desesperación en la aprobación de la Casa Blanca. Kennedy esperaba que forzara al régimen norvietnamita de Hanoi a acercarse a la mesa de negociaciones. El fracaso le dejaría sólo dos opciones, y sabía que ambas dañarían de modo irremediable sus esperanzas de ser reelegido. La primera era retirarse de Vietnam del Sur y enfrentarse a serios daños políticos en Estados Unidos y a una humillación diplomática en el resto del mundo. La otra era seguir con la escalada bélica y lanzar un bombardeo generalizado contra Hanoi, lo que significaría dedicar más hombres y medios a una guerra que estaba resultando ya muy costosa.

Contemplaron en silencio cómo Sidney Gottlieb bajaba de la rampa del avión con un puñado de hombres. Aunque no los reconoció, Buckley sabía quiénes eran. En el telegrama encabezado con la advertencia «MÁXIMO SECRETO» que había recibido de Gottlieb se describía a aquellos hombres como «personal médico de disciplinas diversas».

La presencia de Gottlieb en Vietnam tenía como objetivo emplear la guerra como banco de pruebas del MK-ULTRA. Gottlieb sabía que allí no le faltarían individuos «prescindibles» para sus experimentos más recientes y había ordenado a Buckley que todo estuviera a punto para cuando él llegara.

Buckley había escogido la cárcel de Bien Hoa, situada en las afueras de Saigón, para la misión de Gottlieb. Durante las horas anteriores, las atestadas celdas habían seguido llenándose con los detenidos en la operación. De camino al aeropuerto, Buckley había hecho un alto en la cárcel para asegurarse de que se habían ejecutado las instrucciones de Gottlieb.

Habían reservado un edificio del complejo, y en una de sus habitaciones habían colocado media docena de mesas de quirófano, que habían sido pedidas a un hospital militar estadounidense de Saigón. Junto a esa habitación, habían instalado una zona de anestesia; al lado, en un recinto cerrado, aguardaba el primer grupo de prisioneros. Algunos presentaban señales de haber recibido una paliza. Más allá del improvisado quirófano había otra habitación, vacía y sin ventanas.

Buckley y Colby avanzaron presurosos para recibir a Sidney Gottlieb y su equipo. Este los presentó utilizando sólo el nombre de pila. Cada uno de ellos llevaba un maletín médico y Buckley supuso que tendrían instrumental quirúrgico. Había oído decir que los cirujanos preferían trabajar con su propio equipo.

Aquella noche, tras un breve descanso, Gottlieb pidió a Buckley que los llevara a Bien Hoa. «Mi gente quiere empezar a trabajar lo antes posible», le dijo.

Por la noche, la cárcel parecía todavía más siniestra. Una luz intensa proyectaba sombras sobre todo el recinto; se oían gritos y alaridos procedentes de las celdas.

Gottlieb y su equipo se pusieron a trabajar en el edificio reservado. Los vigilantes de la cárcel llevaron a un hombre a la sala de anestesia. Uno de los médicos anestesió al prisionero, y los guardias lo llevaron al quirófano improvisado. Entretanto anestesiaron a otro prisionero. Gottlieb invitó a Buckley a entrar en el quirófano.

Contemplaron a uno de los cirujanos que llevaba a cabo la misma técnica utilizada para abrir el cráneo de Madeleine. En cuanto el cerebro quedó a la vista, uno de los neurólogos implantó electrodos en distintas partes del cerebro. Mientras otro cirujano cerraba la abertura, en otra camilla sometían a un segundo prisionero a una operación similar.

Pronto todas las mesas estuvieron ocupadas. Buckley recordaría más tarde la escena: «Gottlieb iba de una mesa de operaciones a otra, haciendo comentarios y asintiendo con la cabeza. La iluminación no era la adecuada para una sala de operaciones y tenían que apañárselas con los fluorescentes del techo. No hubo el menor intento de esterilizar nada. Los cirujanos llevaban batas y máscaras, pero sólo para protegerse de la sangre, que lo llenaba todo. La sala de operaciones olía como un matadero. En cuanto se cerraba la herida de la cabeza de un prisionero, los guardias se lo llevaban.»

Trasladaban a los hombres a una sala vacía contigua y allí los dejaban en el suelo para que fueran recuperándose. A medianoche, el suelo estaba lleno de prisioneros en diverso estado de recuperación.

Gottlieb circuló entre los hombres y colocó una bayoneta junto a cada uno de ellos.

Después se dirigió a una habitación contigua y empezó a manipular los interruptores de una caja negra para transmitir señales a los electrodos implantados. Gottlieb explicó al desconcertado Buckley que quería que los electrodos estimularan la violencia en los hombres hasta el punto de que utilizaran las bayonetas para atacarse entre sí. Gottlieb dijo que, si lo lograba, habría creado asesinos por encargo.

«Estaba tan excitado que casi bailaba. Dijo que la caja negra podía mejorarse hasta tener un alcance de un kilómetro y medio. A esa distancia sería posible infiltrar un asesino en la zona de un blanco desprevenido y ordenarle que matara. Pero el entusiasmo de Gottlieb no duró mucho. Los prisioneros se limitaron a sentarse, tocándose las heridas de la cabeza, sin dar muestras de violencia. El científico ordenó a los vigilantes que se los llevaran. Después les pegaron un tiro y quemaron los cadáveres», recordaría Buckley más tarde.

En total, veinticuatro prisioneros fueron sometidos a este tratamiento. Ninguno dio muestras de violencia, a pesar de que Gottlieb giró una y otra vez los mandos de la caja negra. Todos murieron de un disparo y después fueron incinerados.

Durante los dos días siguientes, sesenta prisioneros más corrieron la misma suerte. Al tercer día, Gottlieb y su aplicado equipo regresó en un avión a Estados Unidos.

Mientras los veía marchar, William Buckley decidió que informaría de todo ello a Colby. Cuando lo hizo, éste le dijo que «olvidara todo lo que había visto».

En el instituto, Jan Zielinski cada vez temía más el momento de ir a la «sala de sueño». Aquellos «gemidos y gruñidos» le parecían demasiado inquietantes. Algunas noches, en la cama, no podía dormir debido a lo que había visto: una mujer llorando por lo que le obligaban a escuchar, un hombre que, tras varias semanas de pesadillas inducidas por la química, se había convertido en un ser babeante. Lo peor de todo era cuando un paciente le imploraba que no le obligara a oír otra cinta a través del casco de fútbol o el auricular de la almohada. El técnico no podía hacer nada: Cameron insistía en que tenían que escucharlas.

Sabía que no era el único en sentirse horrorizado por lo que sucedía. Algunos de los médicos del instituto habían manifestado su escándalo ante la decisión de Cameron de administrar curare a los pacientes con el fin de paralizarlos para que no pudieran parar las cintas de ningún modo.

Pero las protestas del personal se manifestaban siempre de modo que Cameron no pudiera oírlas. Cuando Zielinski intentó hablar de ello con Rubenstein, su superior le recordó bruscamente lo mucho que ambos debían a Cameron. Zielinski cada vez estaba más convencido de que el instituto ya no era el mismo sitio donde él había entrado a trabajar. De la comunidad unida que había sido se había convertido en un lugar donde aparecían regularmente rostros nuevos y se hacía uso de todo el espacio disponible, hasta del último rincón.

En la torre de vigía donde el siglo anterior sir Hugh Alien observaba cómo entraban y salían sus barcos, los investigadores trabajaban en un cuarto de escobas renovado, un cuarto de la ropa transformado, en lo que había sido el cubículo del limpiabotas y en el dormitorio de una doncella. Los dialectos de África, Asia y Oriente recorrían las salas y los pasillos. Zielinski había advertido que algunos de los miembros del personal ni siquiera sabían interpretar las señales de las máquinas de *electrosbock*.

De todos modos, no había defensa posible para lo que el doctor Ataturk había hecho con Sammy.

Sammy ingresó en Norte Dos y no tardó en entretener a todo el mundo con las descabelladas historias que contaba sobre el interior del país. Explicaba que había luchado con un oso pardo y sobrevivido al ataque de un bisonte. Insistía en que había sido piloto de combate en Corea, miembro de la tripulación de un submarino en el Atlántico y *marine* en el helado Norte. En otras ocasiones también aseguraba que había trabajado en una mina de oro, como campeón de boxeo en una caseta de feria y había practicado la caza mayor. Lo había hecho todo, por lo menos en su imaginación.

Era un inventor de fantasías muy atractivo. Menudo y vigoroso, de ojos y pelo claro. Era tímido y encantador, y siempre conseguía sugerir que se encontraba en una situación que le resultaba ligeramente embarazosa. A Zielinski le intrigaba su voz de barítono, agradable y bien modulada, y Sammy le había confesado que no sólo había nacido en Gales sino que era druida. En su historial aparecía Nueva Escocia como lugar de nacimiento.

En cambio no había la menor duda acerca de dónde procedía el doctor Ataturk; moreno y musculoso, parecía lo que era: un hombre de los pueblos de las montañas del este de Turquía. Se había licenciado en medicina en Ankara y su gobierno lo había enviado con un visado de estudiante a Montreal. En el instituto cada vez había más médicos de ese tipo, que iban por un año y se les daban responsabilidades clínicas.

Al doctor Ataturk le habían asignado el caso de Sammy. El conflicto fue inmediato. Sammy afirmó que descendía del califa de Bagdad y se negó a que lo tratara un campesino. El doctor Ataturk exigió al paciente que se disculpara, y Sammy anunció que haría expulsar al médico del instituto por «insultar a un miembro de

la familia real». El médico le recetó mil miligramos de Largactil diarios y lo envió a la «sala de sueño».

Los psicoanalistas de equipo médico consideraban que Sammy era un caso excelente para psicoterapia pero, en lugar de ello, Ataturk le administró a Sammy ciento veinte *electroshocks*. Al decimoquinto día, Sammy murió de un ataque al corazón. El abatimiento que sentía gran parte del personal se convirtió en rabia, expresada en susurros, cuando advirtieron que Cameron no tenía intención de amonestar a Ataturk; en lugar de ello, el director médico emprendió otro de sus viajes, en esta ocasión, al Japón. Cada vez que salía de viaje, a su regreso aparecían más doctores extranjeros, pero ninguno despertaba una antipatía tan generalizada como Ataturk. Después de la muerte de Sammy, pasaron a llamarlo «doctor Muerte».

Cleghorn llevaba unas pocas semanas tratando a Agnes Roper, que había acudido en su ayuda con la condición estricta de que su marido no lo supiera. Cleghorn aceptó a regañadientes, consciente de que Peter Roper no tardaría en enterarse.

Los apreciaba a ambos. Agnes Roper todavía dejaba entrever la mujer que había sido, ingeniosa y llena de vida. Su esposo era uno de los psiquiatras más entregados del equipo, siempre dispuesto a ocuparse de casos clasificados como «perdidos» o «última remisión».

Cleghorn tenía la sensación de que el joven especialista se exigía demasiado y, después de empezar a tratar los miedos y frustraciones de Agnes, comprendió los motivos de su marido. La enfermedad maníacodepresiva de Agnes había convertido su casa en un campo de batalla. Cleghorn se daba cuenta de que los síntomas de la enfermedad indicaban que ésta se encontraba en una fase avanzada y sospechaba que ningún tratamiento sería de ayuda completa. Mientras realizaba la ronda matutina, Cleghorn pensaba que no podía tardar mucho más en hablar de Agnes con su marido.

Las rondas de Cleghorn eran más pausadas que las de Cameron. Pasaba mucho rato hablando con cada paciente sobre sus avances. Invitaba a los médicos jóvenes a que hicieran preguntas, y las respuestas le servían para juzgar el conjunto. Las rondas incluían también visitas a los pacientes del doctor Cameron cuando éste se encontraba fuera del hospital. Las notas que aparecían en sus historias clínicas indicaban que muchos de ellos recibían un tratamiento muy distinto del que él habría administrado.

Sin embargo, nada le había impresionado tanto como el caso de Simone, una adolescente amiga de su hija. Simone era una chica alta y vehemente y, en las visitas a su casa, algunas veces le habían llamado levemente la atención sus cambios de humor: en una tarde podía pasar de la locuacidad al retraimiento, pero no le había dedicado mucha atención. A su parecer, estaba muy lejos de necesitar ayuda profesional.

La primera vez que la vio en la cama del hospital no la reconoció. Parecía lo que él imaginaba que sería un zombi, uno de esos «muertos vivientes» de Haití que uno de los investigadores estaba estudiando en el «laboratorio de conducta transcultural» del instituto. Simone tenía la misma mirada vacía y palidez mortal que aparecía en las fotos de zombis que el investigador había traído de la isla.

Durante las dos semanas que llevaba ingresada, Simone había recibido cincuenta *electroshocks*: el doctor Cameron había diagnosticado que era esquizofrénica. Cleghorn ordenó que se detuviera el tratamiento. No podía hacer más.

De regreso de Vietnam, Sidney Gottlieb reflexionó sobre el modo en que las prostitutas de Saigón parecían capaces de manipular a los soldados estadounidenses. Se preguntó cuántas de ellas estaban a sueldo del Vietcong y, a partir de ahí, desarrolló otra operación para investigar el papel del sexo en la incitación para cometer un delito en operaciones encubiertas. De nuevo escogió San Francisco como ciudad para ponerlo a prueba; desde su punto de vista, en muchos aspectos recordaba el libertinaje de Saigón.

Richard Helms, al que Gottlieb reverenciaba abiertamente, era en aquel momento subdirector de la CIA. Era un hombre de la Agencia de pies a cabeza, y los galones que lucía los había ganado en la OSS. Durante su constante ascenso hacia la oficina del séptimo piso, Helms había animado a Gottlieb a desarrollar el MK-ULTRA hasta su máximo de posibilidades. Aunque desde fuera se le consideraba de talante burocrático, los que pertenecían al círculo personal de Helms encontraban en él el dirigente dinámico que echaban de menos desde la marcha de Allen Dulles. Helms consideró que la propuesta de Gottlieb de emplear el sexo como arma era «para desternillarse de risa».

Se destinó alrededor de un cuarto de millón de dólares a lo que se conoció con el nombre de Operation Climax. Alquilaban un apartamento en San Francisco, en la zona de Nob Hill, y reclutaban prostitutas del barrio de Tenderloin. Cobrarían entre quinientos y mil dólares por semana, según las horas trabajadas. Los psicólogos de la CIA las interrogaron para saber los motivos por los que habían empezado a trabajar en aquello, qué les parecía vender su cuerpo y de qué hablaban con los clientes. Los psicólogos compararon sus observaciones y sopesaron si era posible formarlas para convertirlas en agentes secretos. El espíritu de Mata Hari impregnaba el apartamento.

A continuación pusieron a prueba otra de sus teorías: la de que era posible infiltrarse en una reunión

pública, como un cóctel, y pulverizar a los invitados con LSD sin que se dieran cuenta y enviarlos a un viaje colectivo. Gottlieb aprobó con entusiasmo la propuesta.

Ordenó a sus técnicos que llenaran aerosoles de LSD y los etiquetaran como repelentes de insectos, desodorantes y perfumes. Entretanto, unos agentes de la CIA dedicaron una semana a visitar los bares del centro de San Francisco, repartiendo entre desconocidos invitaciones para la inauguración de un nuevo club.

El día escogido resultó ser caluroso, húmedo y bochornoso. Las prostitutas estaban de punta en blanco, se habían encargado bandejas de canapés y la cerveza y el vino se mantenían en hielo. Las ventanas estaban cerradas para que el LSD pulverizado no se dispersara. Llegaron los invitados, que no se conocían entre sí ni a sus anfitriones, y también se colaron muchos sin invitación. Pronto el piso estuvo a rebosar. Los psicólogos decidieron esperar hasta que todo el mundo «llevara dos copas encima» antes de empezar a pulverizar.

Pero mientras tragaban las bebidas pagadas por la CIA y sobaban a las prostitutas pagadas por la CIA, los invitados empezaron a abrir las ventanas. En vano los hombres de la Agencia corrieron de una a otra cerrándolas. Pronto estuvieron todas abiertas de par en par para dejar pasar la primera brisa de la noche. Los psicólogos empezaron a pulverizar habitación tras habitación, explicando que querían «refrescar el lugar» o «matar las cucarachas». Por mucho que se aplicaran, el viento se llevaba el LSD por la ventana.

Así fracasó otro proyecto del MK-ULTRA.

La Operation Climax no sólo tuvo un final deshonoroso, sino que también hizo que Gottlieb se planteara hasta dónde podía seguir trabajando con Cameron. Helms le había contado que en sus reuniones con el Departamento de Defensa de Canadá y con el servicio secreto de la Policía Montada había quedado patente que todos ellos estaban preocupados por su colaboración con la CIA. En la última reunión en Ottawa le habían insinuado que los canadienses empezaban a preguntarse qué estaba pasando en el instituto. Helms les garantizó que la investigación de Cameron se encontraba todavía en una fase inicial y que en el futuro, sin duda, la compartirían con Canadá.

Tras el desastre de San Francisco, Helms sugirió a Gottlieb que tal vez fuera buena idea tirar de las riendas del instituto en la medida de lo posible. Gottlieb señaló que Cameron seguía siendo el personaje más poderoso de la psiquiatría norteamericana, por no decir de todo el mundo occidental. En todos los sentidos, era la tapadera perfecta para la investigación del MK-ULTRA sobre el control psíquico. Helms insistió en que Gottlieb vigilara de cerca el asunto.

A principios de noviembre de 1963 se reunieron en la oficina de Gottlieb dos psicólogos de la Agencia, Walter Pasternak y John Gittinger, para controlar de cerca lo que sucedía en el instituto. También estaba presente el doctor Wolff. Gottlieb sugirió que la manera ideal de controlar a Cameron sin ofenderlo sería metiéndolo en el último programa de Gittinger. Este programa, denominado Sistema de Valoración de la Personalidad (Personality Assessment System, PAS), tenía como objetivo la predicción de la conducta de una persona. A Gottlieb le parecía otra clave para el control psíquico.

Habían gastado ya alrededor de un millón de dólares para desarrollar el PAS y habían examinado a más de 29.000 personas de todo el país sin que éstas lo supieran. Cuando consultaban a su médico, respondían también a los cuestionarios de Gittinger. Éste había introducido las respuestas en un ordenador. El PAS dividió las personalidades en dos amplias categorías: el tipo R, Reglado, y el tipo F, Flexible. Gittinger sostenía que bastaba situar una personalidad en una categoría u otra para avanzar una serie de juicios. Era posible predecir si una persona sería fiel, se emborracharía o se apartaría de la norma sexual, si controlaba su imaginación, se fijaba en los detalles, toleraba el aburrimiento, o bien poseía una personalidad inestable y demasiado indulgente.

El PAS admitía variables étnicas y podía aplicarse con el mismo éxito a un norteamericano, un ruso o un chino. Para la Agencia, suponía una herramienta inestimable en manos de los oficiales para dirigir a sus agentes o interrogar a presuntos espías. Su uso era muy complicado y exigía una valoración precisa de toda una batería de tests de inteligencia de Weschler, los más complicados de las escalas de valoración psicológica.

Gittinger tenía ahora una nueva y espléndida oficina en Washington, desde la que dirigía Psychological Assessment Associates. Había abierto oficinas en Tokio y en Hong Kong para realizar selecciones de personal para las empresas: así se recuperaban las enormes inversiones del MK-ULTRA en el PAS.

Gittinger deseaba probar el PAS en esquizofrénicos para poder comparar sus valoraciones con las de tipos más normales de personalidad. Mediante una lista de control con cuarenta «tendencias patrón de personalidad», confiaba en poder centrarse en las diferencias psicológicas entre personalidades sanas y enfermas y descubrir los síntomas esquizofrénicos incipientes en una persona supuestamente normal. Pero primero necesitaba un buen número de esquizofrénicos. Esperaba que el instituto de Cameron le proporcionara las cobayas humanas.

Wolff se encontraba presente porque en fechas recientes había llevado a cabo un examen del trabajo de

Cameron con el doctor Pasternak. A su parecer, parte de su investigación era francamente rara. Got-tlieb le recordó que Einstein había sido tomado por loco y declaró con pasión que Cameron seguía publicando artículos en algunas de las más destacadas publicaciones científicas, los cuales sugerían que podría estar a punto, por fin, de dar con la esperada clave del control psíquico. En el *American Journal of Psychiatry*, afirmaba en su artículo titulado «Repetición de señales verbales: cambios psicológicos y de comportamiento» que gracias a la «impulsión psíquica» se había conseguido cambiar «actitudes y relaciones personales, así como el concepto sobre el propio individuo».

En otro artículo, titulado «Imágenes del mañana», vislumbraba un futuro en el que la «reestructuración de la personalidad» se conseguiría de modo habitual mediante la «sugestión y la percepción extrasensorial». Lo había publicado en el *Journal of Psychiatry* británico.

Gottlieb quería una respuesta a la siguiente pregunta: ¿acaso todas aquellas pruebas publicadas no indicaban que durante los tres últimos años anteriores Cameron había hecho progresos importantes que suponían un beneficio potencial para la Agencia?

Así pues acordaron que el doctor Wolff y los dos psicólogos viajaran a Montreal para evaluar el trabajo del doctor Cameron y ver si allí había un número adecuado de esquizofrénicos para los planes de Gittinger.

En Vietnam había llegado la estación lluviosa. Saigón era un lodazal y los estadounidenses estaban empantanados en la selva. A Buckley aquello le recordaba Corea.

«Las nubes estaban demasiado bajas para lanzar ataques aéreos. Todo estaba húmedo, negro y frío. Llovía durante días seguidos y caía tanta agua que el barro se volvía líquido. Era como caminar por un batido de chocolate frío. Por la noche, la lluvia repiqueteaba sobre el techo de mi dormitorio y era imposible dormir. Llovía tanto que se cayeron las líneas telefónicas y, sin embargo, aquello no afectaba a los del Vietcong. Salían de la selva, lanzaban sus ataques sorpresa y desaparecían. Llegaban a las afueras de Saigón. Cuando los nuestros contraatacaban, se habían ido ya. Era como combatir contra fantasmas. Cuando llegaba la luz del día, las únicas huellas de su paso eran los casquillos de sus balas. Y los nuevos heridos en el hospital.»

Buckley percibía algo más que el mal tiempo: un desánimo creciente entre las tropas estadounidenses, cada vez más convencidas de que allí no pintaban nada, que aquella no era su guerra.

Mientras ascendía por la avenida que conducía al instituto, Velma Orlikow pensó de nuevo que aquel lugar era espeluznante. Ni siquiera el sol de aquel día de otoño disipaba esa sensación. Durante el viaje en coche desde Ottawa —la familia se había trasladado desde Winnipeg para que David pudiera atender mejor sus tareas como miembro del Parlamento—, Velma luchaba con la sensación de que no avanzaba nada con su terapia, o más bien retrocedía.

Durante los tres años anteriores había acudido regularmente a Montreal, una semana en cada ocasión, en calidad de paciente externa. Se sentaba en una habitación con una grabadora y un cuaderno para escuchar y escribir. Rubenstein entraba a intervalos regulares y cambiaba la cinta o se llevaba un cuaderno escrito. Con frecuencia soltaba algún comentario que le ponía los pelos de punta. El doctor Cameron seguía administrándole inyecciones de LSD y se le llenaba la cabeza de imágenes terroríficas de jaulas y criaturas, ataúdes y cadáveres. Cuando salía de las pesadillas, los síntomas permanecían: la depresión y la sensación de que no merecía la pena seguir viviendo. Sin embargo, en otras ocasiones se sentía «curada», de modo que cuando regresaba la depresión aún se sentía más abatida.

El doctor Cameron había grabado una cinta que confirmaba la sensación de que no tenía cura.

No se levantó para saludarla cuando ella entró en su despacho y se sentó en una silla delante del escritorio, intentando controlar los temblores.

—¿Qué tal, muchacha?

Siempre empezaba con la misma pregunta. Algunas veces no añadía nada más. Velma deseaba ardientemente hablarle de aquella sensación de desesperanza y de que no podía controlarla.

—No... No quiero... volver a venir.

Él clavó la vista en un punto ligeramente por encima de su cabeza, con las manos unidas por las puntas de los dedos, y le pidió que repitiera lo que había dicho.

—No... No quiero volver. No sirve para nada.

—¿Ah, no?

—No me siento... mejor. —Dijo la última palabra a toda prisa.

—¿Por qué no quiere recibir ayuda?

Silencio. Volvía a sentirse asustada.

—Bien, dígame por qué no desea recibir ayuda.

El tono de la pregunta no tenía nada de comprensivo ni afectuoso. Velma deseaba explicarse: odiaba que le hicieran escuchar su propia voz repitiendo una y otra vez los mismos recuerdos horribles y experimentar las

pesadillas que le atormentaban tras las inyecciones.

—Si no me dice lo que la inquieta, no puedo ayudarla, muchacha.

—David...

—No me cuente lo que inquieta a su marido, sino a usted. Eso es lo que quiero saber.

¡Qué fácil parecía! ¿No se daba cuenta?

—Muchacha, ¿qué pasa? —preguntó con voz dura e inquisidora.

A Velma le pareció que estaba enfadado.

Cameron se puso en pie.

—Muchacha, vaya a su habitación y escríbalo todo. Sólo así voy a poder ayudarla. Escríbalo. Lo que dijo su marido. Todo. Todo lo que le pase por la cabeza. Cómo se siente cuando hace el amor. Lo que piensa de su marido. Todo.

Velma pensó en David y en lo que sentía cuando estaba entre sus brazos. Pensó en Lesley y el modo en que crecía. Miró a Cameron.

—Quiero irme a casa. Quiero mejorar. Estoy inquietando a todo el mundo. Por favor, procure entenderlo. Por favor. —Las palabras cayeron de sus labios.

—¡Basta, muchacha!

Cameron se levantó y abrió la puerta del despacho. Se mantuvo silencioso y alerta, pendiente de que se marchara. Velma tomó el bolso.

—Gracias por recibirme —dijo ella con voz baja y abatida.

Velma deseaba desesperadamente no enojarlo. En el pasillo se volvió hacia él.

—Por favor... entiéndame.

—Muchacha, será mejor que vuelva. No importa lo que diga su marido. Lo que aquí importa es lo que yo digo.

Corrió por el pasillo hasta su habitación y, tras cerrar la puerta, se echó a llorar.

Aunque no había grabadora para registrar sus palabras, las recordaría bien: «¿Es que esto no va a terminar nunca?»

Después de que Gottlieb decidiera enviar al doctor Wolff y a sus dos compañeros a Montreal para evaluar de nuevo el trabajo de Cameron, mandó un mensaje bajo el epígrafe «máximo secreto» al télex de Buckley situado en la oficina de la CIA en la calle Choson de Saigón. El texto anunciaba que el 4 de noviembre de 1963 llegaban otros tres «médicos especialistas» para llevar a cabo más «investigaciones». Buckley debía garantizar que contarían con un número suficiente de «sujetos» para las pruebas y después tenía que regresar a Langley con los especialistas.

Cuando llegó el mensaje, Buckley se encontraba fuera de Saigón, en un viaje de estudio por la senda Ho Chi Minh. Se la denominada así en honor al legendario dirigente norvietnamita, y era la vía de suministro de hombres y provisiones desde el norte para sostener a los guerrilleros del Vietcong. Buckley había apostado sus hombres a lo largo del camino; los del Vietcong los llamaban *mynguy*, marionetas estadounidenses. Cuando los atrapaban, los torturaban y ejecutaban. Durante el año anterior, Buckley había perdido decenas de *mynguy*.

El propósito del viaje era sustituirlos. A cambio de arriesgar su vida, les prometía un hogar en Estados Unidos para ellos y su familia más directa después de terminar la guerra. Mientras tanto, les pagaba su ayuda en dólares.

Cada vez se preguntaba con mayor frecuencia a qué clase de país irían. En Estados Unidos se estaba produciendo una reacción violenta entre los negros por el trato que recibían. En Harlem se habían producido disturbios después de que un teniente de la policía fuera de servicio matara a un joven negro. Durante tres días, las revueltas fueron violentas, después se extendieron a Nueva Jersey y más tarde estallaron a más de mil kilómetros de distancia, en Dixmoor, suburbio de Chicago. Era como un fuego en la maleza.

Estos tumultos también tuvieron resonancia en Vietnam. Los negros declararon que estaban cansados de que los trataran como soldados de segunda y se produjeron desagradables incidentes raciales frente a los burdeles de Saigón. Para algunos soldados negros se convirtió en una diversión lanzar granadas contra sus propios oficiales blancos cuando éstos no eran de su agrado. Las mujeres vietnamitas se encontraban con que si atendían a los negros, los blancos las rechazaban.

Aunque Buckley no lo sabía entonces, aquellos incidentes de Estados Unidos que habían tenido reflejo en Vietnam marcarían el inicio de un ciclo que devastaría las ciudades del norte de Estados Unidos durante los tres años siguientes. Llevaría a que los padres negros boicotearan los colegios, al ascenso de Malcom X y el Black Nationalist Party [Partido Nacionalista Negro] y a la llegada de una generación de militantes negros. En

Vietnam había conocido a muchos, y estaban empezando a preguntarse por qué «combatían en una guerra de blancos».

En esas ocasiones era cuando más le gustaba salir de Saigón y dedicarse por su cuenta a lo que sabía hacer.

Su red incluía monjes budistas, monjas católicas, políticos, médicos y enfermeras, granjeros y periodistas locales. Trabajaban a lo largo de la senda hasta Hanoi. Entre ellos había cientos de puntos de escucha de la CIA situados a ambos lados del camino. Poco antes de salir de Saigón, Buckley había recibido más pruebas de su éxito. Un oficial del Vietcong se detuvo cerca de uno, y su presencia activó la grabadora miniatura que formaba parte fundamental del ingenio. Uno de los agentes recuperó el aparato más tarde y lo llevó a Saigón. Entregaron la grabación a los analistas de la Fuerza Aérea de Estados Unidos; ésta contenía información suficiente para que los bombarderos localizaran al oficial. Destruyeron con napalm toda la zona.

En los viajes de trabajo como aquél, Buckley había empezado a dudar de que Estados Unidos tuviera una base sólida para librar aquella guerra. Tras cien años de ocupación, los franceses no habían conseguido aferrarse a Vietnam. Antes que ellos, los chinos, que habían ocupado el país durante mil años, se habían visto obligados a marchar. ¿Cómo iba Estados Unidos a ganar, especialmente cuando habían empezado a comportarse de la misma manera que el Vietcong?

Continuamente recibían informaciones sobre violaciones y pillajes por parte de los soldados estadounidenses. Cada vez se extendía más el uso de productos químicos para eliminar la vegetación con la esperanza de dejar a los guerrilleros al descubierto. Los médicos militares estadounidenses torturaban a los prisioneros. Antes de viajar hacia el norte, Buckley se había enterado de que un cirujano norteamericano había arrancado el corazón de un guerrillero que estaba consciente; antes de que lo capturasen, aquel hombre formaba parte de un grupo que había masacrado a una patrulla estadounidense.

Mientras estuvo en el campo, oyó repetidamente que el Vietcong estaba conquistando los espíritus y los corazones de los campesinos survietnamitas. Los comandantes estadounidenses con los que se encontró en la selva le contaron que los guerrilleros habían lanzado una campaña para convencer a los civiles de que les prestaran apoyo.

Por la noche, cuando ocupaba una tienda en uno de los campamentos semipermanentes que el ejército estadounidense había instalado en las selvas, leía de nuevo alguno de los libros que llevaba consigo a todas partes, intentando en vano encontrar soluciones. Quizá Scott Fitzgerald se acercó más que nadie cuando escribió que Estados Unidos era como un barco que avanzaba contra la corriente. Si de una cosa estaba seguro Buckley, era de que en Vietnam la corriente los rechazaba.

El 3 de noviembre regresó a Saigón y encontró el aviso de Gottlieb. Empezó a hacer preparativos. Tal vez en otros tiempos se habría cuestionado la validez de lo que le pedían, pero hacía años que sabía que, si no lo hacía él, otro lo haría. Y lo hiciera quien lo hiciera, probablemente nada cambiaría el resultado de la guerra. Estados Unidos era superior en bombarderos, napalm y misiles. Pero los guerrilleros sabían sacar partido al terreno. Por mucho que el periódico *Pacific Stars and Stripes* intentara promover la victoria final estadounidense, la verdad era que «cada noche los aviones de transporte marchaban a casa cargados de cadáveres metidos en bolsas», recordaría Buckley.

Si Gottlieb creía que podía doblegar a los enemigos mediante *electroshocks*, al final se daría cuenta de la futilidad del intento. Según Buckley, «el MK-ULTRA se había convertido en un juego siniestro al que jugaban algunos hombres como Gottlieb y Cameron porque querían creer en él. En realidad no se lo creían, pero deseaban hacerlo».

Sin embargo, aquel día agotador de un noviembre tropical, William Buckley se dirigió a la cárcel de Bien Hoa y acordó que colocaran a unos cincuenta «tipos bien curtidos» en el mismo redil que Gottlieb y sus cirujanos habían utilizado para las cobayas humanas.

Al día siguiente apareció el equipo de Gottlieb compuesto por dos médicos, un anatomopatólogo y un psiquiatra del Pacific State Hospital de California. Cada uno de ellos llevaba una máquina portátil para administrar terapias electroconvulsivas.

Aquella tarde ataron a la primera docena de prisioneros a las mesas de operaciones. Administraron a cada hombre seis *electroshocks*. Durante las dos horas siguientes todos recibieron el mismo tratamiento. Después trajeron a los primeros hombres y les administraron otros veinte *shocks*. Y así hicieron con todos ellos. Doce horas más tarde se repitió el proceso.

Mientras tanto, el psiquiatra interrogaba a los prisioneros. Intentaba demostrar que la administración masiva de descargas eléctricas podía llevarlos a reconocer que el comunismo era «malo».

Lo único que declararon era que temían sufrir más *shocks*, pero éstos prosiguieron y los médicos fueron aumentando la intensidad de la corriente. A los dos días murió el primer prisionero. Diez más sucumbieron



durante las doce horas siguientes. Las autopsias realizadas por el anatomopatólogo demostraron que los hombres habían muerto de ataques al corazón provocados por las descargas eléctricas.

Aquella noche Buckley regresó en avión a Los Angeles con el equipo médico, que apenas abrió la boca durante el largo viaje. «Era algo más que una sensación de fracaso. Eran conscientes de que ni siquiera deberían haber iniciado el proyecto», consideró Buckley.

Al llegar a Los Ángeles, Buckley encontró un mensaje de Gottlieb ordenándole que tomara el siguiente vuelo a Ciudad de México. En el aeropuerto le aguardaba el hipnotizador que le había enseñado su oficio en Nueva York. Entregó a Buckley un sobre cerrado que le habían dado antes de volar hacia México.

El sobre contenía las instrucciones de Gottlieb para la Operation Mindbender [Operación psicoalteradora]. Consistía en convertir en asesino a un agente de la CIA mexicano, del que se sospechaba que trabajaba para el KGB. Para ello, el hipnotizador debería sumirlo en un trance; después Buckley lo llevaría al restaurante donde el jefe local del KGB cenaba habitualmente. El agente debía disparar al ruso y, en la confusión, Buckley debería matar de un tiro al mexicano.

Para hipnotizar al agente, se había reservado una suite en el hotel Sheraton de la ciudad. Durante dos días, Buckley y el hipnotizador aguardaron a que apareciera el mexicano, pero éste nunca se presentó.

Más tarde Buckley se enteró de que el agente del KGB, sospechando que se tramaba algo, lo había enviado a Cuba. Nunca se supo cuál fue allí su destino.

Gottlieb se negó a pagar al hipnotizador sus honorarios, y el hombre se vengó utilizando el teléfono de la suite para mantener largas conversaciones telefónicas con su esposa. Sumando los billetes de avión y el hotel, la Operation Mindbender costó alrededor de unos cuatro mil dólares del presupuesto del MK-ULTRA.

Durante su estancia en México, Buckley se entrevistó con el jefe local de la CIA. Éste le contó que la única diversión que le había proporcionado su trabajo fue descubrir que un antiguo operador de radares de los *marines*, tras «desertar» para irse a la Unión Soviética en 1959, había aparecido por la ciudad en compañía de un oficial del KGB. Realizaron varios viajes a las embajadas cubanas y soviéticas y se mezclaron con los diversos grupos de exiliados cubanos de la ciudad. El jefe local dijo que había enviado un informe sobre el asunto, pero que Langley no le había dicho nada al respecto. Ese hombre se llamaba Lee Harvey Oswald.

Al llegar a Langley, Helms comunicó a Buckley que tenía que viajar con el equipo de evaluación a Montreal. El subdirector explicó que quería «que un mensajero de confianza le transmitiera un punto de vista independiente».

El grupo tomó el avión de Washington a Montreal y llegó allí a primera hora de la tarde del 22 de noviembre de 1963. Los periódicos del avión estaban llenos de reportajes sobre el viaje del presidente Kennedy a Texas y señalaban que parecía estar cicatrizando la división entre John Connolly, el gobernador del Estado, y el senador Ralph Yarborough, que en algún momento había amenazado con destruir al Partido Demócrata de Texas. Cuando el grupo se acercó al instituto, la radio del taxi anunciaba que el séquito de Kennedy había llegado al aeropuerto de Love Field, Dallas, y que la caravana presidencial se dirigía hacia la ciudad.

Cameron saludó a sus visitantes y los llevó a recorrer las salas. Ante cada cama, el doctor Wolff echaba un vistazo a la historia clínica antes de formular alguna pregunta a los pacientes que estaban conscientes. Algunos permanecían echados, con los ojos abiertos y la mirada fija. Otros se encontraban en un estado de regresión demasiado profundo para comunicarse. Los médicos no se esforzaron por disimular su inquietud. Wolff preguntó una y otra vez: «¿Y éstos son casos típicos de sus éxitos?»

Cameron repetía que los pacientes eran buenos ejemplos de un «tratamiento positivo» tanto de la «eliminación de pautas» como de la «impulsión psíquica».

Buckley oyó que Wolff murmuraba a sus colegas que tenía la sensación de que «vivimos en dos mundos muy distintos. Por un lado está el de Cameron, y por otro el real».

Habían llegado a Sur Dos, cuando una enfermera salió corriendo de la habitación de un paciente externo gritando: «¡Le han pegado un tiro! ¡Han pegado un tiro al Presidente!»

Cameron la miró fijamente y dijo: «Muchacha, contrólese. ¿Qué tonterías está diciendo?»

Buckley y Wolf corrieron hacia la habitación. En la pantalla del televisor un comentarista anunciaba desde Dallas que el presidente Kennedy había sido asesinado.

Permanecieron delante del televisor escuchando las últimas noticias procedentes de Dallas. A Buckley todo aquello le producía una sensación surrealista; además, uno de los pacientes, desplomado sobre una silla de ruedas, no paraba de soltar risitas. El doctor Cameron ordenó a una enfermera que se llevara al hombre. Finalmente confirmaron que Kennedy había muerto.

La primera reacción de Buckley fue preguntarse cómo podía haber sucedido aquello. Dónde había estado la señal. Entonces recordó el informe «máximo secreto» que había recibido antes de salir de Saigón. Era una

valoración de la CIA sobre el riesgo que corría el Presidente, basada en la oposición creciente a la guerra del Vietnam. ¿Podía ser aquello el inicio de una segunda guerra civil en Estados Unidos?

A su lado, Wolff murmuraba algo a sus colegas. Buckley pescó algunas palabras: «Basta... Vamonos... Volvamos a Washington... He visto suficiente...»

Cameron seguía hablando: «Hay mucho más que ver. ¡No pueden irse así! Tengo importantes proyectos que enseñarles, nuevos planes que comentar.»

Buckley recordó más tarde que el tono de protesta de Cameron le pareció irreal. «Acababan de asesinar al Presidente y estaba hablando de sus proyectos. Wolff tenía razón, aquel hombre estaba fuera de la realidad.»

Treinta minutos más tarde, mientras sus visitantes se dirigían hacia el aeropuerto, Cameron permanecía sentado y solo tras su escritorio, consciente de que no sólo había muerto el Presidente. Wolff le había comunicado que no recomendaría a la Society for Investigation of Human Ecology que apoyara ninguna nueva solicitud para el instituto.

De camino al aeropuerto, Wolff dijo a Buckley: «Esta locura tiene que terminar. Lo que he visto hoy deja bien claro que Cameron es un lastre para lo que hemos intentado conseguir. Hay que cortar todo vínculo con él.»

Cuando Buckley regresó a Langley, encontró a la Agencia sumida en la paranoia. La idea de que se trataba de una elaborada conspiración para asesinar al Presidente había arraigado ya, cuando un teletipo de Associated Press anunció que un agente del servicio secreto y un policía de Dallas habían muerto de un disparo en las proximidades de donde habían asesinado a Kennedy. Rectificaron rápidamente, pero la CIA tardó varias horas en abandonar la idea de que había sido un golpe de los rusos. La idea se reforzó cuando Buckley mencionó que el jefe local de México le había hablado de Lee Harvey Oswald, el hombre escogido para llevar a cabo el asesinato.

Buckley recordaba que en unos instantes «toda la zona de operaciones se puso patas arriba. Enviaron hombres a México y a Florida para que se infiltraran en la comunidad cubana, y también a todos los lugares donde sabían, suponían o imaginaban que había estado Oswald, e incluso a aquellos donde jamás había puesto los pies».

Buckley se encontró otra vez ante su escritorio de analista intentando comprender la génesis de una conspiración. Contempló el desarrollo del drama: Lyndon Johnson jurando el cargo a bordo del *Air Force One*, Jacqueline Kennedy, manchada de sangre y desconsolada a su lado, con el cadáver de su marido en la bodega del avión. Vio aterrizar el avión en la base aérea de Andrews y observó cómo se separaba lo viejo de lo nuevo: Johnson realizaba un breve trayecto en helicóptero a la Casa Blanca mientras el entorno de los Kennedy seguía el ataúd hasta el hospital naval de Bethesda para la autopsia que se realizaría aquella noche.

Buckley estaba adormilado cuando, justo antes del amanecer, llevaron a la Casa Blanca el ataúd cubierto con la bandera americana y lo colocaron sobre un catafalco en la Sala Este.

Para Buckley, como para el resto de Estados Unidos y de todo el mundo occidental, los tres días siguientes transcurrieron de modo confuso. Comió en el despacho, durmió a ratos en un sofá y no se molestó en lavarse ni afeitarse mientras se concentraba en averiguar lo que podía haber pasado. Al cuarto día lo relevaron y le ordenaron que se fuera a descansar, pero en lugar de ello se sentó ante otro televisor y contempló el funeral, que la televisión transmitió a todo el mundo, como había hecho con el asesinato.

Al día siguiente estaba otra vez en Langley, «intentando ordenar de nuevo las piezas». En un aparte, Richard Helms le dijo que el asesinato había sido obra de «un chiflado que actuaba solo. Ahora estamos seguros».

Al día siguiente del funeral del Presidente, Buckley estaba de nuevo en el instituto. Tenía un sobre cerrado para el doctor Cameron respecto al que Gottlieb le había dado instrucciones concretas. Buckley se lo entregó al psiquiatra explicándole que debía leerlo en su presencia, y Cameron así lo hizo.

—¿Ha comprendido bien el contenido, doctor Cameron?— preguntó Buckley.

El psiquiatra asintió. Ésa fue la única señal de que hubiera oído la pregunta.

Buckley se inclinó sobre el escritorio y recogió la carta, la metió en el sobre y volvió a cerrarla con un trozo de cinta adhesiva.

«El contenido estaba escrito en el rostro de Cameron. Se acabó», recordaría Buckley más tarde.

Volvió a Washington en el primer vuelo.

Dorothy Trainor, secretaria de Cameron, recordaba que éste envejeció de la noche a la mañana y se volvió retraído. El 26 de noviembre le dictó una nota dirigida a todo el equipo de investigadores anunciando que debían poner fin a sus proyectos. Cameron dijo a Roper: «Van a por mí», sin especificar quiénes, y envió al personal médico otra nota anunciando que «por el momento» podían continuar los tratamientos que él había prescrito.

Durante los siete meses siguientes, Cameron visitó repetidas veces a una serie de compañías farmacéuticas con la esperanza de que financiaran su trabajo. Enseñaba los artículos que había publicado e intentaba contagiarles sus convicciones, pero siempre volvió con las manos vacías.

Al cabo de un año, los fondos aparentemente ilimitados que en otros tiempos inundaban el departamento de financiación casi se habían terminado. El instituto seguía adelante con poco más que las cantidades que pagaban los enfermos y las becas ya otorgadas de la Universidad McGill. Dorothy Trainor recordaba que Cameron «estaba cada vez más encerrado en sí mismo y mostraba síntomas de depresión». Cada día que pasaba, su futuro parecía más sombrío.

Cameron intentó varias veces llamar a Gottlieb y a Wolff. Sus ayudantes prometieron que responderían a sus llamadas, pero no lo hicieron.

El invierno dio paso a la primavera de 1964 y después al verano. Ni siquiera el sol y los cielos azules consiguieron aliviar el pesimismo que invadía el instituto. El personal se había ido, los laboratorios estaban cerrados, los nuevos pacientes eran escasos. Las invitaciones al doctor Cameron para pronunciar conferencias médicas por Canadá y otros lugares se habían interrumpido casi por completo. Después de que la telefonista le dijera que los teléfonos directos que le habían dado ya no estaban en uso, había dejado de llamar a Gottlieb y a Wolff.

La tarde del 24 de julio de 1964, Peter Roper hizo algo que nunca había hecho: entró bruscamente en el despacho de Cameron, sin llamar, tras apartar a la sobresaltada Dorothy Trainor, que estaba a punto de entrar para tomar notas, y cerrarle la puerta en la cara.

El doctor Roper estaba furioso por lo que había oído aquella mañana en un tribunal de Montreal que trataba un caso de divorcio: el testimonio de su esposa en su propio divorcio.

La compasión que sentía por Agnes se había convertido en incredulidad y finalmente en rabia cuando, al final de su declaración, reveló que no sólo había consultado a Robert Cleghorn sino que había sido paciente de Cameron. Roper escuchó contar a Agnes, sin dar crédito a sus oídos, que Cameron le había dicho que su marido tenía «un defecto de carácter que resultaba patente en su trabajo y que no avanzaría nunca en su profesión porque era prepotente y agresivo».

Plantado ante su escritorio, Roper se enfrentó a Cameron. ¿Había dicho aquello?

Cameron lo miró fijamente y no contestó.

Súbitamente, el médico sintió pena por aquel hombre demacrado que se sentaba tras la gran mesa y una grabadora, como símbolo de sus tratamientos.

«Está acabado —pensó el doctor Roper—. Este hombre está acabado.» Desapareció la rabia. ¿Qué más daba lo que Cameron hubiera dicho a su mujer? La vida con Agnes había terminado ya, la sentencia del juez le había puesto fin.

Cameron rompió el silencio. «Son los franceses, lo han estropeado todo. A su muchacha. Todo», dijo con un murmullo ronco.

Se recostó contra el respaldo de la butaca y clavó los ojos en algún punto situado por encima de la cabeza de Roper. Este dio media vuelta y salió del despacho.

A los dos días, el 26 de julio de 1964, Ewen Cameron congregó a todos los médicos y enfermeras en la sala de conferencias del instituto. Cuando todos se encontraron allí, les dirigió la palabra: «En este mismo momento presento mi dimisión. —Examinó un momento los rostros atónitos—. No quiero ninguna fiesta.»

Una hora después se había marchado ya.

Al atardecer, Robert Cleghorn había sido nombrado sustituto de Ewen Cameron. Lo primero que dijo al personal fue: «De acuerdo, no organizaremos ninguna fiesta, pero tampoco un velatorio. Tenemos muchas cosas que hacer.»

Más tarde, Cleghorn escribió en su dietario: «La dimisión es incomprensible. Es algo demasiado fuerte, repentino, abrumador.»

A las veinticuatro horas, Cleghorn había ordenado que se pararan todos los tratamientos de «eliminación de pautas» e «impulsión psíquica». Se cerró el «laboratorio de radiotelemedicina» y se dismanteló la «cámara aislante». Se retiró del sótano todo lo que le daba un aire de centro de interrogatorio. Rubenstein fue uno de los primeros despedidos. Regresó a Londres, tan misterioso como cuando llegó. Zielinski no tardó en marcharse. Entre los médicos despedidos también se encontraba Ataturk.

La noche de su renuncia nadie se preguntó por qué Cameron había cargado en su coche varios archivadores. Contenían todos los papeles relacionados con el MK-ULTRA. Nadie sospechaba ni remotamente que todo lo que había hecho a sus pacientes había sido por encargo de la CIA y, en última instancia, del gobierno de Estados Unidos.

Al verlo marchar, llena de tristeza, Dorothy Trainor tuvo la sensación de que «la magia había desaparecido».

Y la brujería también.

La dimisión de Ewen Cameron causó consternación en Langley. William Buckley recordaría más tarde: «De acuerdo con los planteamientos de la Agencia, había que proteger a Cameron urgentemente.»

Buckley fue enviado a Lake Placid para que lo hiciera.

Llegó a primera hora de la noche del 27 de julio. Buckley se asombró ante el cambio que había experimentado el psiquiatra. Además de que parecía haberse encogido, vestía unos pantalones viejos y una chaqueta de punto en lugar del traje bien cortado que siempre llevaba.

Tras preparar unas bebidas se sentaron uno frente a otro en unos sillones en el estudio de Cameron. En el suelo se encontraban los archivadores que había traído del instituto.

Buckley le explicó que había venido a buscarlos, junto con otros papeles importantes. Cameron asintió.

Buckley le preguntó por qué había dimitido.

—Oiga —preguntó el doctor Cameron, rompiendo su silencio—, ¿y eso que tiene que ver con la Agencia? —Su irritación era evidente.

Buckley dijo que las especulaciones podían causar problemas.

—No me interesan los problemas de su gente —contestó Ewen Cameron, agitando los cubitos de hielo del vaso.

De repente se puso en pie y miró a Buckley; todavía se adivinaba en él el Cameron autoritario que Buckley recordaba. Recogió los archivos y se los llevó al coche. Necesitó varios viajes. Al terminar, Cameron le tendió varias carpetas marrones muy gruesas.

—Esto es todo lo que tengo relacionado con los suyos —dijo.

Buckley tomó las carpetas. Cameron cerró la puerta antes incluso de que Buckley se hubiera alejado.

El 4 de agosto de 1964, Buckley envió una nota a Gottlieb en la que declaraba que, tras revisar los archivos y carpetas, había comprobado que no contenían nada de importancia. Terminaba diciendo que estaba seguro de que el doctor Cameron nunca revelaría su relación con la Agencia.

Gottlieb no acusó recibo del comunicado, pero ese mismo día notificó a Richard Helms que se había contenido una situación potencialmente complicada, y que no era necesario abandonar la búsqueda del control psíquico.

Transcurrido un mes exacto de la recuperación de todo el material de Cameron, Gottlieb adjudicó a éste un nuevo acrónimo: MK-SEARCH. Con un nuevo presidente en la Casa Blanca, Lyndon Johnson, y Richard Helms custodiando el proyecto, Buckley recordaba que, según Gottlieb, «las cosas seguían como siempre».

Buckley tenía que regresar a Vietnam. Antes de marcharse, almorzó con Helms en el comedor de la dirección situado en el séptimo piso de Langley. Helms le explicó que su tarea en Saigón no sería fácil. La oposición a la guerra se estaba intensificando, y tanto las Fuerzas Aéreas estadounidenses como la Defense Intelligence Agency, el servicio de espionaje de Defensa, intentaban recuperar el control sobre los acontecimientos. La batalla entre la tecnología y los métodos humanos de recogida de datos se hacía más reñida.

Afortunadamente para la Agencia, Johnson partía de la base de que era necesario tener hombres en el lugar; Helms decía que en su primera reunión con el Presidente se le dijo que éste quería que «sus» hombres lo mantuvieran informado en las comidas de los martes y las reuniones especiales celebradas a altas horas de la noche, cuando se ponía al día de la guerra. La tarea de Buckley consistía en garantizar que el análisis de Saigón era sólido, y el Presidente podía afirmar con tranquilidad «así son las cosas».

Buckley contestó que no sería problema: lo único que deseaba era la garantía de que Gottlieb no enviaría más «especialistas» a Vietnam, y Helms accedió.

Por su parte, Gottlieb estaba demasiado ocupado organizando el MK-SEARCH. Autorizó un presupuesto de 30.000 dólares para nuevos pisos francos en Chicago y Los Ángeles y destinó 150.000 a un laboratorio en Baltimore para que investigara sobre microorganismos que pudieran «provocar cualquier cosa, desde perversiones sexuales a una muerte achacable al monóxido de carbono». Estas instrucciones aparecían en una nota que Gottlieb firmó el 10 de septiembre de 1965. Confiaba en que la investigación terminara por proporcionarle nuevos datos para el *Manual para el asesinato* que había escrito.

Volvieron a construir la «cámara aislante» de Cameron en un laboratorio del National Institute of Health, organismo público dedicado a la investigación, donde mantuvieron durante meses en aislamiento total a unos monos lobotomizados. Las técnicas de radiotelemedicina de Rubenstein se adaptaron para que la «energía de

radiofrecuencia» se radiara a los cerebros de unos animales previamente enloquecidos. Después decapitaron a algunos y trasplantaron sus cabezas a cuerpos de otros simios para ver si la «energía» de la radiofrecuencia podía, de un modo u otro, devolverles la vida. En un rapto inusualmente chistoso, Gottlieb bautizó la empresa como Operation Resurrection.

Se creó un nuevo conducto para financiar las drogas. La Amazon Natural Drug Company tenía una oficina en Iquitos, Perú, que llevaba John King, director de la división del hemisferio occidental de la Agencia hasta el fracaso de la bahía de Cochinos. Al igual que Dulles, había tenido que marcharse. Gottlieb lo devolvió discretamente al redil de la Agencia y le facilitó un presupuesto de casi un millón de dólares. King utilizó parte del dinero en comprar una casa flotante, llenarla de *bourbon* y navegar por las aguas estancadas del Amazonas con un pequeño equipo de botánicos de la Agencia que recogían hojas, raíces y cortezas. En los laboratorios de Langley, lo pulverizaban todo y lo mezclaban con la comida de los monos para ver si enloquecían o se mataban unos a otros. Efectivamente, muchos hicieron ambas cosas.

Para Gottlieb, Helms seguía siendo el jefe perfecto: tomaba decisiones rápidas y nunca vacilaba en correr riesgos o tomar atajos. Helms no había renunciado a la posibilidad de que algún día Gottlieb descubriera el secreto del control de la mente humana. Entretanto, Gottlieb seguía ideando, sin límites ni interrupciones, modos nuevos y mejores para desorientar, desprestigiar, mutilar y matar. Una vez más, la llave de la caja de Pandora se encontraba en sus pulcras manos.

El MK-SEARCH se puso a trabajar inmediatamente a toda marcha. Los proyectos abandonados se activaron de nuevo y se desempolvaban viejas ideas, entre ellas el empleo de la hipnosis, descartada tras el fracaso de Ciudad de México.

Gottlieb bautizó el proyecto con un nuevo nombre en clave, Operation Spellbinder [Operación cautivador], y le asignó una cantidad inicial de 50.000 dólares para intentar, una vez más, crear un asesino capaz de actuar cuando oyera la palabra clave asimilada durante la hipnosis.

Contrataron a un miembro de la American Society of Clinical and Experimental Hypnosis. Esta asociación estadounidense para la hipnosis clínica y experimental era una de las muchas organizaciones externas acreditadas entre las que la Agencia reclutaba expertos. Gottlieb apodó al hipnotizador el Dedos, por el modo teatral con que movía las manos para poner en trance al paciente. Gottlieb lo escogió porque en su archivo decía que el Dedos no tenía escrúpulos con los experimentos «terminales».

Al hipnotizador le dijeron que la víctima escogida sería, una vez más, Fidel Castro. La obsesión de la Agencia por matar al dirigente cubano seguía incólume. El Dedos y dos psicólogos de la Agencia viajaron a Miami y empezaron a moverse por la gran comunidad cubana simulando buscar trabajadores entre los numerosos inmigrantes sin empleo. Citaron en la habitación de un motel a los posibles candidatos para las intenciones del Dedos.

El hipnotizador hizo sentar ante él al primer cubano. Entonces, moviendo las manos, sumió al hombre en un trance. Le habló de la necesidad de matar a Castro y de que no era un crimen sino el único sistema para liberar a Cuba. El hombre asintió. El Dedos, animado, se dispuso a decirle la palabra clave y explicarle que, en cuanto la oyera y estuviera en presencia de Castro, debía matarlo de inmediato. La palabra era «cigarro». Para demostrar la eficacia, el Dedos ordenó al hombre que imaginara que estaba junto a Castro. Vigilado por los psicólogos de la Agencia, el Dedos pronunció la palabra. No sucedió nada. Lo intentó de nuevo. Nada. Finalmente, perplejo, el Dedos hizo salir del trance al hombre y repitió la palabra «cigarro». El hombre lo miró con aire inexpresivo y contestó que no fumaba.

El siguiente hombre no se despertó al recibir la orden y los alarmados agentes lo devolvieron en coche al barrio cubano y lo dejaron caer en una esquina, todavía dormido. El tercero se mostró violento bajo la hipnosis en cuanto se mencionó el nombre de Castro, y empezó a destrozar la habitación. Lo sacaron rápidamente del trance.

El equipó de la Agencia, derrotado, regresó a Langley.

A finales de 1966, la docena de proyectos del MK-SEARCH habían costado casi un millón de dólares sin ningún resultado real. La euforia se transformó en resentimiento y amargas recriminaciones, y se dedicaron días enteros a redactar informes para justificar los fracasos. Cada vez había más dimisiones dentro de la división científica de la Agencia, y muchos antiguos empleados encontraron trabajo en las compañías farmacéuticas a las que la CIA se había acercado en un principio en busca de ayuda. Los investigadores que habían trabajado en proyectos para provocar dolor pusieron su talento al servicio de la creación de drogas analgésicas. Otros que sólo se habían interesado por el trabajo «terminal» fueron tentados por motivos económicos a utilizar sus conocimientos para descubrir nuevas curas para la artritis, el lumbago y las dolencias cardíacas.

Temiendo que la fuga de cerebros retrasara a la Agencia en relación con los soviéticos y los chinos en la

magia negra del espionaje científico, Helms solicitó la ayuda de un viejo amigo, William Casey. Desde la época en que presentaron al abogado a Clover Dulles como experto en inversiones, Casey se había forjado una reputación y una fortuna formidables manejando con astucia acciones y títulos.

Casey viajó a Washington un día de noviembre de 1966. Helms quedó a comer con él en una suite del hotel Jéfferson. Mientras tomaban salmón escalfado y chablis —comida y bebida favoritas de Casey—, Helms esbozó el problema. La política de pagos del Gobierno no permitía a la CIA competir con los salarios ofrecidos por las empresas farmacéuticas. ¿Qué podía hacerse? Casey propuso una solución muy hábil: la Agencia podía crear una fundación para ayudar a su personal con préstamos a largo plazo y a bajo interés para comprar casas, pagar estudios y cosas similares. No sólo estaría encantado de estructurar esa fundación, sino que le gustaría contribuir personalmente a ella con cincuenta mil dólares.

Tras un lapso de casi veinte años, desde la época en que trabajaba con la OSS, Casey estaba asociado de nuevo activamente con sus éxitos. Cuando se enteró de la noticia, Buckley predijo que no pasaría mucho tiempo antes de que aquel hombre grande y tranquilo se convirtiera en parte del paisaje de Langley.

Una noche de septiembre de 1967 sonó el teléfono en la casa de Ewen Cameron, en Lake Placid. Alien Dulles llamaba desde Misisipí. El presidente Johnson lo había sacado del retiro, primero para formar parte de la Comisión Warren, que había investigado el asesinato de Kennedy, y ahora para analizar el racismo en el Sur profundo.

Para el antiguo jefe de los espías que había dirigido el turbio mundo del espionaje, donde las tramas para asesinar jefes de estado eran

cosa común, el investigar sobre las muertes de un puñado de trabajadores por los derechos civiles suponía una degradación. No sólo había tenido que desplazarse cojeando bajo el calor agotador del verano del Sur, con la pierna dolorida como consecuencia de una operación en el pie malo durante la infancia. Además le irritaba estar perdiendo la memoria. Le costaba recordar algunas cosas y tenía que escribirlo todo en un cuadernito que llevaba en el bolsillo. El problema era que no siempre podía leer lo escrito, le dijo a Cameron por teléfono.

—Dios mío, Ewen —añadió—, ¿qué hago? Me parece recordar que tú sabías mucho de cosas de la memoria.

Era un viejo amigo, que tal vez no pretendía nada más que un consejo.

William Buckley, nombrado por la Agencia para acompañar a Dulles en el viaje, recordaba que el antiguo director colgó el teléfono del hotel y repitió, con voz ligeramente desconcertada, las palabras de Cameron.

«Búscate un buen médico, Alien.»

El regreso de William Buckley a Estados Unidos señaló el final de su participación en la guerra de Vietnam. Durante todo un año había ayudado a poner en marcha una operación concreta que supuso el momento crucial de la implicación de Estados Unidos en la guerra. Se llamó Phoenix y, una vez más, Buckley trabajó junto con William Colby. El plan exigía asesinar en masa —o, por lo menos, capturar— a todos los dirigentes del Vietcong en Vietnam del Sur. Una vez más, el único índice del éxito sería el recuento de cadáveres.

Phoenix se basaría en las técnicas que el Vietcong había hecho suyas: el asesinato, el secuestro y la intimidación.

Colby contó a Buckley que la operación le parecía un «empujón para acelerar las cosas. Si el Phoenix funciona, podremos poner en marcha la retirada progresiva de Estados Unidos de la guerra. Los viejos problemas vietnamitas de corrupción y nepotismo ya no serán asunto nuestro y así podremos calmar la opinión pública en casa. El éxito del Phoenix también supondrá la reducción del coste actual de la guerra en dos tercios».

No obstante, apenas empezó a aplicarse el plan Phoenix, fue sometido a un feroz ataque público, no sólo en Estados Unidos, sino también en Europa. De nada servía que los encargados de relaciones con la prensa del ejército señalaran que las fuerzas survietnamitas eran responsables de los excesos o dijeran que utilizaban el plan Phoenix para zanjar venganzas personales. Todo indicaba con excesiva claridad que la CIA había desempeñado un papel clave en la preparación de la operación.

En un escrito dirigido a Helms, Buckley reveló «que en este momento el MACV [los survietnamitas] está causando una sangría feroz, fomentada por nuestra manía de medirlo todo a través del recuento de víctimas. A diario me llegan informes de individuos del MACV que matan a personas que les debían dinero o con quienes tenían algún tipo de desacuerdo personal. El Phoenix se ha convertido en un programa descontrolado donde imperan las *vendettas*».

Colby había dicho a Buckley: «Tendremos que llevarlo lo mejor posible. Nadie quiere aprobar crímenes

salvajes ni ajustes de cuentas. Es inmoral, y no quiero que intervengamos en eso. Pero nuestra gente no puede estar en todas partes, ésa es la verdad.»

Buckley tuvo la sensación de que no le quedaba más remedio que aceptar el juicio de su superior. Hacer otra cosa habría supuesto que lo enviaran de nuevo a Langley: «Y probablemente eso habría significado que otra vez tendría que someterme a Gottlieb. Era infinitamente mejor quedarse en Vietnam.»

Al final Buckley tuvo la sensación de que se había convertido en uno de los chivos expiatorios del Phoenix, aunque Helms intentó suavizar el golpe diciendo que necesitaban el talento de Buckley para analizar el curso de la guerra. Se encontró otra vez confinado en un despacho hasta que le encomendaron la tarea de acompañar a Dulles en su investigación por Estados Unidos.

Realizaron el viaje a través de una nación más dividida que nunca. Algunos recibían con alborozo las imágenes de los pueblos de los campesinos vietnamitas incendiados. Otros se regocijaron cuando Robert McNamara se opuso al bombardeo de Hanoi, señalando que el tonelaje de bombas que se lanzaba semanalmente sobre Vietnam del Norte superaba el de todos los explosivos que se tiraron sobre Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. El servicio secreto anunció que desde la llegada de Johnson al Despacho Oval habían sido detenidas más de quinientas personas por amenazar la vida del Presidente.

Mientras tanto, la violencia había ido en aumento. Ya no quedaba reducida a los guetos negros metropolitanos como Watts y Harlem, sino que recorría Estados Unidos con toda la furia de una guerra a gran escala y dejaba tras de sí una desolación a la altura de las imágenes procedentes de Vietnam.

Buckley no tenía respuesta para John Lewis, el dirigente negro que en las noticias de la noche declaró: «El Gobierno cae en una contradicción cuando dice al oprimido pueblo negro que no actúe con violencia en las calles mientras lleva a cabo una terrible matanza en Vietnam y la financia con un dinero que debería gastar en arreglar las cosas en este país.»

Buckley pensaba que Lewis aún estaría más horrorizado si supiera cómo gastaba la CIA parte de ese dinero para establecer lo que Helms había descrito como el «factor de credibilidad de Yuri».

Habían encargado a Gottlieb que encontrara el modo de determinarlo. Buckley, una vez más, se encontró con que le habían asignado el papel de aprendiz de brujo.

- El coronel del KGB Yuri Nosenko había desertado a Estados

Unidos en febrero de 1964 y había proporcionado a la Agencia información impresionante que revelaba, de entrada, el modo exacto en que el KGB había colocado micrófonos en la embajada estadounidense en Moscú. Un equipo de la CIA había viajado a la capital soviética y había informado que las revelaciones de Nosenko eran ciertas, lamentablemente.

Mientras tanto, el desertor dio a la Agencia una lista de más de veinte agentes soviéticos en Occidente que aguardaban el momento de entrar en actividad. La Agencia comunicó los nombres al MI5 británico y a otros servicios de contraespionaje europeos, así como al FBI. Nosenko demostró de nuevo que era una fuente perfectamente fiable.

Los interrogadores de la Agencia le preguntaron a continuación sobre Lee Harvey Oswald, asesinado poco después de matar al presidente Kennedy.

Nosenko dio muestras de una franqueza asombrosa y dijo que había examinado los archivos del KGB sobre Oswald y había descubierto que los soviéticos no estaban implicados en la muerte de Kennedy. Sin embargo, el dossier sugería de modo inequívoco que Oswald había sido un asesino a sueldo de un consorcio de millonarios estadounidenses de derechas que deseaban hacer callar definitivamente a un presidente cada vez más liberal.

Esta pregunta desencadenaba muchas otras sobre si Nosenko estaba autorizado a sacrificar deliberadamente a agentes soviéticos, revelar la trama de los micrófonos de la embajada y ofrecer información auténtica sobre la penetración del KGB en todas las estratagemas soviéticas para poder actuar como una versión moderna del caballo de Troya y causar estragos en el servicio de espionaje y el gobierno de Estados Unidos.

Si lo que afirmaba sobre el caso Oswald era cierto, dentro de Estados Unidos existía sin duda un grupo secreto tan rico y poderoso que había conseguido matar al Presidente.

Aunque Nosenko no fuera un infiltrado, bien podía ser un inocente, una víctima de las brillantes y maquiavélicas maquinaciones del KGB. ¿Los psiquiatras soviéticos habían dedicado años a preparar a Nosenko para fingir que era un desertor? ¿Era el comodín del típico juego de espionaje? ¿Era sincero, o se trataba de un farsante?

Estas preguntas llegaron a obsesionar a Helms. Tenía amplios motivos para temer y respetar a sus homólogos de Moscú, que no sólo poseían una astucia animal sino que gozaban de la fama de no repetir jamás una treta. Y nada en los archivos de la Agencia indicaba un precedente tan increíble como aquél por

parte de los soviéticos. Así Nosenko podría ser una argucia del espionaje soviético, tramada con todo el aplomo del KGB.

Helms creó una unidad especial de psiquiatras, psicólogos e interrogadores, entre los que se encontraba Buckley, para descubrir la verdad. Pasaron semanas preparando el terreno. Entre muchas otras cosas examinaron los trabajos de Cameron. También estudiaron los archivos que Buckley había recuperado de Lake Placid. Gottlieb supervisaba la preparación de un programa de tortura médica preparado para intentar establecer si Nosenko decía toda la verdad.

Lo llevaron a una casa oculta situada en el campo, en Westerij Maryland, casualmente cercana al lugar donde se le había administrado LSD a Frank Olson. El nuevo alojamiento de Nosenko tenía dos habitaciones. La primera estaba forrada para absorber las emisiones eléctricas; junto a una pared había una grabadora y un detector de mentiras lo bastante sofisticado como para medir respuestas involuntarias mínimas: la temperatura corporal, la conductividad eléctrica de la piel y el pulso. También podía calibrar y analizar variaciones en el tono y en la expresión. Buckley reconoció el detector, la máquina más sofisticada del equipo que había visto utilizar a Jan Zielinski para monitorizar a los pacientes en el sótano del instituto.

Durante horas sometieron a Nosenko al detector de mentiras. La conclusión fue que podría estar utilizando toda su fuerza de voluntad para engañar al detector. Una vez más le pusieron una cinta elástica alrededor del pecho que medía las funciones respiratorias. Le untaron las muñecas y la frente con un gel frío y conductor. Sustituyeron los electrodos y volvieron a empezar con las preguntas. El papel empezó a desenrollarse bajo las plumillas oscilantes.

Uno de los psiquiatras de la Agencia ordenó a Nosenko que respirara hondo, y durante unos instantes las plumillas se deslizaron sobre el papel a toda velocidad. Anotaron las variaciones. Aquella era la señal del inicio del interrogatorio de Buckley.

Éste se había preparado cuidadosamente para el papel. Tiempo atrás había aprendido que era necesario aferrarse a un factor situado más allá de la verdad, o por lo menos separado de ella. Mientras interrogaba a Nosenko, mantenía la voz inalterada. Todas las preguntas, aunque eran muy personales y afectaban a lo más íntimo de la vida de Nosenko, las formulaba con el mismo tono. Nosenko respondía de modo tan automático como sus latidos.

Tras pasar una semana contemplando cómo las plumillas trazaban curvas suaves sobre el papel, empezó a pensar que posiblemente contaba la verdad.

«Pero todos coincidían en que era demasiado pronto para saberlo. Podía estar preparado para resistir, para ofrecer datos sin rendirse. Todos sabíamos que la relación entre un desertor y sus interrogadores siempre es difícil. Buscábamos señales, el menor guiño, el más suave aliento que nos advirtiera del peligro. El arte de interrogar bien consiste en avanzar de modo lento y concienzudo. Teníamos que permitir a Nosenko que se sintiera cómodo con nosotros. Queríamos que entendiera que conocíamos su deseo de ser aceptado, necesitábamos que confiara en nosotros, pero no queríamos confiar en él hasta estar seguros», comentó Buckley más tarde.

Un mes después, Buckley escoltó a Nosenko hasta una habitación preparada especialmente. Era una copia de la «cámara aislante» de Cameron: una celda aislada en el sótano de aquella casa clandestina.

Al cabo de doce horas sacaron a Nosenko del aislamiento y volvieron a someterlo a la máquina de la verdad. Le formularon las mismas preguntas, de la misma manera que Cameron repetía las preguntas a los pacientes. En el mismo punto exacto del interrogatorio se le pidió que respirara hondo. Se compararon los gráficos para ver si el aislamiento le había afectado, pero no era así. El equipo de la Agencia llegó a la conclusión de que si Nosenko mentía, lo hacía magníficamente.

Durante un mes más, las preguntas se fueron alternando con períodos de aislamiento cada vez más largos. Emplearon para intentar quebrar la voluntad del desertor las técnicas que Gottlieb había postulado que los comunistas utilizaban para obtener sus «confesiones».

El rollo de papel sensible que salía de la máquina se evaluaba una y otra vez. Cada noche, un miembro del equipo resumía aquellos gráficos puntiagudos e informaba a Helms personalmente. En algunas ocasiones, Helms decía a Buckley que en algunos momentos estaba convencido de que Nosenko decía la verdad sobre el expediente de Oswald, pero otras se seguía preguntando si no sería un agente enemigo. A los tres meses, Helms dio la orden de que aumentaran la presión psicológica sobre el ruso.

Trasladaron a Nosenko a una nueva celda, donde había una potente bombilla encendida permanentemente. Buckley colaboraba en mantener una guardia de vigilancia día y noche, eliminando así el último vestigio de vida privada. No le permitían leer nada. Le arrancaron las etiquetas de la ropa y se borró lo escrito en el tubo de pasta de dientes. Cuando intentó ocupar la mente fabricando un ajedrez con hebras de hilo que sacaba del



jersey, le pusieron un chándal de nailon.

Según Buckley «no había otra manera. Nosenko era un tipo muy duro, ya había admitido que los mejores soviéticos le habían enseñado a resistir a los interrogatorios. No cabía duda de que le habían hecho pasar ya por lo que le estábamos haciendo. No era momento de detenerse. Si fracasábamos con Nosenko, probablemente habríamos dejado pasar al mejor agente que los soviéticos nos habían enviado nunca».

Siguieron con la máquina de la verdad, un gráfico implacable de la negativa tajante de Nosenko a «confesar». Cuanto mayor era la presión, más insistía en que sólo había dicho la verdad.

Al cabo de quinientos días, Nosenko fue colocado en una cámara de acero de poco más de un metro cuadrado especialmente construida para la ocasión. Había costado 2.500 dólares.

Cuando llevaba setecientos días en cautividad se quebró su entereza y se echó a llorar, rogando que lo creyeran. Los electrodos que llevaba sobre la piel confirmaron que no mentía, pero Helms se negó a aceptar la evidencia y el interrogatorio prosiguió.

Buckley fue el único miembro del equipo original que permaneció en el nuevo equipo de psiquiatras que se asignó al caso. Permaneció sentado y pasivo mientras Nosenko lloraba entre jadeos, y repetía una y otra vez «digo la verdad». Buckley creía que decía la verdad, efectivamente. «Nosenko había superado tiempo atrás la fase durante

la que quería complacer. Había pasado ya por todas las etapas del dolor. Me daba cuenta de que decía la verdad.»

Pero los psiquiatras de Gottlieb proponían métodos todavía más duros. Le hacían pasar hambre con la idea de que, debilitado físicamente, acabaría perdiendo la fuerza para resistir. No fue así. Los vigilantes golpeaban con barras de acero la bóveda durante horas seguidas. Le ataban auriculares a la cabeza y le hacían oír una cacofonía de sonidos durante veintitrés horas seguidas —el nivel óptimo para la «impulsión psíquica», según Cameron—. Nosenko insistía en que decía la verdad. Le dieron LSD. La droga le hacía pasar de fases de frenética euforia a las profundidades de la depresión.

Durante más de tres años y medio fue torturado por los psiquiatras e interrogadores de la Agencia que, muy a su pesar, empezaron a mirarlo con respeto. Si mentía, era el mejor mentiroso que habían visto en su vida.

Para Buckley, aquello había alcanzado una situación en que le «resultaba odiosa la idea de insistir una y otra vez. Si hubiera habido el menor indicio de que mentía, habría insistido, pero nada permitía pensarlo. Al final pedí que me apartaran del equipo de interrogadores».

En el equipo se había iniciado una discusión cada vez más acida. Buckley pensaba que hacía ya tiempo que los psiquiatras habían cruzado todas las fronteras éticas, pero Gottlieb presionaba a Helms para que continuara: tenían la oportunidad excepcional de poner a prueba el lavado de cerebro.

Helms escuchaba durante horas las grabaciones de los interrogatorios de Nosenko. Con el transcurso de los años, la voz del ruso había perdido su timbre fuerte y vibrante para volverse aflautada, más animal que humana. Pero ¿era la voz de la verdad —aunque ya no de la razón completamente lúcida— o del engaño?

El grado de obsesión de Helms empezaba a semejarse al que sugería la voz de Nosenko. El 21 de septiembre de 1967, el director convocó otra conferencia sobre el caso. Escuchó razones de uno y otro signo. Finalmente ordenó que lo liberaran, se fue a cenar a su casa y ahogó el último vestigio de duda en coñac.

Ante la cabana de esclavos reformada donde vivía, Gottlieb se bebió un vaso de leche de cabra. Durante casi catorce años había dirigido la búsqueda de la clave sobre el control de la mente humana. Finalmente la investigación había vuelto al punto de partida en aquella casa oculta en donde habían mantenido encerrado a Nosenko. Habían probado en Nosenko todo lo que, según su información, habían hecho los comunistas, y no habían tenido el menor éxito. Tras varias semanas de rehabilitación, concedieron a Nosenko una nueva identidad y facilitaron su integración en la sociedad estadounidense.

El 9 de septiembre de 1968 sonó el teléfono en la oficina del doctor Sargent en Londres, comunicándole la noticia de que Ewen Cameron había muerto la víspera de un ataque al corazón mientras ascendía una montaña cercana a su casa. Sargent escribió una nota necrológica —un exagerado homenaje— para el *British Medical Journal*, que apareció el 23 de septiembre de 1968:

«Cameron poseía grandes habilidades organizadoras, pero siguió ejerciendo la medicina hasta el final. Prefería tratar personalmente a algunos pacientes a permanecer en una cátedra que tantas responsabilidades administrativas y docentes implicaba. Gracias a ello estaba siempre atento a los problemas individuales de los pacientes y era también capaz de debatir sobre tratamientos desde una experiencia personal. Si bien le costaba soportar a los idiotas, respaldaba con todas sus fuerzas a quienes, según su opinión, hacían todo lo posible por mejorar el tratamiento de los enfermos mentales. Se negó a seguir la moda del psicoanálisis que arrasó en las

facultades de medicina tras la Segunda Guerra Mundial. Cameron murió tal como habría deseado, al pie del cañón, planeando nuevos programas de investigación. Ewen Cameron, con su trabajo y su ejemplo, no sólo ayudó a muchos psiquiatras a convertirse en mejores médicos, sino también, de modo directo e indirecto, a cientos y cientos de pacientes, tanto personalmente como a través de los médicos a los que había enseñado e inspirado.»

Años más tarde, Sargent comentaría: «Tengo por norma no decir ni escribir nada malo de los muertos.»

El 13 de septiembre de 1967, el día en que cumplía cincuenta años, Mary Morrow inició acciones legales contra el Alian Memorial Institute. Reclamaba 100.000 dólares por tratamiento poco ético. Había dedicado los seis años anteriores a preparar la demanda. Un abogado tras otro la habían escuchado, cada vez más incrédulos, mientras ella describía los diecisiete días pasados en el instituto. En algunas ocasiones tenía que esforzarse en recordar que no lo había imaginado todo. Se daba cuenta de que parte del problema era que, cuando consultó a un abogado por primera vez, tenía grandes lagunas en la memoria como consecuencia de los *electroshocks*.

Cuanto más se esforzaba en recordar todo lo que Cameron le había hecho, más decidida estaba a buscar una compensación legal. No la empujaba la posibilidad de una recompensa económica, sino también el convencimiento de que habían experimentado con ella cruelmente. Se preguntaba cuántas personas más habrían recibido el mismo tratamiento. Decidió que quería que se hiciera justicia, no sólo por sí misma sino por todos aquellos que habían sufrido en sus manos.

Se dirigió a más abogados. Uno tras otro se negaron y le plantearon la misma pregunta: ¿dónde estaban las pruebas de todo lo que decía que había sucedido? Sin embargo se negó a abandonar, aunque su madre y su hermana parecían darse por vencidas. Su actitud favoreció el desencadenamiento de otra depresión. Luchaba contra la fatiga y las pesadillas, y se recetó a sí misma antidepresivos.

Finalmente encontró un abogado dispuesto a llevar el caso, pero le dijo que la única esperanza de ganar residía en encontrar como testigos a médicos expertos que atestiguaran que había sido víctima de malas prácticas. Pero no conseguía encontrar a ningún psiquiatra canadiense dispuesto a comparecer ante un tribunal y denunciar lo que había hecho Cameron. Sentía que «el poder de la red hospitalaria McGill se extendía por todas partes. Cameron había levantado un muro y nadie estaba dispuesto a derribarlo».

Visitó a distintos médicos canadienses explicando pacientemente lo sucedido, aunque cada vez recordaba menos. No tardó en tener que cerrar los ojos para imaginarlo allí, jeringuilla en ristre, haciendo caso omiso de sus protestas, poniéndole la inyección y administrándole después un *electroshock*. Contaba su historia relajadamente y con naturalidad, tal como le había aconsejado el abogado, pero ningún médico de Canadá estaba dispuesto a enfrentar su reputación a la de Cameron.

La doctora Morrow se negó a rendirse y, al final, a través del Law Medicine Institute de Harvard, encontró a tres psiquiatras estadounidenses dispuestos a explicar a un tribunal que el tratamiento establecido para casos como el suyo era totalmente distinto del que Cameron había aplicado.

Cuando Velma Orlikow se enteró de la muerte de Cameron, encajó el dato junto con lo que todavía seguía descubriendo de sus propios sufrimientos. Su mentor era un psiquiatra, el doctor Gordon

Lambard. La había ayudado a desentrañar parte del misterio de su sufrimiento y a comprender que el dolor que la había llevado a buscar ayuda no era nada fuera de lo normal. Lo que sí la distinguía de los demás era lo sucedido durante el tratamiento, y el doctor Lambard no le ocultaba su indignación por el modo en que Cameron la había maltratado. Nada de lo que había hecho le había servido de ayuda. Las pesadillas y las horas interminables que había pasado escuchando las grabaciones que Rubenstein preparaba y se llevaba — con su sonrisa estúpida y sus bromas imbéciles— habían formado parte de una terrible tortura disfrazada bajo una sola frase: «Sólo quiero ayudarla, muchacha.»

Peter Roper había aprendido a ser más filosófico. Tras ser despedido por Cleghorn, emprendió una larga y briosa batalla para volver a ser admitido. Al final él y Cleghorn asistieron a una reunión del comité de relaciones laborales del rectorado de la Universidad McGill. Roper había enviado abundante documentación para demostrar que lo habían despedido injustamente. Alegaba que todo el asunto giraba en torno a un conflicto personal entre él y Cleghorn, acusación que Cleghorn admitía. Declaró ante el comité que «uno de los dos debía irse».

El comité pronunció su veredicto: aunque Roper conservaba la plaza de la universidad, ésta era sólo una «cascara vacía». Cleghorn se había equivocado al no declarar por escrito por qué no deseaba que Roper siguiera formando parte del personal del instituto, especialmente cuando la carrera de éste «peligraba y merecía una oportunidad justa para defenderla». Sin embargo, no se revocó el despido.

En 1969, Roper abrió una consulta privada cerca del instituto, y de vez en cuando enviaba allí a sus

pacientes. Cuando visitaba el instituto para verlos, se encontraba con frecuencia con que se había marchado algún otro miembro del equipo médico. Se preguntaba qué uso habrían hecho de su experiencia ahora que los métodos del doctor Cameron se habían proscrito.

Buckley decía que la llegada de Candace Hammond a su vida fue para él como un día de sol en otoño. Pensó entonces que no había aguardado en vano pues Candace era la mujer adecuada y su relación parecía el inicio de un nuevo amanecer. Así lo creyó al principio, y nada le hizo cambiar de opinión. Era su manera de ser fiel a ambos. Como sucede con el primer amor, recordaba bien lo sucedido.

Regresaba de un viaje a la escuela de formación de la CIA en Fayetteville, donde muchos años atrás había pasado por una iniciación psicológica, y como le sobraba tiempo decidió explorar ambas Carolinas. Mientras cruzaba una aldea llamada Farmer, vio una tienda de antigüedades sobre cuya puerta colgaba un letrero: «Candace Hammond, prop.»

Le intrigó el nombre: Candace le sonaba a personaje de *Lo que el viento se llevó*. Entró en la tienda. Nunca olvidaría que Candace llevaba un sencillo vestido estampado, no iba maquillada y tenía la piel bruniada por el sol. Le preguntó por qué se llamaba así y ella le contestó que su padre había elegido el nombre. De esa manera tan sencilla «me enamoré locamente».

Cuando ella terminó de enseñarle la tienda, sin dejar de hablar inteligentemente sobre los artefactos de la Guerra de Secesión, él ya se había dado cuenta de que ella «era especial». Las otras mujeres que habían ido pasando por su vida lo habían dejado vacío e insatisfecho. «Yo formaba parte del problema: pasar tanto tiempo fuera no favorece las relaciones duraderas. Es como ser un soldado durante la guerra, pero peor. El soldado sabe que corre el riesgo de que lo maten, pero en este trabajo nunca lo sabes. Y lo que lo hace peor es que, cuando te matan, con frecuencia nadie se entera de lo que te ha sucedido.»

No compartió con Candace ninguno de estos pensamientos la primera vez que se vieron, cuando ella le mostró los estantes y las mesas llenas de artículos recogidos de los campos de batalla del Sur profundo. Por el momento, estaba contento de estar en su compañía, compartir su sonrisa fácil, disfrutar del modo en que se movía y la suave cadencia de su voz. Más tarde pensó que en aquel momento estaba enamorándose de Candace.

Compró unos soldados de plomo y una pistola sin percutor, regateando un poco, como hacía en Saigón, riéndose, diciendo que en otros lugares del mundo podría comprar todo un arsenal por aquel precio. Candace sonrió y le contestó que aquello era Farmer. Él replicó que pagaría aquella cantidad si accedía a cenar con él. Ella aceptó.

Durante la cena, Candace le contó brevemente su vida. Tuvo algún lígüe en la universidad, pero ninguno llevó a nada serio. Tras licenciarse conoció a un hombre brillante y apuesto al que le interesaban las mismas cosas que a ella: los libros, la buena música y las antigüedades. Tardó en descubrir su lado oscuro: un ego enorme e insaciable y una inflexibilidad alarmante. Se alejó de él. Desde entonces, no había habido nadie más.

Mucho más tarde contó a Buckley que, en cuanto entró por la puerta, se dio cuenta de que aquél era el hombre de su vida. Pasarían muchos meses más antes de que él le contara para quién trabajaba. Ella contestó que no importaba, que lo quería a él, no a su trabajo.

Acordaron mantener su relación en secreto: en cierto modo así sería más valiosa, dijo Bill a Candace. En cuanto podía escapar de Langley, quedaban en algún sitio. Algunas veces ella iba a Washington, pero por lo general él prefería ir a Farmer. Buckley nunca hablaba de dónde había estado ni de lo que había hecho, y ella nunca preguntaba. Aquella era justo la relación que Buckley había deseado mantener: una mujer que lo amaba pero que no se imponía sobre su otro amor: su trabajo.

En diciembre de 1968, Buckley recibió una invitación para asistir a la fiesta de Navidad de los Dulles. Lo llamó Clover en persona, diciéndole que Alien y ella estarían encantados de verlo de nuevo.

A Buckley le llamó la atención el aspecto de Clover cuando lo recibió en la puerta. Aunque se acercaba a los setenta años, llevaba un vestido ceñido al cuerpo propio de una mujer de treinta y cinco y reflejos en el cabello azulado. Sin embargo, a pesar de la vivacidad de Clover, Buckley percibió tensión en muchos de los invitados. Clover le explicó que Alien estaba en la cama con un catarro, pero que había insistido en que no había motivo para cancelar la fiesta.

No obstante, algunos invitados miraban de reojo hacia arriba, donde se hallaba el dormitorio en el que Dulles estaba descansando.

Aunque habían transcurrido casi seis años desde que el presidente Kennedy había expulsado a Dulles, su reputación seguía garantizando que la crema de los servicios secretos de la ciudad se encontraría presente. Buckley suponía que habría allí más de cincuenta hombres dedicados al espionaje y al contraespionaje tomando copas y manteniendo conversaciones corteses. Buckley creía que una fiesta organizada por los

Dulles todavía era un lugar donde uno debía ser visto. Junto a la chimenea, un grupo cantaba villancicos.

Finalmente, Jeanie Houston, la esposa del consejero legal interno de la CIA del momento, preguntó a Clover si no estarían haciendo demasiado ruido para Alien.

—No, si se encuentra bien —contestó Clover mientras se encaminaba hacia la puerta para saludar a nuevos invitados.

Jeanie Houston se volvió hacia su marido.

—Me parece que deberías subir para ver cómo está Alien.

Houston asintió.

Helms, director en aquellos momentos de la CIA, se despidió alegando que tenía que asistir a otras fiestas, entre ellas a una en la Casa Blanca.

Buckley pensó que el director tenía un aire adusto. La fábrica de rumores de Washington decía que el presidente electo, Richard Nixon, quería mejores resultados de las operaciones de la Agencia en Vietnam. Aquello le recordaba a Buckley que Washington podía ser la ciudad más solitaria del mundo para aquellas personas cuyas carreras prosperaban o decaían cuando se producía un cambio en el Despacho Oval.

Houston regresó al salón y se dirigió a Jim Hunt; éste era uno de los amigos más antiguos de Dulles y llevaba muchos años en la Agencia. Houston murmuró algo con urgencia y los dos hombres volvieron a subir las escaleras. Algunos invitados miraron a Clover de modo significativo. Sin dejar de sonreír, Clover fue tras ellos, seguida de Jeanie Houston. Cuando Buckley salió al vestíbulo, los cantantes de villancicos gritaban cada vez más; se oían voces procedentes del dormitorio de Dulles.

—Santo cielo, Clover, Alien está enfermo —decía la voz de Houston, exasperada.

—Si es sólo un catarro, Larry. De verdad.

—¡Tonterías! Está echo polvo. Tal vez esté muñéndose. —La voz de Hunt revelaba preocupación.

—No seas tan melodramático —dijo Clover, suplicante—. Lo ha visto un médico esta mañana. Sólo tiene una gripe, deja de alarmarme. Desde que sufrió el último derrame cerebral tiene estos arrechuchos.

—¡Por Dios, Clover! ¡Esto no es un «arrechucho»! ¿No te das cuenta de lo enfermo que está? —replicó Hunt, casi gritando.

Desde el cuarto de estar, los villancicos seguían a todo volumen. Hunt apareció en la parte superior de las escaleras, y gritó dirigiéndose a Buckley:

—¡Haga callar a esta maldita gente! Y llame a una ambulancia. Diga que es urgente.

Utilizando el teléfono de la mesilla de la entrada, Buckley llamó al servicio de urgencias. Después se dirigió al salón y pidió a los invitados que no hicieran ruido.

—¿Qué demonios pasa? —exclamó uno de los invitados—. Tenemos derecho a saberlo.

—Alien está mal. Nos lo llevamos al hospital. —Houston bajó las escaleras a saltos y habló con voz llena de autoridad, con una actitud que no admitía discusión.

Los invitados empezaron a desfilar hacia la calle.

Clover permaneció junto a la puerta, repitiendo sin cesar:

—Gracias por haber venido. Alien habría sentido mucho que no lo hiciera.

Jeanie Houston se encaminó a la escalera. Cuando se marchaban los últimos invitados llegó una ambulancia, y dos hombres corrieron escaleras arriba con una camilla seguidos por Buckley.

Entraron en el dormitorio y se encontraron frente a Clover.

—¡Nada de camillas! ¡Nada de camillas! —repitió con firmeza.

Buckley recordó que una vez Clover explicó que la familia Dulles odiaba las camillas porque representaban un grado de indefensión impensable para un Dulles.

Buckley hizo un gesto a los camilleros para que se apartaran y entró en el dormitorio.

Dulles había reunido fuerzas para apartar la ropa de cama y sentarse en el borde del colchón. Intentó levantarse pero no lo consiguió. Lo intentó de nuevo pero volvió a caer sobre la sábana y tuvo que agarrarse a la cabecera para sostenerse. Houston y Buckley ayudaron a Dulles a ponerse en pie y lo llevaron casi en volandas al piso de abajo. En la entrada se hicieron cargo de él los camilleros. Pasaron los brazos de Dulles sobre sus hombros y lo metieron a toda prisa en la ambulancia. Clover fue tras ellos, indecisa otra vez.

—Será mejor que vayas con él —dijo Hunt bruscamente.

Jeanie Houston salió corriendo de la casa con un sombrero y un abrigo para Clover, pero era ya demasiado tarde. La ambulancia, con la sirena ululando, bajaba ya por la calle.

Cinco semanas más tarde, el 29 de enero de 1969, moría Alien Welsh Dulles. Buckley no pudo asistir al funeral: el infatigable Sydney Gottlieb le había asignado otra misión.

En enero de 1969, Gottlieb se había hecho cargo de la Office of Research and Development, la Oficina de Investigación y Desarrollo de la CIA, conocida por sus siglas, ORD. No tardó en convertirse en el buque

insignia de más experimentos estrafalarios y ambiciosos en busca del control psíquico. Gottlieb había trasladado a esta oficina a los médicos más innovadores y temerarios de la Agencia y había contratado a una serie de jóvenes especialistas procedentes de laboratorios de investigación médica civil, atraídos por los incentivos introducidos por William Casey para impedir la fuga de talentos de Langley. El equipo de la ORD estaba integrado por químicos, biólogos y médicos procedentes del Army Chemical Corps, el Cuerpo Químico del Ejército.

Gottlieb había convencido a Helms para que autorizara una cantidad inicial de 150.000 dólares destinada al proyecto en el que ahora participaba Buckley. Se llamaba Operation Often [Operación con frecuencia], una de las expresiones favoritas de Gottlieb. Una y otra vez recordaba a sus colegas que «con frecuencia» estaban tentados de retroceder cuando se encontraba muy cerca del objetivo, y que «con frecuencia» olvidaban que el único modo de avanzar en la ciencia era aprendiendo del pasado.

La relación de Buckley con Gottlieb nunca había ido más allá de lo profesional, pero desde el regreso de Vietnam, Gottlieb había empezado a producirle «verdadero desagrado. Nunca se planteaba que lo que él ordenaba iba a ponerse en práctica con seres humanos. Para él eran simples objetos con los que confirmar o descartar una teoría. Si sufrían un daño temporal o permanente, a él le daba lo mismo. En algunas ocasiones a mí también me costaba distinguir entre lo que él hacía en nombre de nuestro Gobierno de lo que ese mismo Gobierno hacía en Vietnam. Lo que lo confundía todo era que Gottlieb era siempre muy educado, nunca levantaba la voz. Si uno no sabía a qué se dedicaba, le parecía un perfecto caballero».

Las raíces de la Operation Often se remontaban a la investigación aprobada por el doctor Cameron para establecer vínculos entre el color de los ojos, las condiciones del suelo y la enfermedad mental. Mientras examinaba los archivos que Buckley había traído de Lake Placid, Gottlieb había encontrado la investigación incompleta de Cameron en relación con lo sobrenatural. La Operation Often se propuso ir más lejos y explorar el mundo de la magia negra. Según la declaración de Gottlieb sobre la misión, ésta pretendía «aprovechar las fuerzas de la oscuridad y poner en cuestión el concepto de que las zonas más íntimas de la mente son inalcanzables. El proyecto tiene como objetivo crear un nuevo tipo de ser humano psicocivilizado». Naturalmente, la criatura se encontraría bajo el total control de la Agencia. Gottlieb quería crear su propia versión del monstruo de Frankenstein.

El equipo de la Operation Often se dispuso a crear primero un supervirus exponiendo toda una serie de bacterias mortales a la luz ultravioleta, remediando los experimentos con tierra llevados a cabo en el Alian Memorial Institute. Otro grupo visitó a quirománticos y adivinos, y en las ciudades grandes acudió a las lujosas consultas de los videntes que atendían a los ricos y poderosos.

Se presentaban siempre como investigadores del Scientific Engineering Institute, Instituto de Ingeniería Científica, nombre inventado por Gottlieb. Convencieron a una serie de clarividentes para que se convirtieran en «asesores» de un programa de educación bastante impreciso, dirigido desde un piso franco de Washington.

En este piso era frecuente ver hombres de largas barbas o mujeres vestidas de gitanas hablando con gran seriedad con pulcros conductistas de la CIA de traje gris, interesados en el modo de identificar e interpretar las líneas de la vida y distinguir los diferentes bultos de la cabeza de una persona. Contrataron a un astrólogo de San Francisco, especializado en definir el carácter a través del color de los ojos del sujeto antes de que se hiciera público que era un farsante. No obstante, siguió en marcha la investigación para encontrar el modo de utilizar lo paranormal en el espionaje y el contraespionaje.

En octubre de 1970 se consideró la posibilidad de situar videntes en puntos estratégicos del bloque soviético. La intención era utilizar sus poderes para que «sintonizaran» en lugares como Berlín Este, Varsovia y Moscú, y observar qué «vibraciones» captaban. Se abandonó la propuesta porque los videntes tardarían años en hablar ruso con fluidez.

Buckley acompañó a una médium al edificio de las Naciones Unidas de Nueva York y le pidió que caminara al azar por las zonas de acceso libre. Buckley iba equipado con una pequeña cámara. Cuando la médium se sintiera en presencia de «un tipo de personalidad maligna», debía comunicárselo. Durante las semanas en que se llevó a cabo este experimento concreto no se le pidió a Buckley una sola foto. Según recordaba, «fue una temporada loca».

Se hicieron esfuerzos considerables para conseguir las huellas dactilares de una vieja «bestia negra» de la CIA, Fidel Castro, y las estudiaron quirománticos que desconocían a quién pertenecían. Decidieron que Castro era «un dirigente nato», «posiblemente, un futuro papa» o incluso «un varón con fuertes tendencias homosexuales». Este último chisme se transmitió a la Political Psychological División y se incorporó al perfil psicológico del cubano.

En mayo de 1971 la Operation Often tenía en nómina a tres astrólogos profesionales que trabajaban a jornada completa. Cada uno de ellos cobraba 350 dólares por semana más gastos, para compensar sus

ingresos habituales. Permanecían en cubículos insonorizados durante horas, en un piso franco, leyendo una amplia selección de periódicos y revistas. Se centraban en los temas que los «alertaban psíquicamente». Grababan en una cinta lo que se les ocurría sobre cómo podría desarrollarse un acontecimiento concreto.

Un astrólogo predijo que el presidente Richard Nixon ganaría un segundo mandato, pero que durante éste sufriría un severo revés político, asombrosa advertencia sobre el Watergate. Otro predijo que la guerra de Vietnam terminaría de modo desastroso para Estados Unidos, aunque a Buckley esta predicción no le pareció muy difícil de hacer, pues en aquellos momentos el conflicto costaba 25.000 millones anuales y el número de víctimas estadounidenses se acercaba a las 40.000. Todos los astrólogos predijeron un aumento de la criminalidad en el país y en el resto del mundo, y que el secuestro de aviones se convertiría en la mayor amenaza para los viajeros.

Los conductistas les pidieron un perfil psicológico del típico secuestrador, y los quirománticos declararon que se trataba de una «personalidad joven, desposeída, del tipo cubano».

Pidieron a los videntes alguna sugerencia para combatir a los secuestradores, y entre las más memorables se encontraban las siguientes: que las azafatas estuvieran preparadas para seducirlos; que los pasajeros viajaran en ropa interior y se cubrieran con una bata de la línea aérea, o que antes de cada vuelo el piloto pusiera el himno nacional cubano por los altavoces del avión y detuvieran a quien se levantara. La única sugerencia que la Agencia transmitió a las líneas aéreas fue que los pilotos llevaran mapas de aproximación para el aeropuerto de La Habana.

A principios de 1972, la Operation Often contrató a dos quirománticos más, ambos estadounidenses de origen chino, para seguir investigando sobre el modo en que la lectura de la mano podía adaptarse al trabajo de espionaje. Los conductistas del programa sabían que las distintas culturas producen diferentes personalidades y pidieron a los quirománticos que establecieran hasta qué punto éstas podían detectarse en las líneas de la mano. Iniciaron su trabajo y, haciéndose pasar por psicólogos especializados en educación, visitaron una serie de comunidades étnicas y viajaron al norte, hasta Alaska, para estudiar a los inuit, y al sur, a Nuevo México, para examinar la palma de los indios. Nunca presentaron sus hallazgos porque aquella investigación se canceló para que pasaran a investigar al Diablo.

Pronto la Operation Often se dedicó a la demonología. En abril de 1972 se estableció contacto con el monseñor encargado de exorcismos en la archidiócesis católica de Nueva York, el cual se negó en redondo a colaborar. Inasequibles al desaliento, los conductistas de la Agencia localizaron a Sybil Leek, una bruja de Houston que hechizaba con ayuda de un grajo llamado *Hotfoot Jackson*. Con el ave sobre el hombro, la señora Leek dio a «dos caballeros encantadores» de Washington un cursillo acelerado sobre la situación de la magia negra en Estados Unidos en aquellos momentos: se celebraban unos cuatrocientos aquelarres a los que asistían unas cinco mil brujas y brujos iniciados. Todos ellos formaban la discreta cúspide de una industria de la predicción que mantenía a diez mil adivinos a jornada completa y a doscientos mil con dedicación parcial, así como una industria creciente de cartas del tarot y fábricas que producían una gama cada vez mayor de objetos propios del Anticristo. Satán no sólo vivía, sino que florecía por todo el país.

Con el fin de monopolizarlo para la Agencia, Gottlieb decidió que el Diablo debía transformarse en algo respetable, así que a través de diversos conductos financió un curso sobre brujería en la universidad de Carolina del Sur. Doscientos cincuenta estudiantes se apuntaron a lecciones dedicadas a los ritos de iniciación y de fertilidad y a la invocación de los muertos.

Gottlieb también había vuelto al uso de implantes cerebrales. Racionalizó el fracaso de Vietnam y decidió que una guerra no era el lugar adecuado para experimentos como aquéllos.

Encargó un programa para evaluar los resultados conseguidos por José Delgado, un psicólogo de Yale. Delgado se enfrentó a la embestida de un toro que llevaba electrodos en el cerebro. Sin más protección que una pequeña caja negra en la mano, Delgado estimuló deliberadamente al toro activando un implante que acentuó la furia del animal. Cuando lo tenía casi encima, el psicólogo pulsó otro botón: el animal se detuvo, de inmediato como resultado de una señal, transmitida a esa zona del cerebro, que lo calmó. Delgado reconocía abiertamente que su método de control psíquico remoto todavía era primitivo y de resultados imprevisibles, pero Gottlieb estaba convencido de que llegaría el día en que no sólo los animales sino también los seres humanos responderían a órdenes transmitidas por electricidad.

Robert G. Heath, un neurocirujano de la Universidad de Tulane, se había acercado a esa perspectiva a través de sus experimentos de estimulación eléctrica del cerebro [denominada ESB en inglés] para provocar la excitación sexual de sus pacientes. Había llegado a implantar 125 electrodos en el cerebro y el cuerpo de un único paciente —en lo que pretendía ser un récord mundial— y a pasar horas estimulando sus centros de placer. Heath llegó a la conclusión de que la estimulación eléctrica del cerebro podía controlar la memoria, los impulsos, los sentimientos y provocar alucinaciones. Podía manipular la voluntad humana... a voluntad.

A finales de junio de 1972, Gottlieb recorrió la alfombra de la oficina de Helms y su tartamudeo, por lo general cuidadosamente dominado, se hizo evidente mientras se entusiasmaba con la idea de que por fin habían dado con la solución para controlar la mente humana: la estimulación eléctrica del cerebro era la clave para crear no sólo personas «psicocivilizadas» sino toda una sociedad «psicocivilizada». En ese mundo, todo pensamiento, emoción, sensación y deseo humano podría estar controlado por una estimulación eléctrica del cerebro.

Las posibilidades, tartamudeó Gottlieb, iban mucho más allá de la masturbación neurológica de los centros de placer provocada por Heath. No sólo podía detenerse un toro en plena embestida, sino que por fin podía programarse el cerebro humano para que atacara y matara siguiendo órdenes. Gottlieb insistió en que sólo un hombre podría conseguirlo: el doctor Stephen Aldrich.

Desde tiempo atrás, Gottlieb consideraba a este antiguo director médico de la oficina de la Agencia para espionaje científico —Office of Scientific Intelligence— como un individuo innovador. A partir de aquel momento, éste dedicó todo su tiempo, de sol a sol, a especular, teorizar y experimentar con la estimulación eléctrica del cerebro. Utilizando la tecnología informática más reciente, desarrolló el trabajo anterior de Rubenstein sobre radiotelemetría. El sueño frustrado que el técnico inglés había compartido con Cameron sobre un mundo de individuos controlados por electricidad se hizo mucho más real.

En la casa donde habían maltratado a Yuri Nosenko, Aldrich supervisó investigaciones muchísimo más complicadas. Entre el equipo se encontraba la máquina Schwitzgebel, desarrollada por Ralph K. Schwitzgebel en el laboratorio de psiquiatría social de la Harvard Medical School. Parecía una versión más pequeña del aparatoso transductor que Rubenstein había construido en el sótano de Montreal.

La máquina Schwitzgebel consistía en un «transmisor-reforzador de la conducta» ajustado a un cinturón corporal que recibía y transmitía señales a un módulo de radio. En la descripción oficial de la máquina, el módulo «está unido a un dispositivo (como los utilizados para seguir el rumbo de los misiles) adaptado para localizar al portador y mostrar su situación en una pantalla». La máquina Schwitzgebel —su mismo nombre sugería que se trataba de algo diseñado para hacer que la gente disfrutara con su servidumbre— era capaz de registrar todas las señales físicas y neurológicas de un individuo situado a una distancia de cuatrocientos metros. Suponía un avance impresionante en comparación con la distancia entre la «sala cuadrículada» y el cuchitril donde Cameron monitorizaba a sus pacientes en el sótano del instituto.

El 20 de septiembre de 1972 llegó a Langley la noticia de que Mary Morrow seguía adelante con su demanda contra el instituto y la sucesión de Ewen Cameron. En ocasiones anteriores se habían limitado a redactar informes sobre su caso, pero en esta ocasión, como respuesta a la intuición que había hecho famoso a Helms, éste ordenó a Buckley que siguiera el rastro de todos los pacientes de los que se tuviera constancia que Cameron había utilizado en sus investigaciones. «Helms quería saber si había algún modo —por remoto que fuera— de que pudiera vincularse lo que se les había hecho con la Agencia», recordaría Buckley más tarde.

Seis semanas después informó a Helms de que de ningún modo podría implicarse a la Agencia, excepto mediante el material que seguía en sus archivos. El 10 de diciembre de 1972, Helms ordenó cancelar la Operation Often. La investigación sobre las ciencias ocultas, integrada por una veintena de proyectos en marcha, se detuvo de inmediato. En un seco memorándum encabezado con la orden «destruyase tras la lectura», el director no ofreció a Gottlieb ninguna explicación.

A principios de enero de 1973, Sydney Gottlieb dimitió de su puesto en la CIA, y Helms no hizo el menor esfuerzo por retenerlo. Antes de su marcha, siguiendo órdenes de Helms, Gottlieb trituro los registros del MK-ULTRA y el MK-SEARCH. Más tarde, cuando Helms había sido relevado del puesto de director, su sucesor, James Rodney Schlesinger, le preguntó si algo «de nuestra historia reciente puede causarnos algún problema».

—No. Nada en absoluto —contestó Helms.

Varios pisos más abajo se guardaban en los archivos ciento treinta cajas con material incriminatorio que, de modo inexplicable, Gottlieb no había destruido. Buckley lo describiría como «el arma humeante que terminaría por destruir a Gottlieb y que estuvo a punto de terminar con la Agencia».

Schlesinger tenía cuarenta y ocho años y estaba muy vinculado a la política de Washington. Sus escasos amigos lo llamaban «señor Dinámico», y era un hombre siempre dispuesto a sustituir a otro en su puesto. Era economista de profesión y había trabajado para Rand Corporation y más tarde para el Departamento de Presupuesto. Antes de acudir a Langley, había sido presidente de la Atomic Energy Commission.

Desde su primer día en Langley dejó bien claro que había ido para limpiar la casa. En un abrir y cerrar de ojos, casi el siete por ciento del personal de la CIA fue despedido u obligado a dimitir. Muchos de los expulsados procedían del sector clandestino de la Agencia. El propio Buckley esperaba cada día que le llegara la comunicación de despido, pero no llegó. Le sorprendió, dado que el nuevo director había manifestado con

claridad que se acababa aquel tipo de espionaje, basado en los agentes. Ahora tocaba poner espías en los cielos y ordenadores capaces de tabular más deprisa que un ser humano.

Buckley se mantuvo en una posición discreta, lejos del séptimo piso, y siempre que le fue posible fue a Farmer para visitar a Canda-ce. Creía que un día Schlesinger recogería los frutos de la profunda discrepancia que había sembrado.

Entretanto, vestido con sus trajes de Brooks Bros y camisas con botones en el cuello, Buckley supervisaba un par de operaciones que «habían conocido tiempos mejores» y requerían de él poco más que poner en orden el papeleo. Se alegró de tener la oportunidad de ralentizar el trabajo: Vietnam le había crispado los nervios, igual que el episodio Nosenko.

Al conocer a Candace se dio cuenta de que en la vida había algo más que el ritmo acelerado de Langley. Últimamente, en algunas ocasiones, incluso había pensado seriamente en dimitir. Le habían llegado un par de ofertas a través de sus colegas que habían salido al mundo exterior para encargarse de la seguridad de una empresa o de un banco de tamaño medio. Pero sabía que aquello no era para él, no tardaría en aburrirse. Llevaba demasiado tiempo en la Agencia para marcharse ahora que se daba cuenta de que no iban a presionarlo. Ya llegaría el día en que alguien del séptimo piso advirtiera su potencial y lo pusiera a prueba.

Cuando llevaba tres días en el cargo, John D. Ehrlichmann, ayudante del presidente Nixon para asuntos nacionales, mostró a Schlesinger un grueso archivo con las supuestas últimas infiltraciones soviéticas en Estados Unidos. Se acusaba a Moscú de encontrarse tras una huelga de enterradores en Nueva York, otra de controladores aéreos y del intento de minar la moral de los jóvenes estadounidenses haciendo que los profesores introdujeran un programa de educación sexual realista. ¿Y quién, sino la Unión Soviética, se encontraba tras la campaña en favor del libre acceso al aborto, o de los miles de amenazas de bomba que recibía semanalmente Nueva York? ¿Quién se beneficiaba de la llamada a la revolución de Angela Davis, hija de la clase media negra, y los hermanos Soledad? ¿Quién, sino Moscú?

El archivo contenía declaraciones de que los médicos rusos habían torturado a los estadounidenses capturados en Vietnam del Norte, y de que la Universidad Patrice Lumumba de Moscú había iniciado una formación todavía más intensa de los médicos del Tercer Mundo en el arte de la tortura. Se afirmaba que el KGB había creado «centros de tortura» en Bulgaria y Alemania del Este, donde las víctimas soportaban una amplia gama de malos tratos infligidos por médicos.

Alarmado por las acusaciones de conducta incorrecta, Schlesinger ordenó que se emprendieran investigaciones urgentes y descubrió que, si bien apenas cabía duda de la veracidad de las acusaciones, no podía decirse que fueran nuevas. Los jefes locales las habían transmitido en varias ocasiones previas. Sin embargo, Schlesinger envió una nota a todos los empleados para que se informara de inmediato a la oficina del director de cualquier prueba que indicara que la CIA había formado parte de «cualquier tipo de actividad ilegal».

A los pocos días, tenía el escritorio cubierto de montones de papeles que se remontaban a la muerte de Frank Olson y a diversas operaciones de MK-ULTRA. Los papeles iban en aumento. Schlesinger quedó atónito al ver el alcance de la conducta irregular de la Agencia: nada había sido demasiado grande o pequeño, demasiado arriesgado o vil para intentarlo. El chantaje, el acoso sexual y todo tipo de violencia —con frecuencia, culminada con un asesinato— habían estado a la orden del día. Era horrible. Desde los días de Dulles, el soborno era práctica común en la Agencia.

Cada mañana, cuando tomaba la salida de la avenida George Washington, Buckley se preguntaba si una de las breves notas de Schlesinger estaría esperándolo pidiéndole que explicara lo sucedido en el Alien. Mientras recorría el vestíbulo principal con el emblema tallado en el mármol del suelo, pensaba en qué diría sobre lo mucho que sabía. No le gustaba revelar secretos.

Pero cuando llegaba a su oficina de la dirección de operaciones, no encontraba ninguna nota de Schlesinger. En las investigaciones sobre el pasado encargadas por el director, nadie hacía ni una pregunta sobre lo sucedido en Montreal.

Buckley sabía que era imposible que permaneciera oculto lo que se conocía en el séptimo piso como «las joyas de la familia»: las pruebas cada vez más numerosas sobre años de conducta ilegal y poco ética por parte de los empleados de la Agencia. No bastaba con triturar todos los papeles para garantizar que la tapa permaneciera en su sitio. ¿Quién sabía qué otras cosas había guardadas, qué otros papeles incriminadores se encontraban enterrados en el despacho de algún campus universitario o escondido en un archivador en alguno de los pisos francos que había utilizado la Agencia? En un momento como aquél, en que debido al caso Watergate se hurgaba en aguas profundas y turbias, otros podrían estar tentados de revelar pruebas sobre la conducta irregular de gobiernos anteriores. Lo cierto era que algunos detalles de las operaciones de la Agencia iban apareciendo en los periódicos, filtrados por algunos de los científicos que habían dimitido antes de que se



introdujera el plan financiero de Casey. Todo aquello se había convertido en una pesadilla para Schlesinger.

El 2 de julio de 1973, cuando llevaba sólo cinco meses en el puesto, el presidente Nixon lo nombró secretario de Defensa, puesto en el que se vería obligado a pelear con el secretario de Estado, Henry Kissinger. Schlesinger no tendría más tiempo para formular preguntas incómodas sobre el pasado de la Agencia.

Durante dos meses, el Presidente dudó antes de nombrar a William Colby décimo director de la CIA. La Agencia, cada vez más desalentada, acogió bien el nombramiento, especialmente Buckley. Colby era «uno de los nuestros». ¡Qué equivocado estaba!

Colby había conseguido alcanzar el aspecto del hombre invisible: trajes grises, cabello cano, gafas con montura transparente del color de la piel. Cuando le formulaban una pregunta que no deseaba contestar, echaba hacia atrás la cabeza, de modo que la luz se reflejaba en las gafas y convertía sus ojos en discos blancos.

Sentado remilgadamente ante su despacho, con las gafas descansando sobre la nariz, nada le gustaba tanto como digerir enormes cantidades de información a toda velocidad, tal como había hecho en Vietnam. Buckley fue una de las primeras personas que mandó llamar. Contó a Buckley que «no había manera de despistar a la jauría que empezaba a aullar camino de Langley», pero no pensaba ponérselo fácil. La *omerta*, la vieja consigna de silencio, todavía era muy importante para Colby.

Sin embargo, la desagradable tarea que se le había encomendado consistía en «encargarse del trabajo de sus predecesores en el punto en que éstos lo habían abandonado». Iba a investigar en la historia oculta de la Agencia y descubrir «qué actividades ilegales se escondían en los rincones ocultos de nuestro pasado clandestino, listas para estallar bajo nuestros pies en cualquier momento».

Para Buckley, «el momento de la verdad se acercaba. Lo que había sucedido en Montreal, en Vietnam, en muchos lugares, por fin iba a salir a la luz».

Mientras tanto, el caso Watergate permitía a Colby ganar tiempo. El 10 de octubre de 1973, el vicepresidente Agnew dimitió. Diez días más tarde, se produjo otra avalancha de despidos y dimisiones en el Gobierno de Nixon. Durante el invierno de 1973 y 1974, el Watergate acabó con lo que quedaba de la credibilidad del Presidente y sus ayudantes.

Colby hizo enormes esfuerzos por alejar a la Agencia de una situación que, el 27 de julio de 1974, se había convertido en algo inevitable. Aquel día, el House Judiciary Committee admitió la primera acta del *impeachment* contra Nixon, acusándolo de obstruir la justicia al intentar encubrir el caso Watergate. Dos días más tarde, el comité aprobó la segunda acta del *impeachment*. El 8 de agosto de 1974, el Presidente, utilizando un medio que nunca había dominado por completo —la televisión— comunicó su dimisión al país. Al día siguiente, el vicepresidente Gerald L. Ford se convirtió en Presidente.

Esa misma noche mandó llamar a Colby y le pidió que lo pusiera al día de los problemas que tenía por delante. Colby se los explicó con detalle, incluido lo que había sucedido en Montreal.

—¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —exclamó el presidente Ford.

A la mañana siguiente, Buckley recibió una llamada de Colby, el cual se limitó a decirle que le parecía que «sería buena idea que Buckley pusiera por escrito todo lo que sabía de aquel triste asunto de Montreal». Mera rutina, no debía inquietarse. Aquél era el estilo de Colby, y Buckley lo conocía bien. También sabía que se lo tomaría con calma. Lo sucedido en Montreal ya no era asunto suyo, como tampoco lo de Nosenko ni los acontecimientos de Vietnam. Se había despedido de todo aquello hacía mucho tiempo, había conseguido la inmunidad: que los demás se inquietaran por la suya.

Una mañana de diciembre de 1974, Colby y Buckley, al igual que tantos otros, se encontraron con que *The New York Times* publicaba un amplio reportaje sobre las actividades ilegales de la Agencia durante los gobiernos de Johnson y Nixon, y se insinuaba que aquella podredumbre podía remontarse a tiempos anteriores.

Para frenar la protesta nacional, el presidente Ford nombró una comisión, presidida por el vicepresidente Nelson A. Rockefeller, para investigar las acusaciones. Entre sus ocho miembros se encontraba el gobernador de California, Ronald Reagan. La comisión se reunía en el 716 de Lafayette Park, una casa de ladrillo propiedad del Gobierno donde Yuri Nosenko, entre otros, había residido antes de que lo llevaran a la cámara de tortura situada en el bosque. La comisión debía examinar las investigaciones biomédicas de la CIA y sugerir el modo de garantizar que no volviera a producirse ninguna de las malas prácticas demostradas.

Entre visita y visita a Washington —sólo asistiría a diez de las veintiséis sesiones de la comisión— el gobernador Ronald Reagan utilizaba su considerable encanto personal para intentar manipular la asamblea legislativa de California y convencerla de que financiara en secreto un plan que, cuando oyó hablar de él por

primera vez, le había parecido una solución tan ingeniosa como el final de una de sus viejas películas de serie B.

El gobernador, como muchos estadounidenses acomodados de mediana edad y clase media, estaba obsesionado con la violencia que impregnaba el país. El crimen había alcanzado límites sin precedentes. Reagan creía que la solución, al menos para California, era la propuesta formulada por uno de los más eminentes psiquiatras del Estado, el doctor Louis Jolyon West, jefe del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Los Angeles y director de su Instituto Neuropsiquiátrico. A principio de los años sesenta, cuando se encontraba en la Universidad de Oklahoma, había dirigido un programa de investigación sobre el LSD financiado por la CIA.

Sugirió al gobernador, que se mostró entusiasmado al instante, la creación y financiación de un «centro multidisciplinar para el estudio y la reducción de la violencia». En este marco, los médicos explorarían todo tipo de actitudes violentas, sus causas, detección, prevención, valoración y tratamiento.

Se planeó la instalación del centro en un antiguo emplazamiento de misiles situado en las montañas de Santa Mónica. West lo eligió porque «es accesible pero relativamente remoto, está bien vallado y tiene varios edificios donde puedan realizarse estudios comparativos, en un lugar aislado y adecuado, sobre los procedimientos experimentales para la alteración de una conducta indeseable».

El psiquiatra propuso que el centro tratara a personas que presentaran «agresividad antisocial e impulsiva». Los laboratorios se dedicarían a estudios neurofisiológicos, bioquímicos y genéticos de «individuos violentos, incluidos presos y niños hiperactivos».

Otras investigaciones se centrarían en la «violencia farmacológica» y el mejor modo de utilizar «drogas inhibitorias de la violencia». Contaría también con especialistas en combatir «actitudes amenazadoras de la vida durante el ciclo menstrual y en hacer estudios comparativos de los niveles de violencia entre distintos grupos étnicos».

Pero el centro se dedicaría sobre todo a desarrollar tests que, según esperaba West, «dieran respuesta a los desórdenes que predisponían un cerebro a la violencia antes de que ésta se produjera». Planeaba obtenerlo mediante diminutos electrodos implantados en el cerebro de personas que, presuntamente, mostraban «tendencias violentas», conectadas con pequeños radiotransmisores y monitores.

Los mismos métodos del MK-ULTRA y el MK-SEARCH que Ronald Reagan ayudaba a investigar en Washington recibían en California una cálida acogida por su parte. Compartía con entusiasmo el punto de vista de West de que un día la conducta de todas las personas con «tendencias violentas» estarían monitorizadas desde estaciones de control. A la primera señal de problemas, los encargados enviarían «drogas psicotrópicas adecuadas» para dominarla. El sistema sería caro, pero el gobernador Reagan imaginaba el día en que miles de sus conciudadanos californianos vivirían permanentemente monitorizados. Como decía a sus amigos, sin duda la realidad superaba a las películas.

A pesar de sus técnicas considerablemente persuasivas, el gobernador Reagan no consiguió convencer a la Cámara californiana de que siguiera adelante con la propuesta de West. Sin embargo, cuando se publicó el informe de la Comisión Rockefeller, el gobernador mostró su discrepancia con la conclusión que condenaba a la CIA por haber llevado a cabo un programa muy poco ético «para estudiar los modos posibles de controlar la conducta humana explorando de modo irresponsable los efectos de los *electroshocks*, la psiquiatría, la psicología, la sociología y las técnicas de acoso».

Reagan defendió a la Agencia, alegando que «en cualquier sistema burocrático compuesto por dieciséis mil personas, habrá siempre individuos que cometan errores y hagan cosas indebidas».

Más tarde, durante una cena con William Casey, Reagan confesó que si lo elegían presidente alguna vez, se aseguraría de que la CIA no tuviera que luchar nunca con una mano atada a la espalda. Por el contrario, le dejaría las manos libres para que, con los medios que ella escogiera, combatiera al enemigo, fuera quien fuera y estuviera donde estuviera.

De la misma manera que todas las personas que Buckley conocía recordaban dónde se encontraban el día en que asesinaron a Kennedy, también él se acordaba de dónde estaba el día en que el presidente electo Ronald Reagan ofreció el puesto de director de la CIA a William Casey.

Aquel 3 de noviembre de 1981, Buckley estaba hablando con Candace de si se convertía en socio de su tienda de antigüedades. Hacía ya tiempo que pensaba en ello e imaginaba que podrían viajar juntos por los viejos campos de batalla de la guerra de Secesión, buscando objetos de interés para vender en la tienda. Pero Candace lo sorprendió al decirle que no necesitaba ningún socio. Sólo quería que Buckley estuviera por allí.

«Desde luego, nadie te sorprende tanto como la mujer a la que quieres», comentó posteriormente Buckley a Casey, cuando ya se conocían bien. El director contestó sonriendo: «Con la única excepción del Presidente...»

Entonces Casey contó a Buckley por qué y cómo le había llegado la oferta de dirigir la Agencia.

Los dos puestos que Casey ansiaba habían ido a parar a otras personas: Gaspar Weinberger sería secretario de Defensa y Alexander M. Haigh Jr. secretario de Estado. Tras dirigir una campaña electoral modélica para Reagan, Casey esperaba uno de esos dos cargos, porque creía poseer la experiencia y la preparación suficientes para dejar su huella en las cuestiones militares o de política exterior.

Estaba a punto de cumplir sesenta y ocho años: caminaba arrastrando los pies y hablaba farfullando, pero raras veces trastabillaba.

Tras aquellas mejillas caídas y una sonrisa flaccida, conservaba una mente muy lúcida. Era capaz de percibir un punto débil más deprisa que un hombre mucho más joven, aprovechar o cubrir una brecha y destruir a un oponente con un torrente de palabras.

Reagan le había dicho que era su primera y única opción para dirigir la CIA.

Colby permaneció en el cargo hasta el 30 de enero de 1976, tras obedecer a regañadientes las órdenes de los comités del Congreso de que entregara los secretos de la Agencia. Había facilitado al Departamento de Justicia una información que llevó a Richard Helms a enfrentarse a una acusación de perjurio por no testificar «de modo pleno y completo» sobre la actuación de la CIA en Chile mientras él era director. Se le impuso una multa de dos mil dólares y una pena de dos años de cárcel, que no se vio obligado a cumplir. En Langley, Colby se convirtió en un apestado. Le hacían el vacío por haber entregado a Helms, el cual había vivido de acuerdo con el viejo código de Dulles: «Trabajamos en silencio y el silencio empieza aquí mismo.»

Años más tarde, Colby señaló que uno de los «peores momentos de aquella época fue cuando tuve que reunirme con la familia de Frank Olson para hablar de la entrega de los documentos de la CIA (sobre la muerte de Olson) y para desvelar y superar un secreto que llevaba oculto veinte años y había producido un enorme impacto en la vida de todos ellos».

Colby seguía aferrándose a la ficción de que Frank Olson se había suicidado, y tal vez eso explicara el enfrentamiento que tuvo lugar durante la comida entre Colby y Eric Olson. Este, cada vez más convencido de sus sospechas, no tenía ganas de «templar gaitas con un hombre que sabía la verdad pero se mostraba frío, controlado, tenso y torpe». Eric escogió como campo de batalla la guerra de Vietnam que acababa de terminar. Dijo a Colby que «todo aquello era escandaloso e inmoral». Si esperaba que su ataque hiciera caer a Colby en algún error que condujera a la confirmación de que Frank Olson había sido asesinado, no lo consiguió. Colby se dedicó a defender el papel de Estados Unidos en la guerra. «Podríamos haber ganado. Con más armas, habríamos ganado», insistió. Terminada la comida, Colby tendió a Eric un montón de documentos, presuntamente, «todo el archivo sobre el caso Frank Olson», añadiendo que «aquí se encuentra todo lo que usted debe saber».

Colby añadió que el documento de renuncia que había firmado la familia a cambio de la compensación de 750.000 dólares autorizada por el presidente Ford ponía fin a las responsabilidades de la CIA en el asunto. Pero el viejo jefe de espías no contaba con que Eric había desarrollado un fino olfato para detectar la verdad: pasó semanas estudiando la documentación y encontró tantas discrepancias que llegó a la conclusión de que Colby le había pasado «un informe falso».

Uno de los muchos misterios que Colby se llevó consigo de Langley era si lo había hecho por propia iniciativa o, en palabras de Buckley, «intentaba ganar puntos ante todos los que no lo tragaban por el modo en que, a su parecer, había traicionado a la Agencia». Dejó tras de sí un legado de sospecha, si bien era francamente absurdo el rumor que circuló con profusión por los pasillos de Langley insinuando que Colby era un espía soviético, y que terminó por publicarse veladamente en *The New York Times*.

Después de Colby llegó George Bush, el 31 de enero de 1976, y se marchó 356 días más tarde para ser compañero de candidatura de Ronald Reagan. Tras Bush ocupó el cargo Stansfield Turner, un almirante de cuatro estrellas retirado; poseía una capacidad intelectual formidable, había ganado una beca Rhodes y había sido uno de los estrategas más brillantes de la Marina. Consideraba que su misión era «gobernar la Agencia, alejándola de los escollos que amenazaban con destruirla por completo, apartándola de una costa peligrosa infestada de un cúmulo de irresponsabilidades que abarcaban desde Corea y Vietnam al Watergate».

Se sorprendió especialmente por lo sucedido en Montreal. «Fue una historia de horror —diría más tarde—, una terrible historia de horror. No debe volver a suceder.»

El informe de Buckley sobre el instituto se desvaneció en el laberíntico sistema de archivos de la CIA, tal como él sospechaba que sucedería. Más tarde pensó que «quizá Colby lo hizo destruir, porque en aquel tiempo era una práctica usual».

Turner ordenó que se regresara rápidamente a la consigna de la *omerta*. «Lo hecho no puede cambiarse, pero no debe seguir hablándose de ello en público.»

Durante las purgas iniciadas por Colby y proseguidas por Turner, Buckley fue enviado durante breves

períodos a Laos y después a África. Buckley hizo lo mismo que siempre en esas ocasiones: «Mantener la cabeza a cubierto, intentar hacer caso omiso de todos los rumores corrosivos y enviar mi más sentido pésame cuando se perdía un buen hombre.»

Buckley regresó a Langley y allí conservó la fama de analista metódico y cuidadoso; tal como le convenía, su trabajo originaba escasos comentarios del séptimo piso.

Como todo el mundo en Langley, se había formado su propia opinión sobre Stansfield Turner. «Consiguió caer mal a todo el mundo desde casi el primer día, cuando nos dijo que la Agencia era una "vergüenza". Su principal misión consistía en mantener a la Agencia lejos de cualquier cosa que no pudiera controlar. No quería oír nada sobre la valoración psicológica de un problema: el modo de obtener resultados era concentrándose en el uso de la tecnología y pensaba arrancar de cuajo todas las vertientes clandestinas del servicio. De entrada, despidieron a doscientos colegas míos, junto con otros seiscientos agentes de reserva. Cada uno de aquellos hombres había entregado su vida a la Agencia, pero Turner los echó a la calle de la noche a la mañana. Lo justificó con el pretexto de que la Agencia había crecido mucho durante la guerra de Vietnam: casi todos los despedidos rondaban los cincuenta años y tenían escasas o nulas posibilidades de encontrar un trabajo decente. Por algún motivo que desconozco a mí no me echó, pero no por eso me gustó. Evitaba cualquier relación personal y el séptimo piso se convirtió en su cofa, a la que raras veces tenían acceso los humanos de pisos inferiores. Dirigía la Agencia como si fuera su buque insignia. Había traído consigo a varios oficiales de la Marina, cuya única misión era impedir la entrada a cualquiera que quisiera verlo.»

El primer memorándum enviado por Turner a la reducida división clandestina fue para recordarles que la orden ejecutiva 11905 seguía «en pleno vigor». Esta orden, firmada por el presidente Ford en febrero de 1976, declaraba que «ningún empleado del Gobierno de Estados Unidos podrá participar o conspirar en un asesinato político». El *Manual para el asesinato* de Gottlieb fue retirado. Buckley, como otros agentes, había hecho copias del documento «como recuerdo» y lo llevaba consigo a todos sus destinos.

Más tarde, cuando se conocieron mejor, Buckley se lo comentó a Casey. El nuevo director sonrió mostrando todos los dientes y contó a Buckley las circunstancias de su nombramiento.

Poco a poco, como Casey sabía que sucedería, la decisión se centró en una cuestión clave. Paradójicamente, su transformación en uno de los ejes del mundo del espionaje estadounidense suponía el regreso a la vida pública. Se convertía así en una figura visible que debía rendir cuentas, entre otros, al Comité del Senado para Espionaje, el Consejo de Seguridad Nacional [National Security Council], la Junta Nacional de Inteligencia Exterior [National Foreign Intelligence Board, NFIB] y la Junta Asesora del Presidente para Inteligencia Exterior [President's Foreign Intelligence Advisory Board, PFIAB], un jurado compuesto por catorce ciudadanos cuidadosamente escogidos que seguían muy de cerca las actividades de los servicios secretos para informar al Presidente.

Casey odiaba los perros guardianes, aunque él mismo lo había sido en calidad de jefe de la Comisión de Bolsa y Valores de Nixon [Securities and Exchange Commission]. La temporada pasada en la SEC lo había llevado a una acusación de perjurio, derivada de las interminables investigaciones en las ramificaciones del Watergate. Lo acusaron de uso incorrecto de su despacho para ayudar a encubrir el caso, aunque al final la acusación se abandonó.

Casey habló de la oferta con Sofía, su esposa, en su casa de Mayknoll, una magnífica mansión victoriana en la costa septentrional, frente a Long Island. Sofía, una mujer esbelta y pulcra, con el cabello blanco peinado con laca, lo escuchó atentamente. Cuando terminó, lo miró de frente, con ojos tan confiados como el día en que se casaron, durante la Segunda Guerra Mundial. Si lo que deseaba era dirigir la CIA, ella lo apoyaría. Antes de acudir a Washington para recibir las recomendaciones de Turner a la Administración entrante, Casey hizo una serie de llamadas telefónicas a sus contactos en el mundo del espionaje de la capital. Intentaba descubrir una respuesta a un asunto que también lo inquietaba profundamente.

Le comunicaron que los agentes de la CIA en Teherán habían averiguado que algunos de los diplomáticos estadounidenses retenidos por los iraníes eran sometidos a torturas por parte de médicos para obligarlos a pronunciar las confesiones que se habían convertido en terrible rutina de las noticias de la noche.

Casey leyó el informe de la Comisión Rockefeller y sospechó que el trabajo de Ewen Cameron se estaba repitiendo en otros lugares del mundo. Durante la campaña electoral había surgido el tema de las violaciones de los derechos humanos por parte de algunos médicos soviéticos, y Casey había aconsejado a Reagan que adoptara una postura inflexible sobre el tema. También había fomentado las especulaciones de los medios de comunicación sobre la posibilidad de que los médicos soviéticos utilizaran a los presos de Castro en Cuba para experimentar. Casey aconsejó a Reagan que difundiera la noticia de que allí donde Estados Unidos tenía enemigos —en Asia, América Latina y África— los médicos torturaban de modo indescriptible a los presos.

Lo que inquietaba a Casey sobre los informes de Irán no sólo era que el compromiso de aquel país con el terrorismo fuera tan estrecho que permitiera que sus médicos violaran el tradicional juramento de no infligir daño a nadie, sino que, al parecer, la Agencia no hubiera seguido la noticia. Casey tomó otra nota en una ficha. Si ocupaba el puesto, una de sus prioridades sería investigar las acusaciones de que en Irán había médicos dedicados a la tortura.

Casey viajó a Washington en avión un miércoles 19 de noviembre de 1980 y se alojó en una suite en el hotel Jefferson, situado en el centro de la ciudad, al que los visitantes podían acudir cómodamente en taxi desde el Departamento de Estado, el de Defensa o el Capitolio.

En la suite telefoneó y recibió visitas hasta las diez de la noche. A las tres de la mañana seguía despierto y recorría la habitación en pijama y bata, dando un último repaso a todo lo que le habían dicho, separando las probabilidades de las posibilidades, los rumores de los hechos ciertos. Todo llevaba a un punto concreto: el expediente de la CIA en relación con el terrorismo era irregular. En lugares clave de Oriente Próximo, América Central y del Sur y Europa, la CIA poseía poca información concluyente sobre grupos como la Facción del Ejército Rojo en Alemania Occidental, las Brigadas Rojas en Italia o ETA en España. No se sabía prácticamente nada sobre algunos de los diversos grupos árabes e iraníes.

Eso debía cambiar. Y deprisa. Tomó otra nota en una ficha.

Sin embargo, Casey seguía sin decidir si debía ocupar aquel puesto. Supondría vivir al estilo de Washington: seguir el circuito de fiestas de las embajadas, asistir a reuniones interminables, comidas o cenas con congresistas y senadores. Algo muy diferente de la paz y tranquilidad de Mayknoll.

Implicaría también trabajar con el senador Barry M. Goldwater, director del más importante comité de vigilancia del espionaje, el Senate Select Committee on Intelligence. La idea de trabajar con Goldwater resultó más desagradable cuando Casey descubrió que el senador estaba dirigiendo una campaña secreta para conseguir el nombramiento como director de su propio candidato, el almirante Bobby Ray Inman. Éste había desarrollado una carrera en los servicios secretos navales que lo había llevado a dirigir la National Security Agency para el presidente Carter. Todos coincidían en que había realizado un trabajo profesional en la dirección de la agencia de espionaje más secreta de Estados Unidos. Desde el cuartel general de Fort George Meade, en las afueras de Washington, la NSA alcanzaba, con medios electrónicos, cualquier rincón del mundo.

Goldwater argumentaba que, puesto que estaba a punto de estallar una nueva revolución tecnológica en el mundo del espionaje, Inman era el hombre ideal para dirigir la CIA.

Sin embargo, Casey seguía creyendo que por muchos satélites espías que Estados Unidos tuviera en torno a la Tierra, al final todo se reducía al juicio humano. Y sabía que en este aspecto estaba, como mínimo, a la altura de Inman.

A las cinco de la mañana de aquel jueves 20 de noviembre de 1981, cuando Casey telefoneó para que le sirvieran el desayuno en la habitación, se encontró con que los huevos fritos con tocino, las tostadas y el café llegaron acompañados de una noticia publicada en el suplemento de *The Washington Post* que lo situaba donde menos le gustaba: en el centro de atención.

Un titular de la portada anunciaba que aspiraba a ocupar el puesto de director de la CIA. La noticia lo presentaba como alguien salido de un rincón de la Segunda Guerra Mundial que ignoraba por completo el funcionamiento de los servicios secretos modernos. Era una maniobra demasiado tosca para proceder de Goldwater, así que tal vez viniera de alguien del entorno de Reagan. Una de dos: o bien se trataba de una estratagema para que se definiera de una vez, o bien pretendía valorar la oposición a su candidatura para ver a quiénes se tendría que enfrentar en el Congreso o en el Senado. Era un viejo truco washingtoniano: izar una bandera en el *Post* para ver por dónde soplaban el viento.

Todavía no había decidido si quería aquel puesto. Si tanto lo deseaba Inman, que se lo quedara. Por otra parte, se dijo Casey, Reagan se lo había ofrecido, y Casey sabía bien que cuando el Presidente tomaba una decisión era capaz de pasar por encima de Bush, el vicepresidente electo, de Méese y del séquito de californianos que se le pegaban como lapas en una roca del Pacífico. Y, naturalmente, Reagan se lo habría preguntado a Nancy.

Lo del *Post* también podría ser una maniobra de Turner, que intentaba aferrarse a su puesto mientras difamaba a un posible rival. Ése también era un viejo truco de Washington. Sin embargo no encajaba con el estilo de Turner. Por lo que había oído Casey, era un hombre de principios sólidos.

Probablemente no tenía la menor importancia quien estuviera tras la historia: Reagan se lo había ofrecido a él. El Presidente electo no iba a cambiar de parecer porque otros tomaran la decisión por él. Por otra parte, si alguien quería hacerse el duro, Casey estaba dispuesto a dar caña.

En este estado de ánimo optimista, tomó un taxi en dirección al 716 de Lafayette Park, una mansión

situada frente a la Casa Blanca. Allí era donde Turner iba a dar instrucciones a la Administración entrante. Bush, Méese y algunos otros miembros de la vieja camarilla californiana aguardaban ya la llegada de Turner.

Turner llevaba poco tiempo hablando cuando Casey llegó a la conclusión de que el director de la CIA en ejercicio había hecho bien los deberes. Así se reflejaba en las páginas que iba leyendo y pasando, cada una de ellas marcada con el sello «Personal para el director de la CIA».

Ninguna de las discretas llamadas telefónicas había preparado a Casey para la historia que Turner iba desvelando; de vez en cuando alzaba los ojos del documento y miraba al Presidente electo y a sus ayudantes. Casey sintió una punzada de lástima por Turner. Unos pocos minutos antes de que llegara, Reagan le había formulado una pregunta: ¿Lo había hablado con Sofía? Casey asintió. Reagan dijo que muy bien, sonriendo. Al final, para Casey fue así de sencillo convertirse en el nuevo director de la CIA.

Al saber que el empleo era suyo, Casey se dispuso a asimilar el resumen de Turner sobre su gestión y el futuro de la Agencia. Turner hablaba con claridad y concisión, pero con un ritmo monótono, con pocos altibajos. Era necesario escucharlo con concentración. Casey sabía que Reagan no prestaba atención mucho rato, le gustaba que le redujeran los temas a unas pocas frases, a lo sumo una página. Así era cómo aprendía su papel cuando era actor: una escena cada vez.

De repente Reagan dio muestras de interés, pues Turner hablaba de algo que el Presidente electo podía comprender bien: la prohibición a la Agencia de cometer asesinatos. Turner lo denominaba «liquidar». Turner manifestó su acuerdo con la prohibición, con los ojos fijos en Casey y Reagan preguntó con tono de broma si el KGB conocía esta restricción. Casey pensó que el Presidente electo intentaba dar un toque de humor a la reunión, algo habitual en él cuando se trataban los más serios asuntos.

La camarilla californiana sonrió. Turner también: era capaz de reconocer una broma. Regresó al tema que estaban tratando. Como todos sabían, en Langley había desaparecido la «mentalidad de vaquero» y ahora contaban con hombres nuevos y brillantes en la dirección de operaciones. Una vez más, Casey advirtió que la mirada de Reagan se volvía vidriosa. No le interesaban los detalles, nunca le habían gustado. Lo quería todo en titulares, y la noticia no tardaría en llegar.

La reciente victoria en el Chad del dirigente libio, el coronel Muammar el Gaddafi, estaba destinada a convertirse en una nueva amenaza para Estados Unidos y los intereses occidentales en África. Gaddafi podía prestar apoyo militar al régimen marxista de Angola o ayudar al African National Congress en su combate contra la Suráfrica de los blancos. Era urgente derrocarlo.

—Y si ese tipo tiene tanto poder, ¿quién puede cargárselo dentro de Libia? —preguntó uno de los asesores.

Turner respondió mirando a Casey, el cual se preguntaba si Turner sospechaba la verdad: en cuestión de pocas semanas, Gaddafi ya no sería un problema.

Turner reconoció que la oposición tanto interna como en el exilio estaba mal organizada y era poco eficaz. Necesitaba dinero, armas y liderazgo...

—¿Y qué clase de chiflado es ese Gaddafi?

La pregunta de Reagan interrumpió el monólogo de Turner, que se inclinó para sacar una carpeta de la cartera que tenía a sus pies.

Explicó que contenía el último perfil psicológico realizado sobre Gaddafi y empezó a leer:

—«Debido a las especiales circunstancias de su infancia, Gaddafi asimiló de modo exagerado las características beduinas de un idealismo ingenuo, un fanatismo religioso, un orgullo intenso, tendencia a la austeridad, a la xenofobia y la susceptibilidad ante los desaires.»

Reagan interrumpió para decir que el coronel, efectivamente, parecía chiflado.

Turner siguió leyendo:

—«Como resultado de un trato discriminatorio por su condición de beduino durante los primeros años de escolarización en las ciudades libias, tanto por parte de los libios de origen urbano como de los extranjeros, Gaddafi desarrolló un profundo rechazo hacia las élites establecidas, una adhesión rígida a las costumbres beduinas y una fuerte identificación con los oprimidos. Todo ello contribuyó a su rebelión contra la autoridad y su apoyo total e indiscriminado a las causas rebeldes de todo el mundo. Para defenderse psicológicamente, Gaddafi ha desarrollado un elevado concepto de sí mismo, sin duda exagerado. Su visión de Libia pretende restaurar la pureza que, según su criterio, existió en tiempos pasados.»

—¡Un chiflado! —repitió el Presidente electo.

—Este tipo es peor que Castro —añadió uno de los asesores.

Turner negó con la cabeza.

—Es tan malo como él, pero distinto. Gaddafi no es un peón soviético; Castro sí lo es, y lo ha sido durante mucho tiempo.

Méese intervino por primera vez.

—¿Cuánto petróleo importa Estados Unidos de Libia?

Turner contestó que casi el diez por ciento; si se cortaba el suministro, se produciría una grave escasez en Estados Unidos, especialmente en la Costa Este, donde se vendía la mayor parte del petróleo libio.

Reagan sugirió que Turner siguiera adelante: ya había oído bastante sobre Gaddafi. Casey anotó que debía desarrollarse más el perfil psicológico de Gaddafi. Su carácter poseería alguna debilidad, al margen del orgullo, la vanidad y la susceptibilidad.

Turner dijo que iba a hablar del SNCP [Special Naval Control Program], un programa especial de control naval. Turner dijo que ningún guionista de Hollywood se habría atrevido a inventar una trama similar: un puñado de valientes marinos estadounidenses había arriesgado la vida por llevar el combate a las orillas de los enemigos de su país.

Casey sintió todavía más pena por Turner. Se había colocado en la longitud de onda de Reagan y empezaba a descubrir cómo comunicarse con él, pero no serviría para nada.

Turner pintó un retrato muy gráfico de las operaciones ultrasecretas del SNCP. Incluían la entrada regular en aguas territoriales chinas y soviéticas, e incluso en sus puertos. El propósito de estas arriesgadas operaciones no sólo era poner a prueba los aparatos contra detectores de los submarinos, sino también sembrar escáneres electrónicos, llamados *pods*, en las comunicaciones marinas por cable. Los *pods* podían grabar miles de conversaciones telefónicas por minuto entre rusos y chinos. Cuando se retiraban los escáneres, se pasaban por los ordenadores de la NSA [National Security Agency]. Las llamadas interceptadas habían señalado numerosas veces los puntos débiles y fuertes del enemigo.

Reagan dirigió a Turner una amplia sonrisa.

—Seguro que sería una gran película. Pero no me gustaría actuar en ella. A nadie le gustaría.

Turner pasó a hablar de otras personalidades clave que la Agencia vigilaba continuamente. Leonid Bréznnev, el dirigente soviético, estaba muriéndose. Esto hacía pensar que no se produciría ningún movimiento en las conversaciones sobre el control de armamento hasta que hubiera un nuevo jefe en el Kremlin.

—¿Quiénes son los candidatos?

Turner contestó a la pregunta de Reagan sin vacilar.

—En este momento no hay manera de saberlo. Tenemos una pequeña lista...

El Presidente electo hizo un gesto de rechazo con la mano. Que reflexionaran los demás sobre las pequeñas listas: él sólo quería un nombre, no un listín telefónico de soviéticos con nombres impronunciables.

Turner siguió adelante. El príncipe coronado Fahd de Arabia Saudí era bebedor y mujeriego. La Agencia había confirmado unos informes según los cuales varias mujeres blancas formaban parte de su entorno permanente, lo que le hacía vulnerable al chantaje. Reagan sonrió. Los pecadillos sexuales también formaban parte del mundo de Hollywood.

Turner dijo que el presidente Anwar el Sadat de Egipto fumaba marihuana en la creencia de que calmaba sus ataques de ansiedad.

Cuando Turner terminó la presentación al cabo de dos horas, el Presidente electo se puso en pie y dijo que había sido una charla muy reveladora. Casey tuvo la sensación de que debería empollar mucho antes de trasladarse a Langley.

Poco después de las 6.30 de la mañana del 7 de marzo de 1981, William Buckley viajaba en una limusina junto a William Casey. El chófer del nuevo director de la CIA conducía el vehículo hacia Washington a través de los últimos metros de las casi noventa hectáreas de terreno de Langley que, parcialmente cubierto de árboles, se extendía a la orilla del río Potomac.

Desde que el Senado había confirmado el nombramiento de Casey, Buckley lo había acompañado a varias reuniones al Congreso y a la Casa Blanca para tratar la amenaza mundial que suponía el terrorismo fomentado por Libia, Irán y Siria.

Casey había llegado a Langley el 14 de enero, y desde entonces había mantenido reuniones que se iniciaban al amanecer y terminaban a altas horas de la madrugada del día siguiente. Todos se maravillaron ante su resistencia y su capacidad para captar el pequeño detalle. Además aseguró a todo el mundo que por el momento su empleo estaba garantizado. Entre reunión y reunión leyó cientos de expedientes sobre el personal de la Agencia, pero ninguno contenía lo que buscaba hasta que llegó al de Buckley. Lo interrogó a fondo sobre la época de Corea y Vietnam y las estancias en Europa y África. Casey desdeñó el trabajo de Buckley para el MK-ULTRA y el MK-SEARCH diciendo que «todo eso está muerto y enterrado».

Buckley recordaba que, al final, Casey se recostó en el respaldo de la butaca acolchada y lo miró como si lo estuviera examinando. Sabía que, en el aspecto puramente físico, el director no vería nada que pudiera

inquietarlo. A sus cincuenta y tres años y tras veintisiete en la CIA, pesaba lo mismo que cuando arremetió contra el enemigo en el campo de batalla coreano.

Casey se inclinó hacia delante y preguntó a Buckley por qué había permanecido en la CIA. Buckley contestó sin vacilar. «Le dije que me había quedado con la esperanza de que las cosas se arreglarán y volverían a la época de Alien Dulles.»

Casey sonrió y contestó que aquellos tiempos habían vuelto. Dijo a Buckley que quería que fuera su «avanzadilla, el bombero que me cuente dónde va a estallar el fuego en lugar de avisarme cuando está ya fuera de control».

El nuevo director dijo que tenía la sensación de que en Oriente Próximo surgiría una nueva conflagración y quería que Buckley centrara su capacidad analítica en la zona.

La petición de Casey sobre la información que deseaba fue tajante: «Sea breve y concreto.»

Durante un mes, Buckley trabajó dieciséis horas diarias elaborando los textos de los especialistas de la Agencia en la zona. Diseccionó sus informes y los unió siguiendo la técnica que había empleado en Vietnam y en África. Cada mañana, cuando Casey llegaba al séptimo piso, encontraba un pequeño resumen con el sello: «Información confidencial ordenada.»

Los informes versaban sobre el papel de China y la Unión Soviética en la región e intentaban predecir las tendencias que podrían dominar en la recogida de información secreta durante la siguiente década en Oriente Próximo. Buckley predijo que el principal problema sería contener a los numerosos grupos terroristas y analizar los motivos por los que éstos pondrían a Estados Unidos en su punto de mira. Identificó al terrorismo islámico iraní como la mayor amenaza inmediata, sin parangón con otros terrorismos respaldados por la Unión Soviética, Cuba y China. El terrorismo islámico estaría motivado por profundas creencias religiosas y avanzaría a su propio ritmo.

En uno de los informes, Buckley insistía en que la Agencia debía asegurarse de que sus agentes en la zona eran capaces de leer los periódicos árabes (a lo sumo, unos pocos tenían un conocimiento somero del idioma). En otro, defendía la necesidad de realizar estudios profundos sobre el papel de los *mulás* y los sacerdotes, y de identificar a los más influyentes.

Aunque con frecuencia apenas ocupaban una página, estos escritos suponían una serie de llamadas de atención que encajaban perfectamente con la filosofía de Casey.

Aquella mañana de marzo, en los dos maletines de Casey, situados entre ambos en el asiento trasero, se encontraba una copia del último informe de Buckley. Contenía una evaluación de cuál sería el paso siguiente de la guerra santa, *layihad*, en el Líbano. Casey había dicho que le había dado miedo leer el documento, y esperaba que el Comité de Espionaje del Senado [Senate Intelligence Committee] opinara lo mismo. Inmediatamente se habían entregado copias a sus miembros y al Despacho Oval, así como a Caspar Weinberger, secretario de Defensa.

Buckley estaba acostumbrado a que Casey permaneciera en silencio durante el viaje de casi quince kilómetros a Washington. Buckley había llegado a la conclusión que, al igual que sucedía con el Lincoln Continental, el exterior de Casey resultaba decepcionante.

La elegante y pulida limusina se parecía a cualquier otro coche oficial, pero el conductor era un agente de la CIA que había superado un exigente curso de conducción. También era experto en empuñar con toda rapidez el arma cargada que se guardaba en la puerta. El blindaje del vehículo había añadido unos mil kilos al peso original del Lincoln, y tanto el parabrisas como las ventanillas podían resistir las balas. La carrocería estaba reforzada por un blindaje de titanio y cerámica calculado para resistir un proyectil de 155 mm o una pequeña mina que detonara bajo el chasis.

Empotrados en el compartimiento trasero se encontraban una mascarilla de oxígeno y un sistema de extinción de incendios, un GPS con un margen de error inferior a un metro y un sistema de comunicaciones, inmune a las interferencias, que podía poner en contacto de inmediato a Casey con Langley, el Pentágono o el Despacho Oval de la Casa Blanca.

En caso de que dispararan a las ruedas de la limusina, el Lincoln podía mantener una velocidad de casi cien kilómetros por hora sobre las llantas. Sólo un coche ofrecía una protección similar: el que utilizaba el Presidente de Estados Unidos. Dentro del Lincoln, Buckley se sentía protegido como en ningún otro lugar, a excepción del interior de un tanque.

Sin embargo, el FBI había advertido al Presidente que Irán podría estar planeando «un programa especial» para recordar que la liberación de los rehenes estadounidenses al final sólo había servido para humillar al presidente Cárter. Los iraníes aguardaron apenas treinta minutos tras el juramento de Reagan como Presidente para liberarlos.

Casey había contado a Buckley la asombrosa historia de su liberación. En el estrecho círculo de los



asesores del Presidente, aquella operación se conocía con el nombre de «Sorpresa de octubre», y la había dirigido Casey durante la época en que fue director de campaña de Reagan. Una noche, durante la cena con algunos de los asesores del futuro presidente, entre los que se encontraba Earl Brian, Casey planteó la posibilidad de llegar a un acuerdo con Irán para que los rehenes fueran liberados en cuanto Reagan saliera elegido. Brian era un empresario, viejo amigo de Reagan. Casey terminó diciendo que «tendría que haber algo para los ayatolás». Propuso pedir su colaboración a una serie de republicanos ricos y, al cabo de una semana, después de que Casey los llamara, les habían prometido ya cuarenta millones de dólares. El dinero se blanquearía en una serie de bancos suizos antes de llegar a Teherán. Brian colaboraría estrechamente con Casey para arreglar esta cuestión.

A principios de octubre de 1980, cuando quedaba menos de un mes para que se terminara la carrera hacia la Casa Blanca, Casey y Brian habían terminado ya los planes. Este último, que conservaba contactos en Teherán, viajó a París el 17 de octubre de 1980 con el pretexto de firmar una operación para una de sus empresas. Al día siguiente llegaron dieciséis altos funcionarios del gobierno iraní. Tardaron dos días en rematar el acuerdo, y a continuación se produjo la liberación de los rehenes.

Buckley se preguntaba por qué Casey le habría contado esa historia, ya que las implicaciones políticas podían echar a Reagan de la Casa Blanca, y sin duda se iniciaría un proceso penal contra Casey y los demás implicados. Por otra parte, ¿era cierta la historia? ¿Se la había contado Casey como prueba de fuego para determinar hasta qué punto podía confiar en su nuevo ayudante? Buckley no sabía a qué carta quedarse, pero no tenía la menor intención de «ponerme a fisionear», recordaría más tarde.

El mismo se vio involucrado en lo sucedido, pues después de que los rehenes partieran de Teherán acompañó a un equipo de médicos de la Agencia que ayudaron a examinar a los rehenes cuando aterrizaron en la base estadounidense de Wiesbaden, en el sur de Alemania. La base estaba cerca de una serie de pisos francos que él mismo había visitado durante los experimentos del MK-ULTRA con individuos «prescindibles». Los médicos llegaron a la conclusión de que algunos de los rehenes habían sido torturados psicológicamente y que para ello había sido necesario poseer conocimientos médicos. La conciencia de que los «hijos de Gottlieb y Cameron estaban allí me puso enfermo», declaró Buckley posteriormente.

No comentó esta idea con Casey, como tampoco rompió el silencio durante el camino hacia el Congreso. Como de costumbre, Casey llevaba un traje a medida color azul oscuro, de raya diplomática, que se ponía para las reuniones del comité del Senado. Buckley aguardó en una antesala mientras el director entraba en la sala del comité. Casey salió dos horas más tarde. Buckley le preguntó cómo había ido la sesión y Casey murmuró que bien. Ordenó al chófer que los llevara a Fort George Meade. Era la primera vez que Buckley iba al lugar donde se extendía el cuartel general de la National Security Agency, organismo encargado de velar por la seguridad nacional.

Su director, Robert Inman, los llevó a dar una vuelta para mostrarles hileras de ordenadores que analizaban la información procedente de los satélites espaciales e imágenes digitales de una nitidez asombrosa. Ante ellos aparecieron con claridad unos puentes situados en Rusia, equipos de lanzamiento de cohetes y un primer plano de una chimenea. Inman explicó que los ordenadores de la NSA habían analizado las emisiones y habían descubierto que procedían de combustibles baratos. Les mostró en tiempo real un camión militar en una calle de una ciudad rusa y los rostros de los soldados que salían de un cuartel.

El entusiasmo de Inman se contagió a Buckley. El jefe de la NSA estaba en lo cierto cuando decía que el espionaje electrónico desempeñaba un papel cada vez mayor en la recopilación de datos. Sin embargo, Inman había tenido la prudencia de no sugerir que, a partir de ese momento, ya no sería necesario que los agentes reunieran información. En realidad había lugar para ambos. Inman reveló entonces que los satélites de la NSA habían identificado cuatro cárceles donde los médicos iraníes observaban o incluso llevaban a cabo actos de tortura.

Inman sacó de un estante una serie de fotografías en blanco y negro. En cada una de ellas aparecía la hora, la fecha y la localización de la fotografía por satélite. En una tomada sobre Evin aparecía una figura en bata blanca contemplando cómo daban latigazos a un hombre. En otras imágenes, procedentes de Komiteh y Qasr, aparecían figuras vestidas de blanco supervisando cómo se aplicaba el castigo de latigazos *yfalaqu*, tortura que consiste en golpear los pies de un prisionero hasta reducirlos a pulpa.

«Inman dijo que tenía más fotografías en las que aparecían médicos aplicando *electroshocks* o marcando con cuchillos al rojo vivo. Nos preguntó si queríamos verlas, pero Casey dijo que no era necesario», recordaría Buckley.

Durante el camino de regreso a Langley, Casey dijo a Buckley que iban a emprender una serie de viajes de corta duración a los puestos de la CIA en Oriente Próximo y el Norte de África.

Al final tardaron casi seis meses en completar las visitas previstas. Buckley recordaba que en aquella

época «se me puso el culo con forma de asiento de avión. Nos dedicábamos a adivinar qué salsa nos pondrían sobre el pollo. En algunos de los países la prohibición de la bebida era estricta, de modo que una de mis tareas consistía en asegurarme de que se enviaba por valija diplomática el whisky preferido de Bill Casey. Durante estos viajes, llegamos a conocernos bastante bien. Bill dejó bien claro que cualquier cosa que quisieran decirle a él podían hacerlo en mi presencia, aunque imagino que a algunos de los jefes locales no les encantaba la idea».

En estos desplazamientos, Buckley recogió datos sobre los dirigentes de la región que permitieron a la Agencia satisfacer una de las primeras peticiones de Reagan, que quería que los perfiles psicológicos le fueran presentados en forma de vídeo. Casey había explicado que al Presidente y a la primera dama les gustaba mirar la televisión: se sentaban en pijama con la bandeja de la cena para mirar su película favorita. Casey esperaba que aquellos perfiles aumentaran sus conocimientos.

A Buckley le correspondió la tarea de reunir datos para el vídeo sobre el ayatolá Jomeini. Se preguntaba si la elección se debía a que en su expediente aparecía algo sobre el viaje a Los Ángeles para filmar las imágenes necesarias para intentar chantajear al presidente Sukarno de Indonesia.

Casey vio el vídeo de Jomeini antes de enviarlo a la Casa Blanca. Empezaba con la advertencia habitual de la CIA indicando que el material era «confidencial». El título se desvanecía y se oía una música lastimera compuesta por una gama limitada de notas, separadas por intervalos de semitonos y cuartos de tono. El sonido iba en aumento: flautas y cuernos, tambores y platillos. Las imágenes correspondían a un anuncio de agencia de viajes procedente de los días en que Irán formaba parte del itinerario de vacaciones de los estadounidenses audaces.

Las montañas llenaron la pantalla. El triste lamento se fue desvaneciendo. El narrador —un actor de anuncios de la televisión— recitó que Irán siempre había sido una tierra dura. La imagen cambió a otras procedentes de las noticias en las que aparecía el ayatolá Jomeini recibiendo la adulación de la muchedumbre de Teherán. El narrador lo identificó. «Ruhollah Mussavi Jomeini, el glorioso defensor de la fe, la única esperanza de los oprimidos, su santidad el gran ayatolá.»

Tales muestras de adoración desmedida, prosiguió el narrador, podrían haber creado la «retorcida psicopatología de Jomeini. Podrían explicar el elevado concepto de sí mismo, evidentemente exagerado, su sentido de ensalzamiento, dominio y delirios de grandeza».

La cámara hizo un *zoom* y se aproximó al cráneo de Jomeini, claramente dolicocefalo. «Es fácil que una persona nacida con una visible anomalía se convierta en alguien nervioso y aislado. Es posible que no consiga desarrollar su energía ni sus aptitudes culturales y se convierta en alguien receloso y hostil. Esta condición puede convertirse en un círculo vicioso de aislamiento y resentimiento. Esta distorsión del carácter se presenta con frecuencia en los revolucionarios.»

El vídeo proseguía, durante veinte minutos, intentando explicar la personalidad del ayatolá. «Aunque es un *sayyad*, descendiente de uno de los doce imanes que los chiítas consideran sagrados, en términos psicológicos se mantiene un conflicto claro en él entre sus ideales y sus intenciones.»

Mientras en las imágenes aparecían mujeres tapadas con un velo en las calles de Teherán, el narrador seguía hablando del pasado familiar de Jomeini. «Durante los primeros treinta años de su vida, aparte de su madre, apenas tuvo contacto con mujeres. Desde temprana edad vivió como alumno-eremita de la antigua universidad religiosa de Qom. Después de obtener el título se casó el día de su trigésimo aniversario. La novia, Batal, sólo tenía diez. El primer niño nació cuando ella cumplió los doce.»

Bajo un batiburrillo de imágenes turísticas, otras procedentes de informativos y fotografías hábilmente editadas, unidas por la música quejumbrosa, la voz dijo que en la vida de Jomeini existía una fuerte tendencia «antiemocional. Las emociones buenas y saludables como la ternura, que forman el núcleo de nuestra sociedad, son un tabú en su vida; su vida ensalza la falta de amor».

El narrador explicó que Jomeini fue expulsado de Irán en junio de 1963, tras predicar contra el sah. Aparecieron imágenes de Jomeini recluso y pensativo en su piso de París. Después volvieron las primeras secuencias del regreso del ayatolá a su país natal.

«Es viejo, pero peligroso. Aunque desde el punto de vista clínico no puede decirse que esté loco, no cabe duda de que dista de estar cuerdo. Es un caso de libro del modo en que el fanatismo religioso con frecuencia deriva de una insatisfacción personal durante la primera etapa de la vida. Se ha arrogado el papel de maestro religioso de su pueblo. Para mantener ese mito, necesitará comportarse de modo cada vez más peligroso para Estados Unidos y el mundo Occidental.»

La pantalla se quedó momentáneamente en blanco y después apareció la más simpática de las creaciones de Disney: Mickey Mouse. Con un tono grave que anunciaba una revelación importante, el narrador dijo que el modo de descanso favorito del ayatolá era ver dibujos animados del famoso ratón. «¿Es un indicio de

senilidad o bien el deseo de recuperar la infancia perdida?»

Esa pregunta en el aire encajaba exactamente con el tipo de final que, según Casey había explicado a Buckley, al Presidente le gustaba comentar con Nancy.

Durante los viajes por Oriente Próximo, Buckley había recogido informaciones de que había médicos dedicados a la tortura en Siria, Líbano, Egipto y Libia. Varios de ellos parecían utilizar métodos similares a los desarrollados por Ewen Cameron en el instituto: percepción extrasensorial, largos períodos de aislamiento, *electroshocks*, etc. Se le dijo que en Siria había un médico que ponía cascos en la cabeza a los presos para que oyeran cintas en las que se les repetía una y otra vez que admitieran su condición de espías.

Buckley se preguntaba si alguno de aquellos médicos habría trabajado en el instituto o habría estado implicado en otros experimentos del MK-ULTRA o el MK-SEARCH.

Buckley visitó a Gottlieb confiando en que el ex científico de la CIA conservara una lista de todos sus empleados. Lo encontró ordeñando cabras. El científico le dijo que aquella parte de su vida pertenecía al pasado, y poco más o menos se lo sacó de encima. Se despidió de él con estas palabras: «Si nada de aquello me sirvió a mí, ¿por qué iba a servir a los demás?»

Buckley tomó un avión a Montreal. El instituto estaba más o menos como lo recordaba, pero no reconoció a ninguno de los médicos. Se dirigió a la oficina del administrador y, haciéndose pasar por un investigador de un despacho de abogados que buscaba un médico que había recibido una herencia, pidió ver la lista de empleados de los últimos diez años. El administrador le dijo que el servicio de seguridad canadiense se había llevado el archivo. Al darse cuenta de que se encontraba en otro callejón sin salida —no le serviría de nada recurrir al servicio secreto canadiense tras la catástrofe producida después de la marcha de Cameron—, Buckley regresó a Washington.

Una semana más tarde se encontraba en Tel Aviv, sentado en la oficina de Ari Ben Menashe, un apuesto individuo moreno que ocupaba un lugar clave en el espionaje israelí. Trabajaba para el Departamento de Relaciones Exteriores, External Relations Department, el ERD, una de las organizaciones más poderosas y secretas en un país. Ben Menashe se ocupaba de la relación del ERD con redes de espionaje amigas.

Ben Menashe confirmó los informes sobre las torturas infligidas por médicos. Entre ellos se encontraba un iraní, Aziz al Abub. Las últimas informaciones indicaban que estaba estudiando en Moscú.

Durante sus viajes, Buckley se sintió invadido nuevamente por el agotamiento nervioso que había marcado las últimas semanas pasadas en Vietnam. No podía dormir, y cuando por fin concillaba el sueño lo despertaban las pesadillas, en muchas de las cuales aparecía Cameron o los experimentos humanos que había presenciado en Vietnam. Durante los fines de semana que pasaba con Candace se mostraba irritable y manifestaba escaso interés por su nueva pasión, el paisajismo. Ella recordaría que «Bill se quedaba sentado allí, pegado al televisor, cambiando de un informativo a otro. Cuando le preguntaba si algo le interesaba especialmente, me contestaba con brusquedad que todo le interesaba. Tenía algo en la cabeza que no pensaba compartir conmigo, y de repente me sentí excluida».

Pero antes de que pudiera analizarlo con él, William Buckley se encontraba de nuevo en Oriente Próximo con la misión de comprobar el grado de preparación de los guardaespaldas del presidente Anwar el Sadat.

Lo había conocido en una visita con Casey a El Cairo, cuando aceptó agradecido el ofrecimiento del director para que la CIA entrenara a sus guardaespaldas.

El 6 de octubre de 1981, Buckley se encontraba en El Cairo, sentado en la parte posterior de la tribuna presidencial que presidía la parada militar. Por debajo de él, a la derecha, sentado, el presidente Anwar el Sadat, vestido con el uniforme egipcio de comandante en jefe, contemplaba cómo avanzaban sus tropas. El desfile recordaba una vez más hasta qué punto dependía Sadat de Estados Unidos desde los acuerdos de Camp David de 1978 y el tratado de paz firmado con Israel un año más tarde. A cambio, el gobierno de Reagan seguía colmando a Egipto de armas y dinero.

Mientras contemplaba el paso rápido de los soldados, Buckley pensaba que podría estar en West Point. Las tropas egipcias, equipadas y formadas por los estadounidenses, parecían muy distintas de la chusma que había visto por televisión al final de la guerra de los Seis Días contra Israel.

Sin embargo, a pesar de la impresionante demostración de precisión en el paso y las hileras de unidades blindadas —símbolo externo de que Sadat era el primer dirigente egipcio que podía seguir pidiendo ayuda militar a Washington—, Buckley sabía que al Presidente le resultaba cada vez más difícil soportar el aislamiento al que lo sometían sus vecinos árabes.

El presidente de Siria, Hafez el Asad, había dicho públicamente que si pudiera estrangularía a Sadat por haber prometido que nunca volvería a permitir que Egipto hiciera la guerra a Israel. Aunque durante años el rey Hussein había sido la mejor baza de la CIA en Oriente Próximo, suministrándole constante información, el dirigente jordano había comunicado a Washington que no respaldaría a Sadat si sus enemigos lo atacaban.

Sadat, paria al otro lado de las fronteras, también se había convertido en un apestado para su pueblo.

La gente utilizó el desfile para dar muestras, una vez más, de la antipatía que sentía contra la policía. Cientos de miles de personas obedecieron la llamada del clero fundamentalista para boicotear la parada militar. Incluso algunos miembros del cuerpo diplomático habían dado excusas para no asistir. Los polacos enviaron a un joven funcionario, y los rusos a un segundo secretario. Marruecos en cambio estaba plenamente representado, y su embajador se sentaba unas pocas filas detrás de Sadat.

Buckley estaba seguro de que en toda la tribuna nadie más que él sabía que no sólo el embajador sino también el rey Hassan de Marruecos eran importantes bazas de la CIA. Su majestad había sido reclutado por la CIA cuando era adolescente, y al acceder al trono en 1961 pidió a la Agencia que formara a su servicio de seguridad.

A cambio permitió que Marruecos se convirtiera en el puesto de escucha más importante de la CIA y la NSA en el norte de África. En las montañas de El Atlas, la NSA había emplazado la tecnología de escuchas más moderna enfocada hacia Libia. Diversos artilugios estadounidenses barrían el estrecho y se adentraban en el Atlántico para interceptar comunicaciones procedentes de barcos soviéticos.

Durante sus conversaciones con Sadat, en más de una ocasión Buckley lo encontró melancólico mientras le decía que no sabía cuánto tiempo podría durar el tratado de paz. Los efectos de la marihuana eran patentes: en algunas ocasiones, Sadat parecía tan colocado como un *hippy* de Greenwich Village. En esas ocasiones, el Presidente tendía a decir que Alá decidiría sobre su vida o su muerte, y que tenía la sensación de que Dios ya no lo favorecía.

Tras examinar a los guardaespaldas de Sadat, Buckley les advirtió que no podían permitir que aquel fatalismo impregnara su trabajo. El programa de formación que empleó procedía de su experiencia en Vietnam.

La parada de aquel sábado era la primera oportunidad pública para que la guardia mostrara su habilidad. Algunos de ellos estaban sentados inmediatamente detrás de Sadat; otros se encontraban a ambos lados de la tribuna. Israel les había suministrado pistolas automáticas Uzi, arma ideal para ataques a corta distancia. Una columna de vehículos acorazados, tanques y semiorugas pasaba ante ellos atronando.

De repente, tras el último tanque, las hileras se rompieron. Algunos soldados echaron a correr. Instintivamente, Buckley se puso en pie y buscó el arma en la pistolera. Gritó órdenes a los guardaespaldas, que quedaron ahogadas por el súbito tiroteo. Unos soldados corrieron hacia la tribuna con intención de arrasarla.

—¡Disparad! ¡Por Dios, disparad! —gritó Buckley mientras se abría paso hacia delante.

Los guardaespaldas contemplaban atónitos a los hombres armados que se les acercaban.

—¡Disparad!

Una ráfaga discordante salió de la primera Uzi.

—¡Echadlo al suelo! ¡Cubrid al Presidente!

Nadie hizo caso de las órdenes del Buckley.

Los hombres armados disparaban contra la tribuna con efectos devastadores.

—¡Disparad! ¡Por Dios, disparad! —gritó Buckley una vez más.

Los hombres armados disparaban contra los espectadores, que huían en desbandada, y también contra el Presidente. Buckley se encontraba encerrado y no podía responder.

Sadat se desplomó.

Entonces los guardaespaldas formaron un escudo protector y empezaron a eliminar hombres armados. Fueron cayendo cuerpos. Los soldados del desfile rompieron filas para acudir en ayuda y los asesinos quedaron atrapados entre dos fuegos, pero Buckley sabía que era demasiado tarde. Le había bastado una mirada a Sadat para advertir que el Presidente estaba muerto, o mortalmente herido. Sangraba por los oídos, la boca, la nariz y el pecho.

Buckley se mezcló con la multitud aterrorizada y se encaminó hacia el recinto de la embajada estadounidense. Cuando llegó, estaba en pleno alboroto. Se habían puesto en contacto con el Departamento de Estado y un diplomático gritaba por teléfono:

—¡Está vivo! ¡Los egipcios dicen que sigue vivo!

Buckley entró en la oficina moviendo la cabeza y murmurando una sola palabra: «Muerto.»

El diplomático hizo un ademán con la mano para que se fuera.

Buckley se encogió de hombros y se dirigió hacia las oficinas de la Agencia, situadas en la parte posterior del edificio. El jefe local hablaba por teléfono con John H. Stein, el nuevo subdirector de operaciones en Langley.

—La última noticia que tenemos es que el Departamento de Estado dice que está vivo — dijo Stein.

—¡Está muerto! —gritó Buckley—. ¡Más muerto que mi abuela!

—¡Buckley dice que está muerto! —gritó el jefe de la delegación local por teléfono.

Buckley tomó el teléfono y explicó a Stein lo que había visto. Habló lentamente porque sabía que el subdirector de operaciones tomaba nota de todo. El estilo de Stein era ése: por grave que fuera la crisis, conservaba la calma y preguntaba sólo lo fundamental.

Cuando Buckley terminó de informarle, Stein le dijo que tomara el primer avión para Washington.

Tres semanas más tarde, Buckley se encontró una vez más con el pasado. La delegación en Ottawa había informado de que a la doctora Mary Morrow y a Velma Orlikow no tardarían en sumarse otros demandantes contra la CIA.

Velma había presentado una demanda en Washington el 11 de diciembre de 1980 en la que pedía un millón de dólares en concepto de daños y perjuicios. Llevaba su caso Joseph Rauh, el más famoso abogado de Estados Unidos en el campo de los derechos civiles. Poco después se le había sumado Mary Morrow. La respuesta de Casey fue ordenar al asesor legal de la Agencia, Stanley Sporkin, que tuviera a su equipo preparado para la defensa, pero también para retrasar al máximo la llegada del caso a los tribunales mediante argucias legales. La estrategia del director se basaba en que los demandantes eran ya mayores y que en cuanto muriera el último de ellos desaparecería el caso.

Pero Rauh había ido avanzando en el caso y había investigado en el pasado de la Agencia. Habló con Alice Olson sobre la muerte de su esposo, siguió las huellas de Gottlieb, se entrevistó con una serie de médicos que habían trabajado en el instituto, desenterró los papeles de Cameron de los archivos e hizo que los examinara el doctor Roben Jay Lifton, que estaba investigando la conducta de los médicos nazis en Auschwitz y otros lugares. Además, Rauh se entrevistó con familiares de pacientes del instituto y médicos veteranos que habían conocido a Cameron. Ahora deseaba interrogar a Helms: quería la llave de la caja de Pandora.

El lunes 9 de noviembre de 1981, Buckley fue enviado a Canadá para averiguar los antecedentes de los demandantes cuyos nombres había facilitado la delegación en Ottawa. Debía centrarse en su situación médica actual. Buckley se daba cuenta de que «otra vez me tocaba hacer de chico para todo».

Mientras se encontraba en Montreal leyó en *The New York Times* que un comando libio integrado por cinco hombres había conseguido entrar en secreto en Estados Unidos. En cuarenta y ocho horas, las noticias hablaban ya de un grupo de diez hombres y decían que tal vez hubieran entrado cruzando la frontera canadiense. Buckley telefoneó a Langley y preguntó si debía abandonar momentáneamente las investigaciones para seguir la pista a los hombres de Gaddafi, pero le contestaron que el asunto estaba en buenas manos.

Al día siguiente, Gaddafi dio un golpe de efecto al aparecer en directo en una cadena de televisión estadounidense que emitía desde Libia, negando que hubiera enviado ningún comando asesino a Estados Unidos. El presidente Reagan se apresuró a declarar públicamente que el coronel era un mentiroso.

—¡Tenemos la prueba, y él lo sabe!

Buckley llamó a un amigo de Langley para preguntarle en qué consistía la prueba.

—¡Es una prueba de la Casa Blanca! ¡Puro Hollywood!

El 4 de enero de 1982, Buckley entregó un informe a Casey sobre el estado físico y mental de Velma Orlikow, Mary Morrow y los demás demandantes. Todos ellos eran personas mayores con mala salud, pero todas tenían en común la decisión de luchar para que se hiciera justicia.

Años más tarde, Casey admitiría: «Entonces me di cuenta de que no ganaríamos el caso a menos que murieran los dieciséis demandantes. Tenían un abogado muy bueno: sólo cabía esperar que se murieran.»

Con este razonamiento, Casey no pretendía mostrarse insensible: sólo lo guiaba el deseo de que la CIA no sufriera más humillaciones y no tener que pagar, a través del Departamento de Justicia, una cantidad importante. Para él, «todo el asunto de Montreal era un vestigio del pasado. Si yo hubiera estado entonces al mando, no habría sucedido nada de eso».

Buckley sabía que Velma Orlikow, Mary Morrow y los otros demandantes habían contratado a Joe Rauh, uno de los abogados más poderosos de Washington. A sus sesenta y nueve años, Rauh conservaba una figura imponente. Con su mata de cabello blanco y su vistosa pajarita, parecía el típico abogado de las viejas películas en blanco y negro que tanto le gustaban, pero la influencia liberal que había ejercido en el mundo del derecho no tenía parangón.

Había ocupado un lugar fundamental durante las reformas del *New Deal* de Franklin Roosevelt. Entre sus muchos éxitos se encontraba la defensa de Arthur Miller en las vistas del senador Joseph McCarthy por

supuestas actividades comunistas. El presidente Johnson le había regalado una de las plumas utilizadas para firmar el decreto de los Derechos Civiles de 1964, como reconocimiento del papel que había desempeñado en su introducción en la legislación del país. Algunos demócratas, como el senador Edward Kennedy o Tip O'Neill, lo llamaban con frecuencia para comentar los últimos chismes.

Sin embargo, incluso ellos se asombraron cuando se dieron cuenta de que pretendía enfrentarse a la CIA y le advirtieron que sería una batalla legal tremenda. Rauh soltó una risilla y contestó a Kennedy que le entusiasmaba la idea.

Aunque los demandantes tenían muy mala salud y uno de ellos murió poco después de sumarse a la denuncia, el gobierno canadiense no sólo había manifestado su indignación por lo sucedido en el instituto, sino que había prometido facilitar todo tipo de apoyo a sus ciudadanos en la demanda contra el Gobierno de Estados Unidos. Día tras día crecía el apoyo popular. Rauh empezó a pensar que el caso «no llegaría hasta el final».

Rauh no había contado con las maquinaciones de William Casey. Empleando su considerable habilidad legal, el director de la CIA organizó una contraofensiva de maniobras dilatorias, entre las que se encontraba la negativa a entregar documentos basándose en argumentos de «seguridad nacional». Si se concedía una compensación por daños y perjuicios a los demandantes, eso significaba que «cualquier fabulador podía iniciar una demanda contra la CIA».

Casey dilataba el proceso a la menor oportunidad, animado por los informes que le indicaban que los demandantes estaban cada vez más débiles y, según le decían, varios se encontraban próximos a la muerte.

Frustrado por las tácticas de Casey y aquejado también de mala salud, Rauh arremetió contra el único aliado que podría haber tenido: el Gobierno canadiense. Lo acusó públicamente de apatía y de «estar conchabado» con la CIA, de modo que la buena voluntad de Ottawa desapareció de la noche a la mañana. En Washington, el Departamento de Estado comunicó formalmente al Gobierno canadiense que rechazaba cualquier responsabilidad legal por haber financiado a Carneron «basándose en que el Gobierno canadiense dio más dinero al instituto en forma de becas que la CIA. Si se acusa a Estados Unidos, con más motivos habría que acusar a Canadá».

Envuelto en el diálogo entre dos gobiernos y enzarzado en una batalla perdida contra una artritis paralizadora, Rauh se encontró con que el caso se le escapaba de las manos.

Hizo un apasionado llamamiento personal al primer ministro de Canadá, Brian Mulroney: grave error táctico por parte de un abogado en otros tiempos muy astuto. Mulroney, furioso, rechazó todas las acusaciones de Rauh, el cual había llegado a decir: «¿Es el temor canadiense al Gran Hermano del sur, agravado por el miedo a la CIA, lo que contiene a su gobierno?»

Casey, que seguía en Langley cada movimiento, predijo que el caso moriría «de muerte natural, como los demandantes». Ya sólo quedaban nueve, entre los que se encontraba la imponente doctora Mary Morrow.

En enero de 1987 Joe Rauh cumplió setenta y seis años y se jubiló. Físicamente se encontraba tan delicado como sus clientes. Otro abogado de su despacho, Jim Turner, ocupó su puesto. Turner, abogado duro y competente, advirtió que la CIA podía ir retrasando el caso hasta que muriera el último cliente. Turner llegó a la conclusión que era preferible conseguir el mejor acuerdo posible antes de que sucediera. Inició una prolongada ronda de conversaciones que finalizó el 5 de octubre de 1988, cuando la Agencia Central de Inteligencia, representada por el Departamento de Justicia, entregó 750.000 dólares a los nueve demandantes para que fueran divididos entre ellos a partes iguales. Cada uno de ellos se comprometió por escrito a no volver a hablar del tema en público.

Cuando este caso empezaba a gestarse, Casey encomendó a Buckley otra tarea. Le dio una lista de países y le dijo que empleara «todos los recursos disponibles» para recoger pruebas de que allí había médicos dedicados a la tortura.

Durante varias semanas del invierno de 1982, Buckley se dedicó a describir un terrible panorama sobre la tortura médica. En Etiopía, unos médicos a sueldo del gobierno vertían agua y aceite hirviendo en distintas partes del cuerpo de los presos para poner a prueba diversos coagulantes sanguíneos y sueros destinados a tratar ampollas generalizadas. Los rusos les facilitaban los medicamentos. Muchas de las víctimas fallecían tras larga agonía. Del diminuto estado marxista de Djibuti obtuvo pruebas de que había médicos que inyectaban drogas que provocaban el coma, administraban *electroshocks* a los presos y llevaban a cabo amputaciones; también sumergían a las víctimas en agua salada durante semanas seguidas hasta que se desprendía la carne del hueso.

En Somalia, los médicos a sueldo del servicio de seguridad nacional habían creado una «sala de ruido» en la sede de Mogadiscio. Los presos permanecían sujetos durante días, soportando un ruido cada vez mayor hasta que se quedaban sordos para siempre.

En Uganda, durante la presidencia de Milton Obote, la tortura era una práctica generalizada. Una docena de centros contaban con médicos que supervisaban o participaban en castraciones, extirpación de pechos y genitales con fuego y amputación quirúrgica de la lengua.

Durante los treinta y cinco años anteriores, la Agencia había archivado cientos de casos de torturas médicas en Rusia. Cuando era necesario, facilitaban la información a los políticos estadounidenses para que atacaran al sistema soviético con datos sobre los hospitales donde se producían estos abusos y el nombre de los médicos que los llevaban a cabo. Los médicos soviéticos recetaban habitualmente tratamientos desorientadores a base de psicotrópicos, o que fomentaran el dolor a personas perfectamente sanas cuya única «enfermedad» era su oposición al régimen. Muchas de las drogas se administraban en cantidades masivas sin tener en cuenta ninguna contraindicación, y muchos de los que las recibían quedaban incapacitados físicamente o alterados mentalmente para siempre.

Buckley se encontró con que su investigación no podía fragmentarse. Mientras que la tortura realizada por los médicos se producía de modo uniforme en todo el bloque soviético, en otros lugares no conocía límites geográficos. Lo que los médicos hacían en Libia se multiplicaba en el país vecino, Egipto. Tras el asesinato de Sadat, miles de personas fueron conducidas a conocidas cámaras de tortura de El Cairo: la Ciudadela, la cárcel de Tora y la de Al Marg. En todos estos lugares, los médicos supervisaban habitualmente los latigazos, las privaciones sensoriales y el encarcelamiento en sótanos.

Arabia Saudí, país que durante mucho tiempo la Agencia había considerado «amistoso», no era muy distinto de Siria al respecto. En ambos países los médicos utilizaban un instrumento llamado *alAbd asAswad*, el esclavo negro. Consistía en una silla de metal con un agujero en el asiento. Se ataba a la víctima, desnuda, y a continuación se metía por el agujero un pincho de metal caliente que entraba por el ano y destrozaba el intestino. Con frecuencia había por allí algún médico para asegurarse de que se retiraba el pincho antes de que muriera la persona torturada, aunque por lo general no tardaba en fallecer por hemorragia interna.

En Turquía, otro país «amigo», había médicos que supervisaban palizas, administraban *electroshocks* y decidían cuánto tiempo debía permanecer la víctima encapuchada. En la cárcel de Bien Hoa, en Saigón, donde Gottlieb había enviado a los médicos de la Agencia para que experimentaran con prisioneros del Vietcong, los médicos comunistas torturaban a quienes se negaban a aceptar el nuevo régimen.

En Filipinas, los médicos del servicio de seguridad —otra organización que la Agencia había ayudado a formar— autorizaba tratamientos similares a los opositores al régimen de Marcos.

Desde África a Asia, pasando por América Latina y Oriente Próximo, en más de ochenta países considerados «hostiles» a Estados Unidos, Buckley fue recogiendo pruebas de torturas ejecutadas por médicos.

En junio de 1982, ya había verificado y clasificado los horribles detalles. Con ayuda de especialistas de la división politicopsicológica —cuyos contactos alcanzaban todos los rincones del mundo médico—, Buckley se las arregló para que el material llegara a los defensores de los derechos humanos. Gran parte de las pruebas que Buckley había reunido aparecieron más tarde en los informes publicados por Amnistía Internacional sobre la tortura.

Una vez más, Buckley se encontró de regreso en Oriente Próximo, en su ciudad favorita, Beirut, como jefe local de la CIA. Casey había dicho que no había nada semejante a Beirut para poner a prueba el oficio que Buckley había adquirido en todos aquellos años.

Casey pronunció una homilía final: «Bill, esto es el máximo.»

No hacía falta que se lo dijera, pues el recuerdo de los hechos que habían llevado a su nombramiento tardaría en borrarse: pocos días antes de su llegada, un coche bomba contra la embajada estadounidense, situada en la costa de Beirut, había matado, entre otros, a una docena de veteranos de la CIA.

En esta ocasión, Buckley se dispuso a establecer una trama de informadores que se extendiera hasta las más altas esferas del inestable gobierno de coalición libanes. Entre ellos se encontraba Walid Jumblatt, el dirigente druso, el caudillo que sobrevivía a base de dormir cada noche bajo distinto techo en el sector cristiano de la ciudad. Jumblatt era ministro de Turismo del Gobierno, cargo que le permitía visitar constantemente las embajadas extranjeras y animar al personal para que ideara modos de atraer turistas a la ciudad, que era probablemente la más peligrosa del mundo. En cada una de esas embajadas, Jumblatt contaba con un hombre encargado de recoger datos dispersos que el caudillo druso enviaba a Buckley.

Otra baza era un hombre de la OLP que, corriendo enormes riesgos, se citaba con Buckley para contarle las últimas ideas de Yasir Arafat. Un tercer informador, un sirio, facilitaba detalles sobre el entorno del presidente Asad en Damasco. En algunas ocasiones resultaba abrumadora la cantidad de datos que debía ordenar.

Al mismo tiempo que vigilaba los acontecimientos del Líbano, Buckley no perdía de vista lo que sucedía

en Irán a través de los empresarios extranjeros que pasaban por Beirut hacia Teherán. A cambio de una buena comida, a su regreso informaban a Buckley.

Diariamente controlaba un centenar de temas distintos, sobre los que debía emitir una valoración y enviarla a Langley. Algunas veces, debía trabajar veinte horas seguidas durante varios días; después se iba a su piso y dormía allí veinticuatro horas.

Aquel viernes 16 de marzo de 1984 se despertó descansado. Dos horas después lo habían secuestrado.

En la primavera de 1985 se inició el segundo año del secuestro de William Buckley.

Cuando se mencionaba su nombre y se especulaba sobre su suerte en Langley, todos se recordaban mutuamente que se había hecho todo lo posible para rescatarlo. «Excepto enviar a los *marines* para que se abrieran paso, calle a calle, por Beirut Oeste, lo hemos hecho todo», acostumbraban a decir.

Hacía ya tiempo que se había tomado toda clase de medidas en relación con cualquier documento de valor que el «maletín incinerador» de Buckley pudiera haber contenido. Se habían cambiado rápidamente los códigos y los nombres cifrados de los contactos que pudiera haber llevado encima. A los secuestradores sólo les quedaron las cartas de Candace, junto con dos libros, uno del jeque Fadlálá y otro del doctor William Sargent.

Sólo en los salones del séptimo piso, ocupados por William Casey, la esperanza se había negado a desaparecer. Casey había rechazado la propuesta, hecha un año después del secuestro de Buckley, de que su nombre se añadiera oficialmente a la lista de agentes de la CIA caídos o desaparecidos en el cumplimiento de su deber cuya memoria evocaban unas pequeñas estrellas talladas en las paredes de mármol del vestíbulo principal de Langley. Antes de que Buckley desapareciera, había unas cincuenta estrellas y cada una de ellas representaba un agente de la CIA que había perdido la vida al servicio de la Agencia. Desde entonces habían añadido media docena más, pero Casey murmuró que era demasiado pronto para incluir a Buckley entre esos agentes.

Sus asesores sabían que Casey se aferraba con tozudez a la esperanza de que Buckley no hubiera muerto y lo estuvieran manteniendo vivo para negociar. Esta idea había arraigado en su mente cuando el embajador israelí en Washington le contó que una serie de prisioneros israelíes capturados en diversas guerras con sus vecinos árabes seguían vivos en Siria e Irán para ser utilizados como moneda de cambio en futuros trueques.

Casey, animado, examinó —con frecuencia hasta altas horas de la noche— todos los informes sobre la búsqueda de Buckley. Prestó especial atención a la gruesa carpeta dedicada al doctor Aziz al Abub. Uno de los textos, escrito seis meses antes, decía que el médico seguía en Beirut. ¿Continuaba utilizando el maletín de productos químicos para eliminar el último rastro del espíritu de Buckley, listo para utilizarlo en algún intercambio? Pero ¿cuál podría ser el trato? Aquél era el problema: no había intercambio posible. El presidente Reagan lo había dejado bien claro: su Gobierno no trataba con terroristas.

Al leer los documentos, a Casey no le costó imaginar a Buckley encadenado en alguna mazmorra situada bajo los escombros de Beirut Oeste. Ninguna cámara situada en un satélite, por poderosa que fuera, podía llegar tan hondo. Buckley estaría ya consumido, probablemente viviría en la oscuridad, excepto durante los breves momentos en que el doctor Al Abub necesitara una luz, tal vez sólo una linterna, para hacer su trabajo: encontrar una vena para inyectarle algo o bien obligarle a tragar algunas pastillas.

Resultaba irónico, admitiría Casey más tarde, que parte de la práctica de aquel médico derivara probablemente de los experimentos de la CIA en los programas MKULTRA o el MKSEARCH. Aunque Buckley hubiera facilitado datos a sus secuestradores sobre esas investigaciones, eso ya no importaba. Todos aquellos papeles que no se habían triturado habían terminado por ser de dominio público, y todos los servicios de espionaje y, sin duda, la mayoría de las organizaciones terroristas los habían analizado detenidamente. Para un médico experimentado como el doctor Al Abub, habría sido sencillo adaptar las técnicas que Cameron había puesto en práctica a la amplia gama de nuevas drogas disponibles para alterar la voluntad.

Al leer los informes de los psicólogos y de los demás especialistas, Casey recordó la época frenética que siguió a la mañana del 16 de marzo de 1984, cuando les llegó la noticia del secuestro de Buckley. Todo el mundo se lanzó a trabajar ininterrumpidamente, y los papeles empezaron a acumularse en la mesa de reuniones del despacho de Casey. Fue necesario que un equipo de sus asesores seleccionara y clasificara los datos según su importancia. Muchos de los que parecían prometedores no llevaron a ninguna parte.

A pesar del horror que plasmaban, los vídeos no ofrecieron ninguna pista. Como se vería más tarde, su llegada coincidió con el punto álgido de la búsqueda de Buckley; después, fue decayendo. Los especialistas dejaron de trabajar durante los fines de semana, y pocas veces los llamaba Casey en plena noche para que lo pusieran al corriente de las últimas noticias.

El centro de la búsqueda había seguido estando en el Líbano, pero durante los últimos meses en los informes de Beirut no aparecía nada positivo. Durante los rezos de los viernes, los sacerdotes de las mezquitas



habían dejado de referirse a Baclí. Su nombre, en otros tiempos en los labios de casi todo Beirut Oeste, ahora se oía raras veces.

Los informes de los diplomáticos extranjeros en la ciudad coincidían: mientras que los otros rehenes seguían aferrados a la vida en las entrañas del «Hilton de Beirut», de infausta memoria —una serie de celdas excavadas bajo las ruinas de Beirut Oeste—, no se decía ni una palabra sobre Buckley.

Algunos rumores decían que Buckley había sido trasladado a un reducto de Hézbolá en el valle de Bekaa, y el gobierno italiano había intentado confirmarlo sin éxito. Se dijo que lo habían llevado en secreto a Teherán para interrogarlo, pero el enviado suizo en la capital iraní desmintió esa historia.

Al final ya no hubo rumores que seguir. Ni siquiera los periódicos, que en una ocasión reciclaron rutinariamente viejas historias sobre el secuestro, tenían nada nuevo que contar.

Sin embargo, William Casey no quería rendirse. Todo aquello que lo había convertido en lo que era —su cerebro, su saludable escepticismo y su distanciamiento— lo convencían de que, para sus raptos, Buckley resultaba más útil vivo que muerto. Mientras estuviera vivo, Buckley seguía teniendo algún valor para ellos. Algún día Washington tendría un nuevo gobierno, tal vez más maleable y dispuesto a negociar que el de Reagan. Si sólo querían dinero, eso no sería problema. En realidad, Reagan le había prometido que si sólo se trataba de dinero y no de concesiones políticas, estaría de acuerdo en pagar lo que pidieran. Pero sólo aceptaría esa clase de trato.

Desde la reunión con el embajador de Israel, Casey seguía pensando en ello. Uno de los rasgos propios de su carácter —que los demás en ocasiones consideraban un defecto— era que resultaba imposible apremiarlo; así que pasó largas horas examinando la posibilidad de convencer a Israel de que soltara un gran número de prisioneros árabes a cambio de la libertad de Buckley.

Israel pediría algo a cambio. Lo más probable es que pidiera acceso a la información de la CIA sobre las zonas donde tenía intereses. Sin embargo, habría que examinar cuidadosamente lo que suponía facilitarles esa información. Muchos miembros de los servicios secretos estadounidenses abrigaban sospechas, cada vez mayores, sobre las intenciones reales de Israel y creían que utilizaba los datos obtenidos mediante espionaje como eje de su política exterior. También tenían cada vez más pruebas de que Israel robaba la tecnología estadounidense más avanzada y tal vez podría estar facilitándosela a la Unión Soviética a cambio de que dejara marchar a los judíos rusos.

No obstante, a pesar de todos estos peligros, en abril de 1985 Casey estaba cada vez más tentado de utilizar a Israel para recuperar a William Buckley. Ya se había hecho en alguna ocasión anterior, en concreto tras la crisis de Suez en 1956, cuando el jefe del Mosad, Meir Amit, escribió al presidente de Egipto del momento, Gamal Abdel Nasser, pidiéndole que cambiara dos espías israelíes por cientos de prisioneros capturados en la guerra. Al principio Nasser se negó, y Amit presionó psicológicamente. Dijo a los prisioneros de guerra egipcios que no los liberaban porque Nasser se negaba a entregar a los dos israelíes. Cuando los prisioneros escribieron a sus familias, éstas asediaron a Nasser con peticiones de que liberara a los dos israelíes. Meir Amit escribió entonces una carta personal a Nasser asegurándole que si los soltaba, todo el mundo lo alabaría por haber recuperado a sus soldados y no se mencionaría el intercambio. Nasser le pidió que liberara primero a los prisioneros de guerra, y Meir Amit estuvo de acuerdo. Llevaron a los egipcios en camiones a las cercanías del desierto del Sinaí y allí subieron a autobuses egipcios. Dos días más tarde, los dos espías israelíes volaban de El Cairo a Ginebra, y de allí los llevaron a Tel Aviv.

Casey sabía que los jefes del Mosad habían organizado intercambios similares en otras ocasiones, y ninguno de ellos era más astuto que el director general del momento, Nahum Admoni.

Aunque Buckley sabía que Admoni recelaba profundamente de las intenciones de Estados Unidos en Oriente Próximo, su relación personal con el jefe del Mosad era cordial y se comunicaban regularmente a través de un canal alternativo que Alien Dúlles había creado como medio para que la CIA tratara directamente con el espionaje israelí sin necesidad de pasar por el Gobierno.

A finales de abril de 1985, Casey viajó a Tel Aviv pasando por Londres, donde se había citado con el doctor William Sargent. Éste estaba ya retirado de su puesto de consejero del MI5 y el MI6 y había abandonado el cargo de director del departamento de medicina psicológica del hospital St. Tomas, aunque seguía ejerciendo la medicina en su consulta privada de Harley Street, donde recibió a Casey.

Se conocían desde que Sargent actuó como perito para la defensa del caso de Patty Hearst, la hija de un magnate de la prensa que se hizo terrorista. Sargent sostuvo entonces que le habían lavado el cerebro, aunque el tribunal no aceptó su argumentación.

Sin embargo, a Casey le impresionaron los contundentes argumentos esgrimidos durante el proceso y lo invitó a Washington. Se vieron en la embajada británica, donde entonces se alojaba Sargent. Ambos hombres sintieron una simpatía mutua inmediata, fomentada por la convicción compartida de que el crecimiento del

terrorismo internacional seguía estando controlado, en gran medida, por la Unión Soviética. De acuerdo con los recuerdos de Sargant, Casey coincidió con él en que «los soviéticos saldrían escaldados de su intento de imponerse a los fundamentalistas islámicos».

Años más tarde, mientras tomaban té en la consulta de Sargant, sentados en unos sillones ante una estufa de gas pasada de moda, el tema del terrorismo en Oriente Próximo seguía preocupándolos.

Sargant recordaría más tarde que Casey había querido saber si era posible que un hombre como Buckley sobreviviera más de un año en una cautividad que, probablemente, era equiparable a la de los *gulags* soviéticos.

«Contesté a Casey que sólo podía dar una opinión general. En las ocasiones en que había visto a Buckley, me había parecido que poseía una personalidad equilibrada; sin embargo, tras pasar un año preso en esas condiciones, eso serviría de bien poco. Aunque pudiera conservar parte de su fortaleza física, sus facultades mentales se habrían visto seriamente dañadas si se le había dado el tipo de trato que Casey sugería y había pasado largos períodos bajo una capucha o atado, al tiempo que se le administraban drogas para que fuera más dócil. Casey quería saber si Buckley habría recibido *electroshocks*, y le dije que estaba casi seguro de que no, porque ese tratamiento habría sido contraproducente si tenían intención de mantenerlo vivo para un trueque en el futuro. También le dije que semejante trueque era discutible, pues lo retenían fundamentalistas islámicos para quienes cualquier trato con Occidente era condenable y lo interpretarían como señal de debilidad por su parte. Dado que resultaba evidente, desde su punto de vista, que no obtendrían beneficios estratégicos o políticos con un trueque, no tenían razón válida para liberarlo. Entonces Casey me preguntó que en tal caso para qué iban a mantenerlo vivo sus secuestradores, y le contesté que, en mi opinión, el desconocimiento de si estaba vivo o muerto daba a sus secuestradores una ventaja: el secuestro servía para crear temor en los demás.»

Siguieron hablando en similares términos hasta que Casey tuvo que tomar el vuelo a Tel Aviv.

Admoni esperaba a Casey en el aeropuerto de Tel Aviv, y durante el trayecto a la ciudad charlaron sobre dos hombres que ambos conocían bien. Uno de ellos era Richard Helms, el cual, tras una temporada como embajador de Estados Unidos en Irán, había pasado a formar parte de la Commission on Strategic Forces del presidente Reagan. El otro era William Colby, que de modo sorprendente, tras trabajar en otro tiempo con Admoni en París y Etiopía en operaciones clandestinas, había intervenido en el debate público sobre el control de armamento nuclear respaldando a los obispos católicos estadounidenses y el movimiento partidario de congelar el desarrollo nuclear. Colby insistía en que tales convicciones no se derivaban de sus firmes creencias religiosas ni del sentimiento de culpa. Admoni se rió burlón y dijo: «Si hay alguien con el alma cargada de culpa es Bill Colby.»

En cuanto Casey estuvo instalado en un hotel de Tel Aviv situado frente al mar, contó a Admoni cuál era el objetivo de su visita: ver si Israel aceptaría un trato para cambiar a Buckley por presos árabes de sus cárceles.

Casey recordaría que, de entrada, Admoni le contestó que era «totalmente imposible. Se produciría una protesta popular si saliese a la luz pública que habíamos cambiado a Buckley, un extranjero, por presos árabes, cuando tenemos a tantos de nuestros compatriotas retenidos en terribles condiciones por Hezbolá y otros grupos terroristas».

Al ver que se le cerraba con firmeza ese camino, Casey le preguntó si el Mosad podía averiguar si Buckley estaba muerto.

Durante los siguientes días, Admoni presentó a Casey a algunos de los agentes clave del Mosad que estaban más informados de los acontecimientos del Líbano. Entre ellos se encontraba David Kimche, que hasta fechas recientes se había encargado de la «sección libanesa». No le cabía la menor duda: Buckley estaba muerto. Rafi Eitan, antiguo director de operaciones del Mosad, mantenía un punto de vista similar. Y Admoni lo compartía.

«Buckley está más que muerto», dijo Admoni mientras llevaba a Casey en coche al aeropuerto para que tomara un avión hacia Washington.

La noticia de que Casey se había embarcado en lo que al final había resultado una misión inútil, sacó a la superficie una serie de cuestiones que llevaban tiempo latentes en Langley.

Tal vez habían empezado durante los momentos más agitados, cuando Casey apremiaba a todo el mundo, pisoteaba egos y gritaba incluso a los cargos más antiguos que quería que encontraran a Buckley a cualquier precio. Durante el primer verano tras el secuestro, cuando Langley parecía haberse convertido en un lugar sin brisa, la atmósfera de los pasillos era una mezcla de aliento agrio y esperanzas oxidadas. Tal vez fuera entonces cuando se formuló la primera pregunta: ¿qué hacía a Buckley tan especial y merecedor de aquel

despilfarro de tiempo, energía y estallidos de ira por parte de Casey?

Nadie recordaba que se hubiera hecho algo semejante cuando capturaron a Tucker Gouglemann, un agente de la CIA en Saigón. En aquella ocasión, la orden procedente del séptimo piso fue: veamos cómo acaba todo esto. Dieciocho meses después de la desaparición, la Cruz Roja Internacional devolvió a los estadounidenses el cadáver de Gouglemann. Los restos demostraban que había sido torturado con la máxima crueldad: no tenía ni un hueso entero. Aquella brutalidad resultaba especialmente implacable porque, al parecer, alguna persona con conocimientos médicos había dirigido la tortura.

En principio todos aceptaban que se hubiera tomado todo tipo de medidas para intentar rescatar a Buckley: era malo para la moral de todos perder un agente y añadir una estrella a la galaxia del vestíbulo.

No obstante se había extendido la impresión de que Casey consideraba que Buckley era más importante que cualquier otro agente desaparecido, y la gente empezaba a preguntarse qué tendría Buckley de especial para que el director, acuciado por cientos de asuntos más importantes y urgentes, convirtiera el caso Buckley en algo personal y extraordinario.

Algunos recordaban que cuando Dulles dirigía la CIA sucedió lo mismo. Durante aquellos días Buckley, entusiasta combatiente en la guerra de Corea, recibía de Dulles el trato de hijo predilecto y disfrutaba de un acceso al director que incluso los altos cargos envidiaban. Mientras tomaban una copa en un bar cercano a Langley que los agentes utilizaban como abrevadero desde hacía tiempo, se preguntaban, en palabras de un analista: «¿Qué tiene Buckley para que lo traten de modo tan especial?»

Otros recordaban el modo en que se le había permitido comportarse en Vietnam. Iba y venía más o menos a su antojo y él mismo fijaba su agenda de trabajo. Al final, otros hombres de la CIA, como el mismo Colby, se quemaron por culpa del papel de Estados Unidos en la guerra, pero Buckley salió de ella sin mácula, a pesar de su participación en la Operation Phoenix. Lo mismo sucedió con los proyectos MK-ULTRA y MK-SEARCH, y tantas otras operaciones. En el mundo de Langley, aquello bastaba para que se enarcaran algunas cejas.

Algunos meses después del secuestro de Buckley, un agente de la CIA que había accedido a hablar con un periodista a condición de que no se diera su nombre declaró: «La pura verdad es que nadie apreciaba a Buckley, no gustaba nada. En la CIA incluso había personas que lo odiaban, que se alegraron cuando lo enviaron a Beirut. Después de que se fuera por ese sumidero, ¿por qué demonios tenían que encargarse ellos de buscarlo?»

Lo cierto era que se habían combinado una serie de factores para determinar el destino de Buckley. Sabía mejor que nadie que para sobrevivir en la Agencia era necesario convivir con los politiqueos, los combates por un territorio propio y las puñaladas por la espalda. Él se enfrentaba a todo ello contraatacando con energía. No caía bien, pero él acostumbraba decir: «No estoy aquí para competir por el título de Miss Langley.» Al mismo tiempo, su expediente acumulaba un índice de éxitos casi sin parangón en toda la historia de la Agencia y eso suscitaba algunas envidias. Y, por último, había dejado su impronta en el modo en que Casey lo distinguía sobre todos los demás. «No es normal que uno de tus amigos sea el director. La gente piensa que estás haciendo de correveidile», explicó más tarde un agente.

William Buckley no era chismoso pero era irascible, implacable, y poseía un carácter difícil por el que no pedía excusas. Poco antes de ir a Beirut expresó su actitud de modo sucinto: «Intento hacer bien mi trabajo, pero entiendo que la gratitud no forma parte de la tarea.»

A finales de mayo de 1985, William Casey había abandonado ya toda esperanza de recuperar a Buckley. Oliver North, el antiguo *marine*, era el eje de un plan para recuperar a todos los rehenes estadounidenses retenidos en el Líbano y trabajaba junto con Amiram Nir, un experto israelí en combatir el terrorismo. Según Nir, sus fuentes de información en el Líbano le habían contado que los dirigentes de Hezbolá habían decidido que Buckley debía morir preso.

Nir creía que la decisión se había tomado después de que enviaran el tercer vídeo, que al igual que los anteriores, estaba filmado en el sótano del «Hilton de Beirut». Las fuentes de Nir le habían contado que la decisión sobre el destino de Buckley se había tomado en una reunión de los dirigentes de Hezbolá en casa del jeque Fadlalá un día de noviembre de 1984. Nir contó a North que sus contactos no tenían más información adicional; sólo la certeza de que Buckley estaba muerto.

Nadie sabe con seguridad cuándo murió William Buckley. Lo probable es que falleciera durante la noche del 3 de junio de 1985, cuando llevaba cuatrocientos cuarenta y cuatro días de cautiverio.

David Jacobson, antiguo director del Hospital de la Universidad de Beirut que había sido secuestrado algunos meses antes y encarcelado en el «Hilton de Beirut», creía que aquella noche Buckley se encontraba en una celda cercana. Cuando lo liberaron diecisiete meses más tarde, Jacobson intentó recordar lo que había oído aquella noche de junio en la opresiva oscuridad.

«Era un estadounidense, de eso no me cabe duda. Pero estaba en muy mal estado, deliraba y tosía. Me costaba entender lo que decía porque a mí me habían puesto una capucha. Al final no hubo más que silencio. Al cabo de un rato, oí que los vigilantes gritaban en árabe y después algo parecido al rumor de un cuerpo al ser arrastrado.»

En octubre de 1985 llegó la confirmación de la muerte de Buckley a través de un anuncio de Hezbolá, acompañado de una fotografía del cadáver junto con copias de algunos de los documentos, en otros tiempos secretos, procedentes de su «maletín incinerador». El anuncio añadía que no devolverían el cadáver a Estados Unidos para que lo enterraran. Hezbolá no quiso decir qué habían hecho con él.

Casey se dirigió a la Casa Blanca para comunicar la noticia al presidente Reagan; después los dos hombres permanecieron un rato en silencio en el Despacho Oval.

—Cuanto antes saquemos a todos los rehenes de Beirut, mejor —dijo por fin el presidente—. Haz todo lo que sea necesario, Bill.

Así se puso en marcha el trato de venta de armas a cambio de rehenes, conocido con el nombre de Irangate, pero ésa es ya otra historia.

La muerte de Buckley afectó profundamente a William Casey, que sintió que «había fallado a un hombre al que tanto admiraba, en quien tanto confiaba. Era un orgullo para la CIA y Estados Unidos».

El 6 de mayo de 1987, William Casey murió de neumonía tras una operación para extirparle un tumor cerebral.

A finales de octubre de ese mismo año, los agentes de la CIA estaban otra vez en Beirut. Uno de los primeros informes enviados a Langley señalaba que el doctor Aziz al Abub había marchado de Beirut a Teherán. A partir de ese momento no se han tenido más noticias sobre sus andanzas.

Bill Buckley trabajó para la CIA durante treinta años: había entrado en ella cuando la Agencia formaba parte del «sueño americano» de crear un nuevo mundo. Murió en un momento en que la Agencia era ya una estructura burocrática dirigida por la convicción de que la tecnocracia y el análisis cualitativo eran los dioses gemelos que reinaban en Langley. Buckley era ajeno a aquel mundo. Coincidió con Ronald Reagan, uno de los escasos presidentes que admiraba, en que la fuerza de Estados Unidos residía en mantenerse deliberadamente separado del resto del mundo. El país que deseaba debía poseer las virtudes de los estados del centro de Estados Unidos, desaparecidas tiempo atrás, de la misma manera que el cristianismo de su juventud ya no existía.

A pesar de ser un profesional hasta la médula, ya no compartía ideales con sus superiores. Para ellos, Bill Buckley parecía proceder de otros tiempos, como un caballero medieval solo en un campo de batalla transformado. Ari Ben Menashe, un antiguo agente israelí que lo conoció brevemente, lo definió como un hombre «que seguía aferrado a una espada mientras todos los demás utilizábamos pistolas de rayos láser. Pero era una buena persona, fiel servidor de la Agencia y de su país».

Y estas frases me parecen un epitafio adecuado.

En los años posteriores al anuncio de Hezbolá, fueron llegando informes contradictorios indicando que habían quemado el cadáver de Buckley o bien que lo habían enterrado bajo los cimientos de alguno de los nuevos hoteles que surgían por la costa de Beirut para atraer de nuevo turistas a una ciudad que seguía considerándose el París del

Mediterráneo oriental. Incluso se dijo que habían troceado el cadáver para llevarlo al mar y echárselo a los peces. Como ninguno de estos informes pudo verificarse, por los callejones de Beirut Oeste se extendió el rumor de que los americanos pagarían mucho dinero por el cadáver de Baclí. Las bandas de adolescentes no tardaron en excavar entre las ruinas, pero no encontraron nada y pronto perdieron interés. Transcurrido un año desde que se anunció su muerte, ya nadie buscaba su tumba.

A principios de enero del año 2000, dos jóvenes árabes salieron de Beirut Oeste en una destartada camioneta en dirección al valle de Bekaa. Al cabo de unas horas encontraron lo que buscaban, guiándose por lo que indicaba un trozo de papel por el que habían pagado una cantidad considerable. El hombre que les había vendido el papel alardeaba de haber sido uno de los vigilantes que había visto morir a Baclí y de haberlo llevado a aquel lugar para enterrarlo.

Con un pico y una pala empezaron a cavar. Al final de la tarde, habían excavado un gran agujero sin encontrar un solo hueso. Cuando se hizo de noche siguieron cavando con la ayuda de los faros de la camioneta. Al final se convencieron de que habían sido víctimas de un timador y se rindieron.

Sin duda, de haber estado vivo, William Buckley habría sonreído.

## Nota sobre los entrevistados

Al principio había previsto que este libro fuera muy distinto del que ha resultado ser al final. Después de casi un cuarto de siglo informando sobre asuntos relacionados con el espionaje, me consideraba preparado para escribir una obra que diera una visión general de la CIA y el modo en que interpreta —unas veces bien y otras mal— su papel en el marco de los servicios secretos y el mundo que se encuentra más allá.

Mucho antes de que naciera mi amistad con William Buckley, conocí a una serie de agentes de diversos servicios secretos cuyas opiniones sobre la CIA abarcaban desde una especie de envidia por su enorme presupuesto y acceso a las últimas tecnologías hasta el convencimiento de que la Agencia era responsable de algunos de los mayores desastres del espionaje desde la Segunda Guerra Mundial.

La relación con Bill Buckley me ayudó a apreciar con mayor nitidez los dos puntos de vista divergentes, y lo cierto es que terminamos siendo verdaderos amigos. A medida que transcurría el tiempo, yo iba acariciando la idea de que, cuando se jubilara, Bill me autorizaría a contar su historia; era sin duda tan emocionante como cualquiera de las memorias de otros agentes secretos que había leído. Al final nos pusimos de acuerdo en que hablaríamos en serio del libro cuando abandonara la Agencia.

Su secuestro y muerte terminaron con estos planes. Sin embargo yo seguía deseando contar su historia, en la medida en que pudiera elaborarla a partir de lo que me había ido explicando y las notas que me había permitido tomar durante nuestras conversaciones.

Estos datos formaron la estructura principal del libro. Pero para captar el personaje de Bill tal como era en realidad —o por lo menos como yo lo veía— necesitaba ampliar el marco para incluir el episodio más dramático de su carrera: su participación en los proyectos MK-ULTRA y MK-SEARCH. A él no se le habría escapado la ironía de su colaboración: primero fue testigo de la obra de Ewen Cameron en el Alian Memorial Institute, y al final él mismo se convirtió en víctima de otro médico dedicado a la tortura, Aziz al Abub.

El período de investigación se prolongó durante varios años, de modo intermitente, e incluyó viajes a Montreal y otras partes de Canadá, a Israel y finalmente a Beirut. En algunas ocasiones, la historia me parecía tan abrumadora que quise abandonarla. En realidad la dejé varias veces para escribir otros libros.

Pero en 1999 Kevan Barker, un viejo amigo, director y productor cinematográfico que ha estado fascinado por el mundo del espionaje durante muchos años, me animó a regresar al proyecto, en esta ocasión para elaborar el guión de una película. Tenía idea de filmar una titulada *Buckley*, centrada en la relación de Bill con Ewen Cameron y Aziz al Abub.

No había avanzado mucho en el guión cuando me di cuenta de que sólo me quedaría satisfecho si ponía por escrito en forma de libro toda la historia de los experimentos por parte de la CIA para lograr el control psíquico, tal como me lo había contado Bill Buckley, y terminaba con la narración de su muerte a manos de Al Abub. A partir del libro adaptaría más tarde un guión. No tendría el típico final optimista de Hollywood, pero Kevan me dijo que no importaba. Dijo textualmente que quería que la película fuera «cruda y oscura, tal como es el mundo de los servicios de espionaje».

Me puse a investigar de nuevo, y estas páginas han sido el resultado.

Desearía dar las gracias a una serie de personas por el tiempo y el esfuerzo que dedicaron a ayudarme.

En primer lugar y por encima de todo, debo citar a Bill Buckley. Me dedicó su tiempo y su amistad, y contestó pacientemente a muchas más preguntas de las que yo me habría atrevido a formularle. Su análisis sobre los temas relacionados con el espionaje era de enorme valor y llegué a ver a la Agencia a través de sus palabras durante las tres décadas en las que trabajó en ella. Lo que convertía sus puntos de vista en algo muy importante para mí era que, por lo general, Bill hablaba sin reproches ni lamentos. Sólo daba muestras de ello cuando se refería a Sydney Gottlieb y Ewen Cameron: entonces dejaba bien claro que lo que habían hecho estaba mal y merecían que se hiciera público.

El doctor William Sargent fue generoso con su tiempo. Yo ya lo conocía desde la época en que trabajé como productor de televisión para la BBC de Londres, cuando él colaboró como asesor en una serie de programas que yo produje. Después nos mantuvimos en contacto y se estableció una relación de confianza, gracias a la cual Sargent me habló abiertamente de Gottlieb, Cameron y los programas MK-ULTRA y MK-SEARCH.

Una noche, mientras cenábamos en su casa, Sargent me reveló que sus fuentes del MI6 le habían dicho que el asesinato de Frank Olson lo había llevado a cabo George Hunter White, sin duda siguiendo órdenes de Gottlieb. Sargent creía que no se había comportado erróneamente al informar a sus superiores del servicio de inteligencia británico sobre las reacciones de Frank Olson tras el viaje a Alemania y sobre la necesidad de negarle acceso a los centros de investigación secreta británicos. Sargent me contó que le había sorprendido mucho lo sucedido a Frank Olson y achacaba el asesinato a la obsesión de Gottlieb «por conseguir controlar

la mente humana, que lo llevó a eliminar cualquier cosa o cualquier persona que lo pusiera en peligro».

Sargent puso como condición para expresar sus opiniones que, mientras viviera, no le atribuyera a él lo dicho. Accedí y seguimos viéndonos regularmente hasta que falleció, en 1988.

En noviembre de 1988 mantuve una conversación con Sydney Gottlieb. Me habían dicho que estaba enfermo, y durante nuestra breve conversación telefónica me comunicó que no podía verme. Tenía una voz débil y apagada. No sólo deseaba hablar con él de su implicación en el proyecto MK-ULTRA, sino también de su participación en lo que le había ocurrido a Stanley Milton Glickman, en París en 1952.

En aquella época, Glickman iniciaba una carrera prometedora como artista. Una noche de octubre de 1952, un conocido le propuso que fuera con él al Café Select de Montmartre, donde encontrarían a algunos compatriotas estadounidenses. La reunión se transformó rápidamente en una animada discusión política. Glickman, que defendía puntos de vista decididamente izquierdistas, se encontró frente a hombres que más tarde describiría como «ultraconservadores». Cansado de sus opiniones, se puso en pie para marcharse. Uno de los hombres lo invitó a una copa «como gesto conciliador».

En una declaración jurada realizada más tarde, Glickman describió al hombre: «Tenía un pie deforme. En lugar de llamar al camarero, prefirió acercarse él mismo a la barra para recoger la bebida. Cuando me había bebido ya media copa, empecé a sentir que las distancias se alargaban y que la percepción se alteraba. Advertí que los hombres que tenía delante me miraban expectantes mientras bebía. Salí del café. Veía los colores distorsionados y algunas otras alucinaciones. Creía que me habían envenenado.»

Permaneció así durante dos semanas más «en un estado de locura, engaño y terror». Al borde del colapso, lo ingresaron en el Hospital Americano de París. Allí permaneció dos días durante los cuales le aplicaron *electroshocks*. También «creía que me daban más drogas alucinógenas. Hasta que llegó un amigo, vio en qué estado me encontraba y me ayudó a salir del hospital».

En julio de 1953 Glickman regresó a Estados Unidos. Cuatro años más tarde, su hermana Gloria leyó un artículo en el que se afirmaba que «durante los años cincuenta, y en países extranjeros, la CIA había utilizado LSD para experimentar sin previo aviso con personas». Se convenció, igual que su hermano, de que había sido una de las víctimas del programa, que Gottlieb se encontraba en París para supervisarlo y que los hombres del Café Select eran de la CIA.

Glickman dio instrucciones a sus abogados para que emprendieran acciones judiciales, acusando «a los Estados Unidos de América, a Sydney Gottlieb a título personal y en calidad de agente de la CIA, y a otros miembros de la Agencia» de haber experimentado con él.

El caso seguía avanzando lentamente a través del sistema legal estadounidense cuando Glickman murió, el 11 de diciembre de 1992.

Los abogados de Gottlieb le dijeron que ya no tenía por qué preocuparse. Pero para entonces, los abogados de Eric Olson estaban cercando a Gottlieb. Cuando Sidney Gottlieb murió, en marzo de 1999, estaban ultimando los preparativos finales para llevarlo a juicio.

Tengo una enorme deuda con Eric Olson, por el que siento verdadera admiración. Durante más de cuarenta años ha luchado incansablemente para que se esclarezca la muerte de su padre. Me ha sido de gran utilidad en muchos de los detalles sobre la CIA incluidos en este libro. A cambio, en 1999, le informé de lo que me había contado William Sargent, y ese material se incluyó en el caso que la oficina del fiscal de Manhattan, Nueva York, presentó ante el jurado de acusación; en el año 2000, éste llevaba casi dos años investigando la muerte de Frank Olson.

Por entonces supe que este jurado iba a acusar a Gottlieb, casi con toda certeza, de complicidad en la muerte de Frank Olson. Finalmente, Gottlieb murió antes de comparecer en el juicio. Eric Olson estaba convencido de que un jurado lo habría considerado culpable de complicidad en el asesinato de su padre.

En marzo de 1996 conseguí concertar una cita en Washington con William Colby, el antiguo director de la CIA. Su aspecto físico era exactamente como Bill Buckley me lo había descrito. Me dijo que Buckley era «una persona extraordinaria y un agente de primera». Hablamos de una serie de cosas que sin duda todavía le inquietaban: la Operation Phoenix, su reconocimiento público de los viejos pecados de la Agencia, el convencimiento de que, al revelarlos, había evitado que la CIA fuera destruida desde el exterior. Al escucharlo, resultaba difícil poner en duda su integridad.

Un mes más tarde, el 27 de abril de 1996, Colby salió de su casa, situada cerca del río Wincomico, en Virginia, para dar un corto paseo en canoa. No llevaba chaleco salvavidas cuando empezó a remar contra un viento lo bastante fuerte para levantar cabrillas en las aguas del río. No regresó. Una semana más tarde encontraron su cadáver en la orilla del Wincomico, cerca de donde se une al Potomac, al sur de Washington. Nadie sabía qué lo había empujado a pasear en canoa en condiciones tan peligrosas, especialmente para un hombre de setenta y seis años sin chaleco protector. Entre los artículos que más tarde la policía encontró en su

estudio se encontraba el ejemplar más reciente de un folleto enviado por fax que ofrecía «resúmenes estratégicos semanales» y un juego para ordenador en CD-ROM sobre espionaje y modos de combatir el terrorismo, creado por Colby junto con Oleg Kalugin, un antiguo agente del KGB.

Durante algún tiempo, los medios de comunicación especularon con la posibilidad de que Colby hubiera sido víctima de algún criminal, de si lo habían matado porque había traicionado a la CIA o por algún «oscuro secreto de su pasado». Pero como ninguna prueba respaldaba estas afirmaciones, se consideró que había muerto de accidente.

Me entrevisté varias veces con William Casey antes y después de que dejara la dirección de la CIA. Nuestra primera reunión marcó la pauta para las posteriores, por lo que considero que merece la pena que la describa con cierto detalle.

Aquella tarde de marzo de 1986, Casey tenía un aire desgarrado, a pesar del traje a medida. Su rostro carrillado estaba pálido y tenía los ojos rojos; sentado en aquel club de Washington, parecía como si, tras dirigir cinco años la CIA, lo abandonara su ectoplasma.

Mientras tomaba un agua Perrier, especificó las condiciones de nuestra reunión: yo no tomaría notas ni grabaría, y él sólo hablaría de cuestiones generales. A continuación sacó una hoja de papel en la que aparecían algunos datos biográficos. Había nacido en Nueva York el 13 de marzo de 1913 y se había licenciado en derecho en la St. John's University en 1937. En 1943 lo nombraron oficial de la Reserva Naval de Estados Unidos y a los pocos meses lo enviaron a la Office of Strategic Services, la OSS, precursora de la CIA. En 1944 recibió el nombramiento de jefe de la sección especial de espionaje en Europa. Después llegó la presidencia de la Securities and Exchange Commission, entre 1971 y 1973; más tarde, en rápida sucesión, fue subsecretario de Estado de Economía (1973-1974); presidente del Export-Import Bank de Estados Unidos (1974-1976) y miembro del consejo asesor del Presidente para cuestiones de espionaje en el extranjero (1976-1977). En 1980 fue director de la campaña electoral con la que Ronald Reagan alcanzó la presidencia. Un año más tarde, el 28 de enero de 1981, Reagan lo nombró director de la CIA y se convirtió en el decimotercer hombre en ocupar el puesto más poderoso en el espionaje estadounidense.

Como respuesta a mi observación de que parecía haber ocupado una serie de puestos como hombre de confianza, Casey bebió un poco más de agua y murmuró: «No quiero tratar el aspecto personal.»

Volví a guardar el papel en el bolsillo y permanecí sentado, alerta, esperando la primera pregunta. En primer lugar me interesé por Bill Buckley, secuestrado en Beirut casi dos años antes, el 16 de marzo de 1984. Quería saber qué esfuerzos había hecho la CIA para intentar salvar la vida de Bill. Yo mismo había pasado cierto tiempo en Oriente Próximo, también en Israel, intentando hacerme una idea de la situación.

—¿Habló con Admoni o alguno de sus hombres? —me interrumpió Casey.

En el circuito de cócteles de las embajadas de Tel Aviv, Admoni tenía fama de terco. Hijo de urtos inmigrantes polacos de clase media, había nacido en Jerusalén en 1929. Estudió en el Rehavia Gymnasium de la ciudad y desarrolló una capacidad lingüística que le permitió ascender a teniente, como agente de Inteligencia, en la guerra de 1948.

—Admoni es capaz de escuchar en media docena de idiomas —opinó Casey.

Más tarde estudió relaciones internacionales en Berkeley y dio clases sobre la materia en la escuela de formación del Mosad, situada en las afueras de Tel Aviv. Trabajó también en secreto en Etiopía, París y Washington, donde estableció una firme relación con los predecesores de Casey, Richard Helms y William Colby. Estos puestos contribuyeron a hacer de Admoni un burócrata del espionaje de voz suave.

—Cuando se convirtió en jefe del Mosad era un tipo muy fino, sociable, con tan buen ojo para las mujeres como para los intereses de Israel —opinó Casey.

Casey lo definió como un agente que «había conseguido ir ascendiendo gracias a su capacidad para no pisar callos a sus superiores».

—Nadie te sorprende tanto como aquellos en quienes confías. Cuando nos dimos cuenta de que Admoni no iba a hacer nada, Bill Buckley estaba ya muerto. ¿Se acuerda de cómo estaban las cosas por allí en aquella época? Se había producido una masacre de casi mil palestinos en dos campamentos de refugiados de Beirut. Los asesinos fueron las fuerzas cristianas libanesas, mientras los judíos miraban sin hacer nada, como si leyeran la Biblia al revés. La verdad es que, mientras tanto, Admoni se entendía con ese matón, Gemayel.

Bechir Gemayel era dirigente de las Falanges Libanesas y más tarde sería presidente del Líbano.

—También recorrimos el Líbano, pero nunca confié en ese hijo de puta. Y mientras torturaban a Buckley, Admoni nunca dejó de trabajar con Gemayel. No teníamos una idea exacta de en qué lugar de Beirut tenían a Bill. Le pedimos a Admoni que lo averiguara y dijo: «Bien, de acuerdo.» Nosotros, venga esperar. Enviamos a nuestros mejores agentes a Tel Aviv para que trabajaran con el Mosad, dijimos que no se preocuparan por el dinero. Y Admoni seguía diciendo que vale, de acuerdo.

Casey bebió un poco más de agua, absorto en el pasado, y pronunció las siguientes palabras con tono inexpresivo, como si fuera el presidente del jurado leyendo un veredicto:

—A continuación, Admoni nos vendió que la OLP estaba tras el secuestro. Sabíamos que los israelíes estaban siempre dispuestos a echar la culpa a Yasir Arafat de cualquier cosa, de modo que al principio no nos lo tragamos. Pero Admoni y montó una buena historia. Cuando nos dimos cuenta de que no era Arafat, hacía ya tiempo que para Buckley era demasiado tarde. Lo que no sabíamos era que el Mosad había estado jugando sucio: daba armas a Hezbolá para que matara a los cristianos, y al mismo tiempo daba a los cristianos más armas para que mataran a los palestinos.

En otras reuniones Casey insinuó lo que ahora creía la CIA que había sucedido a Bill Buckley, y suponía un escalofriante panorama de la relación entre dos servicios secretos supuestamente amigos: la CIA creía que el Mosad, deliberadamente, no había hecho nada para salvar a Bill con la esperanza de que le echaran la culpa a la OLP y frustrar así las aspiraciones de Arafat de obtener apoyo en Washington.

Casey me mostró que los lazos entre Estados Unidos e Israel no se reducían a la financiación y otras manifestaciones de la solidaridad entre estadounidenses y judíos que han convertido al estado judío en una superpotencia regional gracias al miedo al enemigo árabe.

En nuestra última reunión, Casey añadió:

—Cada nación crea el servicio secreto que necesita. Estados Unidos confía en la pericia técnica porque nos interesa más descubrir que mandar en secreto. Los israelíes trabajan de otro modo. El Mosad, en particular, identifica sus acciones con la supervivencia del país.

Ellen Mercer, de la American Psychiatric Association, me facilitó el pleno acceso a los documentos del doctor Cameron que dicha asociación guarda en sus archivos y que resultaron ser un verdadero tesoro escondido de información.

El doctor Robert Cleghorn, que cuando lo entrevisté era un vivaz individuo de ochenta y dos años, buscó un hueco en su apretada agenda en el hospital Sunnybrook de Toronto para guiarme a través de su detallado relato, todavía inédito, de lo que fue trabajar con Cameron. Se trata de un documento notable que contiene un análisis fino y penetrante. Después me permitió grabar sus impresiones, actualizando las antiguas, intentando colocar a su antiguo jefe bajo lo que esperaba que fuera «una luz justa».

Peggy Edwards (de soltera, Mielke) dedicó mucho tiempo a recordar la época del instituto. Su testimonio poseía la dolorosa sinceridad de una mujer todavía preocupada por haber participado en lo que no vacilaba en calificar de «mal asunto».

El doctor Edward Kingston, que había sido uno de los ayudantes de Cameron y que en 1987 era director del Departamento de Psiquiatría de la Universidad McMaster, cercana a Toronto, dibujó a su antiguo jefe de modo convincente. Intentaba equilibrar sus críticas con cierta comprensión, y decía constantemente: «Debe intentar comprenderlo en el contexto de la época», y «no era una mala persona, pero tampoco buena: estaba en un punto medio».

El doctor Alien Mann, profesor de Psiquiatría Clínica en el Hospital General de Montreal, desarrolló el tema. El profesor, encantador e ingenioso, expresó sus ideas rápidamente y sin vacilar. El doctor Cameron que emerge de sus recuerdos era sin duda un hombre mucho más amable que la persona que me describió David Orlikow pocos días después en su oficina de los edificios del Parlamento en Ottawa. Orlikow me facilitó el acceso a las notas del caso de su esposa. «Nadie desea ver cómo lavan sus trapos sucios en público, pero es sólo una pequeña molestia si al final la verdad sale a la luz.» Durante la cena en el restaurante para parlamentarios, me dijo que «no tenía mucho interés que hablara con Velma o los demás pacientes. No recuerdan casi nada. Ésta es una de las grandes tragedias de este caso. Cameron destruyó para siempre sus recuerdos». Más que furioso, parecía triste. Aquel hombre distinguido y educado parecía estar muy lejos de la descripción que Cameron hacía de él en la historia de Velma.

Desde Ottawa viajé a Detroit para hablar con Eddie Lacroix, el marido de Madeleine. Había vuelto a casarse, y al principio se mostró reacio a verme. «Todo eso ya pasó, Madeleine está muerta. ¿Para qué hablar de ello?» Le conté que Velma Orlikow no recordaba nada, y me dijo que lo llamara otra vez pasadas veinticuatro horas. Cuando llamé de nuevo, accedió a concertar una cita en un hotel de Detroit. Nos sentamos y hablamos desde la cena hasta casi el amanecer, cuando se marchó a trabajar en una tienda de coches. La tarde siguiente me invitó a ir a su casa. Allí, en su estudio, sacó toda la documentación sobre Madeleine, incluida una copia de su historial. También accedió a grabar una entrevista, y he utilizado ambas cosas para contar la historia de la vida y la muerte de Madeleine.

El doctor Peter Roper posee una memoria notable. No sólo recordaba pequeños detalles sino que fue capaz de explicarme el modo en que, a su entender, encajaban en un panorama más amplio. Su entusiasmo por contarme la historia resultaba contagioso y nos olvidábamos de comer mientras hablábamos y grabábamos



cinta tras cinta. Al ver que me costaba poner un nuevo cassette en la grabadora, sonrió y me dijo: «Le vendría bien la ayuda del sinvergüenza de Rubenstein.»

En muchos sentidos me di cuenta de que podía ir tras la pista de Leonard Rubenstein o dejarlo al margen de la historia. El doctor Roper hizo que me decidiera. «No puede contar la historia sin él. Aunque él no quiera hablar con usted, es importante. Y hable con Zielinski.»

El siguiente paso me llevó de nuevo otra vez a Ottawa, donde hablé con Zielinski. Pasó del «voy a colgar ahora mismo» al «mire, yo sólo soy un polaco que no quiere líos», pasando por un «no, no fue así. Intentaba ayudar a la gente, eso es todo. Intentaba ayudar». Entre una y otra declaración le hice preguntas sin tregua. Al final accedió a que nos viéramos. Lo que me dijo no sólo resultó ser extraordinario, sino muy importante. Me reveló la existencia del «centro de interrogatorios» en el sótano del instituto y me describió con detalle lo que allí sucedía. Terminó la larga entrevista instándome a que «buscara a Rubenstein».

Tomé un avión a Londres y telefoneé a Rubenstein. Le expliqué con detalle cuál era el propósito de mi llamada. Al final me dijo que no podía hablar de lo que había hecho. Le pregunté el motivo. Me dijo que «estaba a punto de salir del país». Le pregunté adonde iba y si podía ir con él. «Voy a estar fuera mucho tiempo.» Abandonando toda prudencia, le pregunté si podía justificar lo que había hecho a algunas personas, como Madeleine, en el instituto. Se produjo una larga pausa y, al final, dijo: «Sí, sí puedo justificarlo. El doctor Cameron era un gran hombre...» Durante una hora tomé notas frenéticamente mientras él intentaba explicarse. La voz que llegaba a mi oído era amable e insistente. «Eran otros tiempos, todo era muy distinto.» De repente, tan bruscamente como había empezado, se detuvo. «Tengo que marcharme», dijo, y colgó. Unos días más tarde, cuando volví a marcar el número de teléfono, una telefonista me dijo que lo habían dado de baja.

Naturalmente, algunas personas se negaron a hablar conmigo. La señora Cameron no quiso hablar de su marido. Su hijo, Duncan, un abogado de Washington, se mostró comprensivo con mi investigación, pero no se sintió capaz de ayudarme. Hablé con la doctora Mary Morrow en varias ocasiones y tratamos diversos puntos de la larga declaración que había hecho ante los abogados de la CIA. Me prestó ayuda, pero me explicó que estaba escribiendo su versión de lo sucedido y no podía facilitarme todos los detalles que yo quería, aunque me dio los suficientes para que pudiera colocarla en su lugar en esta historia.

En conjunto mantuve conversaciones con más de un centenar de personas repartidas por diversas partes del mundo.

Los supervivientes siguen llevando consigo las cicatrices provocadas por la CIA mientras sus agentes buscaban de modo obsesivo distintos métodos para controlar la conducta humana, respaldados por algunos de los científicos y médicos más conocidos y respetados de América del Norte. A cambio de enormes sumas de dinero, accedieron a pasar por alto el juramento que habían hecho de no dañar a ningún paciente. Muchas de estas víctimas murieron como resultado de los experimentos a los que habían sido sometidos; sin embargo, también hubo supervivientes.

Uno de ellos es Kathleen Ann Sullivan. Se puso en contacto conmigo años atrás y empezó a proporcionarme, poco a poco, una idea del ataque sistemático y minucioso que había sufrido su mente a manos de la CIA.

Comprendí que no sólo su historia era cierta, sino que había sido víctima de la que tal vez sea la actividad más siniestra nunca realizada por un organismo del Gobierno de Estados Unidos. En aquel momento, todavía temerosa de lo que pudiera sucederle, Kathleen no estaba preparada para dar publicidad a su caso y rompió todo contacto conmigo.

Más tarde, a finales de mayo de 2001, decidió reanudarlo facilitándome una declaración jurada de sus sufrimientos. No existe una explicación simple de los motivos por los que ha decidido hablar públicamente, tal vez con una única excepción: su necesidad de contar toda la verdad de lo que le sucedió. Contrastada con los datos conocidos, su historia constituye, como mínimo, una nota a pie de página sobre la falta de responsabilidad en la democracia que Estados Unidos se enorgullece de poseer. Su declaración no necesita ningún comentario.

«Soy una superviviente de cuarenta y cinco años del programa MK-ULTRA de la CIA y de otros subproyectos relacionados con las investigaciones para anular y controlar la mente y la voluntad humanas. Me pusieron en manos del personal que trabajaba en estos proyectos a la edad de tres años. No pude empezar a alejarme de ellos ni de sus colegas hasta que recibí ayuda del exterior, a mediados de los años ochenta.

«He sido sometida a una recuperación terapéutica activa durante unos doce años. Se me ha diagnosticado un trastorno de identidad disociativo y un trastorno de estrés postraumático retardado. Sufro tremendos ataques de ansiedad, por lo que la seguridad social me ha concedido la invalidez permanente. Desde que empecé a recordar y a ser consciente de mi alterado estado de conciencia, he ingresado voluntariamente en el

hospital para tratar depresiones severas y tendencias suicidas, por las que me estoy medicando.

»Acabo de decidirme a hacer público lo que se me hizo y lo que se hizo a través de mí. He terminado por darme cuenta de que no puedo ocultarlo, ya que así no puedo vivir una vida plena. Estoy cansada de esconderlo y de vivir con miedo.

»La CIA intentó anular la voluntad y la mente de los individuos y crear estados de conciencia alterados para manipularlos y controlarlos. Yo fui uno de los pacientes sometidos a esos tratamientos. Los experimentos tuvieron un éxito excesivo con mi mente y con mi vida. Algunas de las cosas que me hicieron para anular mi voluntad y controlar mi mente fueron: obligarme a consumir drogas —entre ellas, opio, Thorazine, alucinógenos y drogas experimentales—; aplicarme *electroshocks* y tortura, con cables eléctricos, pistolas y cinturones que dejan sin sentido, y diversos tipos de terapias electroconvulsivas destinadas a destrozar mi personalidad y fragmentar mis recuerdos; forzarme a lastimar a animales; realizar investigaciones con la luz (normalmente, llevadas a cabo en salas oscuras), torturas ritualizadas y aterrorizamiento; someterme a privación sensorial, algunas veces combinada con drogas, en salas acolchadas, ataúdes enterrados, grandes cajas negras y depósitos con agua salada; he sido sometida a ahogos y reanimación, ahorcamiento y reanimación; he sufrido amenazas contra mí, mis animales y la vida de mis seres queridos; se me ha sometido a pruebas de hambre y aislamiento, falso encarcelamiento, hipnosis; se me ha encerrado en pequeñas jaulas, algunas veces electrificadas.

»Otras formas de tortura ritual, metódica y planeada, incluían la contemplación de malos tratos realizados a otras personas, incluidos niños y bebés; se me forzó, desde los cuatro años, a herir a otras personas mientras me encontraba en un estado mental alterado y controlado; se me forzó a realizar y colaborar en escenas de pornografía ilegal que se vendían en el mercado negro, se me forzó a ayudar para doblegar la mente de niños utilizados como víctimas (en lo que denominaban "programación"); se me obligó a hacer de prostituta, algunas veces como gancho para un asesinato; se me obligó a participar en asesinatos de agentes secretos, en muchas ocasiones en el extranjero; se me puso en un giróscopo de tamaño de adulto y se me hizo dar vueltas para alterar en mayor grado mi personalidad; se me hizo dar vueltas sobre un aparato similar a una mesa (denominado "programación de giros"); me encerraron en cajas y me cubrieron de insectos.'

»La mayoría de las acciones que me obligaron a realizar se filmaron y se utilizaron más tarde para chantajearme y obligarme a guardar silencio y seguir cooperando.

»Si en alguna ocasión mi cuidador u otras personas encargadas de vigilarme me sorprendían recordando algo, me trasladaban a un lugar donde se me administraban más drogas y *electroshocks*. La repetición de todo esto alteró mis recuerdos y me mantuvo controlada y amnésica. Siguieron haciéndolo hasta que, al final, recordé lo suficiente como para salvarme.

»También perpetraron otras acciones contra mí, pero éstas son las únicas que recuerdo ahora. Declaro que todo lo dicho es cierto y fiel a la verdad.»

Actualmente, Kathleen Sullivan vive en una comunidad de jubilados, cerca de Chattanooga, en Tennessee. Irónicamente, entre sus vecinos se encuentran dos agentes jubilados. Saludan cortésmente a Kathleen, pero poco más. Ella tiene la sensación de que «poco a poco» se muestran más humanos con ella. Al hacer público su caso, espera que surjan más víctimas «encarceladas en sus mentes, y que finalmente se sepa toda la verdad: no sólo parte, sino toda».

Kathleen y otros como ella que todavía callan formaron parte de un programa de la CIA, cuidadosamente coordinado, destinado a encontrar distintos modos para controlar la conducta humana. La prueba elocuente de que fracasó es que Kathleen Sullivan ha conseguido sobrevivir para contar su historia, perteneciente a un período negro de la historia estadounidense.

Por último, quisiera dar las gracias a Noel Walsh, antiguo profesor de Psiquiatría Clínica del St. Vincent's Hospital de Dublín, Irlanda. Este médico bondadoso y compasivo contestó con paciencia a todas mis preguntas sobre cómo era la psiquiatría en la época de Ewen Cameron. Que hombres como Noel Walsh se dediquen a la medicina me hace pensar que todavía hay esperanza.

Entre otras personas, leyeron un primer borrador de este manuscrito Alexandre Legault, que posee amplios conocimientos de primera mano sobre el espionaje washingtoniano, así como Anne White, profesora de universidad y superviviente del MK-ULTRA.

Ambos aportaron sugerencias valiosas. Debo también agradecer especialmente su ayuda a Nigel West, historiador militar de merecida fama por sus escritos sobre temas relacionados con el espionaje. A pesar de sus múltiples ocupaciones, encontró tiempo suficiente para leer el borrador del manuscrito y aportar una serie de sugerencias excelentes. En la versión final de este libro se han incorporado los puntos de vista de los tres.

He terminado este libro con una mezcla de diversos sentimientos: sensación de alivio por el hecho de que ya no existan médicos como Gottlieb y Cameron para abusar de la «vocación» médica y de su sagrado

compromiso, mediante el juramento hipocrático, de sanar y de no dañar a su paciente; la sensación de esperanza de haber rendido tributo a Bill Buckley del modo que a él le habría gustado: sin exagerar sus cualidades ni pasar por alto los defectos propios de un ser humano.

Al final, cuando tuve otra vez noticias de Kathleen Sullivan, tuve la sensación de que no había terminado mi relato, que éste todavía no se había convertido en historia, y que la hegemonía del mal que implicaba el MK-ULTRA tenía un significado que trascendía el lugar y el momento en que se había desarrollado.

Esta sensación se intensificó en junio de 2001 cuando la doctora Anne White, del Medical Council de Canadá y profesora de medicina en el Departamento de Psiquiatría de la McMaster University Medical School, se puso en contacto conmigo.

La profesora White me reveló un hecho que yo ignoraba por completo: que el doctor William Sargent, el psiquiatra inglés que desempeñó un papel decisivo en la muerte de Frank Olson y que tanto había parecido desdenar el trabajo de Ewen Cameron, en realidad, lo había reproducido en su departamento de St. Thomas Hospital.

«Tenía una "sala de sueño" propia, idéntica a la que Cameron había creado en Montreal. En aquella época, los pacientes no podían poner en duda el trabajo de un médico de la posición de Sargent. No existía nada parecido a un "consentimiento informado"», me dijo la doctora White.

Después, eligiendo cuidadosamente las palabras, añadió que estaba segura de que actualmente se llevan a cabo experimentos similares a los del MK-ULTRA en nombre de diversos gobiernos, en otros lugares del mundo. Aunque, tal vez de modo comprensible, no quiso especificar a qué países se refería, las organizaciones defensoras de los derechos humanos han indicado que Corea del Norte, China, Birmania, Irán, Irak y Siria se encuentran entre las naciones donde se prosigue con los experimentos del MK-ULTRA.

Tal vez lo más alarmante de todo sean las acusaciones sobre lo que ocurre en Israel. A escasos veinte kilómetros al sureste del centro de Tel Aviv se encuentra el instituto para la Investigación Biológica. Ese centro se encuentra en la vanguardia del polifacético sistema de defensa de Israel. Los químicos del Instituto —algunos de los cuales trabajaron para el KGB soviético o la Stasi de la Alemania del Este— crean en sus laboratorios una amplia gama de armas químicas y biológicas.

En el año 2001, el instituto sigue llevando a cabo estas tareas. Sus bioquímicos y sus expertos en genética crean agentes mortales: toxinas capaces de envenenar la comida y conducir a la muerte, así como toda una gama de agentes virulentos. El Mosad ha creado algunos de ellos con el fin específico de llevar a cabo el mandato estatal de matar sin juicio a los enemigos de Israel. En un período de varios años, han muerto por lo menos seis trabajadores del instituto, pero se ignora la causa de su muerte debido a la estricta censura militar de Israel. Dedi Zucker, a la sazón miembro del Parlamento israelí, el Knesset, dijo en 1999 que «no podemos crear armas semejantes».

Un ex *katsa* del Mosad, Víctor Ostrovsky, ha escrito que «sabíamos que los prisioneros que se llevaban al instituto no volvían a salir vivos. Los infiltrados de la OLP se utilizaban como conejillos de indias. Así se garantizaba que las armas que desarrollaban los científicos actuaban adecuadamente y de este manera era posible perfeccionarlas».

Hasta la fecha, Israel no ha desmentido las afirmaciones de Ostrovsky.

Los médicos del instituto, al igual que Cameron y todos los que siguen violando la ética profesional, actúan movidos por una peligrosa vanidad que les dicta que todo lo que hicieron —y siguen haciendo— es para el bien de la sociedad —su sociedad—. No reconocerían ni por un momento lo que verdaderamente son: herederos del doctor Josef Mengele y todos los médicos nazis. Todo lo que hicieron y hacen descansa en la transformación del médico en experimentador implacable e incluso asesino. Lo que hicieron y hacen remite a las cuestiones fundamentales que afectan al control sobre la vida y la muerte.

## **Fuentes escritas**

### **DECLARACIONES**

Velma Orlikow. Ante Patricia Gaffney, notaría pública, en la oficina del fiscal de Estados Unidos, calle 4, 555, N. W., Washington D. C., 17 de junio de 1986.

Comparecencia: Joseph Rauh, abogado de la demandante; Scott T. Kragie, abogado de la parte demandada, Estados Unidos de América;

Page Moffett, de la oficina jurídica de la Agencia Central de Inteligencia, abogado de la parte demandada. 155 páginas más documentos de prueba.

Mary Matilda Morrow, doctora en medicina. Ante Judith F. Richard, notaría pública, en el centro judicial de la calle 4, 555, N. W., Washington D. C., 19 de junio de 1986 (ver Documento 7). Comparecencia: James C.

Turner, abogado de la demandante; Scott T. Kragie, abogado de la parte demandada, Estados Unidos de América;

Page Moffett y Barbara A. Rubino, de la oficina jurídica de la Agencia Central de Inteligencia. 188 páginas.

Jean Charles Page. Ante el cónsul general de Estados Unidos en Montreal, el 24 de junio de 1986.

Comparecencia: Scott T. Kragie, abogado de la parte demandada, Estados Unidos de América; James C. Turner, abogado del demandante. 89 páginas.

Moe Langleben. Ante Patricia Mitchell, redactora de actas, en Constitution Avenue, 333, N. W., Washington, D. C., 6 de mayo de 1986.

Comparecencia: James C. Turner, abogado del declarante.

Scott T. Kragie, abogado de la parte demandada, Estados Unidos de América.

103 páginas más documentos de prueba.

Rita Zimmerman. Ante el cónsul general de Estados Unidos en Montreal, el 26 de junio de 1986.

Comparecencia: James C. Turner, abogado de la demandante. Scott T. Kragie y Rebecca Ross, abogados de la parte demandada, Estados Unidos de América. 34 páginas.

Jeannine Huard. Ante el cónsul general de Estados Unidos en Montreal, el 25 de junio de 1986 (ver Documento 8). Comparecencia: James C. Turner, abogado de la demandante. Scott T. Kragie y Rebecca Ross, abogados de la parte demandada, Estados Unidos de América. 114 páginas.

Louis Weinstein. Ante el cónsul general de Estados Unidos en Montreal, el 23 de junio de 1986.

Comparecencia: James C. Turner, abogado del demandante. Scott T. Kragie y Rebecca Ross, abogados de la parte demandada, Estados Unidos de América. 112 páginas.

Richard McGarrah Helms. Ante Baleigh Milton, notario público, Connecticut Avenue, 1001, N. W., Washington, D. C., 14 de marzo de 1983.

Comparecencia: Joseph Rauh y James C. Turner por los demandantes.

En nombre de Richard Helms, Robert M. LaPrade y Philip Kinsberg, abogados de la Agencia Central de Inteligencia. En nombre de la Agencia Central de Inteligencia, Steven Hermes. En nombre de Estados Unidos de América, Les Strickland, ayudante del fiscal de Estados Unidos. 268 páginas.

#### DECLARACIONES JURADAS

Alice W. Olson, viuda de Frank Olson.

6 de octubre de 1986 (ver Documento 5).

Robert Jay Lifton, doctor en medicina, profesor de Psiquiatría y Psicología de la Universidad de Nueva York, John Jay College of Criminal Justice. 24 de octubre de 1986.

Harvey M. Weinstein, doctor en medicina, profesor clínico adjunto de Psiquiatría, Universidad de Medicina de Stanford.

7 de noviembre de 1986.

León Salzman, doctor en medicina, profesor de Psiquiatría, facultad de medicina, Universidad de Georgetown. 29 de noviembre de 1986.

Omond M. Solandt, doctor en filosofía, ex presidente del Canadian Defense Research Board. 6 de octubre de 1986.

Jay Peterzell, investigador adjunto, Center for National Security Studies.

5 de noviembre de 1986.

Paul E. Termansen, doctor en medicina, F. R. C. P. (C), profesor clínico adjunto, Departamento de Psiquiatría, Universidad de Columbia Británica.

6 de octubre de 1986.

Lloyd Hisey, doctor en medicina, ex jefe de admisiones y director del Alian Memorial Institute. 20 de febrero de 1983.

David J. Rothman, doctor en filosofía, Bernard Shoenberg, profesor de Medicina Social y Director del Center for the Study of Society and Medicine, Colegio de Médicos y Cirujanos, Universidad de Columbia. 15 de octubre de 1986.

David I. Joseph, doctor en medicina, miembro del cuerpo docente del Hospital Saint Elizabeth y profesor clínico asociado en Psiquiatría y Ciencias de la Conducta, facultad de Medicina George Washington. 7 de

noviembre de 1986.

Brian B. Doyle, doctor en medicina, profesor clínico de Psiquiatría y de Medicina familiar y social, facultad de Medicina, Universidad de Georgetown.

3 de noviembre de 1986.

Senador Alian J. MacEachen, ex miembro del Parlamento de Canadá y secretario de Estado de Asuntos Exteriores. 29 de octubre de 1986.

Eva H. Bothwell.

4 de noviembre de 1986.

Wayne Langleben.

26 de agosto de 1986.

#### TRANSCRIPCIONES

Interrogatorio dirigido por Alex Paterson; testimonio del doctor Alian Mann, tomado el 5 de mayo de 1981 ante el honorable juez Marcel Belleville, Tribunal Superior de Justicia, distrito de Montreal, provincia de Quebec; caso número 500-05-006872-788: Velma Orliko'w contra el hospital Royal Victoria.

Interrogatorio directo del doctor Peter Roper por el señor Sullivan, realizado el 5 de febrero de 1981 como perito en el caso de la doctora Mary Matilda Morrow contra el hospital Royal Victoria.

#### DOCUMENTOS

Declaración de los demandantes en el juicio civil 80-3163, detallado en los siguientes documentos aportados como pruebas:

(a) La CIA estableció el programa MK-ULTRA para investigar técnicas de lavado de cerebro encubiertas, tanto de uso ofensivo como defensivo (Parte demandada n.º 6-9).

(b) La actividad central del programa MK-ULTRA fue realizar y financiar experimentos de lavado de cerebro con drogas peligrosas y otras técnicas, llevadas a cabo con personas no voluntarias por empleados de la Technical Service División de la CIA, agentes y contratados (Parte demandada n.º 10-17).

(c) Los agentes de la CIA causaron la muerte de Frank Olson por negligencia durante un experimento del MK-ULTRA en noviembre de 1953, tal como relata su viuda en una declaración jurada (Parte demandada n.º 18,19) (ver Documento 5).

(d) La CIA dio muestras de negligencia al no aplicar medidas adecuadas para poner freno a Gottlieb y Lashbrook (Parte demandada n.º 20-23).

(e) La Society for the Investigation of Human Ecology (Sociedad para la Investigación sobre Ecología Humana), en adelante, «Society», fue fundada y dirigida por la CIA para ocultar su papel en la dirección y financiación de la investigación sobre el lavado de cerebro (Parte demandada n.º 24-26).

(f) En enero de 1956 apareció un artículo de Ewen Cameron en el *American Journal of Psychiatry* que describía procedimientos experimentales potencialmente dañinos similares a los métodos de lavado de cerebro de los comunistas (Parte demandada n.º 27,28).

(g) John Gittinger y el antiguo experto en lavado de cerebro de las Fuerzas Aéreas, el coronel James Monroe, contrataron al doctor Ewen Cameron para que llevara a cabo experimentos con procedimientos potencialmente peligrosos similares a los métodos comunistas de lavado de cerebro (Parte demandada n.º 29-32).

(h) La solicitud que envió el doctor Ewen Cameron a la «Society» era una propuesta evidente de llevar a cabo experimentos con técnicas extrapoladas de la literatura académica sobre el lavado de cerebro, que se alejaban de las terapias psiquiátricas habituales en la década de 1950 y cubrían toda la gama de procedimientos de lavado de cerebro, drogas experimentales, «impulsión psíquica», aislamiento sensorial parcial y terapias de sueño prolongado (Parte demanda n.º 33-38).

(i) Sin ningún tipo de investigación previa, Gottlieb, Lashbrook, Gittinger y sus colegas de la CIA aprobaron el subproyecto 68 del MK-ULTRA, según el cual se facilitaron unos 60.000 dólares durante cuatro años para realizar los experimentos de lavado de cerebro descritos en la solicitud (Parte demandada n.º 39-48, 121-124,127,129).

(j) Gottlieb, Lashbrook, Gittinger y sus colegas de la CIA no tomaron ninguna medida para asegurarse de que sólo se utilizaban voluntarios en el subproyecto 68 del MK-ULTRA ni para proteger el bienestar de los sujetos con los que se experimentaba (Parte demandada n.º 39-48).

(k) Durante el tiempo en que la CIA subvencionó el subproyecto 68 del MK-ULTRA, Gottlieb, Lashbrook, Gittinger y sus colegas no supervisaron de ningún modo el subproyecto 68 del MK-ULTRA dedicado a experimentar con el lavado de cerebro (Parte demandada n.º 39-48).

(l) Cameron era consciente del interés de la CIA en los experimentos de lavado de cerebro que llevaba a

cabo (Parte demandada n.º 29-31,42-45,48).

(m) El subproyecto 68 del MK-ULTRA aportó más de 60.000 dólares para llevar a cabo experimentos de lavado de cerebro desde 1957 hasta principios de los años 60 (Parte demandada n.º 39-48).

(n) Los demandantes nunca se presentaron voluntarios para participar en experimentos (Parte demandada n.º 51, 68, 77, 92,102).

(o) Cada uno de los demandantes fue sometido a una o más técnicas experimentales de lavado de cerebro («eliminación de pautas» con la aplicación intensiva de terapias electroconvulsivas o con LSD u otras drogas, «impulsión psíquica», aislamiento sensorial parcial y experimentos de sueño prolongado), descritos en la solicitud y financiados por el subproyecto 68 del MK-ULTRA, en lugar de recibir los tratamientos habituales para su situación psiquiátrica (Parte demandada n.º 49, 50, 52, 53, 56-58, 61-64, 67, 69, 70, 74-76, 82-85, 88-91, 95,96, 99-101,119, 120).

(p) La CIA ocultó la existencia del subproyecto 68 del MK-ULTRA y no comunicó a los demandantes que habían sido sujetos involuntarios de estos experimentos de lavado de cerebro (Parte demandada n.º 78-81,106-118).

(q) La parte demandada ha reconocido que se produjo negligencia en los experimentos de lavado de cerebro del MK-ULTRA (Parte demandada n.º 13-26,121-129).

(r) Todos los demandantes resultaron dañados tras haber sido sometidos a una o más de esas técnicas de lavado de cerebro o «eliminación de pautas» mediante la aplicación intensiva de terapias anticonvulsivas o la administración de LSD y otras drogas, así como a experimentos de «impulsión psíquica», aislamiento sensorial parcial y sueño prolongado descritos en la solicitud y financiados por el subproyecto 68 del MK-ULTRA (Parte demandada n.º 104,124,128).

(s) Los experimentos de lavado de cerebro financiados por el subproyecto 68 del MK-ULTRA violaron y atentaron contra la ética habitual en la investigación con seres humanos (Parte demandada n.º 123, 125-127).

(t) Con el subproyecto 68 del MK-ULTRA, la CIA violó los procedimientos habituales del trabajo de investigación con seres humanos al financiar experimentos de lavado de cerebro con individuos no voluntarios (Parte demandada n.º 123,125-127).

El principio y el final del libro, que tratan de las actividades del doctor Al Abub y del terrorismo en general, deben mucho a la ayuda de Ellen Mercer, de la American Psychiatric Association de Washington. Al facilitarme todas las publicaciones del doctor Cameron —en total, unos ciento treinta artículos en los que figura como autor o colaborador—, la señora Mercer aportó una serie de informes valiosísimos, muchos de ellos sin publicar, que me ayudaron a poner en su contexto la obra de los especialistas que trabajan para los servicios de espionaje o colaboran con ellos para combatir el terrorismo. Entre estos escritos cabe destacar:

*The Ethnics of Terror*, Abraham Kaplan, Departamento de Filosofía,

Universidad de Haifa, Israel. *The Psychiatrist and the Terrorist*, John Gunn, Institute of Psychiatry,

The Maudsley Hospital, Londres. *Ethics in Hostage Encounters*, Burr Eichelman, Universidad de Wisconsin, Madison. *Victimization and Rehabilitative Treatment*, Martin Symonds, John

Jay School of Law, director de Estudios Psicológicos, Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York. *Hostage Victims*. Frank Ochberg, St. Lawrence Hospital, Lansing,

Michigan. *The Hostage Situation. Law Enforcement Options*, Frank Bolz, jefe de Negociaciones, Hostage Negotiation Team, Departamento de

Policía de la ciudad de Nueva York. *Preparing Law Enforcement Personnel for Terrorist Incidents*. Conrad Hassell, jefe de Unidad, Special Operations and Research Unit, Academia del F.B.I., Quantico, Virginia.

*Law Enforcement and Psychiatry: Forging and Working Alliance*, David Soskis, profesor clínico asociado de Psiquiatría, Universidad de Temple, Filadelfia, Pensilvania.

*Research in Terrorism*, William Reid, Nebraska Psychiatric Institute, Universidad de Nebraska, facultad de Medicina, Omaha, Nebraska.

*Areas of Consensus: Areas of Ignorance*, Brian Jenkins, director del programa, Seguridad/Conflictos Subnacionales. The Rand Corporation, Santa Mónica, California.

*Psychodynamic Theory of Terrorist Behavior*, Jerrold M.Post, Departamento de Psiquiatría y Ciencias de la Conducta, Universidad George Washington.

*Hizbollah: The Moral Logic of Extraordinary Means*, Martin Kramer, Dayan Center, Universidad de Tel Aviv, Israel.

*The Logic of Terrorism*, Martha Crenshaw, Departamento de Gobernación, Universidad Wesleyan.

*Messianic Sanctions for Terror*, David C. Rapport, profesor de Ciencias Políticas, Universidad de California, Los Angeles.

*Ideology and Repentance: Terrorism in Italy*, Franco Ferracuti, profesor de Medicina Criminológica y Psiquiatría Forense, Universidad de Roma, facultad de Medicina.

*Nationalism, Sectarianism and Political Violence*, Joseph Montville, director de Investigación, Center for the Study of Foreign Affairs, Foreign Service Institute, Departamento de Estado de Estados Unidos.

*Ideology and Rebellion: Terrorism in West Germany*, Konrad Kellen, The Rand Corporation.

*The Problems and Challenges of Research on Terrorism*, Jo Groebel. Programa posgraduado en Psicología de la Comunicación, Rheinland-Pfalz, Alemania.

*Militant Islamic Movements in Lebanon: Origins, Social Basis and Ideology*, Marius Deeb, Center for Contemporary Arab Studies, Universidad de Georgetown, Washington.

*Revolutionary Iran: Challenge and Responses*, Shimon Shapira, Universidad de Tel Aviv, Israel.

Junto a estos documentos se analizó material procedente de los archivos de las siguientes publicaciones árabes:

Entrevista con Husein al Musawi. *Al Nahar al-Arabi walduwali*, Beirut, 10 de junio de 1985.

Entrevista con Abbas al Musawi. *La Review du Lebanon*, Beirut, 27 de junio de 1985.

Entrevista con Mahmud Nurani. *Monday Morning*, Beirut, 14 de enero de 1985.

Entrevista con Husein al Musawi. *Kayan*, Teherán, 29 de julio de 1986.

Entrevista con el jeque Mohamed Fadlálá. *al-Ittihad al-usbu'l*, Abu Dhabi, 30 de enero de 1986.

Agradezco su ayuda a Ibrahim al Tafoli de Damasco, que durante un año me hizo el favor de seguir los acontecimientos en la prensa árabe.

## **Bibliografía sucinta**

Brown, J. R. C: *Techniques of Persuasion: from Propaganda to Brain*

*washing*, Penguin Books, Londres; (*Técnicas de persuasión: de la*

*propaganda al lavado de cerebro*, Alianza Editorial, Madrid,

1995, traduc. de Rafael Mazarraza). Colby, Kenneth Mark: *An Introduction to Psychoanalytic Research*,

Basic Books, Nueva York, 1960. Crowcroft, Andrew: *The Psychotic: Understanding Madness*, Pelican

Books, Londres, 1967; (*La locura*, Alianza Editorial, Madrid,

1980, traduc. de Natalia Calamai). Lifton, Robert Jay: *The Nazi Doctors, Medical Killing and the*

*Psychology of Genocide*, Basic Books, Nueva York, 1987. Mosley, Leonard: *Dulles: A Biography of*

*Eleanor, Alien and John*

*Foster*, Hodder & Stoughton, Londres, 1978. Sargant, William: *Battle for the Mind*, edición del autor, The Invicta

Press, Ashford, 1984; (*La conquista de la mente humana*, Aguilar,

Madrid, 1964, traduc. de Agustín Santiago Luque). Sargant, William: *The Mind Possessed*, edición del autor, The Invicta

Press, Ashford, 1984. Sargant, William: *The Unquiet Mind*, edición del autor, The Invicta

Press, Ashford, 1984.

# **DOCUMENTOS ORIGINALES**



**TOP SECRET**

DRAFT (JUN)  
26 February 1957

MEMORANDUM FOR: THE RECORD

SUBJECT: MKULTRA Subproject 68

1. Subproject 68 is being initiated as a means to support a research program, the effects upon human behavior of the repetition of verbal signals. The program will be under the direction of Dr. (D. Ewen Cameron, Chairman of the Department of Psychiatry at McGill University, Montreal, Canada.) The program will be for a period of two years, starting 18 March 1957.

2. The scope of the project will encompass studies upon the effects of predetermined signals upon (a) physiological functions, (b) patterns of behavior. The immediate objectives of the program will entail a study of methods to (a) improve the technique of heteropsychic driving, (b) to investigate the range of physiological functions which can be changed by these procedures. More specifically, these studies will include:

(1) A search for chemical agents which will breakdown the ongoing patterns of behavior:

more rapidly  
more transitorily  
with less damage to the perceptive and cognitive  
capacities of the individual than the present  
physiological agents.

(2) An attempt to develop better methods of inactivating the patient during the period of driving (exposure to repetition), and at the same time maintain him at a higher level of activity, by physiological and chemical agents, than by the present physical effects. Among the chemical agents which we propose to explore with respect to their capacity to produce inactivation are the following (used either singly or in combination):

Artane  
Anectine  
Bulbocapnine  
Curare  
LSD-25.

Downgraded to: ~~CONFIDENTIAL~~

by authority of: 137475

date: June 1977

EX-100-1; CL BY 137475

**DOCUMENTO 1**

Este documento establece claramente los motivos de la CIA para apoyar los experimentos del Dr. Cameron en sus pacientes.

Declassified to: (CONFIDENTIAL)  
by authority of: 107475  
date: June 1977

**TOP SECRET**

ES IMPDET: CL BY 107475

- 3) No Agency staff personnel will contact, visit, or discuss this project with Dr. (Cameron) or his staff under extreme circumstances. *except*
- 4) If it is necessary for Agency personnel to contact Dr. (Cameron) or his staff, the matter will be discussed with the Office of Security and the desk involved for their evaluation and advice as to the proper procedures to be taken.

~~TOP SECRET~~  
TSS/Chemical Division

APPROVED FOR OBLIGATION  
OF FUNDS

Approved:

*(William P. Allison)*  
Research Director

*(Gottlieb)*  
Chief, TSS/Chemical Division

Date: 4 Mar 1977

Attached:  
\* Proposal

Distribution:  
Original only

~~TOP SECRET~~  
Declassified to: (CONFIDENTIAL)  
by authority of: 107475  
date: June 1977  
ES IMPDET: CL BY 107475

## DOCUMENTO 2

La naturaleza secreta de la relación de la CIA con el Dr. Cameron se aprecia sin problemas en este documento. Uno de los firmantes es el Dr. Gottlieb, director del TSS, el departamento más secreto de la CIA en aquella época.

**TOP SECRET**

Department of Psychiatry

ALLAN MEMORIAL INSTITUTE  
1025 Pine Avenue, West  
January 21, 1954

APPLICATION FOR GRANT  
TO STUDY THE EFFECTS UPON HUMAN BEHAVIOR  
OF THE REPETITION OF VERBAL SIGNALS

1. General Purposes

We are requesting a grant to support studies upon the effects upon human behavior of the repetition of verbal signals. Our present interest is directed towards both (a) the production of changes in behavior, and (b) changes in physiological function, the major emphasis to be upon the latter because of the greater ease of measurement.

2. Background

The effects upon human behavior of the repetition of verbal signals have been under study at the (Allan Memorial Institute of Psychiatry) since June 1953.

A. The early investigations were based upon the observation that repeated playback of particularly significant statements made by the patient during psychotherapy elicited a number of phenomena:

(a) Increased productivity by the patient of material of dynamic significance.

(b) The material was related to the statement repeated (or driven).

(c) Increased identification of significant components in the repeated material.

(d) This increased identification, or recognition, of significant components was particularly marked in the patient. It was also evoked in the therapist.

( WARNING NOTICE  
SENSITIVE INTELLIGENCE  
SOURCES AND METHODS INVOLVED )

**DOCUMENTO 3**

Primera página del documento presentado por el Dr. Cameron a la CIA en el que se establece la naturaleza ilegal de sus experimentos así como sus costes para hacer frente a los cuales la CIA puso en marcha un sistema especial de financiación.



**TOP SECRET**

-8-

5. Facilities

The facilities to be used are those of the Allan Memorial Institute. There is within the Institute a Behavioral Laboratory which provides for the developing of recording and analysing apparatus. There is also the Laboratory for Psychological Studies, in which there are well developed facilities for electromyographic recordings, for the carrying out of studies on palmar skin conductance, and for many other purposes, such as the recording of continuous blood pressures. Furthermore, there is also within the Institute the Laboratory for Electrophysiological Studies which can be called upon should we decide to explore the effects of repetition on, for instance, the electroencephalographic patterns.

6. Other Sources of Funds

In regard to the submission of proposals to other funding sources, we are considering the possibility of making a submission to another source for the provision of a more advanced type of soundproof room, and to yet another source for support of our investigations into ultraconceptual communication.

7. Tax Exemption Privileges

(McGill University) has Federal tax exemption for scientific apparatus for teaching and/or research.

Grants from United States organizations can be made payable to the following, to allow for income tax deduction in the United States:

[ Friends of McGill University, Inc.  
Box 533, Hempstead  
New York, N.Y.  
(Secretary - Mrs. Ernest Rossiter) ]

( WARNING :  
SENSITIVE INTELLIGENCE  
SOURCES AND METHODS INVOLVED )

**TOP SECRET**

May 9, 1960

Memorandum to [REDACTED]

Subject: Continuation of (McGill University) Project - (Cameron's  
Psychic-driving)

In keeping with verbal instructions and following the guidance of the  
(Advisory Panel on Psychology, the Society) had made its grant to  
(McGill University) for continuation of the research on (Psychic-driving.)  
This grant is in the amount of \$4,775.00 and will sustain the operation  
of the laboratory for a three month period.

The purpose of this grant is to permit the Director of the (Allan  
Memorial Institute) adequate time to obtain funding from other organizations,  
(one such organization is the U. S. Air Force) where negotiation assisted  
by the (Society) has been underway for approximately 4 months.) (In view of this  
(continuation grant, we have authorized the delay of the final reporting on  
expenditures and the provision of a terminal technical report until  
July 1960.

It is requested that funding be allocated for the above extension.

(*SM*)  
(L. M.)

**DOCUMENTO 4**

Este documento, dirigido al entonces director de la CIA Allen Dulles, indica el deseo de la agencia de implicar a otras agencias gubernamentales norteamericanas en el trabajo del Dr. Cameron. Al final, no lo lograron.

County of Frederick )  
 ) ss  
State of Maryland )  
 )

AFFIDAVIT

Mrs. Alice W. Olson, being duly sworn, deposes and says:

1. I am the widow of Dr. Frank Olson who died when he jumped from a window of a hotel in New York City on November 28, 1953 as the result of negligent and reckless conduct of the Central Intelligence Agency.

2. The circumstances surrounding this tragedy which ended Frank's life, shattered mine and deprived our children of their father, are as follows: In 1953 my husband was a distinguished biochemist working as a civilian employee of the United States Army at Camp Detrick, Maryland. My husband and three of his colleagues were given LSD, without warning, by CIA officials Sidney Gottlieb, Chief of CIA's TSS Chemical Division and his deputy, Robert Lashbrook, as part of the CIA experimental brainwashing program designated as MKULTRA and operating under the direction of Richard Helms, Chief of Staff of CIA's Clandestine Services. Gottlieb and Lashbrook fed the LSD to my husband and the others in their after-dinner liqueur without telling them that there was LSD in the cointreau glass, nor that they were the subject of CIA experiments.



DOCUMENTO 5

Declaración jurada de la Sra. Alice Olson sobre la muerte de su marido a manos de la CIA.



3. When Frank came home on the Saturday following the CIA experiment, he was uncharacteristically moody and depressed. He was in great distress and in obvious need of help. But, instead of being taken to a psychiatrist in Washington or Maryland, Gottlieb and Lashbrook took him to an allergist in New York City, Dr. Harold Abramson, who was working with the CIA on its LSD experiments. Frank had two sessions with Abramson. After the first session he returned to this area, but when he got as far as Bethesda, he told me on the telephone that he was afraid to return home because he might do something wrong in front of the children. So he and Lashbrook returned to New York for a second session with Abramson. That night he jumped from a window of a tenth story hotel room in New York in which he was staying with Lashbrook. There is evidence from the hotel telephone operator that Frank's death may not have been a suicide, but I do not have sufficient proof to make that charge against the CIA in addition to their negligence and recklessness. When I spoke to Abramson years later, he could remember nothing whatever about my husband except that Frank "was a very sick man who needed help" and that he, Abramson, had destroyed all his records on the case. I still find it strange that Abramson destroyed records of a case of such significance.

4. My husband was a remarkably stable man. He had never had any psychiatric problems before he was fed the LSD in

1953. As President Ford put it when he signed legislation in 1975 providing \$750,000 recompense to our family, the CIA's drug experiments were "the proximate cause of his death." There is no doubt that CIA-administered LSD is what caused Frank's death.

5. The CIA never informed me that my husband had died as a result of the MKULTRA experiments of Gottlieb and Lashbrook. Gottlieb and Lashbrook even came to see me in Frederick and either of them told me what had happened to Frank. Instead, the CIA let my children and me believe that Frank had deserted us through suicide. Gottlieb and Lashbrook managed to hush the matter up and kept on in their jobs without even a reprimand. I learned what happened 22 years later in 1975, then not as a result of any official or unofficial notification by the CIA, but as a result of a series of events as follows: A news story in The Washington Post related the Rockefeller Commission report that an unidentified researcher had leapt to his death in New York City after being given LSD. After this disclosure, Colonel Vincent J. Wetzel, who had been Frank's superior at the time of the LSD experiment, told us what had happened and New York Times reporter Seymour Hersch named Frank as the victim in a Times story shortly thereafter.

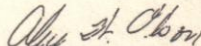
6. The CIA Director at the time the facts came out in 1975, William Colby, met with our three children and handed them



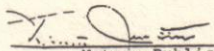
a letter apologizing for what the CIA had done to my husband, adding that "I can find no explanation for why you were not fully informed of the circumstances at the time and apologize equally for that omission."

7. When the CIA's killing of my husband became public, President Ford invited me and my children to the White House and we went to see him on July 22, 1975. He opened the meeting with a most fulsome apology. He said this is not like anything any American government should do and promised he would take all necessary steps to prevent such things from happening again.

8. It has been a sad and difficult task for me to go over this past history and give this affidavit, but my heart goes out to those who also suffered at the hands of Helms, Gottlieb and Lashbrook. I feel I must not let the pain of my own tragedy keep me from telling what I know if it may help other victims of these reckless people.

  
\_\_\_\_\_  
Alice W. Olson

Subscribed and sworn to before  
me this 6th day of October, 1986.

  
\_\_\_\_\_  
Notary Public

L

4

UNITED STATES DISTRICT COURT  
FOR THE DISTRICT OF COLUMBIA

----- x  
MRS. DAVID ORLIKOW, et al., :  
 :  
 Plaintiffs, :  
 :  
 v. : Civil Action  
 : No. 80-3163  
 UNITED STATES OF AMERICA, :  
 :  
 Defendant. :  
 :  
----- x

Deposition of MARY MATILDA MORROW, M.D., a witness  
of lawful age, taken on behalf of Defendant in the above-  
entitled cause, pursuant to notice, before Judith F. Richard,  
Notary Public, at Judiciary Center, Room 4638, 555 Fourth  
Street, N.W., Washington, D.C., at 9:30 a.m., Thursday,  
June 19, 1986.

APPEARANCES:

SCOTT T. KRAGIE, Attorney at Law  
Assistant United States Attorney  
Judiciary Center - 4th Floor  
555 Fourth Street, N.W.  
Washington, D.C.  
Counsel for Defendant

JAMES C. TURNER, Attorney at Law  
Rauh, Lichtman, Levy and Turner, P.C.  
Suite 410  
1001 Connecticut Avenue, N.W.  
Washington, D.C. 20036  
Counsel for Plaintiff

202 347-6865

Baker, Hanes & Burkes Reporting, Inc.

DOCUMENTO 7

Reproducción de varias páginas seleccionadas del testimonio de la Dra. Mary Morrow en el que describe al fiscal de la CIA, Sr. Kragie, cómo la torturó el Dr. Cameron.

CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY  
WASHINGTON 25, D. C.

9 December 1953

MEMORANDUM FOR: Record

SUBJECT : Frank R. Olson

I have compiled and reviewed all the information available to the Agency relating to the death of Dr. Frank R. Olson. It is my conclusion that the death of Dr. Olson is the result of circumstances arising out of an experiment undertaken in the course of his official duties for the U. S. Government and that there is, therefore, a direct causal connection between that experiment and his death. I have been authorized by the Deputy Director of Central Intelligence to state that this is the official position of the Central Intelligence Agency.

*Lawrence R. Houston*  
LAWRENCE R. HOUSTON  
General Counsel

DOCUMENTO 6

Documento de la CIA que ilustra el encubrimiento del asesinato de Frank Olson. Gracias a la legislación norteamericana sobre libertad de acceso a la información, el autor consiguió varios cientos de documentos como éste que le permitieron descubrir la verdad con la ayuda de Eric, el hijo de Frank Olson. La obtención de dichos documentos le costó varios años.



1 A Well, on the 11th day from May 17th. I think it was  
2 the 28th. On the 11th day -- on the 10th day I was described  
3 as being completely disoriented.

4 Q I'm sorry. We are talking about the 10th day of the  
5 shock treatments?

6 A Right. I'm trying to figure out with you, not for  
7 you, like how long I was in this deep, black hole, because I  
8 can't tell you. Probably -- I don't know.

9 Then on the 11th day we know that he gave me -- see, I  
10 was getting six-pronged electric shocks plus massive long- and  
11 short-acting barbiturates, <sup>plus</sup> say, Largactyl. And on the 11th day  
12 apparently I didn't convulse, so after six prongs of  
13 electricity -- and they gave me another six, so I had 12  
14 prongs, one after the other, 95 pounds. It's amazing that I  
15 ever, ever came out of it. But anyhow, I don't know of my own  
16 knowledge how long that horrible thing existed.

17 The next step was -- but I can tell you that when my  
18 sister came on that 11th day in the late evening, she demanded  
19 to see me, said she was going to call the police if they didn't  
20 let her see me, which they did; let her see me. They let her in  
21 rather than get the police. She said I appeared to her a  
22 blank. I didn't know her and didn't know anything. But like  
23 when we see people -- I have not seen any of the other victims.

24 But what worries me and concerns me is that even  
25 today, however many years since the bastard died, people that

1	IN AND VENERABLE JUSTICE MARSHALL COURT		
2	FOR THE DISTRICT OF COLUMBIA		
3	MRS. DAVID ORLIKOW, et al.,	)	
4	Plaintiffs,	)	
5	-VS-	)	CIVIL ACTION NO. 80-3163
6	UNITED STATES OF AMERICA,	)	
7	Defendant.	)	
8			
9	DEPOSITION TAKEN ON BEHALF OF		
10	DEFENDANT ON JUNE 26 <sup>th</sup> , 1986, AT		
11	THE OFFICES OF THE CONSULATE		
12	GENERAL OF THE UNITED STATES; IN		
13	MONTREAL, P.Q., CANADA		
14	<u>WITNESS:</u> JEANNINE HUARD		
15	<u>APPEARANCES:</u>		
16	SCOTT T. KRAGIE, Esq.		
17	Assistant U.S. Attorney		
18	for the District of Columbia		
19	JUDICIARY CENTER, Rm. 4828		
20	555 4th Street N.W.		
21	Washington, D.C. 20001		
22	-and-		
23	MS. REBECCA ROSS		
24	Assistant U.S. Attorney		
25	for the District of Columbia		
26	JUDICIARY CENTER, Rm. 4828		
27	555 4th Street N.W.		
28	Washington, D.C. 20001		
29	Attorneys for Defendant		
30	-and-		
31	MR. JAMES C. TURNER		
32	RAUH, LIGHTMAN AND TURNER, P.C.		
33	1001 Connecticut Ave. N.W., Suite 410		
34	Washington, D.C. 20036		
35	Attorney for Plaintiffs		

MACKAY, MORIN, MAYNARD, RIOPEL & ASSOCIATES  
112 OUEST. ST. PAUL, SUITE 203 MTL H2V 1Z5

# DOCUMENTO 8

Extractos de la declaración jurada de la paciente Jeannine Huard que resultó lesionada por el Dr. Cameron como consecuencia de sus experimentos secretos. Gordon Thomas ha obtenido testimonios similares de otros pacientes supervivientes de los experimentos del proyecto MK-ULTRA.

JEANNINE HUARD - ex. ROSS

back and forth to have E.C.T. in that period of time, I think.

Q So, it was --

A Pardon me?

Q I'm sorry.

A I was terribly terrified by that.

Q But that was the time when you were not on an in patient basis, but on an out patient basis that you received E.C.T. Is that right?

A I cannot say for sure without looking at my chart, but I think. I am not positive, I think.

Q Alright. If you can distinguish in your mind between the period of time when you were in an in patient basis in 1958, and the period of time that you were on an out patient basis in 1958. Let's talk first about the in patient time. Do you remember what kind of procedures occurred while you were in the hospital on an in patient basis?

A Yes, it always comes back all to me. That's when the period of horrible things that happened to me. I was sent in from the day hospital to the night hospital. They started on the day hospital and they used to give me drugs. I don't know what kind of drugs, up to forty (40) pills a day. Where they had to take my blood



JEANNINE HUARD - ex. ROSS

pressure in both arms, I don't know how many times a day, standing, lying, standing or lying. And I don't know why. And then, it would - one day, they would - I was getting confused. They would take me to a lab up in the annex. In the annex, there is a lab there. And they would take me there on one occasion or two (2). I don't remember how many. They would give me an injection and then, there was a doctor in front of me, who would say, well, I'm going to blow air in your eyes now. You are going to stand it as much as you can. And when you can't anymore, say it, but stand it.

And I had plastic goggles in front of my eyes. He would lift up one, so - he had an air pistol in front of him. Like, he was across me and he would shoot air right in my eye. And he would say now don't stop, stand. Just say when you can't - anyway it would last, and they would proceed with the other eye. And I thought that was - today I think of it, and I don't know how come that I went through all that, without - I think I must have been under heavy, heavy medication. Because I couldn't fight to say I don't want. It was like they gave me an injection before they took me to this darn lab upstairs. We called that the barn, I

MACKAY, MORIN, MAYNARD, RIGDEL & ASSOCIATES  
115 QUÉBEC, ST-PAUL, SUITE 202, MTL. H2V 1Z3

1 we see that can't seem to answer questions and can hardly talk  
2 to you, they appear to be like that. But are they in that  
3 deep, black hole that I was in when I appeared just out of it?  
4 That's what I'm saying to you. How much longer is this torture  
5 going for these people? Do you understand what I'm trying to  
6 tell you? To hell with me. I'm able to tell you what I went  
7 through for two or three days. I'm not able to tell you what  
8 some of these victims have gone through for 26 or 30 years.  
9 It's just horrible, just absolutely horrible.

10 All right. My mother -- my telephone calls apparently  
11 -- she used to phone me during the beginning, and I made less  
12 and less sense to her. I have no memory of this. But by  
13 the --

14 Q I'm sorry. So she was talking to you after you had  
15 begun the shock treatments?

16 A That's right. Yes, yes. But I have no memory of it.  
17 But I began to be less and less, to make less and less sense.  
18 I guess -- anyhow, my mom had had a stroke. She couldn't  
19 visit. Margy was in New York, my sister. She knew something  
20 funny was going on. She called my sister from New York, who  
21 arrived on the 11th day.

22 In the meantime, my mother, making no sense from me,  
23 called Dr. Hill. He didn't know anything. She finally got Dr.  
24 Cleghorn, and she knew Dr. Cleghorn because I had been on his  
25 service. She got him. He said: Mrs. Morrow, there is nothing